

J. B. LEMONNIER DELAFOSSE

SEGUNDA CAMPAÑA DE SANTO DOMINGO

GUERRA DOMINICO-FRANCESA DE 1808

TRADUCCION DEL LIC. C. ARMANDO RODRIGUEZ



EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA
1946



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Se publica esta obra por disposición del Generalísimo R. L. TRUJILLO MOLINA, Presidente de la República Dominicana con motivo de la Apoteosis de JUAN SÁNCHEZ RAMÍREZ, Héroe de la Reconquista.

1808 — 7 de noviembre — 1944





SECOND CAMPAGNE DE SAINT-DOMINGUE DU 1^{er}. DECEMBRE 1803 AU 15 JUILLET 1809; PRECEDEE DE SOUVENIRS HISTORIQUES & SUCCINTS DE LA PREMIERE CAMPAGNE. *Expédition du Général en chef Leclerc, du 14 Décembre 1803, par M. Lemonnier-Delafosse, ancien officier de l'armée de Saint-Domingue.*

Havre, 1846.



SEGUNDA CAMPAÑA DE SANTO DOMINGO

A vosotros, mis antiguos camaradas, que habéis hollado el suelo del Nuevo Mundo, compartiendo entonces y sopor-tando pavorosos infortunios! a vosotros dedico la relación de las desgracias que, a mil ochocientas leguas de la Madre Patria, han pesado sobre los últimos restos del ejército destruído en Santo Domingo.

Que estas líneas, trazadas por la Verdad, recordando una época deplorable, hagan conocer a nuestros compatriotas, la ab-negación constante y el valor notable con los cuales defendísteis, durante seis años y hasta el último extremo, el honor de la ban-dera nacional.





ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

En el año 1938, por encargo de la Academia Dominicana de la Historia, realicé la traducción del *Diario Histórico de la Parte del Este de Santo Domingo comenzado el 10 de Agosto de 1808, con Notas Estadísticas sobre esta Parte*, por GILBERT GUILLERMIN, Jefe de Escuadrón, agregado al Estado Mayor del Ejército de Santo Domingo, obra relativa a la guerra dominico-francesa de 1808-1809 generalmente llamada de la Reconquista.

Esa traducción fué publicada simultáneamente en la Revista *Clio*, órgano de la Academia, y un volumen separado, de 339 páginas, con notas del traductor.

Algún tiempo después, por encargo del Honorable Señor Presidente de la República, Generalísimo Trujillo Molina, llevé a cabo la traducción de la *Descripción de la Parte Española de Santo Domingo* por M. L. Moreau de Saint-Méry, la que ha sido ya publicada; y, finalmente, el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Director del Archivo General de la Nación, puso en mis manos para leerla, la importante obra de J. B. Lemonnier Delafosse intitulada *Segunda Campaña de Santo Domingo*. Tan interesante encontré este libro, poco menos que desconocido en el país, que se me ocurrió verterlo al castellano, y esa traducción me permití ofrecerla como obsequio al Honorable Señor Presidente de la República, Generalísimo Trujillo Molina, por conocer yo, como conozco, el entusiasmo y la simpatía con que él acoge todo lo que se refiere a nuestra historia. Al disponer el Señor Presidente la publicación de esa obra, hubiera yo deseado presentar siquiera algunos breves datos biográficos del autor, pero desgraciadamente no he podido encontrarlos hasta ahora: los lectores tendrán, pues, que conformarse con lo que el mismo Delafosse nos dice de su persona en su propia obra.



Bastará señalar que fué oficial del Ejército francés en Santo Domingo, Oficial de la Legión de Honor, Caballero de San Luis y de la Orden de San Fernando, de España. En ella encontrarán, además, preciosos datos acerca de diversos aspectos de nuestra historia, que no se encuentran en otra parte, tales como lo concerniente al teatro en Santo Domingo en tiempos de la dominación francesa. Contiene, también, entre otros, un curioso plano de la Batalla de Palo Hincado y otro de la Ciudad de Santo Domingo, con indicaciones de los lugares ocupados por las tropas que la asediaron en 1805 (Dessalines) y en 1809 (Sánchez Ramírez).

La obra de Delafosse puede ser considerada como continuación o complemento del *Diario Histórico* de Guillermin; es una verdadera relación de los acontecimientos que se verificaron desde que se preparaba en el puerto de Brest la expedición del General Leclerc, cuñado de Napoleón Bonaparte, para venir a desembarcar en la isla de Santo Domingo, hasta la capitulación de las tropas francesas; el regreso a Francia y su llegada a la Rochela.

A la presente traducción me he permitido agregar algunas notas aclaratorias que juzgué oportunas.

Las obras del historiador nacional García, de Guillermin y de Delafosse, así como la brillante apología del héroe, escrita por el Dr. M. de J. Troncoso de la Concha, —y el *Diario* de Sánchez Ramírez, que Fray Cipriano de Utrera ha de publicar íntegro en breve—, son los mejores elementos para el conocimiento de esa brillante y trascendental jornada de nuestra historia que fué la Reconquista: la expulsión de Francia de la parte española de Santo Domingo y nuestro retorno al dominio de España, que significó la conservación de nuestra hispanidad.

C. Armando Rodríguez.



S U M A R I O

Introducción.— Preparativos de la Expedición.— Aparejamiento de la Escuadra y salida del puerto de Brest. Llegada a Santo Domingo.

Primera Campaña.— Dispersión de la Escuadra.— Desembarco en la isla.— Incendio del Cabo francés.— Persecución de los negros.— Toma de Fort Dauphin (fuerte Delfin). El Sargento de la 5ª compañía de infantería ligera.— Entrada de la División Naval.— Toma del fuerte Santa Susana.— Posesión de las ciudades del litoral.— Fiebre.— Evacuación del fuerte Delfin.— Muerte del General Leclerc.— Rochambeau, General de División, le sucede y manda en jefe.— Muerte de Foedon.— Ahogamientos de batallones negros.— Entrega de un negro a los perros.— Auto de fé de tres negros.— Esclavitud del negro.— La ciudad del Cabo Francés.— Defensa del Cabo por el General de Brigada *Clausel*;— Ataque del Cabo.— Penuria.— Capitulación de la escuadra conducida a Jamaica.— Pontones.

Segunda Campaña.— Santiago de Cuba. Llamada del General de Brigada *Ferrand*, a los militares y franceses no prisioneros de los ingleses.— *Rochambeau.*— El General de Brigada *Quintin*. Ferrand marcha sobre Santo Domingo.— Se apodera del mando de la ciudad.— El General de Brigada *Kerverseau.*— Disposiciones de instalación.— Ocupación durante el año 1804.— Marcha del ejército de Dessalines, dicho haitiano.— Plaza de Santo Domingo.— Bloqueo.— El Padre *Vives*. El General y el Hombre.— El coronel *Aussenac.*— Escuadra francesa del Almirante *Missiessy.*— Abastecimiento de la Plaza.— Levantamiento del bloqueo.— Aprobación de la conducta del General *Ferrand*, por *Napoleón*. Consolidación del establecimiento de la Colo-



nia.— 1805.— Escuadra de *Leisseigue*.— Bailes.— Fiestas.— Escuadra inglesa, Almirante *Cokrane*.— Combate naval.— Pérdida de una parte de la escuadra francesa.— Socorros a los naufragos.— Samaná.— Sublevación de los habitantes españoles, 1808.— Ferrand marcha sobre el Seibo.— Capitan *Bocquet*.— *Franco* el Seminarista.— Combate de Palo Hincado.— Huída a través de los bosques.— El General *Ferrand* se suicida.— Regreso de trece militares a Santo Domingo.— El sargento de la 89ª compañía de línea. Capitán *Camboulies*.— Opinión sobre *Ferrand*.— Bloqueo y sitio por los ingleses y los españoles.— Consejo reunido.— Mando del General *Barquier*.— Primera salida de la plaza.— El jefe de batallón *Darame*, —manda el Fuerte de San Jerónimo.— La cañonera inglesa.— Segunda salida de la plaza. Reducto del Ozama.— Tercera salida.— Batería de San Francisco.— Miseria espantosa. Piel de buey.— El ariete de Aussenac.— El soldado francés y su amor por un jefe.— El parlamentario inglés. Capitulación, el 15 de julio de 1809.— El coronel *Vasimont*.— El General inglés *Carmichael* en la plaza.— Don Sánchez, (1) General de los españoles.— Algunas reflexiones.— Ocupación de Santo Domingo por los ingleses.— Como ejecuta la capitulación la administración inglesa.— Llegada a Filadelfia.— El General Moreau.— Regreso a Francia, —y llegada a la Rochela.— Algunas recompensas.



*Fuerza Marítima de la Expedición
de Santo Domingo y número de tropas embarcadas
Escuadra salida de Brest*

el 23 Frimario año X (14 Diciembre 1801)
Almirante Villaret Joyeuse

El Océano, Navío de	120
El Monte Blanco Vicealmirante Magón	74
El Goulois de	74
El Patriota de	74
El Cisalpino de	74
El J. B. Rousseau de	74
El Watigni de	74
La Revolución de	74
El Duquesne de	74
Le Jemmapes de	74

Contralmirante Gravina

El Neptuno, Navío de	80
El Guerrero, Navío de ..	74
El San Pablo, Navío de	74
El Francisco Paulo, Navío de	74
El Francisco de Asis, Navío de	74
La Soledad, Fragata de	36
La Sirena-Fragata fr- de	36
La Furiosa-Fragata fr- de	44
La Fraternidad-Fragata fr- de	33
La Preciosa-Fragata fr- de	36
La Fidele-Fragata fr- de	36



Salidos de Lorient
Almirante Villaret Joyeuse

El Scipión-Navío de	74
La Cornelia-fragata de	74
La Mignonne-corbeta de	18

Contraalmirante Gravina

La Cigüeña-Corbeta de	20
La Descubierta-Corbeta de	—
La Vigilante-Coberta de	—
La Necesidad-Transporte de	—
La Danaée-Transporte de	—

Escuadra Salida de Rochefort
Almirante Latouche-Tréville

La Unión-Navío de	74
El Foudroyant-Navío de	80
El Argonauta-Navío de	74
El Aguila-Navío de	74
El Duguay-Trouin de	74
El Héron-Fragata de	74
La Franchise de	44
La Virtud de	36
La Clorinda-Fragata de	44
La Urania-Fragata de	44
La Poursuivante-Fragata de	44
La Emboscada-Fragata de	44
La Bayonnaise-Corbeta de	36



La Diligente-Corbeta de	26
El Renard-aviso de	—
El Aguila-aviso de	—

Estos cuarenticinco buques, llevaban:

Los de Brest	7,000	hombres
Los de Lorient	1,200	”
Los de Rochefort	3,000	”
Pero la <i>Duquesne</i> y la <i>Concordia</i> , que hicieron escala, no desembarcaron en Santo Domingo sino	11,200	”

Posteriormente, el 12 de febrero, desembarcaron:

Contralmirante: Gantheaume

Salidos de Tolón:

4 buques de	74	
1 fragata	74	
1 Urca	74	
1 corbeta	74	
Llevando	2,300	”

Contralmirante: Linois

Salidos de Cádiz:

3 buques de	74	
3 fragatas de	74	
Llegados el 15 de febrero, 1802 llevando	1,500	”



Salidos del Havre:

El Zelé de	74	
El Tourville de	74	
El Swithsurd	74	
La Guerrera	44	
El Cometa	44	
El Infatigable	44	
La Valerosa	44	
Llegados del 23 al 31 de marzo, 1802, llevando		3,000 hombres

Salidos de Holanda:

El Brutus de	74	
El J. de Whit de	74	
El Neptuno Whit de	74	
Llegados el 7, abril, llevando ..	2,500	"
	<hr/>	
		20,500 hombres
Para las escuadras 1 mosca o fa- lucho		
<i>El Duquesne, la Cornelia, una Urca</i> que se les unió, desembar- caron		1,400 hombres
	<hr/>	
		21,900 hombres

Es necesario agregar los marinos de setenta tripulaciones, a 300 hombres, unos con otros 21,000 hombres

Además, colonos, comerciantes europeos que seguían la escuadra, los equipajes del comercio y la tropa (legión del mediodía, desembarcada en Santo Domingo en 1805 por el almirante Missiessy

	15,645	hombres
	<hr/>	

Vinieron, pues, de Francia a Santo Domingo 58,545 hombres



INTRODUCCION

Parece que engrandecemos nuestro ser cuando podemos llevarlo a la memoria de los demás. Es una nueva vida que adquirimos y que se nos hace tan preciosa como la que recibimos de la naturaleza.

Montesquieu.

La expedición de Santo Domingo, bajo las órdenes del teniente general Leclerc, cuñado de Napoleón, salió de los puertos de Francia el 14 de diciembre de 1801. El relato de las primeras operaciones practicadas en la isla ha sido publicado por los señores generales conde Mathieu Dumas y Pamphile Lacroix; pero este relato termina con la evacuación del Cabo Francés y otras ciudades de la colonia (9 frimario año XII, 1º de diciembre 1803).

Falta, pues, para completar la historia de esta desgraciada expedición, comenzada por los generales precitados, el relato de los hechos realizados desde entonces (1803), y que terminaron la primera campaña, o sea hasta el 15 de julio de 1809. En esta época, los restos dispersos del ejército vinieron a reunirse con la guarnición de Santo Domingo, capital de la parte de la isla llamada *Española* y de ahí parte o comienza lo que yo intitularé: La Segunda Campaña.

Como militar, actor y testigo ocular, diré lo que he visto, durante seis años de permanencia en Santo Domingo. Mi pretensión no es escribir la historia completa de la expedición; me limitaré a contar aquí mis recuerdos.

Pero, para llegar a mi relación principal, es absolutamente necesario dar un paso atrás, y empezar por la salida de la expedición de los puertos de Francia.



1º *Lo que tuvo lugar* Una escuadra, comandada por el señor almirante Villaret-Joyeuse, desembarcó en 1802, después de una larga travesía, en diversos puntos del litoral de la isla de Santo Domingo, 21,900 soldados, cifra que, hasta 1803, se aumentó todavía con 21,645 llegados posteriormente, entre los cuales se contaban colonos, marinos comerciales, negociantes, mercaderes e industriales, estos últimos muy abundantes siempre como séquito de los ejércitos; y en fin, con setenta tripulaciones de la marina militar, eso formaba un total de 58,545 hombres blancos, que desembarcaron en la isla en el espacio de veintiun meses (I).

2º *Lo que existía* Allí mandaba entonces un negro extraordinario, provisto de todas las condiciones que forman los Jefes, y digno de mandar a esa población semi-salvaje de Santo Domingo. El había organizado un *Gobierno* y un *ejército*. Era el rey de esta tierra; era necesario, pues, desposeerlo o ganárselo desgraciadamente, se prefirió el primer partido.

3º *Lo que se hizo y el resultado* Fué, pues, en medio de los incendios de las ciudades, de las haciendas, como, espada en mano, se desembarcó en esta tierra.

Toussaint combatió entonces, y la conquista, que parecía cosa cierta, pareció menos fácil en presencia de un ejército que, retirado a las montañas, se hizo casi inatacable! . . . El momento no estaba, pues, muy lejos, en que el ejército francés iba a desaparecer, como las arenas del desierto, frente al huracán.

50,000 hombres encontraron la muerte, combatiendo contra esa libertad que la república francesa había dado y proclamado! . . . ¿Y podía ser de otro modo? Esos hombres, para quienes el amor a la libertad lo era todo, caían antes de verse arrebatarse el bien que habían soñado. Esos blancos, a quienes habían bendecido como a sus bienhechores, les parecieron tiranos.

Ya no eran los negros de otro tiempo: diez años de revolución habían sido para ellos diez siglos de existencia! A su valor desesperado vino a juntarse, desgraciadamente para el ejército francés, un auxiliar poderoso y grande: la fiebre amarilla.



Pero lo que hizo al enemigo más fuerte, sobre todo al principio, fueron las faltas cometidas por el general Leclerc, a quien su valentía no le dejó ver más que una conquista que llevar a cabo. La ignorancia del carácter de los negros lo condujo a una guerra de exterminio! . . .

Al ver la resistencia que se le oponía ¿no podía el general en jefe modificar sus primeras órdenes? Era necesario conservar a Santo Domingo para Francia, y no hubiera sido comprarla demasiado caro, si se hubiera conseguido esto al precio de ciertas concesiones. Se hubiera podido hacer entonces muy fácilmente lo que hubo que hacerse después obligatoriamente, pero en circunstancias mucho menos favorables.

Hubiera sido, sin embargo, muy fácil llegar a un entendido con Toussaint; entonces la expedición no hubiera sido necesaria.

4^o *Lo que hubiera debido hacerse.* Pero ah! ¿por qué el orgullo europeo retrocedió ante esa idea? . . . Así se habría conservado a Santo Domingo! Desgraciadamente el jefe del gobierno francés no quiso, a pesar

de la opinión de un hombre especial (II) salido de los lugares mismos, reconocer el espíritu de la colonia: sus ideas respecto de los negros eran falsas; ellos son hombres en medio de los cuales es necesario vivir, para juzgarlos y apreciarlos. En apoyo de esta reflexión, sobre la ignorancia en que se estaba respecto de la población negra, deseo se me permita citar un extracto del discurso del primer Cónsul al cuerpo legislativo (5 de mayo 1802).

“En Santo Domingo se han causado grandes males, y esos grandes males hay que repararlos; pero la rebelión día por día está más refrenada. Toussaint, sin dinero, sin ciudades, sin ejército, no es más que un salteador de caminos, errando de loma en loma con algunos malvados como él, a quien nuestros exploradores persiguen y muy pronto lo habrán alcanzado y destruído”.

Esta opinión, emitida tres meses después de comenzada la guerra, desde el 3 de febrero, da la medida de las instrucciones que debió recibir el general Leclerc. Se le habrá dicho:



“Los esclavos han sido declarados libres y esa es una falta grave; volvedlos a poner bajo el yugo; si resisten, la muerte!” ¿Toussaint, sin dinero? Según se dice, él tenía un tesoro oculto, y sacrificó desde el primero hasta el último, a todos los que lo ayudaron a enterrarlo.

¿Sin ciudades? ¿Para qué tenía necesidad de ellas? Cada loma era una. ¿Sin ejército? Pero el ejército estaba en todas partes; cada uno de sus negros era un soldado; para hacer la guerra, no tenían necesidad de ponerse en línea. En fin, tenía 400,000 hombres.

Pero Toussaint, al tratar, ¿habría estado de buena fe? Sí, si se hubiera estado de buena fe con él. Su conducta, después de muchos combates es la prueba de ello: ¿no trató él, cuando aún podía defenderse con éxito y cuando poseía todos los medios y todos los recursos con los cuales sus generales procedieron más tarde contra nosotros?

Si, pues, él aceptó proposiciones tardías, sin estar del todo vencido, con mayor razón, las habría aceptado antes del desembarco, y mucho más todavía, antes de la expedición. Era un puente de oro lo que había que prepararle. Pero tratar no estaba entre las instrucciones del general francés; se le trajo la guerra y él tuvo que defenderse, y esta defensa trazó el camino a sus generales, desde mucho tiempo ya, celosos de su poder.

Cuando, después de varios combates en el interior de la isla Toussaint consintió en tratar, su grado de general de división fué reconocido; era ya demasiado tarde para reconocérselo y ya eso no era bastante para su orgullo: entonces ¿qué hizo? Lejos de quedarse en medio del ejército francés, se retiró a su hacienda, en Ennery, viviendo allí como un simple particular. Pareció abdicar toda clase de mando; sin duda esperaba los acontecimientos.

He hablado de *su orgullo*: Y bien; ¿no debía tenerlo, él, jefe y poseedor de una tierra que consideraba como suya, primero por la conquista que había efectuado contra los ingleses, arrojados de Santo Domingo; y después, por la conservación y la



administración de la colonia francesa, de la que él había dado cuenta al gobierno francés?

El general Leclerc, cuando entregaba el despacho de general de división a Toussaint, estaba persuadido, sin duda alguna, de que la paz sería el resultado, convicción tanto más plausible, cuanto que todos los generales negros hicieron igualmente su sumisión y que algunos fueron hasta empleados en el ejército; pero éstos no habían hecho esa sumisión, por lo menos algunos y entre ellos Dessalines, sino para denunciar y perder a su primer jefe.

Tal fué la causa que trajo un resultado tan distinto del que se había esperado, y que ocasionó la deportación de Toussaint para Francia, donde encontró la muerte en una ciudadela... la fortaleza de Joux (Doubs.)

5º *Lo que sucedió* Toussaint Louverture creyó en la palabra europea, en la fe francesa, y, por sus órdenes, sus generales y su ejército se rindieron: sus batallones entraron en el Francés.

Pero su inactividad y su retiro voluntario hicieron nacer sospechas, que vinieron a aumentar las denuncias de los suyos, con el objeto de provocar su alejamiento. Se le vigiló en su hacienda: la policía del general Leclerc interceptó cartas, verdaderas o falsas, en las cuales se creyó reconocer proyectos, esperanzas para el porvenir; y se dió la orden de arrestarlo; se pensó que el ejército negro, privado de su jefe, sería más sumiso y serviría más fácilmente los designios de Francia.

La conducta de Toussaint parecía justificar esta medida: ¿qué rey destronado, desposeído, no sueña con su rehabilitación (III)? ¿Y no le estaba permitido espararlo en el momento en que una peste, una epidemia se desarrolló en el ejército francés? El lo previó, y sintió el aniquilamiento próximo... la fiebre amarilla se había declarado.

Toussaint fué preso en su hacienda de Ennery y embarcado en Gonaives en la fragata *la Créole* (la Criolla) y después transbordado al navío el *Héron* que salió inmediatamente para Francia; esa era por otra parte, la señal que esperaban los generales



negros para abandonar el ejército francés, en el cual ellos no hicieron más que presentarse. Más astutos que el general europeo, se burlaron de él y lo engañaron. Y así fué como, unos después de otros, Cristóbal, Dessalines, Paul Louverture (hermano de Toussaint), Clairvaux, etc., etc., dejaron el Cabo para ir a reorganizar un ejército que, día por día, se aumentaba con la desertión de los batallones negros, que estaban de guarnición en la ciudad del Cabo, en Port au Prince y en otras ciudades.

Esos generales ambicionaban el puesto de Toussaint; Dessalines triunfó de sus competidores y se le reconoció como jefe.

En vista de esta desertión general, lo que quedaba de las tropas negras estacionadas en el Cabo fué considerado como prisioneras; y se efectuó su desarme. Y se hizo más: so pretexto de una expedición, se embarcaron batallones negros; pero tan pronto estuvieron en alta mar, el Océano se convirtió en su tumba!... Las olas trajeron los cadáveres hasta la rada del Cabo (IV). Toda la población se exasperó con este espectáculo y la sublevación ya comenzada se hizo espontáneamente general; ya no era el ejército negro al que teníamos que combatir; fué a la población entera.

La guerra volvió a comenzar, con todos sus furores. En el exterior, todo fué incendiado; en el interior, la fiebre amarilla aniquiló el ejército.

6º *Lo que hubiera debido haberse* La efusión de tanta sangre, hubiera podido, sin embargo, ser fácilmente detenida; hubiera bastado con reconocer la libertad concedida precedentemente a los negros de la colonia de Santo Domingo, que entonces hubiera estado gobernada con las leyes francesas y bajo el patronato de Francia.

Los millones que costó la expedición hubieran indemnizado con demasía a los colonos; y cincuenta mil franceses no hubieran sido sacrificados, por el fuego del enemigo, ya por el asesinato, sea, por último por la fiebre amarilla, para llegar, en vez de a una conquista, a la evacuación y a la pérdida definitiva de toda la isla! Pues bien, ¿no hubiera sido mejor dar este ejemplo de una emancipación que estaba ya viva, antes que impo-



nerse los sacrificios enormes que se hicieron entonces? ¿No se llegó más tarde a esta conclusión? En efecto, ¿el tratado de mayo de 1825 no reconoció la independencia de Santo Domingo por medio de la cesión-venta de la isla, venta cuyo precio no acabará jamás de pagarse?

Cuarentitres años han transcurrido desde entonces y esos mismos negros son libres hoy... Dichosos o desgraciados, ¿qué importa?; cada quien comprende la dicha a su manera. En 1802 este ejemplo de emancipación era digno de Francia, ella que había sido la primera en el mundo que había lanzado el grito de libertad!... Este acto le hubiera sido fructífero y Santo Domingo sería aún propiedad de ella. Entonces, esa abolición de la esclavitud hubiera hecho temblar a Inglaterra, muy lejos en esa época del proyecto tan largo tiempo discutido y que ella no puso en ejecución sino en 1833: la libertad de los negros. (V)

Este gobierno modelo, aunque dueño de una parte del mundo, no había, no obstante, trazado ya el camino; su altivez no retrocedió ante una especie de tratado con los negros: la población negra de la Montaña Azul no había sido reconocida libre, en medio de la esclavitud de toda la de Jamaica, con la sola condición de devolver al propietario todo esclavo *marron*? (2) ¿Qué era esta Montaña Azul? Un punto en esa isla. Y nosotros, franceses, nosotros retrocedimos ante un acto que nos hubiera dado una isla entera!... y qué isla!... Santo Domingo!... Sí, esa Inglaterra tan altiva trataba con sus negros, mientras que Francia llevaba la guerra y la muerte a los suyos!... Tousseint, reconocido general, segundo de Leclerc, y su ejército ligado, fundido con el ejército francés, el orden se restablecería con el tiempo y Santo Domingo quedaría siendo de Francia. No se quiso eso: esta bella colonia se perdió. Bienaventurados fueron los primeros arrebatados por el fuego y por el azote de la fiebre, porque ellos no vieron todos los horrores de que más tarde fuí testigo!...

En resumen; cuatro son las causas que hicieron perder la colonia.



- 1º Mala armonía en la unión de las divisiones de la escuadra.
- 2º La ignorancia del carácter de la población negra ¡y de ahí tantas faltas!
- 2º La fiebre amarilla diezmando el ejército.
- 4º La guerra renovada con Inglaterra.

Una quinta causa puede también agregarse a lo anterior: la conducta del general en jefe Leclerc, antes y después de su llegada y después la de Rochambeau. Leclerc tenía, es verdad, sus instrucciones; pero, a mil ochocientas leguas de la madre patria, ¿debía él tener una obediencia pasiva? y cuando él reconoció el estado de la colonia, ¿esas instrucciones no deberían sufrir las modificaciones, que su buen juicio y una firme voluntad hubieran debido hacer surgir? ¿No lo vió él allí, cuando desembarcó en el Cabo y reunió un consejo de propietarios y de colonos, de lo que resultó la sumisión de Toussaint y el descanso del ejército ya muy debilitado?

Aunque su desobediencia le hubiera proporcionado primeramente una censura del primer cónsul; sin duda ninguna, que más tarde, este último, reconociendo, que esa desobediencia había sido en interés de Francia y de su comercio, no le había concedido un *bill de indemnidad* (3). Sus instrucciones eran inejecutables. ¿Qué quería Francia? Su colonia ¿Qué importaba, pues, el medio por el cual se le hubiera devuelto? Aún cuando hubiera sido libre, la colonia siempre le hubiera pertenecido. ¿A quién pertenece ahora? . . .

Pero muchas causas se oponían a ello; el orgullo y la vanidad de los blancos europeos, y sobre todo su desprecio por un negro (VI), quien, cuando era rey sabía bien todo lo que valía! . . . Sí, este hombre tenía el sentimiento de su poder y se quiso que hiciera la absoluta y voluntaria renuncia de su voluntad; él, que a pesar de tantas vicisitudes, tenía él sólo entre sus manos los medios de pacificar la colonia y devolverla a Francia. Para algunos hombres que han conocido a Santo Domingo, hay miles que no han tenido jamás la menor idea de lo que podía ser esta bella colonia, la única que haya experimentado, de la manera más cruel, las convulsiones revolucionarias; es en su



vasto seno donde ellas han producido sus más grandes estragos, Divisiones intestinas, guerra extranjera; todo se reunió para abrumarla de males, para despedazarla; y ese cuerpo robusto, ese coloso colonial no es más hoy sino un esqueleto. Yo creo deber, para dar una idea de lo que ella era, citar la nota siguiente, sobre su importancia geográfica y comercial.

Existencia de la colonia en 1802 Esta nota está tomada de la excelente obra del señor teniente general conde Mathieu Dumas (*Précis Militaire*, volumen 8º); es la misma que el enviado de Toussaint Louverture, el coronel Vincent, presentó al primer cónsul: ella será bastante, así lo espero, para esclarecer al lector. Es un cuadro fiel que contiene las observaciones políticas más juiciosas e imparciales.

*Nota
sobre la colonia francesa de Santo Domingo*

“La isla de Santo Domingo, llamada *Hispaniola* (4) por los españoles, que la poseían en común con los franceses, tiene una extensión de este a oeste de próximamente cien leguas marinas, de dos mil ochocientas cincuenta toesas (5) cada una; su anchura media, de norte a sur puede valuarse en treinta leguas marinas de dos mil ochocientas cincuentiuna toesas cada una. Su superficie calculada con bastante precisión contiene próximamente tres mil leguas marinas cuadradas, de las cuales dos mil o sean los dos tercios pertenecen a España y el otro tercio, mil leguas cuadradas, pertenecían a Francia: la medida de longitud empleada por los franceses, para la medición de las tierras, era el paso de tres piés y medio de longitud.

“La unidad de superficie empleada para la misma mensura es el *cuadrado*, (6) que es el producto de cien pasos por cien, o diez mil pasos cuadrados.

“Con estos datos se encuentra que la legua marina contiene 4,888 pasos, que, multiplicados por sí mismos y reducidos al cuadrado, producen 2,390 cuadrados por legua, los cuales dan 28,900 cuadrados para la parte francesa y 47,800 para la parte española.



“Es esencial observar que, aunque Francia no posea realmente sino la tercera parte de ese territorio, ese tercio era, sin comparación, preferible, desde el punto de vista de los cultivos coloniales, al territorio poseído por España.

“Esta ventaja de la parte francesa sobre la parte española se debe, particularmente al mayor desarrollo de las costas de que goza la parte francesa, desarrollo producido por las salidas al mar, lenguas de tierra estrechas, que facilitan infinitamente a los agricultores, procurándoles, a su alcance, numerosas bahías, puertos y fondeaderos esenciales para la exportación de sus productos.

“Parece, también, evidente, que el terreno de un país, tan montuoso como Santo Domingo, es necesariamente más llano y más cultivable, alejándose de las grandes montañas; el agua, tan necesaria en un clima tan abrasador, se encuentra con mayor abundancia en los valles, y todos los cultivos son posibles a los habitantes vecinos del mar, mientras que el que posee las partes más elevadas de la isla se encuentra reducido, por la naturaleza del suelo y la temperatura del clima, al papel de simple pastor, lo que resulta en casi toda la parte española.

“Otra consideración de grandísima importancia para los agricultores que están cercanos al mar, es que, pueden ver entrar todos los días en sus cercados, sus animales que vuelven del embarcadero; lo que no puede conseguir el agricultor español, que reside en puntos muy distantes de los puntos de embarque. Prosiguiendo estas ideas generales para hacer conocer la división territorial de la colonia, se podrá declarar con toda confianza, que el observador que ha contemplado a menudo desde afuera, la costa y la contextura de las altas montañas de Santo Domingo, así como los diversos contrafuertes que constituyen su tortuosa y extraordinaria estructura, y el que en sus multiplicadas correrías por el interior, se ha ocupado en observar con cuidado la estructura de esta preciosa tierra, ha reconocido igualmente que esta isla está generalmente atravesada por varias cadenas de montañas, que se dirigen de este a oeste, de las cuales la principal, que comienza al este en el cabo Rafael, se dirige al princi-



pal núcleo del Cibao, donde ella se confunde con varias otras, pero de donde se desprende, sin embargo, muy pronto para continuar hacia el oeste e ir a concluir en el Cap-a-Foux (cabo-Locos). en el Môle de San Nicolás; es de ese nudo del Cibao, las cumbreras más elevadas de Santo Domingo, de donde se desprende otra cadena, que, corriendo primeramente de norte a sur, hasta la desembocadura del Neiba, sigue la dirección sur y oeste, hasta el Cabo Tiburón. Reconocidas bien esas principales masas, ha sido natural buscar después, el modo de establecer las grandes divisiones de la parte francesa de Santo Domingo. Fué así como se llegó a dar el nombre de Parte del Norte, de la que el Cabo Francés es la parte principal y la capital, a todo el terreno comprendido en la vertiente de las aguas al norte de la cordillera central, situada entre el Fort Dauphin y el Môle.

“Es también, según los mismos cálculos, que se ha debido llamar Parte del Oeste a esta porción de territorio francés al oeste del Cibao, que termina en el hermoso puerto del Môle, el punto más occidental de la isla, que comprende la vertiente de las aguas al sur, entre este punto y Puerto Príncipe, capital y principal puerto de esta parte.

“La denominación de Parte del Sur debió darse, por fin, a esa porción del territorio francés, la más al sudeste de la colonia, de la cual es capital Los Cayos, que es también el puerto principal; y esa parte comprende además, el territorio que se extiende desde Miragoane al Cabo Tiburón.

“Tal es la idea que se debió tener de la división del territorio de la parte francesa de Santo Domingo, cuya capital era Puerto Príncipe en tiempo de paz, y el Cabo en tiempo de guerra, pues este último punto se encuentra a barlovento de la parte francesa, lo que le asegura, en todo tiempo, muy grandes ventajas. “Después de haber dado una noción general del suelo y de la división territorial, parece útil fijar bien las ideas sobre las diferentes clases de hombres que viven en esta tierra de predilección, así como los motivos que los dividían; un simple examen de la población bastará para hacer conocer las dificultades que debía experimentar la colonia para adoptar las ideas sobre las que



parecían reposar los principios que agitaron a Francia desde el principio de su revolución.

“Se distinguían única y generalmente dos clases de hombres en Santo Domingo, los blancos y los de color; y en esta denominación, los negros estaban comprendidos con los mulatos. Se estaba muy lejos, sin embargo, de atenerse a esta línea de demarcación, y los blancos, que hubieran debido sentir siempre, la necesidad de permanecer unidos, habían introducido entre ellos las distinciones más señaladas. Los blancos se dividían en dos clases: la de los *grandes agricultores*, propietarios de muchos negros; y la conocida bajo la denominación de *petits blancs* (los *blanquitos*) clase ésta que era la más numerosa, la más activa y la más industriosa; esa clase comprendía todos los agricultores que no habían adquirido todavía una gran fortuna y los hombres de todas las profesiones tan esenciales para la prosperidad de las colonias: los comerciantes detallistas de las ciudades eran llamados *blancs poban* (VII) (7). Una seriedad repelente y pretensiones de todo género caracterizaban la clase de los grandes agricultores; el deseo de formar grandes alianzas; de poder llegar a ser admitidos, o hacer admitir a sus hijos en la Corte, era su pensamiento dominante y las menores distinciones honoríficas, eran las más poderosas recomendaciones a sus ojos. (VIII) (8). “Se comprende fácilmente que hombres sometidos a tales ilusiones de vanidad, debían acoger mal a los obreros y a los hombres de color libres, conducta ésta extremadamente impolítica en un país en que importaba mucho a la raza blanca mostrarse afable y generosa con los hombres libres de todo color, quienes eran los únicos que podían garantizarles la tranquilidad y la buena conducta de los esclavos.

“Muy lejos de eso, la sección más numerosa de los blancos de la colonia, a la cual el cuidado de su tranquilidad hubiera debido unir también la de los libertos, estaba diariamente excitada por sentimientos de odio contra aquella que estaba más expuesta, en razón de sus riquezas y de sus numerosos obradores, agobiados con una severa esclavitud.



“Muchos hombres respetables había, sin duda, entre esos grandes agricultores; pero es necesario confesar que el mayor número entre ellos no tenían sino fortunas muy endeudadas, que el lujo destruía; y ya se sabe que, en los momentos de perturbaciones políticas, estos últimos están siempre listos a presentarse. Los principales actores, en las asambleas provinciales y coloniales, fueron aquellos cuyos negocios estaban más desordenados.

“A esta sección formidable de los grandes agricultores, se encontraban siempre unidos ardientes auxiliares, hombres tales que no se encontrarán jamás en tan gran número en ningún otro país.

“Esos hombres que, en su mayor parte, habían estado obligados a expatriarse y a los que se designa vulgarmente con la denominación de *Caballeros de industria*, que viven en una especie de comodidad, lisonjeando el orgullo de los grandes agricultores, e inquietando siempre al gobierno, enemigos del orden, porque ellos no pueden encontrar ya medios de existencia sino en tiempos de perturbaciones. Esos intrigantes se reunían bajo la bandera de los grandes agricultores endeudados; atormentaban sin cesar, en el Cabo y en Puerto Príncipe, a los principales agentes del gobierno, al cual todo hombre honrado debía desear fortalecer su autoridad.

“Sin embargo, la clase de los blanquitos (*petits blancs*) de los que ya se ha hablado, clase tan útil en las colonias, y que es el primer elemento de su prosperidad, se condujo primeramente con prudencia y luchó por algún tiempo contra el desorden; pero excitada, por una parte, por el deseo de ver humillar a los grandes agricultores; exasperada por el temor de ver introducir el menor cambio en el estado de los individuos, ella se unió también con los agitadores de la colonia, que no faltaban nunca en llevar adelante el pretexto de la conservación del estado político actual de los hombres, al cual los blanquitos atribuían también el más vivo interés, pues tenían todos, poco más o menos, algunos esclavos mulatos o negros. Ellos querían elevarse a la misma categoría de los grandes agricultores, pero no



podían concebir que antiguos propietarios ricos, sometidos a todas las cargas de la colonia, tuviesen la pretensión de elevarse hasta ellos, desde que la más pequeña diferencia en la epidermis atestiguaba lo que ellos llamaban mestizos (sang-melés).

“Se admitiría, sin embargo, que hubiera podido establecerse algún medio de conciliación entre los hombres libres de cualquier color, si hubieran sido únicamente habitantes; pero la casta blanca, cuyo número de individuos podía elevarse a 40,000, debía, decían ellos, conservar en la esclavitud, es decir, en la abyección más degradante, más de medio millón de individuos, de los cuales 500,000 eran esclavos y 30,000 sometidos a un estado casi, casi insoportable.

“Se concibe fácilmente, según este estado de cosas, que desde el momento en que las nociones mal digeridas de una revolución terrible, cuyos principios socavaban todas las bases del sistema colonial, se manifestaron en Santo Domingo; las más grandes desgracias debieron temerse de parte de los esclavos, los que se mostraron durante mucho tiempo muy sumisos; y todo permite creer, que si los blancos hubieran querido ser justos y generosos con los hombres de color, su sincera unión con estos últimos, hubiera evitado grandes desgracias.

“Un plan semejante estaba muy lejos de las miras de los principales dirigentes. Se aumentó el mal tratamiento a los individuos recientemente libres, cuyo apoyo era necesario procurar; éstos, más inteligentes que los esclavos, más decididos contra el estado de abyección al cual los sometían los prejuicios coloniales, anunciaron muy pronto intenciones hostiles contra los blancos; sus primeras quejas eran prudentes, y hombres razonables hubieran estado fácilmente de acuerdo con ellos. Pero, de repente, empezaron a celebrarse reuniones numerosas; las primeras ciudades de la colonia y sobre todo el Cabo, fueron los principales focos de las más violentas agitaciones; la conducta de las primeras autoridades, de funcionarios irreprochables, fué muy averiguada y calumniada; las tropas fueron incitadas a la insurrección, y los pérfidos agitadores de la ciudad del Cabo, no contentos con estos éxitos tan insignificantes, obtenidos en



el norte de la colonia, concibieron el sedicioso proyecto de dirigirse a Puerto Príncipe para reclutar allí partidarios y arrestar al intendente Marbois, administrador tan enérgico como ilustrado, a quien ellos consideraban como el mayor obstáculo a sus designios.

“Debe también colocarse entre los principales motivos de la desorganización de la colonia, la envidia de Inglaterra, cuya preponderancia marítima no dejaba nunca levantarse impunemente ninguna prosperidad colonial extraña a sus intereses.

“Independientemente de esas causas y para desgracia de la colonia, existía desde hacía mucho tiempo en París una reunión de hombres estimables, conocida con el nombre de *Sociedad de los amigos de los negros*. Esta sociedad, que había admitido en su seno hombres de color que residían en París, tendía, por todos los medios, a mejorar la suerte de los individuos, recientemente libres y de los esclavos; ella causa la primera explosión, favoreciendo la misión del mulato Ogé, cuyo espantoso suplicio fué tan cruelmente vengado.

“El decreto del 15 de mayo de 1791, que admitía que votaran con los blancos los hombres de color, hijos de padres y madres libres, hubiera podido proporcionar mucha calma; pero siempre el voto de la gran mayoría de los blancos de la colonia rechazaba absolutamente toda idea de concesión que se quisiera hacer sobre el estado político de los individuos. Desgraciadamente el gobernador de la colonia, el respetable Blanchelande, compartió esta opinión; se negó a hacer ejecutar el decreto y fué obligado por la asamblea provincial a manifestar su voluntad de ponerse a la cabeza de los blancos para rechazar las pretensiones o más bien las justas esperanzas de los hombres de color.

“Llamado a Francia, este valiente general fué arrastrado al cadalso. El se había escapado en Santo Domingo de mil peligros y sobre todo, a los furores de las tropas enviadas de Francia, las que asesinaron en Puerto Príncipe, el 2 de marzo de 1791, el mismo día de su desembarco, al intrépido Mauduit, coronel del regimiento de Puerto Príncipe, por haber tratado a los hom-



bres de color con demasiadas consideraciones y haber disuelto una reunión de revoltosos.

“El desprecio rencoroso de los blancos para los hombres de color; ese desprecio, la causa más activa de las desgracias de Santo Domingo, aumentaba de día en día, sobre todo después de la negativa hecha de poner en ejecución el decreto del 15 de mayo de 1791, y las diversas convenciones consentidas, sobre algunos puntos de la colonia, entre ellos y los blancos; los negros fueron, por fin, arrastrados a la insurrección. (coronel *Vincent*).

Algunas observaciones sobre la situación de Francia con relación a Santo Domingo en su estado actual

Hoy, Santo Domingo restablecido, Francia no podrá jamás ofrecerle una compensación satisfactoria por el sacrificio de hombres y dinero que será necesario hacer para volver a conquistarlo y establecer en él un orden tal que se pudiera garantizar el ejercicio de la autoridad de la metrópoli y hacer respetar las personas y sus propiedades.

(Estos motivos han debido, sin duda, decidir el reconocimiento en 1825 y la aceptación de la indemnización en favor de los desgraciados colonos expropiados).

“Está fuera de duda que la propiedad de Santo Domingo, sería, ahora, más onerosa que productiva y útil a Francia.

“Los cultivos son nulos y la tierra ha vuelto a tomar su aspecto rústico, agreste e inculto; —serán necesarios, pues, capitales inmensos para restablecer esta colonia; el sistema de las irrigaciones está destruído; las llanuras inundadas se han convertido en pantanos y una población europea no puede establecerse allí y multiplicarse.

“Abolida la trata, ¿dónde se encontrarán los brazos necesarios y los únicos capaces de trabajar en este suelo abrasador? Una conquista traería consigo el exterminio; sería necesario sacrificar ejércitos y tesoros, para acabar de someter, si acaso se puede, el pequeño número de negros que haya escapado a la destrucción.

“La idea sola de tal proyecto asusta la imaginación; Santo Domingo, hoy independiente, con los mares libres, todos sus puertos abiertos al comercio; de todas las potencias, Francia es



la que debe encontrar allí un gran interés y un gran provecho, resultado de los productos de su suelo y del rápido acrecentamiento de su industria. Desgraciadamente, aún se está lejos de un resultado tan favorable; pues, se puede decir esto con toda exactitud, esta población no quiere ya trabajar ni aún en su propio interés y Santo Domingo no produce nada.

“Jamás la ventaja de la independencia de esta colonia, se aproximará a la que procura a Inglaterra, la de los Estados Unidos: ya se sabe, una guerra ruinosa concluye, y ella recupera con los beneficios del comercio, una parte de los tesoros locamente prodigados, para retener colonos en la dependencia de la metrópoli.

“La cuestión no es diferente; los títulos de posesión no son, sin duda, mejor fundados que lo eran los de Inglaterra.

“El principio de la legitimidad no ha sido herido por esta gran concesión aconsejada por la prudencia. Ya era tiempo de reconocer para Santo Domingo una máxima generalmente muy bien conocida, aunque muy poco confesada, que las colonias no deben ser ambicionadas sino para el comercio y no para una onerosa e ilusoria propiedad.

“Ellas han costado siempre más que lo que han producido”.

(Mathieu Dumas)

He escrito los acontecimientos ocurridos en los seis años que pasé en Santo Domingo, bajo la impresión de mis recuerdos y también de los de algunos oficiales de esta guarnición; si yo me cito algunas veces, si el terrible yo, siempre desfavorable para un escritor, ha salido frecuentemente de mi pluma, es para dar una prueba de que yo hablo con toda certidumbre; es para aumentar la confianza que, me atrevo a decirlo, el lector me acordará, y para recordar mejor a mis camaradas lo que vimos juntos.

No puedo ni debo lisonjearme con que esta obra no tendrá sus detractores; pero como yo no sacrificaré jamás mi opinión a ninguna consideración, no espero ni quiero este sacrificio de nadie. Yo coloco, por encima de todo, a Francia, y la parte de prosperidad (IX) que ella ha perdido con el abandono forzoso de



Santo Domingo, y no me ocuparé de lo que la crítica pueda imputarme por motivos que se me atribuyan falsamente; nada me hará sacrificar la verdad; cuando yo la presente, será completamente desnuda. No pretendo, sin embargo, rechazar las observaciones ni la crítica, porque el error es cosa natural en el hombre. Este trabajo, muy imperfecto, sin duda alguna, podrá sin embargo, así lo espero, esclarecer la opinión sobre los principales personajes que han figurado en este gran escenario; trataré de juzgarlos de una manera completamente imparcial, evitando con el mismo cuidado, la lisonja exagerada y la crítica rencorosa, para permanecer sincero y verídico.



RECUERDOS HISTORICOS Y SUCINTOS DE LA PRIMERA CAMPAÑA

Preparativos de la Expedición Los preliminares de la paz con Inglaterra se habían interrumpido; hacia el final de 1801, los mares quedaron libres y Francia debió pensar en sus colonias, en Santo Domingo, sobre todo; esta tierra tan hermosa, tan rica, tan productiva, que encerraba cuantiosos tesoros en sus trescientas sesenta leguas de circuito.

Santo Domingo, situado en el archipiélago americano, poseía una gran población, era rico, industrial; realizaba un comercio inmenso con todas las partes de la América, era el verdadero depósito (9) de nuestra industria y se hacía nuestra verdadera escuela de marina.

Antes, pues, de la conclusión de la paz, que fué ratificada el 27 de marzo de 1802, una expedición preparada con el mayor secreto, en nuestros principales puertos de guerra, debía, en una fecha indicada, reunir sus fuerzas en el golfo de Gascuña, para formar la escuadra general, confiada a las órdenes del almirante Villaret-Joyeuse.

Brest contenía en su puerto la mayor parte de esas fuerzas navales, aumentada con la división española Gravina, traída de Cádiz, después de la expedición del almirante Brueix, en el Mediterráneo y que no había aún vuelto a hacerse a la mar.

Desde hacía quince días, la escuadra estaba lista a hacerse a la vela; la orden de partida había sido dada; los vientos eran favorables, y sin embargo, la escuadra continuaba en el puer-



to. ¿Quién pues, detenía la salida? Pues era una mujer! la señora esposa de Leclerc! Ella llegaría, según se aseguraba, traída en una silla de manos cargada a brazos!... Si el rey de Prusia, el gran Federico, hubiera existido entonces, hubiera echado pes-tes, como lo hacía en su tiempo contra el cotillón (10). En efecto, el cotillón tuvo a veces una peligrosa influencia en los negocios, y se puede por esta vez todavía, atribuirle la serie de des-gracias que vinieron a caer como consecuencia sobre nuestro ejército. Si entonces el primer Cónsul hubiera sabido que el re-tardo en hacerse a la vela era causado por su hermana, sin duda alguna que él no hubiera ordenado la partida sin ella; pero, si él llegó a saberlo, sería mucho más tarde.

Las circunstancias más fútiles en apariencia producen a menudo los más funestos resultados. ¿Qué sucedió pues por esos quince días de espera?

Las divisiones de los otros puertos salieron el día fijado y se hicieron a la vela para el golfo de Gascuña, que era el lugar de cita general convenido; las divisiones esperan algún tiempo; pero, por fin, cansadas de luchar contra un mar horrible y no sabiendo que resolver, singlaron hacia Santo Domingo. El almirante Latouche se detuvo todavía cuatro días en Belle-Isle; pero a su regreso, se dirigió a la colonia.

Este retardo fué causa de que una división naval se presentara en las costas de Santo Domingo, antes de la reunión de la escuadra que llevaba el ejército. El jefe de los negros, Toussaint-Louverture, adivinó los proyectos de Francia, proyectos que el secreto sólo podía hacer triunfar; y por eso pudo preparar sus dis-posiciones de resistencia.

Si, por el contrario, la reunión de la escuadra se hubiera efectuado en una de las islas del Viento, ella hubiera llegado a un mismo tiempo y sin disparar un tiro, hubiera efectuado un desembarco tanto más fácil, cuanto que nadie hubiera podido oponerse a ello; el efecto moral hubiera sido inmenso y Tous-saint Louverture, sorprendido inopinadamente, no hubiera po-dido sostener la guerra.



La escuadra de Brest leva anclas La Señora de Leclerc, causa de un retardo tan enojoso, llegó por fin y al día siguiente 23 frimario, año X (14 de diciembre 1801), la escuadra de Brest se hizo a la vela con un tiempo magnífico. La helada, que el sol iluminaba, transformaba el velameu de los buques en inmensas sábanas de plata.

El almirante Villaret-Joyeuse se dirigió primero al golfo de Gascaña; las otras divisiones habían salido ya desde hacía varios días; pero él lo ignoraba y los esperaba inútilmente a su vez. El golfo, siempre impetuoso, aún en la estación bonancible, lo estaba mucho más en pleno invierno, estación en que nos encontrábamos, y la escuadra encontró tiempos espantosos. Por otra parte, se presentó una niebla tan densa, que nada podía distinguirse a diez pasos de distancia y duró tres días y tres noches. Las órdenes no podían darse sino por medio del cañón. Cuando la niebla se disipó, las líneas estaban rotas. La escuadra dispersa perdió mucho tiempo en poder reunirse y pudo lograrlo con gran trabajo.

El buque el *Monte Blanco*, mandado por el contralmirante Magón de la Balue, corrió el mayor peligro; el *Océano*, de 120 cañones, buque marinerero de popa (11) del buque almirante se encontró en una maniobra ejecutada durante la noche, colocado en la popa del *Monte Blanco*, y si no es por un marinero, gaviero de mesana, que divisó la punta del bauprés, esta masa enorme le hubiera chocado por la popa! En este momento, con los másteleros bajos sin retirar el aparejo, sin velas y solamente con el foque y la vela grande de estay (*la pouillousse*) (12) se iban haciendo diez nudos por hora. El mar estaba tan grueso que en los movimientos de balanceo se veían las olas por sobre los mástiles inferiores.

Los gritos del gaviero ocasionaron una respuesta del *Océano*; éste lo dejó llegar, y el *Monte Blanco*, por su parte, orzó y el peligro fué conjurado en seguida. Es necesario ser marino para hacerse una idea de un buque de tres puentes, que va a desbaratar con su mole la popa de otro buque de 74 cañones. Indudablemente, lo hubiera partido en dos.



Por fin el orden de marcha se restableció y siete días después de su llegada, el almirante se decidió a ponerse en camino. El 22 de diciembre, el contralmirante Magón, que mandaba el *Monte Blanco*, uno de los mejores veleros, recibió órdenes de ir en exploración para tener noticias de las divisiones que no habían comparecido en el lugar de cita general; él desplegó todas las velas y muy pronto se le perdió de vista. Encontró prontamente los vientos alisios y por primera vez cruzó el trópico.

Como yo había entrado en servicio después del año 1800, era entonces grumete, después timonel. Yo podría hacer aquí una descripción pomposa del bautismo tropical, pero ya se han relatado tantas veces esas grotescas ceremonias, que me parece mejor abstenerme de ello. (13) Sin embargo, la tripulación tuvo un feliz resultado, pues recibió veinticinco luses. Entre las personas que tomaron una parte activa en la fiesta se encontraba la mayor parte de los oficiales del buque, el general de división Rochambeau y su estado mayor; el señor Luce, coronel, que mandaba el 5º de infantería ligera y todos sus oficiales; varias señoras, entre las que brillaba la bella Señora Lavalette (X) las que recibieron también el bautismo, pues en esta expedición las mujeres tenían también su lugar.

El buque que se había puesto al paio para esta ceremonia, emprendió de nuevo su marcha; se colocó entonces en el tope de cada uno de los palos mayores un vigía que debía recibir un Luis de oro, prometido por el contralmirante al primero que divisara la tierra o un buque. Ya se puede juzgar si el horizonte estaría examinado con cuidado; y también puede comprenderse la pena del que descendía de la vigía, sin haber visto nada.

Llegada a Santo Domingo Ambos vigías, al mismo tiempo, vieron la tierra. El grito de *tierra! tierra!* se oyó; después, casi al instante: *uno, dos, tres buques!*

Este grito tan dulce al oído del marino como el vagido de un primer recién nacido a los oídos de una madre, hizo surgir de los costados del buque toda su tripulación: el puente, los parapetos o empalmetados, todos los lugares donde podían colocarse las personas, muy pronto no pudieron ofrecer lugar a todos



los que acudieron a contemplar aquella tierra prometida, la que sin embargo, no podía verse todavía sino de lo alto de los mástiles. Tumultuosas aclamaciones la saludaron, a las que muy pronto siguió un profundo silencio, durante el cual cada uno buscaba la manera de adivinar una tierra que debía momentáneamente permitir descansar de los largos días de aquella penosa y dura travesía.

La primera tierra divisada fué La Granja, isleta de Monte Cristi, al frente de los Siete Hermanos, y que debe su nombre a su forma, que representa un techo. Un poco más allá se encontraban los buques de la división Latouche-Tréville. Al aproximarnos, una fragata vino a platicar y supimos que, hacía diez días que estaban allí, esperando la escuadra que no habían encontrado en el golfo de Gascuña ni en Belle-Isle.

El Señor Villaret-Joyeuse vino a agregársele algunos días después y toda la escuadra se encontró reunida el 29 de enero de 1802. Esta se componía de 22 buques, de los cuales uno tenía tres puentes, 19 fragatas y 9 transportes y avisos, formando un conjunto de 50 velas que conducían 13,500 hombres de desembarco

Más tarde se enviaron aún de Francia 8,400 hombres, lo que formó un efectivo de 21,900 combatientes. (Véase el estado en la página VIII).

Era necesario tomar disposiciones para el desembarco: en Santo Domingo no se podía practicarlo en un sólo punto; como en Egipto, era necesario hacerlo en cada puerto de las ciudades del litoral ocupadas por el ejército de Toussaint-Louverture, que había tenido tiempo de tomar sus medidas de primera defensa.

Toda la escuadra maniobró todavía durante cuatro días a la vista de Santo Domingo. Jamás un espectáculo más bello pudo contemplarse allí. Cincuenta naves cruzando en tres líneas distintas; masas inertes, pero que parecían sin embargo animarse para obedecer a la voluntad de un solo hombre! ¡Nunca pareció más grande el genio del hombre!

Al ponerse el sol, esas numerosas naves de doradas velas, se alejaban de tierra, rasando como un pájaro, una llanura azul,



sin ondas, tersa como la superficie de un lago y reflejando el azul del hermoso cielo de las colonias. Apenas este encantador espectáculo acabó de desaparecer con el día, cuando la noche ofrecía un cuadro no menos encantador... Los tres fanales de popa de cada buque parecían innumerables estrellas que brillaban en medio de las tinieblas. La sombra mezclándose con las masas que las llevaban, hacía que los ojos deslumbrados no vieran más que una iluminación móvil, resplandeciente de colores, que se balanceaba en el espacio. Era un fuego fátuto, pero repetido mil y mil veces, en las aguas fosforescentes, que dejaban detrás de la estela de los buques, como una larga cinta de plata!...

Sentado sobre el coronamiento o parte superior de la popa de mi buque, y olvidándome de que yo no era todavía sino un modesto aspirante de tercera clase (grado dado en el mar por el contralmirante Magon) mi imaginación corría, vagabunda, en ese cielo encantado!

Al amanecer, volvían los buques a acercarse a tierra, a esa tierra de Santo Domingo, que exhala, al salir el sol, mil perfumes, rico ramillete que se podía adivinar aún cuando no se viera.

Cincuentidos días de travesía o de mar redoblaban en todos el deseo de poder respirar, en sus tallos, esos deliciosos perfumes, que al compararlos con las emanaciones deletéreas de a bordo hacían más perceptible todavía. Cada uno suspiraba por la tierra: se sabía perfectamente que sería necesario combatir; pero, para los franceses, tener la libertad de acción, tener el movimiento, eso es una segunda vida.

La isla de Santo Domingo, llamada así durante tres siglos, fué descubierta por Colón, el 5 de diciembre de 1492, quien primeramente la bautizó con el nombre de Española; después de la declaración de su independendia, se le dió el nombre de Haití.

La isla de Haití, situada entre Puerto Rico, Cuba y Jamaica, cuenta próximamente ciento sesenta leguas de este a oeste y cuarenta leguas de norte a sur. Cuatro rios la bañan: el Neiba,



que corre al sur; el Yuna, al éste; el Yain (14) o Yaque al norte y el Artibonito, río principal, que se dirige al oeste.

Es en esta tierra donde el ejército iba a desembarcar.

Por la exposición de hechos escrita más arriba y examinando atentamente las fechas, se comprenderá que, si el almirante Villaret-Joyeuse no hubiera perdido quince días en Brest, hubiera encontrado las otras divisiones en el lugar indicado para la reunión general, para llegar al mismo tiempo frente a Santo Domingo, donde también se perdieron cinco días en dar a cada uno sus instrucciones y en determinar la dirección de cada división. Si, tal como lo he dicho, la escuadra se hubiera reconcentrado en la Martinica o en la Guadalupe, cada uno hubiera podido en seguida, teniendo indicada desde su salida la dirección, sorprender sin defensa a Toussaint-Louverture; se habría podido aprovechar del primer momento de estupefacción de los negros, y Santo Domingo sería de Francia, casi sin disparar un tiro.

Separación de la escuadra y desembarco El 6 de febrero de 1802 se efectuó el desembarco en Santo Domingo; cada general recibió sus órdenes y entró en campaña. El estado mayor estaba compuesto como sigue:

General en Jefe: Leclerc; Ordenador en Jefe: Daure; Generales de Divisiones Rochambeau, Desfourneaux, Boudet y Quentín; Generales de Brigada: Kerverseau, Brunet, Lamarque, Humbert, Salm, Ferrand y Sériziat; Comandantes Ayudantes Boyer, Claparède, Dampierre, Dornemans, Lacroix (Pamphile), Darbois, Andrieux, Deplanque, Lecamus, Brouard, Batteimoure y Rapatel; Comisarios de Guerra: Roch, Levrat (Louis) Bertrand y Colbert (Alphonse); Subinspectores de revistas: Rochelin, Gouguet, Mellenfant y Laséne.

Tales son aquellos cuyos nombres han venido a mi memoria. Muchos otros llegaron después; pero la epidemia se llevó tantos, que será necesario tener las nóminas de la guerra para poder citarlos.



Direcciones

* *

Leclerc, general en jefe en Cabo Francés y en Acul.

Magon de la Balue, en Fuerte Delfin, desembarco general.

Rochambeau, dirigiéndose al Cabo y de allí a Puerto Príncipe por tierra.

Humbert, a Puerto Príncipe, por mar.

Kerverseau, a Santo Domingo, por mar.

Boudet, a Puerto Príncipe, debiendo operar en el litoral.

Posiciones de los generales negros o mulatos

Toussaint-Louverture, general en jefe. En todas partes. (Su locomotividad era sorprendente).

Cristóbal, teniente-general, comandante del Cabo Francés.

Dessalines, teniente-general, en San Marcos.

Maurepas, teniente-general, en Puerto Príncipe, que el quemó y asesinó a los blancos.

Paul Louverture, en Santo Domingo. (parte española).

Capitán de Puerto en el Cabo

Sangos, mulato.

... Un parlamentario, que forzó la pasa bajo las balas rojas del fuerte Picolet, fué recibido en el Cabo. Se le ofreció al Capitán Sangos 55,000 francos para entrar la escuadra francesa en la rada, cuyo paso o canalizo es muy peligroso; pero él rehusó. En vano el almirante lo amenazó de muerte, pues él persistió en su negativa y nada pudo hacerle cambiar su resolución. Causó admiración la nobleza de su carácter y se le perdonó la vida.

Las primeras palabras fueron, pues, *amenazas de muerte*; eso prometía!... el carácter de este oficial hacía conocer con qué clase de hombres tendrían que tratar. Toussaint mandaba entonces una población de 400,000 almas, y eso era otros tantos enemigos que combatir.

Error fatal! los franceses miraban a esos hombres como salvajes, a quienes su sola presencia iba a someter y a ponerlos de



rodilla!... Ah! su perseverancia en la lucha, su resistencia valerosa, aniquilando la ciencia europea, probaron muy pronto lo contrario y se pudo, desde entonces, prever el fracaso que, más tarde determinó el abandono de la isla.

Y cuando se piensa que tantas desgracias se debían a la influencia de una mujer, no se puede más sino deplorar esa galantería francesa, mal entendida, a la cual se sacrificaba todo! Sin embargo, si hubo una época en que se pudo creer estar al abrigo de esa influencia, fué la del consulado, en la que Bonaparte pretendía *que la primera mujer del mundo era la que tuviera mayor número de hijos*.

Ciertamente, siempre hubiera sido necesario combatir, aunque se hubiera llegado de improviso; pero, entonces Toussaint, atacado inopinadamente, no hubiera tenido tiempo de organizar el incendio, de destruir como *treinta millones* de productos coloniales que estaban en almacén; la guerra lo hubiera ocupado en todas partes; la ciudad del Cabo y toda la población blanca de la isla se hubiera salvado.

Persecución de los negros

La división marítima perdió aún dos días frente al Cabo; se parlamentó y cuando, por fin el almirante Villaret-Joyeuse, el 6 de febrero, se decidió a afrontar las dificultades de la pasa (lo que hubiera debido hacer desde el día 3), toda la ciudad estaba incendiada; los polvorines volaban!... En medio, pues, de las llamas de esta ciudad, fué como la tropa debió abrirse paso, para llegar a la llanura del Cabo.

Esta hermosa llanura, de ocho leguas de longitud por cuatro de anchura, ofrecía también un vasto incendio: las casas, los campos de caña de azúcar ardían por todas partes. Aquello era al mismo tiempo un horrible y admirable espectáculo!... Ocho leguas de llamas! Un mar de fuego!... Este incendio destruyó completamente todos los barrios Morin, Petit-Anse, Terrière-Rouge, Limonada y el Trou. El general negro Cristóbal con sus tropas, evacuó el Cabo y ocupó las lomas; se le persiguió. Pero esta guerra nueva para nosotros; esta guerra en la que el enemigo no estaba visible nunca, derrotó a oficiales y soldados;



era una nueva escuela que hacer, pues ya no se entendía nada; y cuanto más se adelantaba, más se agravaban los peligros. Perdimos desde el comienzo mucha gente. El ejército de ellos, invisible, que no se podía encontrar, inalcanzable, se ocultaba en los montes o entre los matorrales y disparaban a tiro seguro contra nuestras masas compactas (XI) fué necesario, pues, limitarse a ocupar las ciudades, después de haber expulsado al enemigo.

Era necesario en seguida, establecerse, organizarse y decidir qué partido debía tomarse para llegar a un fin.

Sin embargo, Toussaint sostenía la campaña. Por lo tanto, era necesario ir a combatirlo. Nosotros comenzamos la guerra y debemos continuarla. Y qué guerra! Por parte de los negros, era una guerra a muerte!

Varias ciudades no tuvieron la suerte del Cabo Francés, capital de la isla, porque allí se entró sin parlamentar. De dos cosas una: ¿o se venía para tratar, o se quería hacer la guerra? ¿Por qué, entonces, proceder como se hizo frente al puerto del Cabo, mientras que las órdenes dadas a los generales eran de tomar posesión a viva fuerza?

Pero el general deseaba, sin duda, procurarse una hermosa residencia y por eso parlamentó. Si, por el contrario, los cuatro días que se pasaron en tentativas de arreglo, se hubieran aprovechado, Cristóbal no hubiera tenido tiempo de preparar el incendio y la ciudad se hubiera salvado. Parece como si un espíritu infernal presidiera la expedición por lo que todo nos debía fracasar.

El 14 de febrero de 1802, el contralmirante Magon de la Balue recibió como destino el fuerte Delfin; él debía apoderarse de él y desembarcar allí la división del general Rochambeau, que tenía la orden de dirigirse por tierra sobre el Cabo Francés.

*Toma de
Fort-Dauphin*

Tres buques de setenticuatro, una fragata y un brick llevaban la tropa. Si se piensa que desde el 5, nueve días habían transcurrido, antes que las órdenes se hubieran dado, habrá la necesidad de reconocer que el general en jefe, dió pruebas, en esta circunstancia, de poca habilidad; pues, aunque no hubiera tenido



sus instrucciones al dejar a Francia (y ya se sabe lo contrario) él podía, durante su larga travesía, establecer su plan de ataque, con el fin de no tener más que conseguir, inmediatamente, la reunión de sus fuerzas. Eso era el *a b c* de la profesión, y sin embargo, después de su llegada, más de una semana le fué necesaria para preparar sus planes.

Algunos detalles son necesarios aquí relativos al fuerte Delfin y sus anexidades. El fuerte Delfin, construido sobre una roca casi triangular, forma una península cuya garganta está cortada por un foso y presenta la figura de una bota. Se adelanta en la bahía de modo que podía verse desde la garganta, para la cual se convierte en un punto de perspectiva. El fuerte de San José es un simple recinto, que tiene tres bastiones a los lados de la escarpa; el caballero Maurepas, colocado en el bastión de este nombre, tiene excelentes subterráneos, bajo la plataforma; y hace frente a la bahía. La entrada de la garganta, ofrece justamente el espacio necesario para dar paso a un buque de línea, y está defendida por un fuerte llamado la Bouque y por una batería más lejana, designada con el nombre de *batería de Lance*. Entre esas dos fortificaciones hay un aljibe que contiene 300 barricas de agua, para el uso de las guarniciones.

La desembocadura del río Rochers y sus alrededores protege eficazmente la bahía, por medio de sus fuegos cruzados con los de un fuerte nombrado San Federico, del que ella no está sino a 800 toesas, y el cual nunca fué concluído. Todos esos fuertes y baterías datan de 1756.

La ciudad, que es la segunda de la parte del norte, recibe sus habitantes del pueblo de Bayajá. Está situada en el fondo de la bahía, a lo largo de la orilla y ocupa una superficie de 400 toesas de largo, del noroeste al sureste y de casi 300 toesas de ancho, del nordeste al suroeste. Está situada a 400 toesas de la entrada del fuerte. Se cuentan en ella doce calles, partiendo de la orilla del mar, dirigiéndose al interior y siete que cortan esas mismas calles en ángulo recto; ellas tienen 50 piés de anchura, con excepción de la calle principal que tiene 60. Todas esas calles están adornadas con árboles.



El Fuerte Delfin tenía 114 casas bastante bonitas, la mayor parte construídas de mampostería, pero todas de un sólo piso; el interior de ellas es fresco, porque el sitio que ocupan es espacioso, de modo que pueda haber galerías por donde el aire circula libremente. La anchura de las calles las defiende de la acción del sol y por consiguiente, de un calor ardiente, cuyo efecto es más soportable todavía que el de las fuertes brisas que levantan en el aire torbellinos de polvo. Allí existe una sola plaza pública, la cual tiene una fuente que costó la enorme suma de 1,333,330 libras, 6 centavos y 8 dineros, y que, sin embargo de haber sido construída en 1787, dejó de dar agua un año después.

El Ford Dauphin está a doce leguas del Cabo y siete del Acul Samedi. La población de la parroquia era de 700 blancos, 600 libertos y 9,000 esclavos.

La marina militar encontró allí una gran resistencia. Era sinó imposible, por lo menos muy peligroso intentar la entrada a viva fuerza, sin haber tomado los fuertes y las baterías. En efecto, era bastante que una nave se hundiera en la pasa, para obstruirla; el rodeo que se hubiera estado entonces obligado a hacer para entrar por tierra en la ciudad hubiera exigido demasiado tiempo. Por otra parte, el enemigo ocupaba los fuertes; era necesario desalojarlo, y en la rada solo podía operarse fructuosamente el desembarco.

Magon de la Balue se separó de la escuadra y fondeó su división en la bahía de Manzanillo, a una legua del fuerte Labouc. En la noche, dos batallones del 5º ligero fueron desembarcados, con dos piezas de campaña. Tenían orden de llegar, al amanecer, al fuerte y tomarlo.

De Lachatré, jefe de escuadrón, y primer edecán del general Rochambeau, mandaba esta columna, bajo las órdenes del general Brunet, que se había puesto a la cabeza de la vanguardia. El pabellón tricolor, al flotar sobre el fuerte, debía indicar su toma y servir de señal para que la división naval levantara anclas y se hiciera a la vela.

Desde a bordo de nuestros buques y con la ayuda de anteojos de larga vista, pudimos observar todas las fases del ataque.



Este fué serio; la guarnición negra combatió vigorosamente para defender el primer recinto; pero, por fin, los nuestros lo tomaron. Más allá existía un reducto, con fosos, de donde salía un fuego continuo, que defendía los aproches; —solamente por medio de un asalto se podía tomar; pero, sin brecha, sin escalas, la cosa era difícil, y, en todo caso, era necesario sacrificar mucha gente. Hubo un momento de vacilación entre nuestros soldados; de Lachâtre, entonces, temeroso de que ellos retrocedieran, cual un nuevo Condé, arrojó su sombrero en el foso y gritó: “*A mí, amigos míos! quien quiera vencer, que me siga!*” Y se lanzó el primero; los soldados, animados con su ejemplo, se precipitan siguiendo sus pasos. Por fin, gracias a las fragosidades de la roca en que el foso estaba abierto, se llegó sin grandes pérdidas a la muralla; el escalamiento se efectuó y la guarnición, prisionera, fué pasada a cuchillo. Inmediatamente los buques vieron flotar en los aires nuestra victoriosa bandera; pero el valiente de Lachâtre había pagado con su vida este glorioso hecho de armas. El foso en que se había lanzado el primero fué su tumba. Sin embargo, él tuvo, como le ha dicho el cantor de nuestras glorias:

La dicha de morir en un día de victoria.

Magon se hizo en seguida a la vela y se dirigió a la entrada de la rada.

El fuerte de Labouc estaba tomado, pero el enemigo tenía todavía la gran batería de Lance. Rodeado con una muralla, con fosos y puente levadizo del lado que daba el frente a la tierra, no estaba, defendido por su artillería sino del lado del mar; se llevaron las dos piezas de campaña, las que batieron vigorosamente el puente levadizo; este cayó a tierra, los zapadores iban a derribar la puerta, cuando un hombre la abrió.

El sargento del 5º ligero Era un sargento... Siento mucho haber olvidado su nombre... Era uno de esos hombres a quien nada resiste y que no encuentran nada imposible. Ya él había ganado un fusil de honor, como recompensa a su bravura, el que fué más tarde reemplazado por una cruz y una cinta.



¿Cómo se encontraba allí? Los artilleros negros, desmoralizados con la toma del fuerte Labouc; viéndose rodeados de tropas victoriosas, divisando la escuadra que llegaba a la pasa, perdieron toda su energía; nuestro sargento, con la ayuda de sus manos y de su bayoneta, el fusil en bandolera, pudo, pues, escalar la muralla sin ser notado. Llegado a lo alto de la muralla, gritó: “A mí, camaradas!” y saltando a la batería, corrió a la puerta, que ya retumbaba con los golpes del hacha.

Tanto valor y audacia espantaron a los negros; ellos no podían creer que un hombre se hubiera atrevido a arriesgarse, solo, en medio de tantos enemigos; pensaron que otros le seguían; el pánico los embargó y los negros se escaparon por todos lados y se arrojaron casi todos al mar, donde fueron fusilados, antes de haber podido alcanzar la otra orilla de la pasa.

Las manos del bravo sargento estaban desgarradas; las uñas: arrancadas, pero él parecía no hacer caso de eso; y a su general que le preguntó: “¿Cómo te hiciste para subir hasta ahí?” él respondió sencillamente: “Ah! mi general, es porque el enemigo estaba allí!” Cuántos hombres semejantes en nuestro ejércitos! Esos dos hechos de armas emplearon cuatro horas próximamente y nos costaron 150 hombres, de los cuales 12 fueron muertos o murieron a consecuencia de sus heridas y 108 heridos y entraron en el hospital.

Entrada de la División Naval

La división naval había entrado en la pasa en el momento en que los últimos tiros de fusil se disparaban desde la batería sobre los negros que nadaban. Los cinco buques que la formaban, con velas desplegadas, el bauprés sobre la popa, semejaban no formar sino uno solo, de tal manera que se hubiera podido circular fácilmente de uno a otro hasta llegar al último. El silencio más grande reinaba a bordo; solamente se oía el pito de mando; cada cual estaba en su puesto, pues faltaba por tomar el fuerte grande, donde no se observaba ningún movimiento. Contraste sorprendente, con la agitación tumultuosa de nuestros soldados vencedores, que acudían a la orilla, saludando sus barcos con los gritos de: *Viva la república!*



Los soldados habían cumplido su misión; faltaba ahora que las naves tomaran el fuerte San José y en seguida se apoderaran de la ciudad. A penas estuvieron a medio tiro de cañón, cuando tuvieron que sufrir un fuego muy nutrido; pero muy pronto y por medio de una hábil maniobra, el fuerte fué rodeado; los buques lanzaron sobre él, al llegar, toda una andanada y en seguida otra del lado opuesto, en el momento de fondear. Durante este tiempo, las chalupas echadas al mar, recibían la tropa; destracaron prontamente y se dirigieron en seguida hacia el fuerte, al que nuestros cañones habían hecho callar los suyos.

A la vista de una fuerza tan imponente, la guarnición emprendió la fuga hacia la ciudad, más allá de la cual no se dejó de hacer descargas de artillería que apuntaban lo más alto posible.

Algunos instantes después, el puerto y la ciudad estaban en nuestro poder.

El ataque fué tan pronto y tan bien dirigido; nuestros tiros sobre la ciudad y aún más lejos, fueron tan bien combinados, que los negros no pudieron incendiarla completamente; fuimos bastante dichosos para salvar una parte. Como la ciudad estaba construída toda de madera, hubiera sido enteramente destruída; pero el comandante negro, del 1er. regimiento, a pesar de sus fracasos sucesivos, se creyó bastante fuerte para resistir en la plaza; él perdió tiempo y cuando quiso destruirla era ya demasiado tarde; y tuvo que huir con su tropa desmoralizada. Una columna de los nuestros fué enviada en su persecución.

La división Rochembeau, que había desembarcado, ocupó el Fuerte Delfin, y el 27 de febrero, siguió camino para el Cabo Francés y después para Puerto Príncipe. Esta división, que formaba el ala izquierda del ejército, debía atravesar toda la isla; tenía orden, en su movimiento, de atacar a Toussaint, que había tomado su posición central en la habitación Ennery, a treinta leguas del Cabo. Como había salido del este, debía apoyar la división Boudet, que venía del oeste y esas dos columnas reunidas tenían orden de apoyar la división Hardy, que llegaba del norte. Esta combinación estaba muy bien concebida; pero fué



burlada por Toussaint, quien la hizo abortar retirándose al río del Estero, donde se atrincheró con 1,500 granaderos de su guardia. Rochambeau lo atacó, lo derrotó y le mató 800 negros.

Toma del Fuerte Santa Susana Después de la salida de la división de infantería, la guarnición del Fuerte Delfín, demasiado débil, fué aumentada con compañías de marinos que, no solamente guardaban la ciudad, sino también fueron empleados en atacar el interior del territorio.

He dicho ya que yo era entonces aspirante de marina (guarda marina); formé, pues, parte de una de esas compañías. Muy pronto se nos envió al distrito del *Acul-Samedi*, donde había un reducto llamado Santa Susana, ocupado por el enemigo. Era una simple obra de tierra, en la cual sólo pudieron hacer una descarga con sus cañones, y que fué tomada por asalto. Yo no tuve el honor de entrar; un casco de metralla me había hecho pedazos la pierna derecha; me condujeron al hospital, donde no tendré más que sufrir, y curarme, si eso era posible.

La división naval se reunió en el Cabo; Magon de la Balue, amigo de mi familia y mi protector, que mandaba las fuerzas de tierra y de mar en el Fuerte Delfin, al verme imposibilitado para navegar, por el momento, me sacó de la marina y me enganché en el ejército de tierra. Durante mi curación pasaron muchas cosas; se verificaron varios combates; uno de los más importantes fué el de la Crête-a-Pierrot; (15) la jornada fué sangrienta, pero no asistí a ella y no quiero hablar sino de las cosas que ví.

En los meses de marzo y abril de 1802, éramos dueños de las ciudades del litoral, pero eso era todo. El interior era necesario atacarlo; el ejército de Toussaint, que lo ocupaba con sus negros, no cesaba de hostigar a nuestras guarniciones; toda la ciencia militar europea fracasaba delante de este negro, este pretendido salvaje.

Desde el principio, el general Leclerc creyó que la fuerza sola le daría la victoria y la obtuvo efectivamente por todas partes donde masas enteras ensayaron luchar contra nuestras fuer-



zas; pero en los asuntos de detalle, Toussaint tenía siempre la ventaja.

A la llegada del ejército, se había celebrado un consejo compuesto de blancos y de colonos agricultores. Sin duda todos los que formaron parte de ese consejo no tenían otras miras sino el interés de Francia; se emitió la opinión de tratar con Toussaint; pero, tratar con un negro, un bandido, no parecía digno. Por otra parte, los generales franceses no pedían más que la guerra. Este último partido triunfó. Y por lo tanto siguió la guerra y se combatió por todas partes. Muy pronto los éxitos a medias que se obtenían, enérgicamente disputados, probaron que se habían extraviado en un mal camino. Fué necesario volver a ideas de transacción con Toussaint. ¿Era tiempo todavía? Este hombre nos juzgaba mejor que nosotros lo juzgábamos a él. Sin embargo, Toussaint se rindió; varios generales suyos siguieron su ejemplo; pero existía entre ellos una segunda intención.

La Conducta de Toussaint en la habitación Ennery; su correspondencia interceptada, dieron lugar a su embarco para Francia. Lo que hizo, sobre todo adoptar esta decisión, fué la esperanza de que alejando al jefe sería fácil acabar con los otros. Pero fué lo contrario lo que sucedió; cuando el 13 de octubre de 1802, los generales Clairvaux, Cristóbal y Paul Louverture, hermano de Toussaint, supieron el destierro de su jefe, pensaron que les estaba reservada la misma suerte; su resolución fué tomada prontamente y, a pesar de su promesa, volvieron a tomar las armas.

Esos mismos hombres, sin embargo, habían venido al Cabo, para pedir la deportación de Toussaint, cuyos proyectos denunciaron. Se les creyó sinceros; no comprendieron que ellos sólo buscaban un pretexto para desembarazarse de él, a fin de hacerse jefes a su vez.

La fiebre amarilla Grandes desgracias comenzaban a abrumar al ejército francés: la fiebre amarilla se había declarado y la guerra había vuelto a empezar con Inglaterra; ellos juzgaron el momento oportuno, emprendieron la fuga y volvie-



ron para combatirnos, más feroces aún que la primera vez. Todo se puso nuevamente en combustión.

Leclerc había intentado todo para llegar a conseguir la pacificación tan deseada; pero ya era demasiado tarde y él reconoció su falta. El pesar que experimentó por su fracaso, disminuyó sus fuerzas: fué consumiéndose poco a poco y por fin se vió acometido por la fiebre amarilla de la cual murió poco después. (16) Leclerc dejó todo sin resolver. Qué perspectiva! Una guerra de exterminio! Aquello era la muerte bajo todas las formas, que sabían inventar los salvajes! . . .

El 24 de vendimiario, año XI (16 de octubre de 1802) los negros atacaron, durante la noche el fuerte Delfin; se combatía por todas partes; en la ciudad y en el fuerte, nuestro último refugio; pero fué imposible a un puñado de hombres resistir contra fuerzas tan superiores; en la noche siguiente, fué necesario evacuar. Entonces no había en la rada sino un sólo bergantín de la marina militar, el que recibió a su bordo toda la gente que pudo caber; se embarcaron habitantes, mujeres, heridos que estaban en el hospital: yo era de ese número y no pude llegar allí sino con ayuda de muletas. Todos corrieron a los botes, bajo las balas enemigas y era necesario caminar entre el agua para llegar a ellos; en un instante, fueron de tal manera cargadas, que ya les fué imposible dejar la orilla y algunas hasta zozobraron y más de un valiente encontró entre las olas el fin de sus infortunios. En cuanto a mí, pude llegar sano y salvo y ese baño forzado parece que contribuyó poderosamente a cicatrizar mi herida.

¡Qué espectáculo, durante esta fuga nocturna, donde se estaba obligado a guardar el más profundo silencio, para no indicar al enemigo el lugar en que el embarco se efectuaba, bajo los muros del fuerte! Al mismo tiempo los negros forzaban las puertas; afortunadamente, cuando entraron, todo el mundo se había salvado. El bergantín que nos había sustraído al furor y al cuchillo de los negros, se hizo a la vela la misma noche.

Al siguiente día, 17, entramos en el puerto del Cabo, el que estaba bloqueado. La fiebre amarilla había llegado a su período culminante! Los hospitales completamente llenos, no te-



nían más lugar para los enfermos! Todos aquellos desgraciados, los blancos mismos, yacían extendidos a lo largo de las paredes de los hospicios, esperando que un muerto les diera lugar, para venir, a su vez a morir en aquel lecho que no se había enfriado todavía.

Tal era el lúgubre cuadro que ofrecían los hospitales de la Providencia, de los Padres y de las dos sucursales que podían contener de 2,800 a 3,000 enfermos.

El día 15 los negros hicieron un ataque muy serio al Cabo, pero sin ningún éxito.

Sin embargo, la posición del ejército se hacía cada vez más crítica; cada día tenía su combate, y el que no era alcanzado por las balas enemigas, era arrebatado por la fiebre, cruel enfermedad, que segaba igualmente a los miembros del ejército y a los habitantes. A nadie perdonaba! . . .

El erario estaba agotado; se atendía al pago de las tropas por medio de azúcar y de café, requerido de los comerciantes, quienes volvían a comprar esos productos a vil precio a los desgraciados oficiales y soldados. La penuria alcanzó muy pronto a todo el mundo.

Por otra parte las pérdidas de hombres, sucesivamente experimentadas obligaron a crear una milicia, en la cual todos fueron enrolados, aún los marinos mercantes, quienes, al primer redoble de tambor tocado en tierra, debían desembarcar de sus buques para venir a combatir.

El ejército negro encerraba la guarnición cada día más por medio de un bloqueo bien ordenado, y solamente en cuerpo era como podían salir al campo para ir a buscar caña de azúcar.

Muerte del general Leclerc Así, en medio de esas enojosas circunstancias, fué como transcurrió el mes de octubre. Por fin, la enfermedad del general Leclerc no dejó más esperanza y murió en la noche del primero al dos de noviembre de 1802. El mando general tocó de derecho a Rochambeau, (17) que ocupaba a Puerto Príncipe; el general de brigada Clausel, que, durante la enfermedad del general en jefe, mandaba el Cabo, conservó el mando hasta la llegada del nuevo titular.



Rochambeau llegó a esta ciudad el 3 de noviembre, y el primer acto de su autoridad fué ordenar la nueva captura del Fort Dauphin, medida muy inútil y que no tendía sino a diseminar nuestras fuerzas, tan necesarias en el Cabo, que estaba cercado por el ejército negro. Sin embargo, el general Clausel, a quien fué confiada esta misión, se apoderó de la ciudad el 1º de diciembre de 1802 y dejó el mando de ella al general Quiñán. Allí, como en el Cabo, la guarnición fué sin cesar hostigada por los negros establecidos en un lugar llamado *Le Borgne*; (El Tuerto); la comunicación por tierra fué interceptada y todas las comunicaciones debieron hacerse por mar. La audacia de los negros, se aumentaba en razón de nuestra debilidad, y llegaron hasta el pie de las obras de tierra que fortificaban la ciudad, para fusilar a nuestros centinelas.

El señor Bégúé, capitán de gendarmería, uno de esos hombres a quienes el valor les hace todo posible, partió del Cabo el 5 de febrero de 1803, encargado de comunicaciones para el general Ferrand, en Monte Cristi; después de mil peligros consiguió llegar a cumplir su misión. En este viaje tan arriesgado, había sido acompañado por el comisario de guerra Froidevaux, quien se quedó allí y formó parte de la guarnición.

El 14 de marzo del mismo año, dos buques del Havre desembarcaron 609 hombres de la 110ª media-brigada, que se enviaron sobre Dajabón y Ouanaminthe, para relevar allí la 170ª que debía volver al Cabo.

Fué entonces cuando el señor Bégúé salió en misión cerca del general en jefe: realizó su regreso por mar; pero, perseguido por el enemigo fué obligado a arribar a Fort Dauphin. Su buque llevaba convalescientes de diversos cuerpos, enviados a Monte Cristi. Llegó allí el 3 de abril y tomó inmediatamente el mando de la compañía de gendarmería de Santiago de los Caballeros, compuesta en parte de jóvenes españoles.

El día 4, una carta del general Quentin, comunicó al general Ferrand que los negros habían entrado, por sorpresa, en Fort Dauphin, y que se lo habían llevado todo, hasta los caba-



llos del general. Un mulato llamado Etienne Albert, nos había traicionado y había facilitado la toma de la ciudad. Afortunadamente los granaderos de la 86ª media-brigada, que habían salido del fuerte San José, los habían rechazado de las calles, las que dejaron cubiertas de cadáveres. En el combate, el general Quentin salvó la vida por su edecán, que lo protegió con su cuerpo y recibió seis sablazos en la cabeza. Se apresaron seis hombres de color en el momento en que se pasaban al enemigo, fueron juzgados inmediatamente y fusilados en Fort-Dauphin. El día 7 de abril el general Ferrand transportó su cuartel general a Santiago de los Caballeros, pero continuó ocupando a Monte Cristi.

La muerte, que hería por todas partes, aclaraba principalmente las filas de la 70ª media-brigada; se debió, pues, reforzar las guarniciones de Dajabón y de Ouanaminthe; Bégué fué encargado de conducir allí ciento sesenta hombres. Consiguió cumplir su misión en medio de los mayores peligros. Entró felizmente en Monte Cristi el 13 de junio y allí supo que Inglaterra había declarado la guerra.

Del 29 de junio al 8 de octubre, los negros no cesaron de atacarnos, de viva fuerza o por medio de la astucia. El 7, el comandante ayudante Dumont, que había reemplazado al general Quentin, fué atraído a una emboscada por un tal Lesforie, jefe de los revoltosos. Este había, con el fin de excitar su confianza, devuelto sanos y salvos cinco o seis blancos que él había hecho prisioneros algunos días antes; él proponía establecer un mercado en las afueras de la ciudad y declaraba que, si el comandante Dumont no quería consentir en eso, tomaría por asalto el Fort Dauphin; agregando que los ingleses le habían ofrecido apoyarlos y les darían los medios de atacarlos por mar. El demasiado confiado Dumont salió de la ciudad con un jefe de batallón y dos oficiales, para dirigirse al lugar indicado para la conferencia. Este lugar estaba al alcance de los cañones de la plaza; pero el astuto Lesforie, con el pretexto de escoger un emplazamiento conveniente, alejó poco a poco estos oficiales; algunos hombres emboscados, cayeron de repente sobre ellos: sujetos y



bien amarrados, aún antes de haberse puesto en estado de defensa, fueron conducidos al cuartel general. Después de esta hazaña, Lesforie hizo requerir al comandante de la plaza, el señor Corvinus, de que se rindiera inmediatamente, prometiendo él *únicamente* la vida a los habitantes.

El oficial francés, considerando que la situación no podía sostenerse, se reconcentró al Fuerte San José. Al mismo tiempo, los habitantes negros y mulatos de la ciudad se apoderaron de toda la artillería. La retirada fué tan precipitada que todos perdieron sus baúles y demás efectos.

El mando del fuerte Labouc, había sido confiado al valiente Bégué, que se había hecho notar por su valor y el talento que había desplegado en las misiones que le habían sido encomendadas; pero no le pusieron a sus órdenes más que un refuerzo de diez hombres. Bégué envió un parlamentario a los buques ingleses que estaban de crucero, para pedir pasaje para la guarnición a bordo de uno de sus buques para ir al Cabo; pero no obtuvo sino una negativa. Corvinus ordenó entonces a Bégué que no rindiera el fuerte y que combatiera hasta el último extremo.

El 8 el enemigo atacó el fuerte San José, queriéndolo tomar por asalto. Se presentó con fuerzas numerosas; pero el fuego del fuerte y el de la corbeta les infligieron pérdidas inmensas, y tuvo que detenerse.

Durante ese tiempo, un navío y dos fragatas inglesas vinieron a atacar el fuerte Labouc, que no tenía para defenderse del lado del mar sino dos piezas de veinticuatro y una de ocho del lado de tierra. Con algunas andanadas las dos piezas quedaron desmontadas y el espaldón no ofrecía ya sino una sola cañonera! Durante tres horas, Bégué sostuvo el rudo fuego de la marina! Por otro lado los negros llegaban por tierra. La guarnición, de la cual sólo la cuarta parte estaba en estado de combatir, no pudo prolongar su defensa; Bégué entonces capituló con los ingleses, que convinieron en conducirlos a Monte Cristi; pero, según su noble costumbre, estos fueron infieles a su palabra y algunos



días después que Bégúé se confió a la buena fe británica, se le desembarcó bajo el fuerte Picolet.

Sin embargo, el fracaso del ataque del fuerte San José animó al enemigo, que poco después vino a combatir con más encarnizamiento todavía. El comandante Corvinus luchaba como un héroe; pero, por fin, viendo a los buques ingleses entrar en la bahía, comprendió que toda resistencia resultaría inútil y envió como parlamentario a un jefe de batallón de artillería, a quien dió plenos poderes para capitular.

La cooperación de los ingleses con nuestros enemigos no era ya un misterio y ellos mismos hicieron ver al capitán Bégúé, durante el tiempo que estuvo a bordo el *comodoro* (18) John Blight, una gran cantidad de armas y de municiones destinadas para los negros, que ellos debían cambiar por café.

A seguidas de la capitulación del Fuerte Dauphin, el comodoro inglés entregó a los negros toda la artillería de la plaza y, además, dos goletas capturadas en la rada, y como el capitán Bégúé pareció manifestar algún asombro: “Yo entrego estos cañones a los negros que están en Borgne, dijo él, porque muy pronto harán fuego sobre el Cabo, donde yo espero que nos encontraremos muy pronto. Ya no hay más víveres en el Cabo, porque he rechazado todos los buques que han intentado entrar; cojo todos los barcos costaneros de la parte española; desde hace ocho días la parte del sur de la isla nos pertenece; Jeremie ha capitulado; nosotros no queremos a Santo Domingo, pues tenemos bastante con nuestras colonias; pero muy pronto, gracias a nuestra ayuda, toda la isla será de los negros”.

Muy afortunadamente, y yo me he complacido siempre en reconocerlo, todos los ingleses no profesaban, ni siquiera entonces, tal animosidad contra nosotros.

El próximo 10 de abril, el edecán comandante Dumont y sus oficiales, fueron conducidos a bordo por un teniente inglés, después de haber estado detenidos en la habitación Dillancourt, donde habían vivido con cuatro plátanos por día. Así, pues, el Fuerte Delfín fué evacuado por segunda vez y esta expedición, que había costado tanta sangre, resultó inútil.



El mismo señor Bégué, que reside hoy en el Havre, es quien me ha referido estos hechos. Testigo presencial de todos esos asuntos, él, mejor que otro cualquiera, pudo obtener estos detalles.

Sin embargo, Rochambeau hubiera podido todavía salvar el ejército y reparar muchas faltas. ¿Qué causas, pues se lo impidieron?

Parece como si esta colonia hubiera estado destinada a no tener sino verdugos; blancos y negros la sacrificaban a su turno. La pluma se resiste a trazar el cuadro de horrores que ensangrentaron su desgraciado suelo!

Rochambeau, para poder hacer frente a los gastos, emitió letras de cambio contra el tesoro público, por una suma de cuarentidos millones; se impusieron contribuciones de plata a los comerciantes, esperando la negociación de las letras: la necesidad era la ley! Durante ese tiempo se arrancaba el último centavo a pobres arruinados, quienes, además, pagaban con su persona yendo frente al enemigo; y se les pagaba con el papel, que estaban obligados a enviar a Francia para obtener el reembolso efectivo.

Por otra parte, Francia no era entonces bastante rica para saldar inmediatamente; se consultó al primer cónsul quien respondió: “Es necesario esperar las cartas de aviso y conocer la negociación. El tesoro es propietario; *él tiene sus derechos y debe tener su mercado*. Esas letras de cambio no están aceptadas; por lo tanto no son pagaderas y no serán pagadas”.

Un agente del tesoro fué enviado a Santo Domingo, con el encargo de verificar la caja del pagador general, y de comprobar cuantas letras de cambio habían sido emitidas; por qué autoridades y en cuáles formas; cuántos habían sido negociadas y con cuáles condiciones?

Si por entrega real?

Si sin entrega efectiva?

Si para pagar una deuda legítima?

Si por negociaciones simuladas?



Once millones que no estaban todavía en circulación fueron anulados, y se recogieron informes sobre las otras emisiones de letras.

Aquellas cuyo valor íntegro había sido recibido fueron pagadas, con los intereses desde el día del vencimiento hasta el día del pago; otras, que habían sido emitidas sin valor efectivo fueron argüidas de falsedad (las letras de cambio, que indicaban: *por dinero recibido*). Pero, sin embargo, fueron sometidas a un severo examen, aunque el expediente indicaba que nada se había entregado. Eso era dar a la justicia la prueba de que el gobierno debía a acreedores legítimos. (Exposición de la situación política de la república hecha por el primer Cónsul Bonaparte, al cuerpo legislativo, el 25 nivoso, año XII (16 de enero 1804).

Se necesitaba dinero; y yo me pregunto todavía hoy para qué? No era seguramente para pagar los sueldos, puesto que eso se hacía en productos coloniales. Se establecieron impuestos a la ciudad del Cabo.

Fué a consecuencia de este impuesto de dinero que una gran injusticia se hizo; ¿qué digo yo injusticia? Eso fué un crimen, un verdadero asesinato! drama sangriento, cometido a la faz del sol y que quedó impune! . . . El señor Foedon, empresario de los transportes militares y que formaba parte del ejército, fué no obstante eso, sometido a impuesto como comerciante (su hermano hacía el comercio y estaba con él en el Cabo) y tasado en 10,000 pesos fuertes. El estaba muy lejos de tener semejante suma en caja y no pudo ofrecer sino letras de cambio sobre el tesoro, resultado de varios pagos que le habían sido hechos por el gobierno, en letras emitidas por Rochambeau. Esas letras fueron rechazadas! . . . Era dinero efectivo lo que se necesitaba! “He aquí mis llaves, decía; registrad, yo no tengo ni veinte pesos en efectivo! . . . Fué arrestado y conducido a la cárcel! . . .

Toda negativa de obediencia debía castigarse con la muerte! Un déspota había surgido! . . . Una suma tan fuerte no podía reunirse en un instante; sin embargo, era necesario salvar a Foedon! Su hermano llamó en todas las cajas, casi vacías, pero que



se abrían todavía para salvar la vida a un hombre. Ah! él no pudo reunir, en toda la ciudad del Cabo, sino 5,000 pesos. El día había transcurrido! . . . El día siguiente, el pobre hermano corrió, como a las diez de la mañana, a casa del comandante de la plaza, para pedir la libertad del preso, llevando en oro sus 5,000 pesos; solicitó el favor de que le disminuyeran algo, ofreciendo una fianza; pero encontró a aquel monstruo frente a un espejo ocupado en ponerse el cuello; y cuando el desgraciado Foedon le hubo presentado su oro, precio de la vida de su hermano, el general, sin volver la cara, respondió: “Bien, bien, coloque eso ahí! Ya es muy tarde; vuestro hermano está ya fusilado!” “Aturdido, aterrorizado, Foedon se tambalea; pero de repente recupera su energía y se dirige corriendo hacia la cárcel, para asegurarse de que el comandante no lo había engañado e interceder por él si era tiempo todavía, con el general Rochambeau. Pero, ay! el miserable había dicho la verdad! . . .

Foedon, sacado de su prisión, había sido conducido al cementerio de Bel-air, que está sobre uno de los cerros que sirven de defensa a la ciudad. Era necesario, para llegar allí, atravesar una sabana muy grande, cortada por un río. Hasta entonces el desgraciado prisionero había conservado alguna confianza; pero cuando llegó allí perdió toda esperanza y entregó su reloj y sus prendas a su escolta, a aquellos mismos que, momentos después, iban a darle muerte! Y ni una palabra, ni siquiera una queja salió de su boca!

En cuanto a mí, que lo había acompañado hasta el río, no me encontré con valor de ir más allá; y lo dejé. . . Desde la falda del cerro donde me había retirado, oí la descarga que hería al desgraciado! Así; por un poco de oro, se asesinaba a un hombre, a un francés! y el asesino era un comandante de la plaza llamado Nétervoode; un verdadero tigre, un resto del 93 que había dado a sus satélites la orden de matar a un inocente. Afortunadamente para nosotros, ese monstruo no era francés. ¿De dónde era, pues? ¿de qué lugar venía? Nadie lo sabía. El no era, por otra parte, sino el instrumento de un jefe, que creía, con esas atrocidades comunicar el terror y poder gobernar con ayuda de esos medios.



Y esta orden había parecido tan inícua a aquellos mismos encargados de ejecutarla, que Foedon fué conducido al cementerio, lugar de su suplicio, por las calles más apartadas y solitarias de la ciudad. Se sabía perfectamente que, si lo hubieran pasado por el centro de la Ciudad, la exasperación hubiera sido tal, que los esbirros se hubieran visto arrebatarse su presa.

Horror! Mientras que un hermano corría, como un loco, por las calles del Cabo, pidiendo gracia para su hermano, el monstruo que había ordenado el crimen, se ocupaba de su tocado frente a un espejo, impasible y tranquilo!

En vano Rochambeau pretendía que él no había dado esa orden sino para intimidar y que no creyó nunca que se la hubiera ejecutado sin prevenirlo; como quiera que hubiera sido, Foedon murió asesinado y esta muerte sola sería bastante para empañar la reputación del general en jefe.

Y eso no era sin embargo, sino el preludio de los horrores que tuvieron lugar después; y estos no fueron menos indignos del nombre francés, aunque las víctimas no fuesen sino los negros. Fusilamientos, anegadas, (19) ahorcamientos, autos de fe, víctimas que se entregaban a los perros para que las devoraran, tales fueron los medios que se creyó deber emplear para someter el país. Y todo eso sin interrupción, en menos de un mes; pues estábamos en noviembre de 1803 y la capitulación del Cabo se verificó el 1º de diciembre.

Muy pronto llegó su turno a los negros para vengarse. Después de nuestra salida, todos los blancos que quedaron fueron degollados; y las atrocidades que habían cometido allí eran suficientes para legitimar esas venganzas.

Ahogamientos de los negros Había, en la guarnición del Cabo, algunos batallones negros, cuyas filas se aclaraban todos los días a causa de las desertión. Esto hacía concebir temores; por otro lado, despedirlos hubiera sido aumentar aún más el número de nuestros enemigos; entonces se pretextó una expedición y se les embarcó; los buques se hicieron a la vela y apenas llegados a alta mar, cada un hombre fué lanzado al agua con una bala de cañón encadenada, que previamente se



había tenido la precaución de amarrar a los pies de las víctimas. Es necesario haber sido personalmente testigo de semejantes atrocidades para creerlas!

A pesar de esta precaución, se vió (horrible espectáculo!) los cadáveres flotar en la rada del Cabo y esos cadáveres parecían blancos. (20) La razón es, sin embargo, fácil de comprender. En la raza negra, el tejido celular es negro, mientras que en los blancos es rosado; la piel es, pues, la misma cosa en las dos razas. Ahora bien, el agua tiene la propiedad de descolorar los tejidos y por eso quita el negro a unos y el rosado a otros; entonces los cuerpos, cualquiera que hubiera sido su color primitivo, se convierten igualmente en blancos y en verdes, después de pasar algún tiempo en el agua.

Las tentativas de desertión (pues todos los negros no llegan a reunirse con los enemigos) dan lugar a numerosos arrestos. La cárcel estaba siempre llena, cuando era necesario hacer lugar, se empleaba el medio expeditivo de que se habían servido con respecto a los batallones. Un día, un amigo mio, Antonio Leclerc, al cual su piel *morena* (21) le daba mucha semejanza con un hombre de color, y que era literato, tuvo la ocurrencia de componer un *vaudeville* (22) contra una bonita mujer, querida de Rochambeau. Se podrá juzgar fácilmente cuál sería la cólera del jefe, cuando lo hizo poner en la cárcel. Sin embargo, en el momento en que debió creer que el largo tiempo que había permanecido en la cárcel, hubiera podido apaciguar la cólera de Rochambeau, se vió cogido y transportado a bordo del buque que servía para ahogar a los desgraciados negros e iba a perecer cuando hizo un signo masónico. El capitán lo vió y detuvo la ejecución, con lo que pudo salvar la vida a un hermano. Leclerc fué a acabar sus días en la Habana.

Entrega de un negro a los perros

Con el pretexto de descubrir y sorprender las emboscadas, grande y único recurso de los negros en su guerra, se crearon dos compañías de perros de Terranova, traídos de la Habana: se les nombró un Capitán y tuvieron también sus oficiales; y sin embargo, el círculo en el cual podían maniobrar no se extendía más



allá de un radio de dos leguas. El proyecto, no por eso dejó de ponerse en ejecución; y para acostumbrar bien a esos perros (de los cuales se quería hacer cazadores de vanguardia) al *gusto* y al *husmo* de la carne del negro, fué decidido que se les echaría un negro para que lo devoraran!

Y como si este crimen no hubiera sido bastante atroz, la calumnia propagó que se había escogido para eso un criado del general Pierre Boyer. Pero el hecho es falso; yo puedo asegurarlo por mi honor; el negro fué cogido de entre los presos de la cárcel.

Yo desearía poder echar un velo espeso sobre todos los horrores que tuvieron lugar a continuación; pero, como fiel historiador, he querido deducir las causas que han contribuído a hacernos perder a Santo Domingo y he debido remontarme a buscar el origen del odio de los negros, odio que nos obligó a abandonar nuestra bella posesión, mucho más que todo lo que se pretendía atribuir a la fatalidad. En fin, he querido probar que estas causas fueron el hecho de algunos individuos y que no pueden ser, sin injusticia atribuídas al ejército, que, como siempre, no sabía más que batirse.

En la habitación Charier, situada en el alto del Cabo (*Haut du Cap*) se preparó una palestra. Allí, un negro desnudo, con las manos atadas a la espalda, esperaba la muerte que cuatro parejas de perros iban a darle. Muy pronto, esos animales, excitados, fueron sueltos y entonces se precipitaron con rabia sobre su presa! Destrozado, hecho pedazos, el negro cae! Todo se desvanece ante este horrible espectáculo; cuando de repente los perros se detienen, forman un círculo alrededor de la víctima, se levantan sobre sus patas delanteras y empiezan a ladrar. El propósito había fallado: se sabe, en efecto, que esos animales proceden así cuando el temor los domina. Testigos de eso, los combates de toros.

Se hubiera creído que la falta de éxito había desarmado a los verdugos; pero eso sería conocer muy poco a los monstruos que presidían tales atrocidades! Se hizo en seguida levantar al negro todo cubierto de mordidas; se le desató las manos, se le ar-



mó con un látigo, y después, empujado, con la bayoneta en los riñones, se le hizo atacar a los perros para hacerse devorar por ellos. Entonces un grito general de horror resonó en los aires. Los perros, más humanos que los hombres, retrocedieron y huyeron, aullando. La experiencia bárbara fué reconocida como impracticable y se la abandonó por fin. La víctima fué llevada al hospital. . . Se le hizo gracia de la vida!

Ahorcamientos. Se vuelve ahora a los ahorcamientos.

Lo negros se reúnen para bailar; esas reuniones inspiraron sospechas a los tiranos. Los negros comenzaban por un baile llamado *Chica* y terminaban con el *Vaudou* (23). Este baile es desde su comienzo bastante serio; pero poco a poco los bailadores de uno y de otro sexo se animan; desgarran sus vestidos y cuando llegan a concluir, están completamente desnudos. Aquello es el delirio! el furor! la pasión que devora! el placer que ruge! la voluptuosidad que se retuerce dando gritos! A menudo esos desgraciados caen, echando espuma por la boca como epilépticos, chorreando sudor, el cuerpo estremeciéndose y saltando sobre sí mismo por la contracción de los músculos. Y es allí donde se pensó que los negros tramaban la pérdida de los blancos y preludiaban los asesinatos. El rey y la reina de este baile fueron detenidos, y, con el fin de que no se pudiera ignorar el hecho los ahorcaron con sus vestidos de rey y de reina.

Con tales hombres, un verdugo era de absoluta necesidad y sin embargo no había ninguno en el ejército, al menos, titularmente. Un negro tuvo este empleo y esto lo debió a su sagacidad. Había sido conducido a la horca junto con un mulato y le dijeron: “El de vosotros dos que ahorque al otro, será el verdugo”. Júzguese de la situación de aquellos dos hombres que se repetían sin cesar: “Hermano, tu no harás nada a mi; yo no soy capaz de matarte a ti”. Varias veces se había repetido ya la misma frase, cuando el capitán de la gendarmería, oficial negro, impaciente, exclamó: “Vamos, vamos, acabemos ya!” El negro entonces esperó la contestación del mulato, y cuando éste hubo repetido una vez más las mismas palabras, respondió el negro: “Pues bien, yo voy a ahorcar a ti! sube la escalera! . . .” Y así fué



como quedó siendo verdugo! Se llamaba Tombaret. El capitán negro era un hombre precioso para el gobierno de entonces: fino, activo, siempre alerta, no había cosa que no descubriera: llevaba la astucia hasta forrar los cascos de su caballo, para que no lo sintieran cuando se aproximara.

Todos esos crímenes inútiles no produjeron ningún cambio en la manera de ser de nuestros enemigos. Los más fieles, aquellos que la dulzura tardía del general Leclerc nos había conservado, se sublevaron a su vez; se fugaron de la ciudad y la parte de los campos de que podíamos gozar todavía nos fué impedida: grandes masas de negros bloquearon el Cabo a un tiro de cañón.

Se ensayó un nuevo suplicio, que, según decían debía perfeccionar la intimidación.

Tres negros desertores fueron capturados en el momento en que acababan de incendiar una casa; ellos habían, además, destripado a una mujer encinta, y arrancado, con sacatrapos, los ojos de algunos de nuestros soldados. Fueron condenados a ser quemados vivos.

Auto de fe de tres negros En la plaza San Luis, en el Cabo, en el ángulo derecho de la fuente, se preparó una hoguera que se cubrió bien con bagazos (residuo de la caña de azúcar después de pasada por el molino); tres postes formando triángulo y guarnecidos de argollas en toda su longitud, recibieron a los tres negros, colocados espalda con espalda y dando el frente al pueblo.

Se puso fuego en el centro; el fuego alcanzó prontamente a dos de los condenados que se encontraban a sotavento. En menos de dos minutos sus cuerpos se hincharon, la piel se rajó, la grasa, destilaba de la carne y alimentaba más el fuego que las devoraba! Los brazos y las piernas se contrajeron, y, después de algunos gritos espantosos, sus bocas echaban una espuma blanca y después unos sonidos cavernosos salieron de su pecho!... y todo había concluído!...

Un silencio de muerte reinaba en la multitud que contemplaba por primera vez un suplicio semejante. Sin embargo, el tercer negro, de dieciocho años de edad, había sido preservado de



la acción de las llamas; él no podía ver a sus camaradas, pero oía sus gritos; ese espectáculo, lejos de intimidarlo, lo exaltó y exclamó en lengua criolla: “*Zautes, pas connait mourir; guettez comment yo mourir!*... (Vosotros no sabéis morir, mirad como se muere)” y, con un esfuerzo sobrenatural, volviendo el cuello en la argolla, da el frente a su poste, se sentó, colocó las piernas en el fuego y se deja quemar, inmóvil, sin manifestar ningún dolor, sin dejar oír el menor gemido, sin proferir el menor grito!

Yo estaba allí, espectador de la muerte heroica de aquel desgraciado, más grande que *Mucio Escévola*. (24) El héroe romano quemó la mano que había engañado su venganza; el negro entregó a las llamas su cuerpo entero para hacer ver a sus enemigos como él sabía morir.

He ahí los hombres que teníamos que combatir!

¿Debe uno admirarse, después de esto, de los bárbaros tratamientos que los negros hicieron sufrir a los blancos que se quedaron en la colonia después de la salida del ejército, aunque esos blancos eran, sin embargo, inocentes? Los negros estaban declarados libres, pero sentían todavía el hierro rojo de la estampilla, que les dejaba en el pecho una cicatriz en la que se leía el nombre del amo; ellos recordaban el primer signo de su esclavitud y debieron arriesgarlo todo para sustraerse a la servidumbre; fueron lo que nosotros los habíamos hecho.

Libertad de los esclavos Sin duda que la emancipación de los esclavos fué un pensamiento muy grande, muy filantrópico; pero niego su aplicación posible en las colonias.

Sin negros, no habría colonias; sin esclavitud, no habría trabajo, o el que se obtendría del negro libre sería casi nulo.

Perezosos por naturaleza, el negro deja a la mujer todo lo que exige algún trabajo y sólo se ocupa en cazar. Son amigos del placer y saben vivir con muy poco, y la naturaleza, tan pródiga en esos afortunados climas, les suministra, sin trabajo, todo lo necesario para su existencia, se debe, pues, creer que una vez libre, volverá muy pronto al estado salvaje. Pero, se objetará, el trabajo del hombre libre vale más que el del esclavo.



Entre los europeos, admito eso, porque entonces, es el trabajo del hombre el que razona sobre su posición; pero eso no será nunca igual con los negros. Tal vez algunos, favorecidos por la naturaleza, y en los cuales la instrucción habrá desarrollado las necesidades, llegarían a este resultado; pero las masas, perezosas, no se entregarán jamás al trabajo, sino por la fuerza. Toussaint, que les había hecho abrir los ojos en nombre de la libertad, se vió sin embargo obligado a exigir a sus regimientos que trabajaran.

Cuando se proclamó la libertad, estuvieron tranquilos al principio y después dirigieron las miradas a su alrededor ¿qué vieron? Propiedades sin dueño, pues la mayor parte de éstos vivían en Europa; campos cubiertos de cosechas; casas, productos, sacos de oro y de plata, y se dijeron: “Estas riquezas no se agotarán nunca; ¿por qué hay necesidad de trabajar?. Trabajar, eso es cosa para los esclavos y nosotros somos libres”.

Cincuenta años transcurrieron muy pronto desde que esa raza recibió su libertad; después de pocos años ella la pagó; ¿pero dónde está? ¿Se creará por eso que su suerte ha mejorado? ¿Qué fin útil ha alcanzado? Hoy, el negro a quien se le pide que trabaje responde: “Yo soy libre y no tengo necesidad de trabajar!”.

Es imposible volver a un pasado ya muy lejos de nosotros; pasado que es la pérdida de las colonias y que debe conducirlos nuevamente al estado salvaje. ¿Quién puede decir a dónde conducirá el sistema que los ingleses han adoptado en 1833? (XII) ¿Quién puede prever, si un día, esos negros asalariados, llegarían a encontrarse fuertes y serían capaces de degollar a todos los blancos, de los que ya no tendrían más necesidad?

La libertad de los esclavos! tal es el gran problema del día; problema que lleva la alarma a nuestras colonias. Reconozco mi inferioridad e incompetencia para resolverlo. Solamente diré: estos ardientes filántropos que quieren al hombre libre, sin importarles su color, lo quieren, sin duda ninguna, para su bienestar, para que ellos y sus familias sean dichosos; pero han obtenido ellos este propósito?



Que se calcule los productos que da hoy Jamaica y las otras colonias inglesas; que se examine bien lo que produce Santo Domingo, donde reina la libertad en toda su desverguenza y desfrenado y se verá si este país tiende o no a entrar en su primitiva barbarie!

Por otra parte, que se compare la antigua suerte de los negros con la de nuestros paisanos cultivadores, y se verá también, que la diferencia estaría en favor de los negros, y que muchos blancos se considerarían muy dichosos aceptándola en cambio de la miseria que los abruma.

Eliminad esta estúpida calificación: *Esclavitud!* Despojadla de las crueldades inútiles que marcarán su aprendizaje; abolid sobre todo, esta marca odiosa de la estampa con hierro candente que rebaja al ser humano al estado de las bestias; borrad del código de la humanidad la palabra infamante de esclavo; buscad otra palabra, y puesto que se necesitan negros para las colonias, alquiladlos pero no los compreis!

¿Qué era y qué es todavía el negro en la hacienda, entre las manos de un amo? ¿Un ser precioso, a cuya conservación están ligados los más grandes intereses, puesto que, por él, se consiguen los productos y como consecuencia llega el bienestar y la fortuna? Su vida animal estaba siempre asegurada; él tenía, además, todos los goces de la familia; se le entregaba un poco de tierra para que la cultivara en provecho suyo. En verdad, esta tierra volvía, a su muerte, a poder del dueño; pero; ¿qué importa? puesto que la suerte de su familia estaba asegurada como la suya! Lo que era un bien para él, eran sus legumbres, sus gallinas, su puerco, sus frutos, productos de su trabajo durante los días concedidos por ese amo bárbaro, y que serían más considerables todavía, si la pereza inherente a esa raza, no le hubiera a menudo impedido entregarse a otros trabajos que les hubieran proporcionado el bienestar.

Si la hacienda estaba situada cerca de una ciudad o de un pueblo, el negro llevaba sus cosechas al mercado; el beneficio era para él, y a menudo este dinero servía para rescatarse, para comprar su libertad!



Pero, se dice que se le obliga al trabajo. ¿Quién no trabaja aquí en esta tierra? Y este trabajo tan cacareado, ¿qué es para el negro africano o criollo? ¿En qué es más penoso que el de nuestros labradores? Ese trabajo, el negro lo ejecuta cantando los estribillos que él mismo compone y la azada que remueve la tierra cae y se levanta al compás de la cadencia. Trabajar como un negro es un axioma falso. El trabajador negro no estaba sobrecargado de trabajo; jamás nadie trabajaba menos que él, aunque fuera en su propio interés, y si este hombre caía enfermo, las puertas de un hospital se abrían también para él.

Que él era azotado, metido en el cepo, en el calabozo; eso es verdad y eso es cruel. Desgraciadamente, en todas las naturalezas humanas, existen perezosos que deben ser castigados, y es muy particularmente en los negros que ese defecto se señala más. Sin embargo, el número de esos hombres a quienes se castigaba no era tan considerable ni tan general como han querido hacerlo creer. Había haciendas en las que jamás se dió un latigazo y si alguna vez, los castigos pasaban los límites, eran casos excepcionales: esto era más bien culpa del administrador o del gerente de la hacienda, quien, en ausencia del amo, a menudo en Europa, forzaba el trabajo para crearse una fortunita a expensas del propietario.

Seguramente, algunos colonos eran crueles; pero eso no era la regla general. Por otra parte, se les podía castigar, dictando leyes severas, las que se aplicarían rigurosamente, sin distinción de calidad ni de jerarquía, para ordenar la suerte de los negros, dulcificando su posición, sin quitar sin embargo, nada a la autoridad del amo o del *jefe*, si la primera palabra suena mal en algunos oídos.

Es necesario haber vivido en las colonias, en las haciendas, en las ciudades mismas, para conocer bien a los negros. Se protestaría mucho menos contra el castigo del látigo, si se supiera que el látigo es el único medio de hacer obedecer a este ser que, cuando llega a ser libre, sea por la generosidad de su amo, sea por haber comprado su libertad, si llega a tener un negro de su



propiedad (cosa muy frecuente) él mismo usa ese correctivo, aun cuando personalmente no hubiera sido azotado.

Comparemos la suerte de nuestros cultivadores, de nuestros hombres de campo, con la del negro esclavo.

El jornalero riega diariamente la tierra con su sudor; ¿qué tiene él que le pertenezca? Nada, o muy poca cosa. Sin cesar atormentado por la necesidad de alimentar a su familia, da su trabajo a un amo por un módico salario que le basta escasamente para vivir. ¿Cae enfermo? pues se muere de miseria. Y sería muy dichoso si tiene la suerte de ser admitido en un hospicio.

Si posee un pedacito de tierra, el impuesto comienza por quitarle una parte del fruto de su trabajo, y si su módico producto no alcanza para alimentarlo, lo más a menudo languidece y muere de miseria en su cabaña. Pero, él es libre!... Ah! todo lo que le rodea prueba la falsedad de esta palabra: él es esclavo de todo y de todos! El negro, por el contrario, vive sin ningún cuidado; trabaja y no teme que su familia muera de miseria; por medio de su industria, puede hasta procurarse algunos goces que no conocerán jamás nuestros desgraciados cultivadores. Sí; yo lo digo con toda la sinceridad de mi alma, y después de haber estudiado el asunto: vale más cien veces, ser cultivador *negro*, que cultivador blanco.

Esta digresión nos ha parecido útil, en presencia de las teorías que han surgido desde hace algunos años; pero, de las cuales se comprenderá muy tarde que la aplicación era desastrosa.

Volvamos a nuestro tema:

El cabo Francés El Cabo Francés, capital de Saint-Domingue, es una bellísima ciudad, construída de piedras. Contiene una población de dieciocho a veinte mil almas. Entre sus monumentos se nota el palacio del gobernador, el arsenal y los hospitales. Posée un hermoso puerto y una rada en la que pueden fondear grandes escuadras.

Construída a orillas de esta rada, y arrimada a una cadena de montañas llamadas *Morros* (mornes) está dominada por toda esta parte de tierra que va descendiendo hasta la punta llamada *Haut du Cap*, (Alto del Cabo) al pié del cual corre el riachuelo



del mismo nombre, que viene de la llanura. Entre esa punta y el último montecillo, se sigue el camino real que conduce al interior de la isla.

La ciudad, atravesada por calles anchas empedradas, cortadas en ángulo recto, paralelas y perpendiculares a la rada, y circunvalada por un cinturón de verdura, ofrece una vista deliciosa.

El puerto o rada está defendido por algunos arrecifes a la izquierda de su entrada y por algunos fuertes a su derecha. El primero, es el de *Picolet*, construido en la roca, con tres pisos de batería: bajo este fuerte están obligados a pasar los buques, a un cuarto de tiro de los cañones.

El segundo, llamado *fuerte de San José*, es menos importante; pero no por eso es menos formidable, porque cañonean oblicuamente toda la pasa.

Es necesario tener una gran audacia para forzar la entrada, pues los buques corren allí el peligro de ser echados a pique, o de experimentar tales averías que no podrían ya intentar nada contra la ciudad, pues, los fuertes cañonean la entrada de frente y oblicuamente.

Después del fuerte San José está el arsenal; después la ciudad que se desarrolla completamente en el espacio comprendido entre el mar y los cerros. En ese puerto es donde hubiera sido necesario que el Almirante Villaret-Joyeuse fondeara su escuadra; pero, cosa inconcebible, él no tenía un piloto del lugar. El peligro que había que correr hacía necesario el envío de un parlamentario; esos titubeos emplearon tiempo, durante el cual seis mil hombres desembarcaron en Limbé, que está en la costa. Por fin, se decidió hacer lo que debiera haberse ejecutado desde el primer día, y la escuadra pasó la entrada. Pero esos retardos habían sido aprovechados por el enemigo; Cristóbal, el general negro, durante esos cuatro días había preparado el incendio que comenzó en el momento de nuestra entrada.

Todo ardía a la vez! El polvorín del arsenal hizo explosión; sin embargo, el arsenal fué preservado por casualidad. Ese monumento, construido, cuando el reinado de Luis XIV, ostentaba aún sobre sus puertas y ventanas las L. L., (25) monograma



del gran rey. Fué, pues, en medio de las llamas como nuestros soldados se apoderaron de la ciudad, la que atravesaron a paso de carga. Algunas casas solamente, de esta ciudad tan rica se salvaron del incendio; todo el resto fué consumido. La industria francesa reparó el desastre tanto como fué posible; pero era necesario tiempo para reconstruir lo que las llamas habían devorado en un instante. Se alojaron bajo colgadizos establecidos en los patios, a todo el largo de las paredes calcinadas por el fuego y que a cada momento amenazaban con desplomarse. En efecto, el menor choque podía derribarlo todo y si el temblor de tierra del 7 de mayo de 1842 hizo de esta ciudad un inmenso escombro, puede asegurarse que esa destrucción tan completa se debió a aquel incendio que había despojado las paredes, sobre las que re reconstruyó después, una gran parte de su solidez.

Los edificios del Estado, el palacio de gobierno, los cuarteles y los hospitales, fueron los primeros establecimientos que se pusieron en estado de ser habitados.

Defensa del Cabo por el general Clausel En cuanto a mí, yo llegué al Cabo Francés el 17 de octubre de 1802. El general Clausel mandaba en el Cabo. Era joven, ardiente, buen militar, instruído, y estuvo, en esas críticas circunstancias, en condiciones de desplegar los talentos de que la naturaleza lo había dotado. Defender el Cabo era una ruda tarea! y esta defensa pudo contarse como una bella página en su vida tan gloriosa!

La posición, efectivamente, era horrorosa. Un ejército negro rodeaba la ciudad y defendía los alrededores; no teníamos para oponérsele sino una parte de nuestro ejército, parte muy débil, desmoralizada, casi acabada por la epidemia; es verdad que la abnegación no faltaba, pero sí faltaban los medios de resistir y aguantar las enfermedades y la penuria que diezaban diariamente a nuestros soldados!

Sin embargo, se estableció un sistema de *blocaos* (Block hous) (26) que comunicaban todos los cerros que defendían el Cabo; se levantaron reductos en todos los lugares en que la necesidad obligaba a hacerlo. Las avanzadas estaban a más de



una legua de esta ciudad, en una hacienda que estaba a orillas del camino real; se construyó un poco hacia atrás un blocao con dos pisos de baterías, que protegían el hospital de los Padres, algunas de cuyas construcciones unían la derecha con el cerro de *Bel-Air*, también fortificado.

Todo el mundo se reunió en el peligro común! Una guerra a muerte se había declarado y el más cobarde encontró valor; pero la milicia del Cabo, supo hacerse notar entre todos! Ella estuvo admirable de valentía, en todas las ocasiones en que hubo de ponerse a prueba.

Sin embargo, la fiebre amarilla, continuaba haciendo estragos; día por día se veían caer centenares de soldados; ni los oficiales ni los habitantes mismos escapaban a esta plaga.

Tal era el estado de la ciudad. En el exterior, millares de negros, astutos, intrépidos, fuertes por nuestros desastres, nos tenían, por decirlo así, con el cuchillo en la garganta. Del lado del mar el comodoro inglés bloqueaba el puerto. ¿Quién nos salvaría? Los ingleses, seguramente; pero, era necesario capitular y todavía teníamos recursos.

Dije más arriba que yo había sido admitido en un hospital para curarme de una herida. Como diez empleados no eran suficientes para llevar el registro de las partidas de defunción, se me encargó ayudar en este trabajo. Por fin, cansado del horrible espectáculo que se renovaba sin cesar, a mi vista, con el alma entristecida por el aspecto de tantos cadáveres, tomé la resolución de abandonar semejante lugar, y fuí a presentarme al director de las fortificaciones, quien me admitió con el grado de guardian delineante de las fortificaciones.

Allí, volví a la vida; ya no tenía constantemente la muerte delante de los ojos y un trabajo activo me hizo recuperar muy pronto toda mi energía.

Fué así como tomé parte en los trabajos de defensa. Yo dibujaba los blocaos y los hacía armar y establecer; y muchas veces el general Chausel, en las visitas que hacía a los trabajos tuvo la bondad de alentarme; y hasta tuve la suerte de ser distinguido por él. Largo tiempo después, en 1812, volvimos a encontrarnos



en España y me agregó a su estado mayor. Yo era entonces capitán.

Fué en esta época cuando algunos jefes bajo sus órdenes lo engañaron y abusaron de su severidad, para ejercer sus crueldades contra los negros. He desarrollado el cuadro de todas estas infamias. Qué la vergüenza caiga sobre ellos; sobre ellos solos, pues sólo ellos fueron los culpables.

Ataque del Cabo y de los hospitales de los Padres La avanzada del Haut du Cap (el Alto del Cabo) estaba bajo las órdenes del general Claparède. Allí, los negros, valiéndose de todas las astucias imaginables para hostigar y sorprender nuestros puestos, llegaron a mostrar una audacia que crecía en razón de nuestra debilidad. En efecto, ellos conocían nuestras pérdidas diarias y casi siempre los volquetes (27) de los cadáveres, llevados al cementerio, eran la señal de un nuevo ataque. Los negros enemigos nos gritaban: *Zautes, blancs; vous va tous mourir.* (Vosotros, blancos, vais a morir todos).

Una noche, valiéndose de una de sus astucias favoritas, se deslizaron entre las yerbas, atravesaron por entre nuestras vanguardias y llegaron hasta el hospital de los Padres. Ese edificio, construído enteramente de madera, contenía entonces 1,600 enfermos; los negros le pusieron fuego después de haber degollado a todos los desgraciados que contenía.

El señor Casalot, su director, y su hijo, ocupaban la casa principal, construída de piedra; el piso bajo contenía también enfermos. Al oír los gritos de las víctimas, atrincheraron las escaleras y las puertas que conducían al primer piso, y así fortificados, con los fusiles y las municiones de los soldados, pudieron defenderse bastante tiempo, hasta que pudieron venir en su socorro. El valiente director fué salvado; pero quedó medio loco con esta sorpresa. ¡Qué espectáculo, cuando el día llegó para alumbrar esta carnicería y este incendio! Pero, qué hombres también, aquellos negros! cómo combaten y cómo mueren!

Es necesario haber estado en la guerra contra ellos para conocer su audacia, su valor irreflexivo para afrontar el peligro, cuando no tienen el recurso de la astucia. He visto marchar so-



bre un reducto, a una columna cerrada, descalabrada por la metralla de cuatro piezas de artillería y no dar un paso atrás! Mientras más caían, más aumentaba el valor de los otros; avanzaban cantando, pues el negro canta siempre, y componen cantos con cualquier motivo. Era entonces el canto de los bravos; hélo aquí: “*Grenadiers, a l’assaut! Ca qui mourir zaffaire a yo, gn’ y a point papá, gn’ y a pas maman! Grenadiers a l’assaut! ça qui mourir zaffaire a yo...* (Granaderos, al asalto! los que mueran, desgraciados de ellos; no tenemos papá, ni tenemos mamá! Granaderos al asalto, los que morirán, peor para ellos!..) Este canto vaía tanto como todas nuestras canciones republicanas.

Tres veces aquellos valientes, con el arma al brazo, avanzaron sin disparar un tiro; y cada vez fueron rechazados y no abandonaron el campo sino después de haber sembrado la explanada con las tres cuartas partes de sus hombres.

Es necesario haber contemplado esa impávida bravura, para darse una idea de lo que era aquello. Esos cantos lanzados a los aires, por dos mil voces unísonas, cuyo canon formaba la base, producían un efecto sorprendente; sólo el valor francés podía resistir a eso. A la verdad, unos anchos fosos, una artillería excelente y perfectos soldados nos daban una gran ventaja; pero lo que contribuía a estimular el valor de cada uno, era que no había gracia que esperar del vencedor. Sin embargo no se perdió ni un sólo hombre en el reducto, pues el enemigo no disparó.

Durante largo tiempo, esta masa cerrada, negra, que marchaba hacia la muerte cantando, iluminada por un sol magnífico, estuvo presente en mi pensamiento, y todavía hoy, después de más de cuarenta años, ese cuadro imponente y grandioso se presenta tan vivo en mi imaginación como en los primeros días.

Esos ataques, a menudo reiterados, causaban grandes pérdidas a los negros; pero qué les importaba; ellos tenían mucho que perder, mientras que nosotros!..

La penuria llegaba a grandes pasos. Se ensayó el merodeo, con lo cual sólo se consiguieron algunas cañas de azúcar. Los víveres, tales como los ñames y las batatas se habían concluído;



sólo quedaba todavía en almacén harina suficiente a lo más para quince días.

Las cañas acuáticas, parecidas a la cañas de azúcar, dan un agua azucarada algo nutritiva, pero se desechaba la parte esponjosa; pues bien, ese residuo era recogido por los desgraciados hambrientos y se lo comían.

Ningún socorro podía llegar por la vía marítima; los ingleses estaban allí y nos bloqueaban. Es verdad que teníamos en el puerto dos o tres fragatas y algunos buques pequeños del Estado; pero ¿qué podían hacer esas débiles fuerzas contra toda una división naval?

Así era como en tierra teníamos que combatir un enemigo numeroso; en la ciudad la fiebre amarilla, el hambre y la muerte.

Y por fin, del lado del mar estábamos bloqueados por la flota inglesa.

Sin embargo, la epidemia seguía siempre siendo más intensa; el ejército, destruido en gran parte, iba a estar falto de medicamentos; en cuatro meses solamente, de 58,545 hombres sólo quedaban 8,275, y de este número, 3,000 estaban enfermos en los hospitales. 50270 hombres habían, pues, muerto en el espacio de ciento veinte días. 1,000 hombres quedaban todavía, y formaban las guarniciones de Monte Cristi y de Santo Domingo. Entonces no era ya por vencer sino solamente por el honor de la bandera, por lo que se batían todavía.

Diez buques de guerra cruzaban frente a Santo Domingo; la guerra, *sin haber sido declarada*, había sorprendido a tres fragatas en el puerto del Cabo; aquello era, sin embargo, nuestro único medio de salvación, pero esas fragatas no podían llevar los restos del ejército. Sería correr a una pérdida segura intentar aquella lucha desigual; capitular con los negros era imposible: sería correr al encuentro del cuchillo.

¿Qué podía hacer entonces Rochambeau, con sus soldados enfermos, faltos de todo, contra un ejército que vivía en la abundancia, y al cual los ingleses lo proveían de todo lo que le era necesario?



Un solo recurso le quedaba y era el de abrirse paso, con las armas en la mano, a través del enemigo y pasar a la parte española. Pero el general en jefe no se atrevió a tomar esta determinación, que en esa misma época el general Ferrand, que mandaba en Monte Cristi, acababa de realizar con toda felicidad. Prefirió intentar una capitulación. Varios días transcurrieron en conferencias con los jefes negros y con los ingleses. Por fin, la capitulación fué convenida. Entonces Rochambeau convocó a las personas notables de la ciudad, y el aviso siguiente fué publicado en carteles:

Aviso de las personas notables de la ciudad del Cabo

“En virtud de las órdenes trasmitidas en el día de hoy, en consejo, por el General en Jefe Rochambeau; El consejo previene a los habitantes de la ciudad del Cabo, que le ha sido dirigida por el General en jefe del ejército indígena, Dessalines, la siguiente carta, fechada en el cuartel general de Haut du Cap, el 27 de brumario año XII (17 de noviembre 1803):

“En consecuencia, el consejo se apresura a hacer conocer a los habitante las disposiciones pacíficas del nuevo gobierno y la protección y seguridad acordadas a todos los individuos que conserven su domicilio en esta colonia:

“Conciudadanos:

“Tratando hoy con el General en jefe Rochambeau, para la evacuación de la ciudad del Cabo por sus tropas, esta ocasión me presenta la oportunidad de tranquilizaros, ciudadanos habitantes, sobre los temores que pudiérais tener; la guerra que hemos hecho, hasta hoy, es completamente extraña a los habitantes de esta desventurada colonia —Siempre he ofrecido seguridad y protección a los habitantes de cualquier color, de Jeremie, de los Cayos y de Port au Prince; ellas han sido acogidas como una segura garantía de mi lealtad! Que todos aquellos de vosotros, ciudadanos, que no quieran abandonar el país, se queden; voso-



“tros encontraréis en mi gobierno, seguridad y protección, tanto
 “en cuanto a vuestras personas como en cuanto a vuestras pro-
 “piedades; y todos aquellos que deseen seguir al ejército fran-
 “cés podrán hacerlo.

“Tengo a honra saludaros.

“firmado:

Dessalines”.

Capitulación del ejército La capitulación con los Ingleses, que había sido entablada el 28 de noviembre de 1803, fué firmada dos días después. He aquí la copia textual:

Capitulación del Cabo Francés con la escuadra inglesa

“John Bligh, capitán de navío al servicio de su Majestad Británica, comandante del buque *el Tésée*, con plenos poderes del capitán del navío Loreng, comandante del buque *el Belerofonte*, y comodoro de la escuadra inglesa que está frente a este puerto;

“Jacques Boyer, general de brigada, jefe del estado mayor, general del ejército francés y Fleury Barré, capitán del navío, comandando las fuerzas navales de Santo Domingo, autorizado por el general en jefe Rochambeau, capitán general de la colonia, de otra parte:

“Art. 1.^o.— Las fragatas y otros buques franceses que están actualmente en la rada del Cabo serán entregados a los Ingleses.

“Art. 2.— Las tripulaciones de esos mismos buques, así como la guarnición del Cabo, que están a su bordo serán prisioneros de guerra y enviados a Europa, bajo palabra de no servir hasta ser canjeados, canje que será efectuado sin demora, tanto cuanto sea posible. (XIII)

“Art. 3.— Todos los generales y otros oficiales están comprendidos en el artículo precedente y conservarán sus armas (XIV)

“Art. 4.— Los enfermos que estén a bordo de *la Nouvelle-Sophie* y de *la Justine*, serán enviados directamente a Francia, y los Ingleses se comprometen, respecto de esto, a proveerles de



todo cuanto les fuere necesario, tanto en provisiones como en medicinas. (XV)

“Art. 5.— Las propiedades individuales serán rigurosamente respetadas; los papeles relativos al ejército serán remitidos al jefe del estado-mayor general del ejército. (XVI).

“Art. 6.— Los buques españoles y americanos a bordo de los cuales fueron embarcados los habitantes del Cabo, que deseen seguir al ejército y que por consiguiente, forman parte de la evacuación, quedan libres de dirigirse a su destino.

“Art. 7.— Las fragatas saldrán del puerto bajo pabellón francés y dispararán sus andanadas con toda la artillería, antes que arriar la bandera.

“Art. 8.— Los criados de los oficiales serán considerados como personas pertenecientes al ejército y aquellos que no se hayan embarcado voluntariamente para seguirlo serán desembarcados en el territorio de Santo Domingo.

“Hecho y firmado a bordo de la *Surveillante*, en la rada del Cabo, el 30 de noviembre de 1803.

“firmado: *John Bligh*,

“Capitán de navío de S. M. B. *el Tesée*.

“*Jacques Boyer*,

“Jefe del estado-mayor del ejército francés.

“*Barré*,

“Capitán de navío, comandante de las fuerzas
navales en Santo Domingo”.

Entrada en Puerto Real Entonces se notó, a la entrada de Puerto Real, algunos esqueletos colgados en jaulas de hierro. He aquí en que oportunidad tuvo lugar esta evacuación; “La fragata inglesa la *Hermione*, cruzaba el 21 de septiembre de 1797 frente a Puerto Rico. Su comandante, el capitán *Pigott*, era un oficial duro, brutal, extraño a esos sentimientos ordinarios de humanidad que honran tanto al marino como al



soldado. Algunos grumetes estaban ocupados en coger rizos en las gavias, cuando él les gritó que haría azotar a aquél que bajara el último.

Los pobres muchachos, que conocían a su capitán, sólo pensaron en el medio más pronto para escapar al castigo con que estaban amenazados. Dos de ellos, en su precipitación se arrojaron sobre los aparejos, cayeron sobre el alcázar y se mataron. Se informó de ello al capitán, quien, dizque respondió: “Pues bien, que arrojen a esos torpes al mar!”

“Veinticuatro horas después de este incidente, la tripulación del *Hermione* estaba en completa insurrección. Balas encadenadas rodaban de un lado a otro en el entrepuente, y otros actos de desórden tuvieron lugar. El primer oficial bajó para averiguar la causa del alboroto y fué derribado con un golpe de *tomahawk* (28); después lo degollaron y su cadáver lo arrojaron al mar. El capitán se había retirado ya a su camarote; al oír el ruido en el puente, salió inmediatamente; pero como recibió casi al mismo instante varias heridas graves, se vió obligado a refugiarse de nuevo en su camarote; cayó, debilitado por la pérdida de sangre, en un canapé, cuando cuatro hombres entraron con la bayoneta calada: “Crawley, dijo un testigo, iba a la cabeza. El capitán tuvo todavía fuerzas para con el puñal en la mano, imponerse y tenerlos a raya. Aquellos se inmutaron y vacilaron por un instante a la vista de su comandante. Entonces Crawley exclamó: “¿Cómo, cuatro contra uno y teneis miedo?” y al decir estas palabras le clavó la bayoneta en el cuerpo; los otros siguieron su ejemplo; después, todos con las bayonetas lo empujaron por una cañonera y todavía se le oía hablar cuando las olas se lo llevaron hacia atrás de la popa de la fragata.

“El segundo oficial fué arrastrado por el puente y tendía la mano gritando: “Perdón! Perdón!” Después de haber sido acribillado de heridas, fué tirado de los cabellos hasta lo alto de la escala y por último arrojado al mar. Su propio criado se había precipitado sobre él con un hacha en la mano, diciendo: “Y yo también quiero arreglar cuentas con ese bandido”. Y uniendo la acción a la palabra le asestó un golpe terrible.



“El teniente de los soldados de marina, enfermo en su camarote, fué sorprendido y arrojado al mar. Los demás oficiales, en número de nueve, fueron degollados; el pabellón de San Jorge fué arriado. Los rebeldes, dueños de la fragata, la condujeron al puerto de la Guaira, y la entregaron al gobierno español, que estaba en aquella época en guerra con Inglaterra.

“Pero los piratas no pueden sustraerse a la suerte que les espera; parece como que la inexorable fatalidad sigue sus pasos; es en vano que la estela de su buque se borre y que su traza desaparezca de las aguas; para él el Océano no tiene retirada y la tierra lo rechaza con horror.

“Los rebeldes del *Hermione* cayeron uno a uno o por grupos pequeños a la vez entre las manos del gobierno de su país y fueron encausados criminalmente. Algunos fueron ejecutados en Portsmouth y otros en Jamaica, y durante mucho tiempo pudo verse *los restos de aquellos miserables suspendidos en las horcas levantadas en las arenas que forman la entrada de la rada del Puerto Real de Jamaica, y sus esqueletos encerrados en jaulas de hierro*”.

“La fragata la *Hermione*, que había sido el teatro de esa espantosa carnicería, fué, por un acto de audacia sorprendente, arrebatada del puerto de Puerto Cabello, donde estaba bajo la protección de doscientos cañones, y devuelta a la marina británica con el nombre de *Retribución*.

“Algunos de los rebeldes fueron ahorcados en sus vergas”
(*Revista Británica*, 1843, noviembre, página 303)

Fué así como, del 14 de febrero de 1802 al 30 de noviembre de 1803, es decir, en el espacio de veintiún meses, este considerable ejército de Santo Domingo había sido destruído. Todo su valor, toda su perseverancia, toda su abnegación y sacrificio no había servido para nada! Santo Domingo era ya de los negros! Francia lo había perdido para siempre.



He aquí las pérdidas del ejército:

Estado de las pérdidas del ejército

MUERTOS:

General en jefe	1	
Generales de División-Dugua, Hardy, &a	5	
Generales de Brigada, Tolosé St Martín, Dampierre, &a	14	
Oficiales de todos los grados	1,500	
Oficiales de Sanidad	750	
Soldados	35,000	
Marineros	8,000	
Empleados	2,000	(*)
Blancos venidos de Francia	3,000	50,270 hombres
Prisioneros por la capitulación del Cabo	7,275	"
Guarnición de Monte Cristi y Sto. Domingo ..	1,000	"
<hr/>		
Número igual al de los llegados	58,545	hombres

Los Pontones en Jamaica Cuando los restos del ejército llegaron a Jamaica se indicaron las ciudades de Kingston y de Spanish-town como prisión a los oficiales que estaban bajo fianza; los soldados y los sargentos fueron detenidos en los pontones.

Los pontones ingleses y todas las penas y miserias que allí se sufren son demasiado conocidas para recordar aquí los detalles; pero lo que no se conoce todavía y lo que no podría creerse de una nación que se cree civilizada, es el refinamiento de las crueldades inventadas en Jamaica; es decir en la rada de Port-Royal (Puerto Real).

Allí, esas prisiones flotantes se parecían a las de Inglaterra, pero tenían además, en el agua, centinelas vigilantes.

(*) Estas cifras son las presentadas por el señor Daure ordenador en Jefe en Sto. Dgo. en su obra (**Borirrienne y sus errores** pág. 271), cifras éstas cuya exactitud no puede ponerse en duda. L. D.



Atraídos por las inmundicias de los buques se veían circular diariamente en la rada una multitud de tiburones. Nuestros carceleros tuvieron la satánica idea de hacer servir esos voraces animales a nuestra guardia. Para este objeto, se les arrojaba carnes corrompidas. La distribución se hacía dos veces por día. Los negros no lo habrían hecho mejor!

Un novelista inglés, el capitán Marryat, cita, en una de sus obras, la existencia de un tiburón llamado *Port Royal Tom*, que el gobierno inglés alimentaba en la rada de Jamaica, para impedir la desertión de los marineros ingleses. ¿Qué se puede pensar de esta cita? Que Marryat conocía el hecho que yo relato, pero que, para quitar lo odioso que podía recaer sobre su nación, creyó poder usar su título de novelista para aplicar a los marineros ingleses lo que solamente había sido inventado para los desgraciados prisioneros de Santo Domingo. ¿Quién podrá creer, por otra parte, que un sólo tiburón existiera en la rada?

Pero Marryat escribía novelas; mientras que yo, lo que escribo es historia verdadera.

El suplicio del Sol El sol, ese astro bienhechor, vino también a ayudar la venganza de nuestros verdugos.

Cuando el sol se levantaba sobre el horizonte y brillaba con todo su esplendor, se abrían las escotillas y se hacía subir a los prisioneros sobre el puente. Allí, sin ninguna tienda, sin abrigo, con un calor de 28 a 32 grados, era necesario permanecer, bajo aquella atmósfera abrasadora. Si se intentaba bajar, un centinela despiadado nos rechazaba. Por un refinamiento de crueldad, en el momento en que el sol descendía, cuando se hubiera podido respirar y gozar de la frescura de la tarde, pues permanecer sobre el puente hubiera sido una dicha, nuestros carceleros nos obligaban a bajar a las baterías para encontrar allí 45 grados de calor. Y diariamente se renovaban los mismos tormentos, los mismos suplicios!

Muchos se volvieron locos; otros encontraron allí la muerte.

¿Dónde estaban entonces aquellos caritativos filántropos, que reclaman hoy *la libertad* de los negros?



Sin duda, su corazón, que se ha enternecido por una piel negra, era entonces de bronce cuando se trataba de franceses. ¿Quién de ellos, en aquella época, ya en Inglaterra, sea en las Colonias, ha demostrado siquiera la menor piedad para los desgraciados prisioneros franceses?

He aquí otro ejemplo de la fría crueldad con que se nos trataba: El pontón *The Glori*, en Schutan, había cogido fuego. ¿Qué hicieron los jefes ingleses? Cuando vinieron a avisarles el siniestro, ordenaron que se cerraran las escotillas y exclamaron: “Los franceses han dado el fuego; pues bien, que ellos lo apaguen!” Y en efecto, los franceses lo apagaron, gracias a su audaz valor.

Con el fin de poder respirar el fresco de la tarde, cada uno quería ser el último en quedarse en el puente, y prefería a la atmósfera abrasadora de las baterías, el culatazo que aplicaban al remolón.

No nos era permitido tampoco contemplar la salida del sol. Esta salida, de la cual nuestras auroras no son sino un pálido reflejo, es el espectáculo más encantador de las colonias. Allá no hay los largos crepúsculos que traen el día insensiblemente; el sol ilumina de repente aquella tierra momentos antes envuelta en las tinieblas. Levantados por la brisa de la tierra, los vapores matinales se rompen como un velo, y las selvas aparecen a lo lejos resplandecientes de rocío. He aquí la pintura sorprendente que ha hecho de ello uno de nuestros grandes poetas. (Víctor Hugo).

“Hay un momento en que el estado de los primeros rayos del sol, sobre esta vegetación húmeda y sobre aquellas brumas que se desflecan, dan a la campiña algo así como maravilloso! Mil matices pasan en el cielo, mil chispas tornasolan sobre la espesura de las hojas; el mar parece una alfombra de plata, ve-teada de oro, y los cerros, coloreados por la aurora, se levantan en el horizonte como solitarias pirámides de mármol color de rosa!”

Las cuatro horas que siguen a la alborada son las más suaves y bellas del día y en ese tiempo era cuando se nos prohibía su-



bir al puente. Entonces el sol es menos ardiente; el aire está refrescado por la brisa de tierra, la que no cae sino cerca de las diez; en este momento, la superficie del mar lisa como un espejo, se riza y se siente llegar, como un corredor, el viento de alta mar que agita y levanta las olas, las que vienen rodando a morir en la playa.

Por fin, los bárbaros destinados a nuestra custodia nos privaban de los menores goces que pudieran consolar nuestras desgracias! Ellos no se atrevían a matarnos de repente, pero nos hacían morir lentamente, con refinamiento de crueldad.

Apesar de los monstruos marinos, alimentados por los ingleses para servirles de centinelas, los prisioneros se escapaban siempre, tan grande es el amor de la libertad. Pero eso era cuando iban para el pontón-hospital, que estaba fondeado en el fondo de la rada. Allí, la vigilancia era menos severa. ¿Qué podían intentar los desgraciados moribundos? Los tiburones iban muy poco por allí; ellos preferían aquellos lugares en que los carceleros ingleses tenían con aquellas fieras tantos miramientos.

En cuanto a mí, mis funciones de guardian de las fortificaciones de ingenieros, cargo que yo ocupaba cuando la capitulación del Cabo en 1803, no me daba sino el grado de sargento, y fuí llevado al pontón. Pero entonces sólo tenía veinte años; en aquella época de la vida, uno está en pleno vigor; yo empleé toda mi energía en salvarme. Con el fin de poder ir al hospital procuré enfermar. Las decocciones frías de tabaco me habían medio envenenado y la hospitalización me era realmente necesaria. Pero muy pronto recobré las fuerzas y aprovechando una bonita noche muy oscura, noche de amante o de prisionero, me deslicé hasta el agua, a través de dos barras de hierro con puntas levantadas en forma de ganchos, que cerraban los retretes. Después de mucho trabajo y muchos peligros, llegué afortunadamente a tierra; me oculté durante dos días en los campos; y por fin, cuando creí que ya no pensaban en mí, me reuní con los oficiales de mi arma, me confundí con ellos y, aunque sin *palabra* (especie de carta de que cada oficial estaba provisto), me quedé en Kingston, y allí no fuí inquietado de ningún modo.



Allí, el suplicio moral existía para los oficiales, como las torturas físicas para los soldados encerrados en los pontonos.

Por medida de seguridad y contrariamente a la capitulación, se les había desarmado; y hasta les estaba prohibido usar un bastón: ellos no podían salir sino por grupos de ocho o diez; su posición era digna de piedad, y sin embargo yo ví, no de aquel pueblo vil, escoria de las ciudades, sino de los mismos ingleses, de los comerciantes, blancos como nosotros, lanzar sus negros esclavos contra los oficiales, excitándolos como si fueran una jauría de perros que se llaman a la comida, no para morder, sino para insultar a su placer y satisfacer su rastrera envidia. *Perros franceses, negros de Bonaparte, lacayos de Rochambeau, cabrones, comedores de ranas*; tales eran las injurias que aquellos nobles insulares hacían vomitar a sus esclavos. Todos los franceses se armaron de piedras, y cuando los negros cerraban la calle, se hacía con esas piedras, un fuego graneado. Las autoridades no se asociaban a estas mezquinas pasiones de los habitantes y hacían justicia; pero para obtenerla, era necesario tener diez veces razón. Así fué como un cobarde comerciante, traficante de hierros fué condenado a 500 francos de multa; por haber escupido, desde su balcón, sobre las charrateras de un oficial.

Atormentado, sin embargo, por el temor de ser descubierto en cualquier momento me decidí a ocultarme en la bodega de una goleta que debía conducir a Cuba a las personas no combatientes, y así pude desembarcar en Santiago.

¡Qué espectáculo! qué miseria nos esperaba allí! Una ciudad pequeña invadida con quince o veinte mil franceses, colonos, habitantes, comerciantes, que habían podido huir de Santo Domingo y escapar de ese modo a los degüellos que hicieron los negros después de nuestra salida.

Yo vine a agregar mi miseria a la de tantos otros; yo ya no tenía nada, sino algunos malos andrajos que me cubrían.

La industria francesa fué allí, sin embargo, lo que es por todas partes: se creó una segunda ciudad en un terreno indicado por el gobierno español y fué llamada el Barrio Francés. Las piedras, con el tiempo, reemplazaron las maderas de las cons-



trucciones primitivas y si Santiago es hoy más grande, más populoso, lo debe a las desgracias de Santo Domingo.

A pesar de la miseria que pesaba sobre cada uno, el carácter francés no cambió y a pesar de estar privados de todo lo necesario, no por eso se dejó de pensar en el placer.

Un filósofo dijo: “El carácter nacional no se borra nunca. Cuando los españoles toman posesión de una tierra, empiezan por construir una iglesia; los ingleses fundan una taberna; los franceses, un fuerte”. Mr. de Chateaubriand, con el perfecto conocimiento de nuestro carácter, dijo, con sin igual verdad en su *Itinerario*: “Ellos construyen un salón de baile!”

En Santiago, donde la miseria nos mataba, ¿podrá creerse esto? se construyó un Tívoli. (29) Se estableció un salón de baile y un jardín delicioso, que fué muy pronto la admiración de los españoles.

Establecer el templo del placer en una tierra de destierro, regada con nuestras lágrimas, tierra en que el pesar y la miseria arrebatában sucesivamente las víctimas que habían escapado del cuchillo de los negros! bailar sobre ruinas regadas con sangre! ¿qué prueba más grande de frivolidad nacional era posible dar? El Tívoli francés se acreditó; las damas francesas y españolas, acudieron allí, rivalizando en adornos y compostura. Ese jardín, admirablemente diseñado y al cual la rica vegetación tropical no tardó en dar sombra fresca y agradable, se convirtió en el punto de reunión de todas las clases sociales. *Tertulias*, una gran rotonda, fué el salón de baile; y por último, no se descuidó nada en materia de los placeres que podían reunirse en semejante lugar. A pesar de ser desgraciados, se bailaba! Y el empresario hizo brillantes negocios.

Los insectos luminosos venían a embellecer más aquellas fiestas nocturnas y las damas se servían de ellos como adornos; los sujetaban en su cabellera, en los vestidos, en sus aderezos y entonces parecían sílfides cubiertas con esmeraldas resplandecientes. (30)

Este insecto, más grande que el saltamonte, (31) de color castaño, se llama *Caejo* o *Cocigos* (*noctilus*). De cada anillo del



abdomen se escapa un resplandor fosfórico, verde esmeralda, principalmente cuando el animal, vivo, se siente contrariado. Se consigue este objeto sujetándolo sobre el dorso; sus esfuerzos para desasirse le hacen esparcir su luz. Diez o doce de estos insectos en una redomita de vidrio blanco, dan una luz igual a la de una bujía; puede leerse fácilmente con ella y es bastante para producir esta luz, sacudir la botellita.

Al que no haya sido testigo del efecto mágico que producen estos insectos cuando estando en libertad revolotean entre las tinieblas de las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, le es imposible formarse una idea de ello.

Pero, ah! como en todas partes, esas recreaciones, esos placeres eran el patrimonio de los ricos, y entre estos los había que habían huído de Santo Domingo; y algunos habían podido salvar su dinero. En cuanto a los pobres, a los desgraciados, se les ayudaba lo mejor que se podía. Sin embargo, esos socorros debían tener un término y la miseria era un abismo imposible de llenar. La misma caridad se entibiaba.

Cuando yo llegué a esa colonia, no tenía ni amigos ni conocidos; y sin embargo, era necesario comer! Un criollo llamado *Courjol*, reducido a vender pan en el mercado para un panadero, recibía uno por cada docena vendida; con esas pequeñas ganancias él daba de comer a su madre y a una hermana; su benéfica generosidad me admitió a participar de este pan con su familia. Pero yo tenía que hacer cesar esta carga. Una goleta, armada en corso, mandada por oficiales de la marina francesa, a la cabeza de los cuales se encontraba el capitán de fragata *Boucher*, había salido de Nueva Orleáns; era muy andadora y ya había tenido la oportunidad de realizar algunas capturas afortunadas y debía continuar el corso durante tres meses; yo me presenté a ella y fui embarcado como aspirante voluntario.

Cinco días después de su salida del puerto una corbeta inglesa la persiguió durante treinticinco horas, desde el Cabo Maisí (Cuba) y por fin la capturó a diez leguas de Cartagena y fue amarínada (32) como buque del estado.



Yo estaba, pues, prisionero por segunda vez. Conducido a Jamaica, volví a ver a mis antiguos compañeros de infortunio; pero esta vez tenía en el bolsillo una *carta de palabra*.

Habían ya transcurrido algunos meses en Kinstong, cuando recibí la orden de embarcar a bordo de una fragata que iba para Londres. Según lo que se había hecho precedentemente, se habían designado trece oficiales para esa partida, y yo fuí de ese número. Fué así como poco a poco se fueron sacando de Jamaica los prisioneros que estaban bajo fianza.

Como yo no tenía ningún deseo de ir a Inglaterra, donde debía llegarse hacia el mes de diciembre, esperé que la fragata se hiciera a la vela y en el momento en que navegaba cerca de la costa, pensé que la tierra estaba bastante cerca para poder llegar a nado a tierra y me arrojé al agua. Después de una hora de fatiga llegué por fin a tierra. Mi primer pensamiento fué dar gracias a Dios por haberme protegido en el peligro que acababa de correr, (una legua, por lo menos, me separaba de la tierra cuando abandoné la fragata); en seguida pensé en lo que debía hacer. Estaba desnudo; un honrado habitante, el señor Jonhson, me recogió y tuvo, además, la generosidad de no entregarme a sus compatriotas. E hizo más; me retuvo un mes en su hacienda y después, habiéndome previamente provisto de dinero y de haberme proporcionado buenos vestidos, me envió a Santiago de Cuba. El no era ni militar ni administrador: era un hombre!

Llamada del general Ferrand A mi llegada, encontré publicada en carteles una proclama del general Ferrand, comandante de Santo Domingo; él llamaba a todos los restos del ejército francés, así como a los otros franceses, que estaban refugiados en Santiago.

Doscientos militares de todas las graduaciones, oficiales, administradores, empleados, respondieron a esa llamada; yo renuncié por entonces a volver a Francia, así como lo había resuelto desde hacía algún tiempo.

El 2 de diciembre de 1804, un buque se hizo a la vela para Santo Domingo (XVII) - (33) me embarqué en él y muy pron-



to me encontré en medio de los franceses que formaban la guarnición.

Aquí es donde comienza el relato de los acontecimientos que sucedieron después del 1º de diciembre de 1803 al 15 de julio de 1809, época de la capitulación de Santo Domingo, a consecuencia de la cual, prisionero por tercera vez, volví a ver a Jamaica. Entonces fui el *cicerone* de mis compañeros. Mi primer cuidado, al llegar, fue buscar al honrado Jonhson; y supe con gran pena que mi generoso bienhechor había muerto.



RELACION COMPLETA

DE LA

SEGUNDA CAMPAÑA

Es a justo título que se puede calificar como segunda campaña de Santo Domingo el tiempo transcurrido desde la evacuación del Cabo y de todas las ciudades del litoral de la isla. En hecho, ya el ejército francés no existía; la mayor parte había muerto o estaba prisionera. La ocupación debía volver a comenzar.

El general Ferrand únicamente, no había querido capitular; con los restos del ejército, formó una fuerza que le permitió permanecer en la isla. Esta determinación, grande, noble, es la crítica más amarga de lo que hizo Rochambeau.

Si en vez de capitular, este general en jefe hubiera tomado el partido que adoptó Ferrand, sin ninguna duda que hubiera podido llegar a salvar el resto de la guarnición, y a los habitantes del Cabo. Le quedaban todavía tres mil hombres válidos; de los veinte mil habitantes de la ciudad, diez mil estaban armados. Con trece mil bayonetas, ¿quién hubiera podido impedirle abrirse una brecha y retirarse a la parte española, y hasta llevarse sus enfermos?

Todos sabían que no se podía esperar ninguna gracia de los negros, y con esta convicción, cada soldado hubiera sido un héroe. Si la mitad misma hubiera debido sucumbir en la lucha, eso mismo hubiera sido preferible a la llamada que hizo a la generosidad inglesa, que sólo supo encerrarnos en pontones y no hubiera abandonado toda la población de la isla a la venganza de los negros!



Como el ejército negro no podía prever, ni siquiera suponer una resolución tan enérgica, no había duda de que, tomado de improviso, no hubiera podido impedir el paso de nuestro ejército. La evacuación por tierra hubiera podido tener buen resultado. El espacio que había que recorrer, no era, por otra parte, tan grande: quince leguas solamente separaban el Cabo de la frontera española. Y aunque se hubiera debido, cosa poco probable, atravesarlas bajo el fuego del enemigo, marchando militarmente, se hubiera llegado al fin. El amor a la vida, el valor que nace en una posición desesperada, hubieran hecho afrontarlo todo, y se hubiera podido vencer todos los obstáculos! Quedaba, es verdad, el asunto de los víveres para tanta gente. Pero, nadie se muere de hambre en pleno campo; y aunque la parte española no estuviera cultivada, se hubiera encontrado como recurso los ganados y los numerosos rebaños que pueblan esta parte de la isla. Llegado a la frontera, Rochambeau se detuvo. Allí, él ocupaba todavía las dos terceras parte de Santo Domingo. El ejército expedicionario, aunque muy reducido, existía: y Francia no lo había abandonado. Por el contrario ¿qué fué lo que sucedió? La capitulación hizo creer, y eso debía ser, que el ejército francés estaba completamente aniquilado. Más tarde, tuvimos la prueba.

Si esta parte española hubiera sido ocupada, se la hubiera conservado para Francia; y se hubiera estado en condiciones de esperar circunstancias favorables para recuperar lo que se había perdido, para reconquistar la bella parte francesa, cuyas riquezas fueron entregadas, abandonadas a los negros.

Esta opinión no es absolutamente el sueño de una imaginación ardiente, juzgando según los acontecimientos; la cosa era factible, y muy pronto se tuvo la prueba, puesto que un general francés, que la emprendió con 600 hombres, ejecutó con todo éxito su proyecto; y consecuentemente la ocupó durante seis años, se creó recursos y formó una guarnición respetable.

Pero, para alcanzar este objeto, era necesario tener el amor de la gloria, y la mayor parte de nuestros generales no se preocupaban sino de conservar la fortuna que habían adquirido en



Santo Domingo. Pluguiera a Dios que todos los generales del ejército hubieran podido decir como el general Quintin, cuando salía para Francia (antes de los últimos acontecimientos del Cabo) al granadero que llevaba sus efectos:

“Granadero, decid a la guarnición que el general Quintin desembarcó en Santo Domingo con tres baúles y que él se reembarca con un maletín de manos!” El sabía lo que ocurría; y su noble altivez quería que el ejército comprendiera que él se había conservado puro! Esas sencillas palabras, dirigidas a un soldado eran la crítica sangrienta de la conducta de sus hermanos de armas.

¿Cómo fué, que esos generales tan valientes, prefirieron la riqueza a la gloria? ¿Es porque el oro posee la virtud de corromper aún a los más nobles corazones? A ellos solos, sin embargo correspondía constreñir al jefe a salvar los restos del ejército: ¿por qué recularon ante este deber? ¿Qué causas influyeron tan desgraciadamente en sus resoluciones?.

¿Era la conservación de sus riquezas? Pues ellos las hubieran salvado más fácilmente.

No era, sin embargo la conservación de sus vidas; pues militares valientes, y ellos lo eran, no hacen esos cobardes cálculos. Y con todo eso ¿qué otro motivo puede asignarse a su conducta?

Desmoralizados en presencia de tantas víctimas, día por día segadas por la fiebre amarilla, talvez pudieron creer que aquel azote viniera a alcanzarlos a su vez: en este pánico, no encontraron otro recurso que echarse en brazos de los ingleses, olvidando que la victoria les era todavía fácil.

Ferrand, de honorable memoria, fué el único que no desesperó de la fortuna y despreciando la orden que le mandaba capitular, lo mismo que sus colegas, emprendió y ejecutó, con un puñado de hombres, el proyecto más audaz: quedarse solos en la isla! Es muy particularmente en las circunstancias decisivas que debe brillar, resplandecer el genio y la resolución que él tomó inmediatamente le fué sugerida por el honor y el valor, por el amor de la patria. Solamente él pudo apreciar su posición: bravo, determinado, se confió a su fortuna; y su éxito lo hizo due-



ño de la parte española. Y allí se quedó durante seis años; más tarde, desgraciadamente, circunstancias imprevistas vinieron a anular su éxito y su muerte fué la señal de la evacuación futura y completa de toda la colonia por los franceses.

Ese general mandaba en Monte Cristi, cuando recibió, como sus otros colegas, la orden de capitular con los ingleses y de entregarles su guarnición. "Jamás, exclamó, antes prefiero morir de miseria en la isla; la tierra está ahí, partamos!" Y reuniendo su tropa, abandonó a Monte Cristi, el 12 de diciembre de 1803.

Hoja de Servicio de Ferrand Ferrand (Juan Luis) nació el 13 de diciembre de 1766, (34) en el Condado, Francia y entró al servicio en Royal-Dauphin, el 21 de julio de 1786
 Licenciado en 1788
 Vuelto al servicio el 13 de septiembre de 1792
 Jefe de escuadrón en el 24^o regimiento de caballería el 17 de febrero de 1793
 General de brigada el 9 de abril de 1794
 Teniente general el 5 de octubre de 1808,
 año de su muerte.

Ferrand había entrado al servicio a los diecinueve años y medio y estuvo largo tiempo como simple soldado de caballería; llegado a oficial, trabajó en la oficina del tesorero; y si no adquirió grandes talentos militares al menos consiguió conocimientos administrativos, que fueron después la pauta de su conducta, durante el resto de su carrera.

La revolución lo había encontrado fuera de las filas, en las cuales marchó en seguida, como sus contemporáneos, a pasos de gigante.

Marcha sobre Santo Domingo Al dejar a Monte Cristi, Ferrand fué a establecer su cuartel-general en Santiago de los Caballeros, situado al interior. De esta ciudad fué de donde salió para ir directamente a Santo Domingo. Setenta leguas le separaban de esta ciudad; tardó dieciocho días



en recorrerlas, pues no dió, durante este largo camino, sino cuatro días solamente de descanso a sus soldados. Atravesó La Vega, el Cotuí, Cevicos, San Juan, Los Ovillos, San José, San Felipe y el Pueblo de San Lorenzo, sin ser inquietado de ningún modo.

Sin embargo, era aventurarse mucho y arriesgarlo todo para un porvenir muy precario. En Santo Domingo estaba el general Kerverseau, pero él podía haber capitulado. ¿Cuál hubiera sido entonces la posición de Ferrand en el momento de su llegada? Con este temor, Ferrand precipitó su marcha. Esta vez la fortuna le ayudó; una guarnición francesa ocupaba todavía la plaza.

Por fuerza o por habilidad, le era necesario tener a Santo Domingo; y el último medio fué el que empleó.

Durante el camino, tenía a su lado a un joven francés, llamado Lacroix, de edad de veinticinco años, quien desde los nueve años habitaba la parte española en casa de un comerciante llamado Lasalle. Este joven hablaba la lengua con una facilidad tal que le hacía pasar por español; Ferrand aprovechó esta circunstancia y al llegar al Alto del Ozama, a ocho leguas de la ciudad, hizo a Lacroix la confidencia de su proyecto; tomó, además, con este joven, informes sobre la antigüedad del grado del general Kerverseau, cuya suegra, Madame de Mirdonday, llevaba consigo Ferrand, pues esa señora iba a reunirse con su yerno.

Cuando supo, por Lacroix, íntimo de la casa del general, que la fecha del grado de éste era posterior a la fecha del suyo, exclamó: “Entonces, la cosa no ofrecerá ninguna dificultad; pues es necesario que Ud. sepa que voy a apoderarme del mando de la plaza, pero eso debe Ud. tenerlo reservado”. Sin embargo, el general Ferrand había enviado anticipadamente, desde hacía cuatro días a uno de sus edecanes, el señor Bruce, para preparar el camino con la guarnición y con algunos habitantes de la ciudad, que él había conocido en sus viajes. Bruce debía tomar informes: así lo hizo y llegó a entenderse con varios oficiales superiores de la guarnición, de modo que, a la llegada del general, éste encontró todo dispuesto y pudo contar como seguro el éxito.



Lacroix, llegó muy temprano a la ciudad y mucho antes que la tropa y se presentó en casa del general Kerverseau, para anunciarle la llegada de su suegra; de allí pasó a casa del coronel Valdoni, comandante de la plaza; pero esas visitas las hizo como viajero y amigo. La conversación giró sobre las diversas evacuaciones de la colonia por los franceses. Durante el tiempo que estuvo allí se presentaron un ayudante general y dos coroneles, uno de los cuales era Miguel Ferrier, comandante de la artillería. Ellos parecieron sorprendidos con la presencia de aquel joven e iban a retirarse, cuando Valdoni los retuvo diciéndoles: "Es un amigo de la casa; podeis hablar delante de él con toda confianza".

Lacroix conoció entonces lo que cada uno de esos jefes pensaba. Pero cuál no sería su sorpresa cuando se enteró de que ellos conocían la marcha de Ferrand. Su intención era arrestarlo a su llegada y embarcarlo para Francia, con los oficiales de la guarnición ganados por Bruce, si él y todos los otros no se ponían a las órdenes del general Kerverseau.

Asustado con gran motivo, el joven Lacroix, vislumbrando que, si ese proyecto tenía éxito, podía pasar, a los ojos del general Ferrand, por un traidor, que había denunciado su secreto, solicitó en seguida un pasaporte para Puerto Rico, donde, según dijo, algunos asuntos importantes reclamaban su presencia.

Por su parte, el general Kerverseau, que conocía toda la influencia de Lacroix sobre los habitantes, quería retenerlo, y le comunicó el proyecto para arrestar al general Ferrand; pero Lacroix persistió ardientemente en su idea de querer marcharse, y guardando el doble secreto que le había sido confiado, dejó a Santo Domingo, donde no podía servir a uno sin pasar como traidor a los ojos del otro.

Por fin, Ferrand llegó a su vez y entró en la plaza con sus seiscientos hombres y como no se puede arrestar a un hombre tan bien escoltado, se fué directamente a casa del general.

Habiendo sido recibido inmediatamente, él le dijo: "Que, como los ingleses no tenían buques frente a Monte Cristi y que, por otra parte, él se encontraba demasiado cerca de los negros, había preferido atravesar la isla y venir a unírsele para capitular



al mismo tiempo". Y agregó: "Que él pensaba que tal era la intención del general, que, en eso no hacía más que obedecer las órdenes del general en jefe".

A eso Kerverseau respondió que él esperaba el primer buque enemigo para capitular y que entonces se marcharían juntos. "Mañana, pues, agregó, combinaremos entre los dos este importante asunto. Id a descansar; he dado órdenes para que vuestra tropa reciba todos los socorros y cuidados posibles". Ambos estaban jugando a quien era más astuto o más pillo.

Sin embargo, veinticuatro horas, por lo menos, eran necesarias tanto al uno como al otro, para preparar sus baterías: no es fácil apresar a un general que tiene una tropa abnegada y ambos tenían allí la suya. Era necesario, pues, no atropellar nada.

Se trataba de ganarse la de Ferrand y se procedió en consecuencia. Las tropas fraternizaron. Había, sin embargo, esta diferencia entre ellas, y era que las de Santo Domingo, desde su desembarco no habían recibido ni ropa, ni calzado, ni sueldo, mientras que las de Monte Cristi y de Santiago de los Caballeros estaban provistas de todo. Bien vestidas, bien cuidadas, tenían gran amor a su general, a quien ellas llamaban su padre. Tales soldados no eran fáciles de seducir; y por eso Kerverseau fracasó en todas sus tentativas; más aún, sus propios soldados, cansados de soportar la miseria, se volvían contra él.

Antes de llegar la noche, Ferrand era ya dueño de la guarnición; lo que equivalía a tener a Santo Domingo. En tales circunstancias, la celeridad lo hace todo; él lo sabía y por eso no perdió tiempo, y al amanecer, mientras que todo estaba tranquilo todavía, seguido de una compañía de granaderos, se dirigió a casa del general Kerverseau.

Ferrand se apodera del mando

El Señor Lacroix no le había revelado la intención de su colega. Sin embargo, Ferrand, que ambicionaba el mando, podía temer que, a pesar de sus intenciones de la víspera, Kerverseau quisiera conservar el poder; por eso fué que entró militarmente en su casa y le declaró sin preámbulo: "Que él asumía el mando de Santo Domingo por su cuenta y riesgo y que como era necesario que



hubiera un sólo jefe, él, Kerverseau, debía embarcarse para Francia”.

Ya puede juzgarse la sorpresa del general, al ver que le habían tomado la delantera, y se vió obligado a sufrir la ley del vencedor. Mientras tanto, el coronel Valdoni se presentó y anunció que toda la guarnición se había pronunciado por el general Ferrand.

Entonces Kerverseau intentó hacer valer su título de comandante de la ciudad desde la llegada del ejército francés a Santo Domingo. “Yo me quedaré en la plaza, exclamó”. Como eso no le convenía a Ferrand, éste se apresuró a contestar: “Ayer, general, quisiteis capitular ¿se trataba entonces de un engaño?... Quedad satisfecho, capitulad, y marchaos sólo. En cuanto a mí, yo tomo el mando, y con eso creo conservar a Francia un pié en la isla de Santo Domingo y le guardaré su bella parte española. Dad cuenta de mi conducta y yo esperaré a que el primer cónsul decida quien de nosotros dos tiene mayor amor a la gloria y a la patria! . . .

Este abuso de autoridad necesitaba efectivamente la aprobación de los jefes de Francia; Ferrand la esperó.

La compañía de granaderos, que había acompañado a Ferrand a casa del general Kerverseau, condujo a éste a bordo de un buque mercante que salía para Europa; pero el buque se detuvo algún tiempo en Mayagüez.

Disposiciones para establecerse Ferrand, dueño de la plaza, tomó todas las medidas necesarias para asegurar su golpe de estado: primeramente, una fusión de la guarnición con sus propios soldados; después llamó a todos los que habían formado parte del ejército, a cualquier título que hubiera sido: franceses, colonos, comerciantes, refugiados en las colonias vecinas. Fueron enviadas proclamas a todas partes y todos los que acudieron a la llamada del general fueron bien recibidos.

Lacroix supo en Mayagüez el cambio que se había operado; entonces volvió a Santo Domingo. Su explicación fué corta y



sencilla; lejos de censurar su conducta, el general la aplaudió y en seguida fué empleado en la administración.

La guarnición de Santo Domingo se componía de	400	hombres
La llevada por el general Ferrand	600	”
El número de los que habían acudido a la llamada del general era de	300	”
A los cuales hay que agregar la guardia cívica española	500	”

Ferrand podía, pues disponer de 1,800 ”....

Esas fuerzas eran suficientes para defender a Santo Domingo. Esta plaza es poco fortificada por tierra; pero no había que temer por ese lado; y por el lado del mar, única parte por donde los ingleses pudieran atacar, estaba en un estado respetable de defensa.

Los ingleses no aparecieron frente al puerto; ellos se reservaban, sin duda, para el porvenir.

Los negros, en la parte francesa, estaban muy retirados para inspirar temores. Por otra parte, la anarquía reinaba entre ellos; están unidos cuando se trata de combatir, pero se dividen cuando hay que organizar. Dessalines había tomado el lugar de su antiguo jefe, Toussaint-Louverture.

Ocupación durante el año 1804 Una seguridad completa existía, pues, en Santo Domingo; Ferrand se aprovechó de ello para establecerse bien.

El aumento de la guarnición y la población española acrecentada con la población francesa, todo eso pedía algunos cuidados; era necesario encontrar recursos para alimentar y sostener al soldado; la antigua guarnición, sobre todo, tenía necesidad de pronto socorros: los soldados diseminados en las colonias vecinas, y que acudían a la llamada de su general, llegaban cubiertos de andrajos; era necesario, pues, vestirlos; en aquellas circunstancias Ferrand desplegó toda su ciencia de buen administrador.



Por su actividad, el ejército fué vestido y alimentado, pero no hubo para pagar sueldos.

A veces la necesidad obligaba a los oficiales a reclamar: entonces el general les pintaba su situación, de la que tenía que dar cuenta al primer cónsul, agregando que él no pensaba que aquel jefe dejara sin socorros a los restos del ejército de Santo Domingo. “Yo espero, señores, decía, yo espero! . . . haced como yo”. Y si acaso insistían, agregaba: “Partid, señores, que nada os detenga. Yo formaré oficiales con mis sargentos. Volved a Francia, he aquí los pasaportes”. La adhesión que se le tenía hacía renacer la paciencia, y todos vivían milagrosamente.

Ferrand encontró algún crédito entre los comerciantes; hizo vender madera de caoba, que pertenecía, a la administración o a los españoles que habían huído de la ciudad o habían abandonado sus haciendas; sin aumentar los impuestos, buscó recursos de todos modos, a fin de esperar noticias de Francia.

Los españoles de la ciudad y de los campos no tenían ninguna aprensión con respecto a sus negros, que ellos trataban más bien como iguales que como esclavos; todos, pues, estaban interesados en la prolongación de nuestra permanencia en la plaza. Nosotros éramos su salvaguardia contra el enemigo común, los negros de la parte francesa, aunque un ataque de parte de éstos fuese poco probable. Los habitantes ayudaban también con todo su poder, al hombre que, sólo, con un puñado de soldados, había osado quedarse en una isla de la que había desaparecido un ejército entero.

Sin noticias de Francia, el establecimiento de la pequeña colonia era, como bien se puede pensar, muy precario. Sin dinero, había que vivir al día, sin pensar en el mañana. El menor acontecimiento podía destruir en un instante el edificio, apenas salido de sus cimientos.

Hacia el 1º de enero fué cuando Ferrand se había apoderado de Santo Domingo; y poco más o menos en la misma época pero en 1805 fué cuando me uní a él con algunos compañeros. Las cosas estaban entonces en el estado en que acabo de describirlas.



Transcurrió todo el año; pero, con el tiempo, la inquietud del general aumentaba. ¡No había noticias de Francia! Afortunadamente la tranquilidad no había sido turbada. Los ingleses no tenían ni un sólo crucero delante del puerto y los negros franceses estaban demasiado ocupados, en su nuevo imperio, para pensar en nosotros. Dessalines era Emperador!

Sin embargo, los franceses habían hecho que la agricultura progresara mucho; muchas plantaciones habían sido creadas hasta diez leguas a la redonda de Santo Domingo; los cortes de madera de caoba, de guayacán y de campeche producían mucho; y con excepción de dinero, había todo lo necesario para la vida. Los españoles, más perezosos todavía en las colonias que en Europa, admiraban esta prodigiosa actividad, pero sin querer imitarla. (Véase Apéndice III).

Los neutrales americanos traían bastante harina; pero, como no había dinero para pagarles, volvían a llevarse su mercancía. Todas estas miserias no desalentaban, sin embargo, al general en jefe: siempre fiel a su proyecto, él esperaba.

Pero lo que se había temido primeramente y que se consideraba, sin embargo como cosa muy lejana; lo que los españoles temían más, a pesar de un año de tranquilidad, era *la venida de los negros franceses* a la parte española. Los habitantes de las fronteras y nuestros destacamentos que recorrían el país, hablaban de eso a menudo; los negros los amenazaban con ello diariamente; nuestra seguridad debía, pues, ser turbada una vez más.

De repente, el 5 de febrero de 1805, vimos afluir a la ciudad a muchos españoles acompañados de sus mujeres, sus hijos y sus ganados; ellos venían huyendo de las hordas negras que se preparaban a pasar la frontera. Se les trató de pusilánimes y sin embargo, habían dicho la verdad.

Marcha de Dessalines sobre Santo Domingo

El feroz Dessalines, aquel negro africano, que llevaba en sus mejillas las coquetas cicatrices de su país, de su tribu; aquel negro que jamás había perdonado a ningún blanco, y de quien una sola seña suya bastaba para ser comprendido por sus soldados para enviarlos a la muerte, mandaba aquel ejér-



cito y tenía como segundo a Petión, jefe del batallón de ingenieros, mulato educado en nuestras escuelas y venido con el ejército a Santo Domingo.

El venía a conquistar la parte española y quería tomar la capital, a fin de degollar hasta el último blanco. Era necesario, según decía, purgar a Haití.

Este ejército, sin bagajes, sin artillería, era bastante ligero para llegar prontamente, aunque tuvo que atravesar una distancia, poco más o menos de ciento cincuenta leguas. Desde el Cabo Francés había cien leguas y esta ciudad era el punto de reunión de las fuerzas de la expedición.

Pero ¿qué era semejante distancia para aquel ejército, cuyos soldados desnudos no llevaban sino un fusil, un machete (hoja con mango de cuerno), cartuchos y algunas galletas? Eso para ellos era un simple paseo, que la esperanza del pillaje y del asesinato hacía todavía más corto (XVIII). Nada, pues, se oponía a la marcha de nuestro enemigo, de aquel negro que vive con nada, duerme cuando quiere y goza de toda su fuerza en un clima abrasador que enerva a todas las otras razas. Era un elemento de guerra perfecto, un jefe semejante, animado de rabia contra los blancos y que sabía que este ejército, que él hacía mover con una sola palabra, compartía su deseo de venganza.

Sin embargo, a pesar de esas noticias traídas por los fugitivos, nuestros destacamentos enviados a las fronteras no regresaron y el peligro pareció menos inminente. Existía, sin embargo, y todo nos presagiaba un porvenir pavoroso.

Plaza de Santo Domingo Santo Domingo, reputado como plaza fuerte, es sencillamente una ciudad rodeada de una muralla sin fosos, escarpa ni contraescarpa. Esta camisa de piedras no tiene quince piés de altura; en algunas partes, está flanqueada con siete bastiones, establecidos sobre antiguas torres. Ya puede juzgarse que este sistema, en los frentes de tierra, no ofrece una gran defensa. Si era útil en los tiempos de la conquista, ya no es suficiente en nuestra época. Un collado, el de San Carlos, baja sobre un frente de tierra, y su prolongación llega al Ozama, río que rodea un segundo frente, que



está igualmente dominado por la orilla izquierda del río, y recibe todos los tiros de arriba abajo, aún en el arsenal, que está protegido por una torre grande de vigía situada al comienzo del frente que da al mar. Este último únicamente, está bien fortificado con buenas baterías establecidas sobre peñascos cortados a pico.

El cuarto frente es el de la puerta de El Conde, que domina una gran sabana que está frente a él.

Santo Domingo tiene dos frentes del lado de tierra; otro sobre el Ozama y el cuarto sobre el mar.

Dos puertas, las de la Marina, sobre el Ozama, que llevan al embarcadero, y la de El Conde, sobre la sabana grande y el camino real de Azua, que se bifurca hacia San Carlos, aldea o pueblo, colocado en el camino de Santiago de los Caballeros.

El arsenal estaba armado con dieciocho piezas de cañón de 24, de bronce.

La puerta de El Conde es la única que tiene una media luna con fosos y está flanqueada por dos bastiones.

¡Tal era el paralelógramo irregular en el cual debía decirse nuestra suerte!

Cuando se recibió la primera noticia de la marcha de los negros, los almacenes contenían víveres suficientes solamente para veinte días. El general Ferrand, falto de dinero, no podía preparar grandes abastecimientos; además, un año de seguridad le había hecho concebir esperanzas de una ocupación más prolongada, la que, con las noticias de Francia, tan impacientemente esperadas, debían completar la organización, abriendo créditos que hubieran procurado el dinero necesario.

En esas circunstancias, el general, a la noticia de la próxima invasión de la parte española, debió ocuparse mucho más de la defensa que había que oponer al enemigo, que de los medios de subsistencia, imposibles de procurarse, no sólo por la falta de dinero, sino a causa de la enorme distancia a que hubiera sido necesario ir a buscarlos; y nosotros no teníamos más que una sóla goleta del Estado, mandada por el Señor Brouard, capitán de fragata.



Algunos bergantines mercantes cargaban maderas en el río; esos eran todos nuestros recursos marítimos.

Sin embargo, se empezaron activamente los trabajos de defensa. Se hicieron desmontes para limpiar los alrededores de la plaza; y para suplir los fosos que faltaban y que no habría habido tiempo de construir, se plantaron al pié de la muralla del recinto, ocho o diez metros de *pinguinos*. Esta planta, especie de aloes o zábila, tiene hojas duras y como de tres a cuatro pies de largo, erizadas de ganchos en forma de anzuelo, y terminadas por una espina negra, de dos pulgadas de largo y tan dura como el hierro.

Esa era una excelente defensa; pues esas plantas, echando nuevas raíces hacen los alrededores de la plaza muy peligrosos; pero era un obstáculo muy ligero para los negros, acostumbrados a recorrer sin cesar todos los bosques.

Por medio de troncos de caoba, se elevó la muralla; con barricas llenas de tierra se formaron buenos gaviones, los que, unidos a vigas cuadradas, ofrecían facilidad para evitarse tener que practicar largas troneras para la fusilería.

Las viejas torres demolidas se convirtieron en bastiones; se las armó con una quincena de piezas de cañón y tres morteros, única artillería de que se podía disponer, sin perjudicar el armamento del arsenal.

Los primeros españoles que llegaron a la plaza fueron armados con fusiles; los que vinieron después recibieron únicamente picas, y con ellos se formó una compañía.

Una guarnición bien aclimatada, perfectamente disciplinada, mandada por oficiales inteligentes, valientes y dispuestos a toda clase de sacrificios, aún a costa de su vida; tales eran los elementos de defensa de la plaza, que contaba con 2,000 soldados y, además, una población de 6,000 almas.

A cada uno se le designó su puesto y se esperó la vuelta de nuestros destacamentos que se replegaban ante la vanguardia de Dessalines.

Tan pronto como entraron, el servicio del bloqueo comenzó: nuestros soldados, en su marcha en retirada, habían reunido un ganado de animales que fué para nosotros un gran recurso.



Un coronel llamado Aussenac, que estaba a la cabeza de esos destacamentos, había retrocedido paso a paso, pero sin ningún combate con el enemigo, al que dejó a tiro de cañón de la plaza.

Bloqueo de Santo Domingo el 15 ventoso año XIII (8 de marzo 1805)

Dessalines sitió prontamente la plaza, y seis horas después de su llegada, atravesó el Ozama, por su parte alta, de manera de dominar el río y poder adueñarse de él hasta su desembocadura. En presencia de un bloqueo cuya duración no podía prever, el general francés, por su parte, hizo embarcar a bordo de los buques mercantes que estaban en el puerto, todas las bocas inútiles: viejos, mujeres y niños, que no harían más que estorbar la defensa de la plaza. Esos buques se hicieron a la vela inmediatamente.

La goleta del Estado salió igualmente para ir a buscar alguna harina. No quedaba, pues, en el río ni un bote, ni una sola tabla para permitirnos huir. Era necesario, pues, vencer o morir en Santo Domingo. Ese había sido el pensamiento del general.

Los primeros tiros de fusil disparados por el enemigo, fueron dirigidos contra los desgraciados que fueron obligados a abandonar la ciudad. Todos estaban entonces en los puentes de los buques, enviando sus adioses, quien a su padre, quien al esposo, quien a un hijo que no debían ¡ay! volver a ver. Este doloroso espectáculo no duró sino un instante: una brisa favorable alejó prontamente los buques y los ocultó a nuestros ojos entristecidos.

El enemigo no podía efectuar el sitio de la plaza; porque no tenía artillería; la distancia y el mal estado de los caminos de la parte española, no le hubieran permitido hacerlos traer; se limitó, pues, a bloquear la plaza y en algunos días se protegió levantando trincheras. Petión, oficial mulato, que poseía una buena instrucción adquirida en nuestras escuelas, dirigió esos trabajos como jefe de batallón de ingenieros militares.

Después de haber reconocido la plaza, en la cual le hubiera sido fácil penetrar, colocó *rembardes*, estrellas (35) en gaviones, de manera de enfilear todas las calles cortadas en ángulo recto.



Las casas, con sus techos de terrazas, dan a la ciudad un aspecto agradable; pero, si se penetra al interior, quedará uno sorprendido a la vista de las toscas paredes de *tapia*, (XIX)-(36), que dan a las casas el aspecto de cubos yuxtapuestos, sostenidos en ciertos lugares por aceras de dos piés de altura, por lo menos. Como la ciudad no tiene alcantarillas, esta disposición de las paredes es muy útil en los tiempos de lluvias torrenciales, pues el agua encuentra por este medio, un curso fácil para llegar al río.

Esta hilera de calles se hizo con tal experiencia, que era necesario seguir interiormente la línea de la muralla, si no se quería ser alcanzado por veinte balas a la vez, salidas de la altura de San Carlos.

Nuestras piezas de 24 y de 36 disparaban sobre esas fortificaciones; pero ¿qué podían ellas hacer contra una valla o espaldón de quince pies, levantado en el suelo y detrás del cual los negros, perfectamente a cubierto, dejaban ver apenas el extremo de su cabeza?

La celeridad con la cual se construyeron esos atrinchamientos nos causó gran admiración; en una sola noche estuvieron levantadas. En medio del más profundo silencio, dos mil hombres habían llenado los gaviones, llevando cada uno un cesto de tierra. Algo más tarde fué cuando descubrimos esta maniobra, en el momento de la construcción de la *rembarde* o estrella de la orilla izquierda.

Esas obras, abiertas en la gola, no tenían fosos, pero estaban perfectamente construídas; nuestros mismos zapadores de ingenieros, no las hubieran construído mejor. Lo más notable, sin embargo, era el trabajo del general Petión. Los gaviones eran de bambú rajado y tenían un diámetro de cinco piés próximamente; fosos y desmontes practicados al frente defendían el reducto; pues éste era uno y muy bien defendido por los flancos. En la gola se había practicado una salida, que daba a un camino cubierto por el cual se comunicaba con el campo, defendido también por dos estrellas. En el medio de la obra dos gaviones aislados debían defender de los cascos de las bombas. El cam-



pamento enemigo estaba situado en un extremo de la gran sabana y a la entrada de una calle de *jabillos* (37), uno de los árboles más bellos de estas comarcas, el campo enemigo cerraba el camino real de Azua, a trescientas toesas del cañón de la plaza.

El cuartel general de Petión, que mandaba el ala derecha del ejército haitiano, estaba en el polvorín, (38) cerca del fuerte de San Jerónimo. El de Dessalines, detrás del pueblo de San Carlos, en el camino de Santiago, y estaba a cuatro mil toesas de la ciudad. Veintiún mil negros o mulatos, bajo las órdenes de esos dos generales sitiaban a dos mil hombres, comprendidos los españoles, que habían venido a buscar un refugio entre nosotros.

El fuego del enemigo nos alarmaba poco; ¿qué podrán hacer, en efecto, algunas balas lanzadas contra nuestras murallas? Pero lo que inquietaba vivamente, era la pequeña cantidad de víveres que poseíamos y que debíamos, además, repartir con los españoles, que ya eran nuestros hermanos!

Para colmo de infortunio, y contra lo que se esperaba, ningún buque se presentó, mientras que ordinariamente no pasaban ocho días sin que llegara alguno al puerto. En vano se interrogaba al horizonte diariamente, y el horizonte se presentaba vacío día por día!

El enemigo no intentaba ningún ataque; se contentaba con bloquear regularmente la plaza, esperando pacientemente que todos nuestros recursos se acabaran. Querían vencernos por medio del hambre.

Sin embargo, los franceses no podían permanecer inactivos delante del enemigo; el cañón no era suficiente y se efectuaron algunas salidas.

En esas circunstancias, es necesario, desgraciadamente, sacrificar hombres para obtener un ligero resultado; es muy raro, en efecto, que las salidas hechas por la guarnición de una plaza bloqueada hagan abandonar el sitio; eso se sabe; pero esas salidas dan al soldado el sentimiento de su fuerza; levantan su valor abatido o próximo a abatirse, y lo calman, de algún modo, de las miserias interiores del sitio y del bloqueo.



Primera salida de la plaza El general Ferrand ordenó, pues, una salida y dió el mando al coronel Vassimont; esa salida se efectuó sobre el pueblo de San Carlos, donde el enemigo, bien atrincherado detrás de sus estrellas, había además, almenado la iglesia, que era toda de piedra de sillería. Eso era atacar la parte más fuerte de la línea. Muy afortunadamente Dessalines cometió la enorme falta de presentar masas de hombres en la parte exterior de sus trincheras, torpeza que le hizo perder mucha gente. El cañón del fuerte de la Concepción disparó entonces sobre ellos y aclaró sus filas, mucho antes de que nuestros soldados se hubieran pucsto a tiro del enemigo; ¿pero, que le importaba al general negro una centena de hombres? Esta pérdida era para él menos sensible que la muerte de uno de los nuestros.

Después de dos horas de combate, y de haber penetrado en el pueblo y tomado la trinchera, la compañía que salió se vió obligada a retroceder ante el número y entró en la plaza. Ese combate nos había costado ochenta hombres, de los cuales quince fueron muertos.

El padre Vives El día mismo de esta salida, un cura español, *el Padre Vives*, entró en la ciudad con sus feligreses, que él no dejaba nunca, ocupado siempre en predicarles, y continuando sus sermones hasta en los puestos de guardia, quiso también llevarlos al combate.

A pesar de las justas observaciones del general, Vives, con un crucifijo en una mano y su estola en la otra, se puso a la cabeza de los españoles y los condujo al ataque del enemigo, con una audacia y un valor que se estaba muy lejos de suponerle. Entusiasmados con su ejemplo, sus soldados se batieron valientemente; por fin, aunque él estuvo continuamente expuesto durante el combate y que constantemente estuvo a la cabeza de los suyos, volvió sin el menor rasguño. Por eso sus compatriotas lo consideraban como un Santo y proclamaron que era un milagro. La *santísima virgen*, decían, lo preservó de todo peligro. Sin embargo, el milagro se realizó para él sólo, pues un gran número de los suyos quedaron tendidos en el campo de batalla.



Esta salida contra un enemigo tan superior en número, le probó por lo menos, que nosotros estábamos muy lejos de estar desmoralizados con su presencia y que en caso necesario podríamos todavía combatir.

Se volvió a la ciudad, se descansó, esperándolo todo del tiempo, que pasaba, ay! sin traernos ningún socorro.

Ante nosotros se desarrollaba un doloroso y cruel porvenir. Diez días habían transcurrido ya desde el principio del bloqueo. Dessalines, por su parte, no hacía ninguna demostración; él lo esperaba todo del tiempo.

En esta triste situación, el carácter francés supo aún abrirse paso; un accidente bastante cómico, por otra parte, vino por un instante a reanimar su alegría.

El padre Vives, una noche, había reunido sus españoles en una capilla abandonada y en ruinas, cerca del antiguo castillo de Cristóbal Colón, (39) donde debía predicarles un largo sermón. Es necesario haber conocido al digno sacerdote para darse una idea de su persona. Era de pequeña estatura, pero activo, fogoso, joven aún, y se le encontraba por todas partes donde sus hombres estuviesen de guardia. Su palabra, acompañada de gestos expresivos, tenía el don de enardecer los corazones.

Cuando subía al púlpito, en el que apenas podía vérselo el busto, golpeaba con la mano la balaustrada, o con los piés en el piso, según que su discurso se hiciera más o menos animado. Hubiera podido creérsele un metodista inspirado, o mejor todavía algún pobre insignificante poseído del demonio. De repente, en medio de una peroración magnífica, se oyó un horrible crujido y el orador desapareció. Se mira a todos lados y por fin se ven dos piernas agitándose convulsivamente debajo del púlpito. En cuanto al resto del cuerpo, se había quedado enganchado entre las tablas carcomidas, que no habían podido soportar hasta el fin los movimientos convulsivos del exaltado predicador.

Al silencio imponente que hasta entonces todo el mundo había guardado sucedió una hilaridad que ni la santidad del lugar pudo reprimir. Sin embargo, todos corrieron a socorrerlo y una vez sacado de su ridícula posición, el cura se puso a caballo



sobre el apoyo del púlpito y continuó su discurso como si nada le hubiera sucedido. Pero, pudo notarse, sin embargo, que él evitaba hacer los grandes gestos que faltó poco para que le hicieran sufrir una suerte tan funesta.

Como quiera que sea, era un hombre excelente, que supo sostener el valor de los suyos e hizo de ellos unos buenos soldados. Y eso era bastante, pues cada uno tenía necesidad de toda su energía. Por otra parte, fué él quien los comprometió a reunirse con nosotros y quien los había, de ese modo, sustraído del cuchillo de los negros.

Con el fin de estrechar más el bloqueo, y para procurar matar a los artilleros del baluarte del Ozama, Dessalines hizo colocar, una noche, una estrella de gaviones a tiro de pistola del baluarte, el que armado con obuses y morteros, ocasionaba el mayor daño a sus soldados. Esa estrella que las balas de cañón no podían destruir, estaba demasiado cerca para lanzar contra ella las bombas; los morteros se cargaron con guijarros, y esta lluvia de piedras lanzada durante una hora obligó a los negros a abandonarla.

El capitán de artillería Loyan, que mandaba la batería, viendo a tres negros que por bravata, se habían subido sobre el espaldón (40), cogió una carabina y los mató. Al ver caer al último, que en su caída había quedado doblado en dos, exclamó: "Ah! lo que es a éste lo he doblado como una concesión!..."

El enemigo, así rechazado, destrozado, no se atrevió a intentar una nueva prueba.

Quince días habían transcurrido, días de miseria y de privaciones; y sin embargo, nuestra situación, ya bastante enojosa, amenazaba con volverse más funesta todavía. Toda esperanza de socorro la habíamos perdido.

Dessalines había hecho sucesivamente tres intimaciones, y las tres se habían quedado sin respuesta: ya se sabía demasiado qué suerte nos estaba reservada si nos entregábamos a su crueldad. Furioso, redobló sus amenazas; y con el fin de hacernos conocer que él intentaría un asalto, hizo de modo que pudiéramos ver que preparaban escaleras en sus trincheras.



¡Qué situación más espantosa! Sólo teníamos víveres para seis días. Pocas municiones, pues nuestros últimos combates las habían agotado. ¡Y ni un buque llegaba! ni un bote! ni siquiera una tabla para sustraerse al furor de aquellos caníbales! Ni siquiera, como triste y último recurso, un crucero inglés para capitular con él!

Rodeados de negros, de salvajes ávidos de nuestra sangre, no podíamos esperar sino la muerte!

Segunda salida de la plaza En este apuro, el general intentó una segunda salida para atacar el reducto de Petión.

La reserva, compuesta de cuatro compañías de granaderos, formando un total de doscientos hombres próximamente, mandados por el coronel Aussenac, avanzó por la sabana, protegida por el cañón de la plaza. Había llegado ya a medio tiro de fusil del reducto, cuando un fuego muy nutrido la detuvo de repente y los nuestros echaron a huir sin haber siquiera disparado un tiro.

Aussenac, que era un bravo y digno soldado, indignado con esta fuga vergonzosa, exclamó: “Cobardes! regresad sin vuestro jefe; él morirá aquí!” Y clavando su sable en tierra, se acostó a su lado.

Esta reconvencción, esta valerosa acción de su comandante detuvo a los soldados, que en un primer momento se habían demoralizado; los soldados se avergonzaron de su acción, volvieron a reunirse y se formaron en columna. Sonó el toque de carga... Diez minutos después, el reducto había sido tomado!...

Petión, desbaratado, acosado de sus trincheras, huye hacia el campo. Todo se devastó; pero faltaban los instrumentos necesarios para destruir; y tres días después las trincheras estaban de pie nuevamente.

Aussenac estaba en los preludios de la gloria que adquirió más tarde en Europa, donde, a la vista del Emperador defendió un puente con algunos granaderos solamente, contra fuerzas superiores. Fué en esta época cuando Aussenac recibió de las mismas manos de Napoleón la estrella de honor, que jamás adornó un pecho más noble. Como tantos otros héroes, ay! la muerte lo



rindió! De tanto valor, de tantas hazañas no queda nada... nada, sino el recuerdo de su hermano de armas, de su amigo!

Ferrand había una vez más alcanzado su objeto: el de probar a los enemigos que estábamos todavía muy lejos de ser vencidos; pero la ventaja pasajera que habíamos alcanzado no cambiaba en nada nuestra posición. Sin embargo, durante veinticuatro horas, fué el tema de las conversaciones: se olvidaba por algunos instantes que la hora se aproximaba, en que, como los valientes que habían caído en aquella salida, íbamos también a sucumbir a nuestro turno.

En esta escaramuza habíamos perdido once hombre y veinticinco habían sido heridos.

Por fin, el vigésimo primer día de bloqueo acababa de comenzar su curso. El hambre reinaba por todas partes. Se había encontrado en algunos subterráneos, que servían en otro tiempo de sepultura a las monjas de Santa Clara o clarisas, algunas harinas averiadas, abandonadas primeramente, porque podían hacer daño a la salud. Esas harinas, mezcladas con los huesos de las pobres monjas, sirvieron para preparar un pan horrible. Todo había sido devorado: caballos, asnos, perros, ratas; un pedazo de tocino, del tamaño de una piedra de fusil, se vendía en 5 francos; una cotorra en su jaula fué comprada por 60 francos! (41).

Y este pan, que el estómago rechazaba, iba también a faltar! En presencia de tanta miseria, el valor decayó. Se contempló con miradas estúpidas las escaleras que el enemigo preparaba para comenzar el asalto; se escuchaban con indiferencia las amenazas de los negros, que gritaban desde sus trincheras: "*Demain, blancs zantes va mourir*" (Mañana, blancos, vais a morir).

Intimación de
Dessalines

En su última intimación, Dessalines había indicado, por escrito, el suplicio reservado a cada uno de los Jefes: Ferrand debía ser aserrado entre dos tablas; Aussenac, destripado como un puerco. Los otros oficiales estaban destinados a perecer en una hoguera y la guarnición degollada.

Estas amenazas contra él, inquietaban poco a nuestro bravo general; pero ¡cuánto sufría por sus soldados!



Nosotros no conocimos sino mucho después hasta qué punto llegaron sus sufrimientos morales.

Una *cuarterona* (42), intendenta de su casa, Lucía, nos contó que, todas las noches, el general, sólo, entregado a sus reflexiones, lloraba como un niño, pensando en la suerte de tantos valientes soldados que habían seguido su fortuna.

Pero, al llegar el día, volvía a ser el general, dándole valor a todos y comprometiéndolos a defenderse hasta la muerte.

Capitular era cosa imposible con un hombre como Dessalines; eso era entregarse al verdugo; era necesario, pues, defender la vida, extenuada por las privaciones, por la miseria; una vida, en fin, que sólo estaba pendiente de un hilo.

El sacrificio de ella estaba hecho! Y además ¿qué es la vida para los militares? Un sueño glorioso que una bala viene a menudo a interrumpir! El aspecto continuo de la muerte nos había hecho indiferentes. Por la noche velábamos cerca de los cadáveres; durante el día, contábamos los nuevos huecos que se habían formado en nuestras filas. Se sentía un gran regocijo al volver a ver a un camarada; se abrazaban y se daban gracias a Dios; pues, noche por noche, se esperaba que al día siguiente no se volverían a ver.

Es necesario haber vivido lejos de su patria, para saber lo que es la fuerza de la amistad, la fraternidad que liga a los hombres del mismo país. En Francia nadie puede darse una idea de lo que es eso; la amistad es una palabra! Se juega con el vocablo, se finge el sentimiento; pero el egoísmo sólo reina como soberano.

Nuestro último día había llegado! Toda esperanza de recibir socorro de los hombres nos parecía perdida. Sólo un milagro podría salvarnos! . . .

El milagro se efectuó.

El sol salía por la vigésima segunda vez desde que estábamos bloqueados por el ejército negro. El enemigo debía dar el asalto, ya lo sabíamos, y cada uno había reunido las pocas fuerzas que le quedaban, para vender caramente el resto de vida que le quedaba.



De repente un grito de júbilo resonó en los aires: “Velas en el horizonte!... barcos!... buques!... Una escuadra!... ¿Será enemiga? No se sabe; pero, qué importa! es la salvación! es la vida!... ”

Aquello era cosa de volverse loco!

Sin embargo, nuestros ojos devoraban el espacio! Por fin, con la ayuda de anteojos de larga vista, se divisaron las banderas ondeando en lo alto de los mástiles. Eran las banderas nacionales!

Hicimos señales y un saludo de veintidós cañonazos hizo saber a la escuadra que Santo Domingo estaba ocupado por franceses!

Esta venturosa noticia, volando de boca en boca, dió muy pronto la vuelta a las trincheras; toda disciplina se interrumpió. Oficiales, soldados, colonos, abandonaron sus puestos y corrieron a las orillas del mar, traspasando más allá de las baterías para ver aquellos buques que nos traían la salvación. De rodillas! sí, de rodillas! con los brazos tendidos, todos lloraban llamando, gritando: “Salvados! estamos fuera de peligro!”

Aquel era un espectáculo muy imponente, ver aquellos hombres, ebrios de dicha, riendo, llorando, dando gracias a Dios, al contemplar los buques franceses que nos volvían a dar la vida!

El Contraalmirante Missiessy La escuadra, mandada por el contraalmirante *Missiessy* (XX) había salido de la isla de Aix, el 11 de enero de 1805; venía de recorrer las Antillas, haciendo un daño inmenso a las colonias inglesas, la Dominica, Montserrat, San Cristóbal, en las cuales había efectuado desembarcos y cobrado contribuciones. En este mismo viaje, la escuadra había echado a pique y quemado una gran cantidad de buques ingleses; ella debía llegar hasta la Habana y en seguida regresar a Francia.

Toda la flota quedó a la vela; el almirante sólo vino a tierra y confesó al general que, sorprendido al ver tanta gente en la orilla, se había creído, por un instante, encontrarse en medio de una población de locos. Y en realidad, se hubiera podido creer que era así; en vano se había tocado generala, las trincheras quedaron desguarnecidas; todo el mundo se había ido a la orilla



del mar. “Pero, agregó el almirante ¿por qué circunstancia os encontráis aquí?”

Ferrand le contó entonces, cómo con un puñado de hombres, él se había refugiado en Santo Domingo: contó sus sufrimientos y el hambre que devoraba a los soldados; en fin, pidió al almirante socorros para poder sostener la lucha.

Abastecimiento de Santo Domingo El almirante dictó órdenes y muy pronto llegaron botes cargados de víveres, municiones, medicamentos, dinero. La abundancia reapareció de repente, allí donde reinaba la más espantosa miseria. El almirante agregó dos batallones próximamente a la guarnición de la ciudad. Esos diversos arreglos tomaron todo el día y al día siguiente la escuadra nos dejó para continuar su cruceo.

Nuestro destino dependió de una ráfaga de viento. En efecto, el almirante no tenía ninguna misión especial para Santo Domingo, y, si en vez de venir a reconocer la costa meridional de la isla, hubiera singlado hacia el norte, nada se hubiera opuesto a la toma de la ciudad y nadie hubiera escapado al furor de los negros.

Se había debido creer en Francia que Santo Domingo había sido abandonado: un año había transcurrido desde el informe del general Ferrand sobre su toma de posesión y el embarco del antiguo gobernador Kerverseau. El emperador estaba ocupado en su plan de invasión de Inglaterra y no podía pensar en una pobre guarnición trasplantada a algunos millares de leguas de Francia, abandonada, perdida, en una tierra enemiga. El almirante, al marcharse, había prometido que él daría un informe completo de la posición de la guarnición.

Nos pareció entonces que la fortuna que acompañaba a Napoleón había venido a recaer sobre nosotros. En esta época, Jamaica estuvo muy alarmada; un solo buque la defendía y nuestra escuadra hubiera podido causarle graves daños; desgraciadamente sus momentos estaban contados y el jefe no podía cambiar nada a su itinerario.



Levantamiento del sitio Dessalines había visto desde sus fortificaciones, los socorros inesperados que nos habían llegado; él había contado con que el hambre nos habría hecho rendir; desesperó, pues, del éxito, y tomó, en consecuencia, sus disposiciones para levantar el sitio. Si el jefe de los negros, aprovechando el abandono de las trincheras, cuando la llegada de la escuadra francesa, hubiera dado el asalto, sin ninguna duda hubiera entrado en la plaza; probablemente no pensó que la disciplina había sido olvidada por un momento; puede ser también que temiera que si sus tropas entraban en la ciudad y experimentaban una derrota, no hubiera podido volver a ocupar sus posiciones, que constituían su fuerza principal. El mismo día el ejército negro comenzó su movimiento de retirada.

Tercera salida de la plaza Ferrand, queriendo, delante del almirante, dar una prueba del valor de su guarnición, hizo perseguir al enemigo; ordenó una salida sobre su retaguardia, que venía de la orilla izquierda del Ozama. Nosotros nos considerábamos tan dichosos que nadie calculó el peligro. Esta vez también, los negros debieron reconocer nuestro valor. Era la venganza la que nos animaba, y se les hizo pagar muy caro todas las torturas morales que nos habían hecho experimentar. Esta salida nos costó aún ocho muertos y quince heridos.

El mismo día, 21 de marzo de 1805, dos fragatas, destacadas de la escuadra, fueron a fondear en la bahía de Azua, cerca de la playa por la cual el ejército negro estaba obligado a desfilar. Aquél era el único camino para volver a Port au Prince, a menos de subir terrenos escarpados de dos y trescientos piés de altura. Retroceder para tomar el camino del Cabo, que ellos habían recorrido cuando venían a sitiar a Santo Domingo, era, si no imposible, por lo menos muy aventurado; ese camino había sido devastado completamente por aquel ejército, que no vivía sino del merodeo y del pillaje; las doce galletas que se daba a cada hombre para toda la campaña se habían agotado y este motivo debió contribuir a hacer levantar el sitio, pues Dessalines no tenía ya los medios de alimentar su ejército.



Se había calculado bien la marcha de ese general; él debía atravesar a Paya, Baní y Azua. Durante todo el desfile de sus tropas por la playa de esta última ciudad, las fragatas francesas ametrallaron aquellas masas negras, arrinconadas en aquellos ásperos declives, e hicieron una carnicería espantosa. La lección fué severa y los haitianos no volvieron a aparecer desde entonces sino en las fronteras, donde el temor los detenía.

Así se terminó el sitio-bloqueo de Santo Domingo. Había durado veintiún días, durante los cuales experimentamos todo lo que la miseria tiene de más horrendo. Fué sin duda menos mortífero que el de Génova, el 15 de germinal del año VIII, pero fué más pavoroso. En Génova, *Masséna*, (43) faltó de recursos podía capitular; pero en Santo Domingo, la capitulación era la muerte!

Esta resistencia de veintiún días en una plaza a penas fortificada y contra una masa de negros, prueba que el verdadero valor puede vencerlo todo, y que no hay puesto, aldea o ciudad, por débiles que sean, que no puedan tener en jaque a fuerzas superiores, muy particularmente si la táctica viene a unirse al valor. El hambre sola puede triunfar al fin, de la energía; ese es casi siempre el medio que el enemigo emplea para apoderarse de una ciudad sitiada.

Talvez yo me haya extendido demasiado en la relación de este sitio; pero, a aquél que ha sufrido tanto, ¿no le es permitido recordar sus sufrimientos? Y tanto valor, tanta intrepidez, de un puñado de franceses, aislados en una tierra extraña, merecen muy bien un recuerdo!

Se acusará, talvez, al general Ferrand de haberse dejado sorprender desprevenido; y sin embargo, nunca una acusación semejante fué menos merecida.

La tranquilidad de que había gozado la guarnición, durante el primer año de la ocupación de Santo Domingo debía, desde el principio, darle confianza sobre el porvenir; después, lo lejos que se estaba de la parte francesa; la imposibilidad de conducir un ejército en un país montañoso de grandes bosques, de hatos sin cultivo, que sólo ofrecía algunos animales como único re-



curso, podía razonablemente hacerle creer que, sin una grande imprudencia, el ejército negro no vendría jamás a atacarlo.

Sólo era necesario que un salvaje, un africano, un hombre guiado solamente por la ferocidad, pudiera intentar tan peligrosa empresa. Y, sin embargo, sólo faltó un día para que tanta audacia fuera coronada por el éxito.

Si no hubiera sido por esta convicción, talvez Ferrand hubiera intentado abastecer la plaza; pero, hay que acordarse del momento de su toma de posesión, sin crédito, sin dinero, reducido a vivir al día y se reconocerá que él no podía hacer nada. Cualquier otro general, en su caso, se hubiera visto obligado a proceder como él. Se defendió valerosamente; ¿que más podía hacer?

Y también hay que saber qué clase de hombres eran aquellos negros! Eran salvajes, eran bárbaros; pero qué intrépida bravura! ¡Qué valor para soportar las fatigas! Costará trabajo crearlo, y sin embargo, esos hombres, desnudos, bajo un cielo abrasador, hicieron en su marcha sobre Santo Domingo, hasta dieciseis leguas por día; su marcha era tan rápida que, más de una vez, se vieron obligados a hacer alto, para esperar la caballería.

Dessalines, al llegar a la plaza, creyó necesario hacer un sitio en regla; si, por el contrario, él hubiera, con sus soldados animados con la esperanza de la matanza y del pillaje, intentado, desde el primer día, asaltar las murallas, no hay duda de que sus masas compactas lo hubieran conseguido; pero él temió el valor reflexivo de los blancos. Además, esperaba, por mar, la artillería que necesitaba y estos retardos nos salvaron.

Su retirada debió ser muy penosa, pues sus recursos para alimentar su ejército habían sido consumidos por completo durante la invasión y le era necesario recorrer un país devastado.

Relación del sitio La relación del sitio de Dessalines fué hecha por el señor Filleul, primer edecán del general, al primer cónsul Bonaparte, que acababa de ser nombrado Emperador, con el nombre de Napoleón (XXI). Nosotros ignorábamos esos cambios y supimos esa elevación de un soldado al



poder supremo en el mes de marzo de 1805, diez meses próximamente después de ese gran acto de la voluntad popular.

El general Ferrand condecorado Napoleón aprobó completamente la conducta del general Ferrand, que había defendido tan valientemente la bandera de Francia; y para probarle su satisfacción, le envió la cruz de la Legión de Honor, noble insignia que sólo se obtenía entonces por grandes acciones!

La alegría del general fué sin embargo, enturbiada. Una sola recompensa para un ejército que contaba tantos valientes! Eso era muy poco. Pero entonces, esa cruz, que a penas se nota hoy, no se prodigaba en aquel tiempo.

Esta cruz que se coloca en el pecho del último burócrata, no se ostentaba entonces sino sobre el corazón de los héroes.

Reorganización y consolidación de la Colonia Tan pronto como el ejército negro levantó el sitio, los habitantes de los *arradimientos* (pueblos grandes o ciudades) dejaron la ciudad para volver a sus propiedades. El padre Vives partió también, acompañado de sus feligreses, para tomar posesión de su altar y sobre todo, de su púlpito, cuya solidez le quitó el temor de un acontecimiento semejante a aquel de que habíamos sido joviales testigos. Por su parte los viejos, las mujeres y los niños, que se habían hecho salir de la ciudad, volvieron a ella, abandonando con alegría a Puerto Rico y a la Costa Firme, que les habían proporcionado hospitalidad por poco tiempo.

Después de un sitio tan funesto, era necesario al general, algún tiempo para reorganizar su guarnición. Los dos batallones de la legión del sur, que el almirante le había enviado, fueron unidos con el 50. ligero y con los 370. y 890. de línea. Algunas pendencias con los antiguos soldados hicieron necesaria esta medida. Eran, en su mayor parte, piemonteses, que sacaban el cuchillo a la primera querrela. El asesinato de un soldado decidió al general a hacerle perder el título de *legión*, que tenían en el momento de su desembarco.



Un conflicto general iba a presentarse, cuando el general tomó la delantera llamando a todos los maestros y prebostes de armas, previniéndoles que a la primera disputa que ocurriera los haría fusilar. Una onza de oro terminó la frase: se bebió a su salud y todo siguió tranquilo en el porvenir.

El contraalmirante Missiessy, volvió a Francia y dió cuenta de lo que había hecho y de la situación del general Ferrand, y el emperador aseguró un crédito, para Santo Domingo, sobre los Estados Unidos. El general podía, desde entonces, con este crédito de provisiones de todas clases y una guarnición de 2,000 hombres, hacer frente a todos los acontecimientos.

La colonia francesa de Santo Domingo sobrevivía a Santo Domingo.

Al llegar a la llamada del general, fuí colocado con el señor Goguet, inspector de las revistas y el sitio me había hecho volver a entrar en mi línea, dirección de ingenieros militares, como adjunto de primera clase.

El año de 1805 transcurrió en medio de las disposiciones necesarias a la consolidación del establecimiento, y principalmente a la conservación de la parte llamada española. Nuevas llamadas a los franceses y aún a los españoles fueron hechas en las islas circunvecinas y en la Costa Firme: nuestra tranquilidad debía atraerlos; el general extendió su solicitud por todas partes: una nueva población acudió y aprovechó la impulsión dada por una buena administración; algunas haciendas surgieron del medio de los bosques; se desmontó por todas partes, se sembró y se prepararon buenas cosechas; cortes de madera de caoba, de campeche, y guayacán fueron comenzados allí donde la pereza los había dejado en pie. El comercio interior de la ciudad readquirió su actividad; dos comerciantes, Bourdon y Pasmét armaron un buen corsario; el general tuvo una goleta del estado, el mando de la cual fué confiado al capitán Brouard, oficial de marina; el puerto fué organizado y provisto de capitanes y pilotos, los señores Mouilla y Tapoul; una compañía administrativa y la guardia nacional fueron también organizadas, así como una milicia española a pié y a caballo.



Ferrand había, pues, conducido y llevado a feliz término su proyecto: poseer un punto de partida, para de allí poder reconquistar un día toda la isla de Santo Domingo, de la cual, por nuestra ocupación, los dos tercios pertenecían a Francia. Aquel era un nuevo período que había que recorrer.

*El cruce-
ro inglés* Los ingleses, cuya marina estaba demasiado ocupada, por el temor de la invasión de Inglaterra, nos habían dejado tranquilos; pero envidiosos al vernos ocupar esta parte y no pudiendo por el momento, hacernos salir de ella, hacían vigilar a Santo Domingo: una fragata, la *Pique*, vino a cruzar delante del puerto. El capitán, hijo de una francesa, vino un día como parlamentario y reconoció al general como un antiguo camarada de colegio en Francia, donde él se había criado. De este reconocimiento nacieron excelentes relaciones; el amigo, enemigo, que se aburría en el mar, venía a menudo como parlamentario, y encontraba buenos amigos y buena cena y víveres frescos; él obligaba a entrar en nuestro puerto a algunos americanos encontrados en el mar, los cuales tenían otro destino. Aquello era un cambio de consideraciones y miramientos. Después de algunos meses, la *Pique* abandonó su crucero y el puerto quedó libre.

La parte española de Santo Domingo, los dos tercios de la isla, pertenecían, pues, todavía a Francia; allí dichosos, sin tormentos, con una naturaleza tan bella, tan dulce bajo aquel clima, llevábamos una vida afortunada. ¿Y Francia? se pensaba en ella como en una amiga lejana, pero no se la deseaba: esta tierra era nuestra.

Viviendo en medio de una población española, aunque sujeta a nuestras leyes, debíamos, por otra parte, conformarnos en parte a sus usos, principalmente a sus costumbres religiosas, llenas de mojigangas, a veces muy ridículas y que, más de una vez fueron causa de escenas desagradables; testigo de eso, lo que sigue:

Diariamente, a cualquier hora, sacaban a paseo el *Rosario*. Tres hombres, laicos, llevaban en la punta de unas pértigas de doce pies, una especie de bandera y dos linternas grandes encen-



didadas, y recibían a su paso, las genuflexiones de la multitud que se unía a otros acompañantes, musitando sus oraciones; así, pues, resultó que un día que un oficial había comido demasiado bien, quiso despreciar la costumbre a la que quería obligársele; furioso, desainvainó su sable y atacó al *Rosario*, que fué completamente derrotado! . . .

El oficial ganó con eso dos meses de arresto a que fué condenado por el general.

El Viernes Santo En ocasión de las grandes fiestas religiosas, el general y las autoridades civiles y militares asistían al servicio divino: el del viernes Santo era, con toda seguridad, el más curioso.

Toda la pompa eclesiástica se había puesto de manifiesto al amueblar la iglesia; detrás del altar mayor las tres cruces del calvario que terminaban la perspectiva: ellas llevaban en efigie y de tamaño natural, perfectamente modelados, esculpidos y pintados, *el Cristo y los dos ladrones*.

El silencio más religioso reinaba en el templo; sólo la voz del predicador se dejaba oír, explicando la pasión. Una población numerosa en la cual todas las mujeres en cuclillas en tierra (44), llenaban el espacio; el sexo femenino cubierto de mantillas y con vestidos negros; la iglesia con colgaduras iguales; las cortinas del templo igualmente negras, comunicaban al conjunto un aspecto lúgubre. (45) En medio de este recogimiento auditivo, en el momento en que el predicador decía: "Aquí el velo del templo se rompió", un golpe de *gongom* (46) daba la señal y las tres cruces quedaban expuestas a las miradas! . . . El descendimiento de N. S. J. C. había sido ordenado; entonces el sacerdote, dejando su órgano obligado, tomó el del mando: cuatro hombres vestidos a la romana, como los de aquella época, obedecían a la orden: "Traed las escalas! aplicad las escalas! etc., etc., procediendo a la operación que representaba el verdadero cuadro del *Descendimiento de la Cruz*.

Ese cuadro hubiera sido bastante a las miradas y al corazón de los franceses; pero para los españoles, eso no era bastante emocionante; era necesario las palabras del predicador acompa-



fiando la acción. No se daba un martillazo sin una orden precisa; los clavos desprendidos y depositados santamente en un cojín, se oía: “*Pasad el sudario! sostened los brazos! Tened cuidado con el cuerpo; poco a poco; suavemente*”.

Ese cuerpo de madera, esculpido y con bisagras, así como un maniquí de pintor, se prestaba a todos los movimientos deseados; la ilusión era completa, tanto en la representación como en la manera de proceder de los obreros. En este momento, la masa del pueblo sollozaba, arroyos de lágrimas corrían de los bellos ojos de las *señoritas* y su pecho se rompía con los numerosos y acelerados *mea culpa* que cada una se aplicaba; lo que se agregaba aún a todo esto, eran las ardientes devotas que se golpeaban las mejillas, dándose verdaderos bofetones!!!

Esos *mea culpa* tan prodigados producían un sordo rumor, capaz de atacar los nervios. Esta demostración, ocasionada por las palabras del predicador: “Llorad, arrepentios” duraba hasta el momento en que el representante de Cristo era colocado en un féretro adornado de plata, etc.

Hecho esto, la procesión se preparaba para salir, y ese gran duelo, ese largo y melancólico silencio, era interrumpido por los tambores y las músicas.

Penitentes de todos colores, portarosarios, santos y santas vírgenes, en estrados cubiertos de paños y sostenidos por algunos hombres, caminaban detrás; los niños llevaban todo lo que se refería a la Pasión; las autoridades civiles y militares, viejos alcaldes, corregidores, etc., etc.; los soldados hacían la escolta y formaban un conjunto que hacía esta ceremonia imponente, y hacía, hasta cierto punto, olvidar lo grotesco que ella tenía desde otro punto de vista. Toda la población asistía a esta procesión, en la que, no llevar un cirio escendido en la mano hubiera sido un sacrilegio. (Más de 6,000 cirios se vendieron ese día). Yo observé esta ceremonia con un vivo interés desde el principio; era la primera vez que la veía sin crítica, sin prevención; pero estas pompas extravagantes, este espectáculo en que se pone a Dios en acción, aquel que debe ser invisible, aquel que no tiene poder sino por nuestra fè, me parecían tan lejos de



nuestras costumbres del siglo, que me condolía sinceramente de ese pueblo que tenía necesidad de todo aquel aparato para creer en Dios!

En Valladolid, en España (Europa) encontré durante mis campañas, los mismos usos en 1810, 11, 12 y 13.

Ese culto exterior, esas formas teatrales hacen perder de vista el dogma y toda la moral de la religión. Era, sin duda, bueno para espíritus ignorantes, que tienen necesidad de imágenes sensibles; pero para europeos...

*Temblo
de tierra* El 15 de noviembre de 1805, un temblor de tierra vino a turbar nuestro comienzo de bienestar; el temblor no duró sino setenta segundos, pero nos causó una gran alarma: tres sacudidas sucesivas hicieron salir a todo el mundo de sus casas. No sé si nos impresionamos más con los gritos de toda la población que con el peligro mismo. Esa masa de pueblo, de mujeres, sobre todo, arrodilladas, cubiertas con mantillas negras, gritando: *Misericordia! misericordia!* con un tono lamentable y al unísono era capaz de desmoralizar a los más intrépidos. Ningún daño sucedió; lo más que hubo fué miedo, pero sin embargo, tuvimos que medir el suelo con toda nuestra longitud, en el momento de la tercera sacudida. Cada uno se levantó y la cara descompuesta de algunos hizo volver la alegría entre nosotros.

El miedo da piernas: un comisario de marina, Bailly; que necesitaba una mula llegó a la plaza sin ayuda de ella; cuando terminó el temblor suplicó que fueran a buscársela. “Pero, le decían, *¿cómo vino usted?* —Yo no sé. *Mi mula!, mi mula!*”

*División naval
del contraalmirante
Leisseigüe. 22 de ene-
ro de 1806* El año 1806 había comenzado, cuando el 22 de enero se señaló una escuadra que se dirigía a Santo Domingo, donde vino a fondear. El 3 de diciembre de 1805, dos divisiones navales habían salido del puerto de Brest: una, a las órdenes del señor contraalmirante Willaumez, a bordo del *Veterano*, capitán Jerónimo Bonaparte; la otra bajo las órdenes del contraalmirante Leisseigüe. Ambas navegaron en conserva hasta las Azores; allí, un ventarrón furioso



les causó serias averías y se separaron. Willaumez siguió rumbo al Brasil; Leissegue a las Antillas.

La escuadra que llegó era la del contraalmirante Leisseigue, que vino al fondeadero de nuestra rada abierta. Tenía cinco navios, dos fragatas y una corbeta, que se quedó a la vela en observación: el *Alexandre*, de 80; el *Bravo*, de 74; el *Imperial*, de 120; el *Júpiter*, de 74; el *Diomede*, de 74; la *Felicité*, la *Cométe*, la *Diligente*, muy bien nombrada así, pues era la más buena velera concida en los mares. Habiendo salido de Brest para Port au Prince (Santo Domingo) llegó al décimosexto día.

Uno de esos buques, el *Dioméde* principalmente, tenía necesidad de grandes reparaciones, y el almirante creyó poder hacérselas en el fondeadero y durante ese tiempo, renovar el agua de sus buques, tomar víveres frescos, etc., etc. ¿Qué no hizo él como Missiessy? . . .

En las colonias, ver llegar buques con banderas nacionales, es un momento de verdadera dicha!

Aquellos venían de Francia y por lo tanto era igual que traernosla; cada uno se imaginaba encontrar en ellos a un miembro de su familia. No se habían visto a los hombres de la escuadra Missiessy, que se había quedado a la vela, y desde 1803, no habíamos hablado a un sólo oficial de marina. Todos los de esta división saltaron a tierra y cada uno de nosotros nos disputábamos el ampararnos de uno de los recién llegados, para colmarlo de atenciones y agasajos: por todas partes había una buena acogida; fiestas y recreos, pues en cada casa había un huésped.

Id a vivir en las colonias; quedáos algunos años a 1,800 leguas de la patria y comprenderéis toda la dicha, el verdadero placer de abrazar a un compatriota contra vuestro corazón! . . . No se podría creer cuántas dichosas emociones vinieron a agitar nuestro espíritu; con cuanto arrobamiento volvíamos a ver, no solamente a las personas, sino también cualquier objeto francés, que parecía conservar un perfume del suelo natal; con qué entusiasmo volvíamos a recibir las impresiones perdidas con él; las analogías de los sentimientos, de lenguaje, de las pasiones. Un placer semejante era para nosotros el oasis en el desierto.



¡Cuánta coquetería de parte de nuestras damas criollas! Ya no nos tenían en cuenta en su sociedad, desde la llegada de esos señores. Pues bien, nos considerábamos tan dichosos que, sin celos de ningún género, les hubiéramos cedido a nuestras deliciosas amigas.

Las criollas Esas pálidas criollas, al unísono con los hombres
blancas incoloros, como lo éramos nosotros, pero rescatando eso con una sencillez perfecta, con rasgos espirituales, dulces, con un talle maravilloso de flexibilidad, encantaron a los recién llegados, a aquellos *corderos franceses*. Sin embargo, entre ellas, la primera entrevista es fría; pero muy pronto se muestran con toda naturalidad, con una perfecta expansión y franqueza. Nada, absolutamente nada podría dar una idea de la dulzura melancólica y undulosa de su posición, cuando, acostadas en un sofá y rodeadas de atentas esclavas, parecen querer evitar el cansancio de una palabra, de un gesto, que no serían capaces de recoger un pañuelo que se les hubiera caído. Deliciosas criaturas, que podría decirse que habían nacido para ser reinas. Pero por la noche, a la luz de una araña, cuando las melodías de una orquesta hieren el aire, es entonces cuando es preciso verlas animarse, ligeras, fuertes, nerviosas, que no piden descanso a ningún bailarín, para seguir los compases precipitados de un valse... Ellas tienen entonces ocasión para mostrarse.

El general Ferrand hizo una bellísima recepción al almirante: una gran comida, seguida de un baile, adornado con todo el encanto vegetal de los trópicos. Cuatro días transcurrieron rápidamente en esas fiestas.

El contraalmirante, no deseando hacer menos que el general y su guarnición, lo convidó a ir a bordo, donde debían devolverle atenciones con atenciones: su buque el *Imperial* fué adornado y empavesado en esta ocasión. Todo en este buque era de un lujo asiático, de una coquetería completa. Yo desafío a cualquier damita melindrosa a que tenga un gabinete como la cámara del señor almirante. Todo allí era sedería, oro y plata.

El 6 de febrero era el día fijado para la recepción a bordo; la vajilla de plata y otras alhajas del general debían llevarse allí.



El día 5, yo me encontraba a bordo del *Dioméde*, el que muy averiado, había pasado sus baterías de estribor a babor, para poner al aire la quilla y poder trabajar en ella; la mitad había sido levantada. Yo estaba invitado a comer con los guardias-marinos, cuando un bergantín vino al fondeadero; era el del capitán americano Tagard, el que habitualmente era nuestro proveedor.

El capitán americano Llamado a bordo, para tener noticias del mar, nos dijo: “He visto y encontrado ayer la escuadra del almirante inglés Cokrane; él busca la división francesa. Mañana por la mañana, estará frente a Santo Domingo”. Nuestros bravos marinos, que desde su salida de Francia, habían tenido la buena suerte de no encontrar al enemigo, pusieron en duda esta noticia y el pobre Tagard no pudo convencerlos. Todos creyeron que era un espía digno de hacerlo preso; era necesario detenerlo por temor de que durante la noche se hiciera a la vela para avisar al almirante inglés donde estaban los franceses. Tagard era un hombre honrado, muy adicto al general Ferrand, e incapaz de hacer eso. El acudió a mí, pues afortunadamente alcanzó a verme y yo le serví de fiador.

Por fin, después de madura reflexión se resolvió su conducción al buque almirante.

Fué, pues, conducido allí, donde todos ocupados en los preparativos para dar una fiesta se tuvo muy poca cuenta de la noticia que había dado; pues en la noche, la orden de ir a hacer aguada fué general; las *corveas* (47) debían remontar el río Ozama, como hasta legua y media, para conseguir el agua dulce. Tagard fué puesto en libertad y enviado a su buque; inmediatamente entró en el río. En presencia mía, ese pobre hombre fué preso y engrillado y la noticia que trajo, olvidada, no dejó ni recuerdos de ella. Aunque habían tomado la cosa a la francesa, es decir, a la ligera, sin reflexión, oí sin embargo decir: “Los ingleses! que vengan cuando quieran; los batiremos!” Jactancia! que yo rechacé en seguida como lo merecía, diciendo: “Señores; desgraciadamente estuve preso a bordo de los buques ingleses; he visto y apreciado a sus marinos en el trabajo, y yo, que he sido marino antes que vosotros, os aseguro que vencerlos no es



tan fácil como lo pensáis. Tened cuidado con ellos!... no despreciéis a vuestro enemigo, pues esos hombres son valientes y buenos marinos!" y ellos contestaron "Bah! bah! nosotros los batiremos".

Llegada de los ingleses El 6 de febrero, al amanecer, la corbeta la *Diligente*, que estaba en observación en la punta de la isla y a barlovento, apareció en el horizonte. Su cañón, disparado a intervalos anunciaba al enemigo!...

Entonces fué cuando se creyó que podía venir, que estaba allí!...

Fue una verdadera sorpresa; un *combate* en vez de una *fiesta*! Afortunadamente que la llegada del enemigo tuvo lugar en la mañana; pues si hubiera sido en la noche, con toda una nueva población de invitados, en cada buque, cómo hubiéramos podido poner en tierra tanta gente!... las desgracias hubieran sido incalculables.

Aquellos hermosos y bellos buques que nos habían causado y nos causaban tanto placer, estaban anclados y tan poco preparados a combatir como si hubieran estado en el puerto, y era en medio de una imprudente seguridad como se ocupaban de reparar las averías ocasionadas por la tormenta de las Azores. El zafarrancho de combate fué ordenado; se hicieron señales para hacer entrar las *corveas*, tanto de agua, como de víveres. Pero esa vuelta requería tiempo! Todo se hace muy pronto a bordo; pero en cuanto a eso es necesario tener tripulación completa. Ahora bien, no había un sólo buque al que no faltaran cincuenta o sesenta hombres; el buque almirante tenía *cien* hombres ausentes.

La *Diligente* se aproximaba, dejando oír siempre su cañón: El lord Cokrane y sus buques no se veían todavía; eran las seis de la mañana.

Se perdió mucho tiempo en idas y venidas y en discusiones inútiles. El contralmirante Leisseigue quería quedarse en el fondeadero, delante de la ciudad; el general le aconsejó mucho que se colocara más abajo, guardando la costa frente a la gran saba-



na. Allí, acoderando sus buques, las baterías de costa, improvisadas sobre los escarpados de la costa y los del bastión de San Gil, los hubieran flanqueado, pudiendo maniobrar sobre el enemigo a su llegada primeramente y después, particularmente si osan intentar pasar entre la tierra y nuestro buques, imitando la maniobra de Aboukir; pues allí, ya se sabe, una simple batería en un islote, hacía el paso muy peligroso a los buques de Nelson, y hubiera sido provechoso al almirante Brueix. El combate de Linois, el 4 de junio de 1802, en la bahía de Gibraltar, era también su ejemplo que imitar; pues allí, a pesar de sus pérdidas, sin ponerse a la vela, fué vencedor con la ayuda de las baterías de tierra.

Este consejo del general Ferrand era tanto más racional, cuanto que daba el tiempo necesario para hacer entrar, todas las corveas; que para aparejar a esa hora tan matinal no reinaba sino una débil brisa de tierra; que el orden se habría restablecido en los buques, y que entonces, en estado de combatir, se tenía el recurso de cortar sus cables, cuando llegara el viento del mar, hacia el medio día, para ir a la vela a librar el combate, con una suerte tal vez inferior, en plena mar, pues el enemigo tenía siete buques y nosotros cinco.

No conozco absolutamente el informe que ha debido darse al ministro Decrés, pero puedo decir lo que ví perfectamente, todo lo que la población de Santo Domingo vió, desde los terrados de las casas como se ve en un circo. Yo diré lo que Tournier (XXII) guardia marina de primera clase a bordo del *Imperial*, me dijo, en medio del combate.

Lo que he visto El contralmirante Leisseigue aparejó como a las ocho, desplegando todas las velas para aprovechar bien la ligera brisa y seguir la costa para llegar al cabo Nizao y de allí hacerse mar adentro y huir delante de Cochrane. Con gran trabajo fué como aquellos pesados barcos llegaron a la bahía de Palenque, a la cual el cabo Nizao cierra uno de los lados; y sin embargo, se habían hecho a la vela antes que ningún buque enemigo pareciera en el horizonte! . . .



Diez leguas que recorrer desde el Ozama hasta el cabo Nizao no eran infranqueables en cualquier otro momento; pero, sin viento, por decirlo así, esta distancia no fué recorrida sino hacia la una y media y el cabo no había sido doblado.

Orden de marcha de Leisseigue:

- 1er. buque de línea, el *Alejandro* de 80, capt. Bergeret:
- 2º buque de línea, el *Bravo* de 74 Capt. O. . . .
- 3º buque de línea el *Imperial* de 120. Ctra. almirante Leisseigue Cap. Brigot.
- 4º buque de línea, *Júpiter* de 74. capt. Leignel.
- 5º buque de línea, *Diomede* de 74 capt. D. . . .
- 6º buque de línea, *Felicité* fragata la. de 40,
- 7º buque de línea, el *Cometa* fragata la. de 40 y
- 8º buque de línea, la *Diligente*. Corbeta de 18. Estas tres últimas, formando la vanguardia.

Cuando la *Diligente* apareció en el horizonte, señalando el enemigo, éste estaba a la altura de la isla Santa Catalina, a veintiuna leguas marinas de Santo Domingo. El enemigo llegó, empujado por un viento del este, habiendo dado la orden de celeridad, es decir, cada buque adelantando lo mejor que podía y tomando el lugar que le asigne su marcha.

Tan pronto como Lord Cokrane descubrió nuestros buques cargados de velas, juzgó la maniobra de su adversario, y puso la proa a la punta Nizao, adonde llegó con toda velocidad, hacia las dos, bastante a tiempo para encerrar la escuadra francesa en la bahía de Palenque! Las fragatas y corbetas habían doblado el cabo y se escaparon, y como no tomaron parte en el combate eso hizo presumir que el contraalmirante Leisseigue, sin duda, tenía orden de evitar todo encuentro y que esa orden había sido dada, pues no había motivos que pudieran dispensar a aquellos buques de ayudar a su almirante. El *Brave* también se alejó durante el combate.

Mientras duró esta marcha, los marinos de las corveas se rompían los brazos con los remos para reunirse, lo que lograron



en medio del combate, y se embarcaron a bordo del *Diomede*, el último de la línea.

Combate Naval A las tres, lord Cokrane, con cuatro buques solamente (los otros estaban demasiado atrás, y pasaban frente a Santo Domingo, en número de tres de línea, fragata y aviso) se encontró frente al contraalmirante francés y a sus cinco buques. Este último tenía una gran ventaja en artillería y sin tratar de huir quiso aprovecharse de su ventaja; toda maniobra hubiera sido, además, inútil, casi imposible, encerrado como estaba en la bahía.

El *Alejandro* recibió la orden de cortar la pequeña línea inglesa por el centro. Desde hacía largo tiempo el cañón funcionaba de una y otra parte; pero las dos fuerzas se habían aproximado demasiado y el combate comenzó entonces muy seriamente. Por una fatalidad inconcebible, el capitán Bergeret, antes de la señal de ejecución, obedeció la orden primitiva; dejando acercárcele por babor, se encontró en medio de una nube de humo de pólvora, espesa y estacionaria por la calma del viento; en esta posición, colocado entre el *Imperial* y los buques ingleses, el primero, no distinguiendo su pabellón, le disparó todas sus andanadas repetidas veces. Por su parte, Cokrane hacia lo mismo; de modo que, aquello fué una carnicería a bordo del buque. Pronto fué puesto fuera de combate, desmantelado, chato como un pontón, pero sin retroceder, sin embargo. Su pabellón estaba sujeto por un bichero. (48) Durante ese tiempo, el resto de la escuadra inglesa, reuniéndose, tomó parte en el combate; de suerte que Leisseigüe, reducido a cuatro buques contra siete, aunque luchando siempre, tuvo una desventaja inmensa! Su verdadera ciudadela desbarataba todo lo que se le acercaba: tres buques, el *Superbe*, de 80, almirante Duckwort; el *Nortumberland*, de 74, almirante Cokrane y un tercero, almirante Lowes, lo rodearon, cuando un accidente espantoso, vino, por decirlo así, a reducirlo a nada. Un incendio se propagó de un extremo a otro de su batería de 36. Y ésta se acabó! . . .

Agregad a esto el buque el *Bravo*, de 74, el que, cuando el viento del mar llegó, salió de la línea y del combate. El enemigo



no tenía, pues, a combatir sino el *Dioméde*, el *Júpiter* y el *Imperial*, medio paralizado. El combate continuó durante cinco horas y la escuadra francesa, vencida, debió cesar su fuego.

Leisseigue, reducido como lo fué, tanto por su primitiva posición como por sus pérdidas, no tuvo otro recurso sino batirse hasta el último extremo. Estando bien convencido de que no podía vencer a diez buques contra los tres suyos, se dispuso como todos nuestros marinos de esta época, *a morir como un héroe; pero pensando más bien en sucumbir noblemente que en vencer.* (*Thiers, Consulat*), él no arrió su pabellón y se varó en la costa con el *Imperial* y el *Dioméde*, arrebátandole de ese modo una rica presa al enemigo.

Cokrane tomó dos buques: el *Jupiter* y el *Alexandre*; este último, desmantelado y hundido hasta su segunda batería; combatiendo siempre, se fué al garete hasta el puerto de Santo Domingo. Todavía no había arriado su pabellón y sufría el fuego del resto de la división inglesa, hasta de un simple *cúter*. (49) ¡Sin embargo de que sus municiones estaban anegadas y que el agua llegaba ya a la segunda batería, él se rindió! La tripulación fué recogida por los ingleses, lo que se hizo muy pronto: el buque había perdido tanta gente!

El sentimiento nacional, a nosotros que éramos espectadores desde las azoteas de las casas de la ciudad nos hizo palmo-tear en el momento en que vimos un buque desarbolado, creyendo que era un buque inglés; este júbilo fué muy corto, pues al aclararse el humo, reconocimos nuestro error.

Lo que se me dijo Tournier en su dolor, me dijo: “Nuestros buques, tan hermosos, tan magníficos a la vista, no eran desgraciadamente sino unas buenas cajas, que encerraban y contenían muy pobres tripulaciones. Más de la mitad estaba compuesta de los conscritos del año; por consiguiente, no eran *marinos*. Se les habían entregado a la marina, a la salida del puerto. Qué servicios, pues, podían prestar tales hombres, después de dos meses de navegación! Ninguno: A bordo eran más bien un estorbo que una ayuda! . . .



“Esos conscritos, que servían en las baterías en el momento del combate, reemplazaban a los ausentes a bordo del *Imperial*; admirados, espantados de un estrépito como el que producía un buque que disparaba sus andanadas, perdieron la cabeza y llevaban de la santabárbara cartuchos de cañón (50) para las piezas, sin tener la precaución de llevar una *cartuchera*; la pólvora se derramaba sobre la batería y la menor chispa debía traer, como resultó, el deplorable acontecimiento que ocurrió. De un extremo a otro la pólvora se inflamó: era imposible hacer funcionar ninguna de sus piezas y eso en el momento en que más necesidad teníamos de ello. Ah! pobre marina!... Aquel magnífico buque no tuvo más que la cuarta parte de sus cañones!...

“Cuán preferible hubiera sido no haber tenido sino la mitad de la tripulación. Sólo así hubiera servido; el orden y el saber hubieran encontrado sus aplicaciones; mientras que aquellas masas sin aptitudes para el servicio teniendo que ser dirigidas en todo y por todo, eran la causa del desorden, de la confusión y de las pérdidas!”

El emperador, tan hábil para formar soldados, los anuló al entregarlos a la marina: eran franceses y valientes sin duda alguna; pero a bordo de los buques, es necesario unir a esa cualidad la del saber, de la ciencia, en todos absolutamente. No se puede formar un marinero como un soldado. Todo se aprende con el tiempo; pero querer en dos meses formar un marino de un labrador, de un viñador, etc., es desear lo imposible. El último grumete debe conocer la maniobra en la cual tendrá que intervenir; ¿qué será del hombre que hasta el momento en que lo habeis echado a bordo, no había nunca en su vida ni siquiera visto un barco? ¿Qué será de él? Carne de cañón!

En la marina, es necesario el tiempo más que en ninguna otra cosa, y precisamente en eso era en lo que Napoleón se fijaba menos. El *quería*. Pero, ¿era eso bastante? Ya hemos visto que nó. En cuanto a la marina, seguramente, si hubiera querido una, la hubiera tenido; pero él esperaba que las fuerzas del continente consiguieran acabar con las insulares.



A pesar de sus grandes averías, el *Alexandre*, que se creía estar próximo a hundirse, fué puesto a flote por los ingleses y al día siguiente en la noche, desapareció remolcado por uno de sus buques, e hicieron rumbo a Jamaica, donde Cokrane se re-hizo con su escuadra.

El lugar en que naufragaron el *Imperial* y el *Dioméde* estaba desgraciadamente sembrado de arrecifes, al pié de rocas cortadas a pico, ribera escarpada de ciento a cientocincuenta piés de altura. El *Imperial* naufragó muy mal, con el bauprés en tierra; el *Dioméde*, por el *anca* (51) de estribor; éste podía disparar todavía algunos cañonazos; pero el *Imperial* estaba enfilado de punta a punta. Cokrane los persiguió con sus tiros y esos tiros, que continuaron durante la noche, fueron renovados en la mañana del siguiente día; fué necesario preparar unas especies de grúas para izar uno a uno los hombres de la tripulación; operación larga, y peligrosa, pero por medio de la cual se consiguió llevar a tierra hasta el último herido. Los quemados del *Imperial* quedaron en tierra en una especie de ambulancia colocada en una ensenadita, hasta que vinieran a buscarlos con embarcaciones pequeñas, tan pronto como se alejó Cokrane.

Y así, mientras que los desgraciados vencidos, naufragados en la costa, empleaban todos los medios para salvar sus vidas, un enemigo reconocido, según dicen, por su generosidad, por su humanidad y su dulce filantropía, aún para los mismos negros, asesinaban a los franceses que habían dejado ya de ser adversarios. Aquello era positivamente encarnizarse con sus víctimas ya en tierra! Pero, entonces, el encarnizamiento con los franceses era tal, aún con los más indiferentes, que no hay que admirarse de esta conducta. Desde 1815, este enemigo formidable ha podido conocernos y apreciarnos en nuestro justo valor; y estoy convencido de que si de semejante caso se hubieran presentado quejas, no procederían más del mismo modo.

¿Cuál podía ser el motivo de semejante conducta, que a penas se puede creer?

Hacer abandonar los buques? Ah! ¿quién quería quedarse en ellos?



¿Quitar la esperanza de ponerlos a flote? ya estaban bien perdidos para todos; el mar se encargó pronto de hacer justicia; y sus restos mismos fueron arrebatados y a penas pudieron recogerse algunos.

¿Con qué objeto? Era la destrucción de los franceses y de sus buques, ricas presas arrebatadas a la codicia marítima de los ingleses.

Cokrane, después de su victoria, volvió a Jamaica, remolcando el *Alexandre*. Dejó nuevamente la fragata la *Pique* haciendo crucero delante de nuestro puerto.

Aquel combate fué desgraciado por nuestra falta, según creo yo, y los ingleses tuvieron toda la gloria; combate en el cual, es necesario convenir en ello, como fiel relator, los ingleses demostraron una gran audacia y resolución, al venir con cuatro buques, primero, a atacar cinco, de los cuales uno sólo valía dos de los suyos. Pero, la posición de nuestra división naval, consecuencia obligada de una preparación intempestiva, la hicieron estar, por eso mismo, vencida a medias; la huida del *Brave* durante el combate contribuyó al desastre futuro!...

La maniobra del contraalmirante Leisseigue estuvo falta de precisión, por no decir otra cosa.

La maniobra del contralmirante Cokrane fué atrevida e inteligente.

A pesar de todas las circunstancias desfavorables, Leisseigue se batió hasta el último extremo. ¡No en vano mandaba él a franceses! Desgraciadamente esta valentía era inútil; no servía más que para salvar el honor de su bandera, que no arrió nunca!..

Tal fué el resultado: 1º de una permanencia que pudo hacerse en la Habana, en un puerto, puesto que había necesidad de ello, en vez de quedarse quince días fondeados en una rada abierta; 2º de la incredulidad acordada a una noticia llegada del mar y dada la víspera y tratada con mucha indiferencia; 3º de la posición que se había tomado.

No hay duda de que, si anclado frente a La Sabana Grande, Leisseigue hubiera hecho lo que Linois hizo en la bahía de Gibraltar, hubiera salvado una parte de sus buques cuando menos.



El tenía escasa tripulación; razón de más para combatir en un punto fijo y restablecer durante la noche, el orden a bordo, sin desguarnecerse por medio de corveas.

El *Dioméde*, que tenía toda su batería en un costado, al hacerse a la mar, no pudo restablecer su equilibrio sino desplegando todas sus velas.

Los marinos Si se quiere tener marineros, es necesario, cuando menos, tomar hombres que hayan visto el agua de un río, de un riachuelo siquiera; subido sobre una tabla de a bordo, guardarla, y el tiempo hará lo demás. Esos hombres serán siempre más aptos para convertirse en marinos, aunque fuesen *marinos de río*, que los labradores de las llanuras de la Beocia. Por nuestro sistema de conscripción, perfecto para los ejércitos de tierra, es necesario años para formar marinos y cuando llegan a serlo o poco menos, ellos, que son nuevos en ese estado, vuelven a hacerse libres; ellos cumplieron su tiempo y su obligación también está cumplida; entonces, el amor a la patria los aleja del mar y quedan perdidos para éste!

Se han obtenido brillantes resultados, hay que convenir en ello, con la creación de *tripulaciones de línea*, formadas para la marina; pero no es menos cierto que los hombres han sido y serán siempre perdidos, por el fin de la deuda, el voto de la ley, sobre todo en tiempo de paz, durante el cual se libera por anticipación. La inscripción marítima sí da verdaderos marinos; pero en tiempos de guerra, la llamada de las clases vacía los puertos; a penas quedan los pescadores. Esas llamadas no bastan jamás, pues el recurso de la conscripción va llenando nuestros buques. Esa costumbre ha sido y será siempre la causa primera de nuestra inferioridad en el mar; y la segunda, es que, aun cuando nuestros marinos estén inscritos, no forman cuerpo con el buque; que ellos llegan allí sin conocerlo; pues, de ese buque de guerra pasa a la barca del pescador; del buque mercante todavía, le queda un grande, un inmenso estudio que hacer.

¿Qué será, pues, del hombre que ha sido traído de tierra? Tanto, pues, como el marino no se haya *casado* con su buque, bien entendido, el de guerra, no se tendrán sino mediocres tri-



pulaciones, numerosas, valientes, fuertes, sin duda alguna, pero instruídas, y prácticas, nó! . . .

En la época de esa guerra cruel de veinticinco años y en la que tantos valientes no vieron el fin, todo desgraciadamente era sacrificado al ejército de tierra, y en esta bella época de gloria, todo estaba bueno. Se necesitaban hombres por todas partes; hombres, no importando nada su profesión, su calidad, su instrucción! Se entregaban masas de hombres a un jefe; a él le tocaba, pues, sacar partido de ellas! . . .

Ai! cuántos jefes y oficiales se sacrificaron para llevar a la gloria aquellos rebaños de hombres! Ellos lo consiguieron, sin embargo, pero dando su vida al estado! . . . Cuántos trabajos, cuántos cuidados, en nuestros ejércitos de tierra durante *seis meses*, para hacer un *soldado perfecto*! . . . Pero en la marina, con los mismos recursos y el mismo trabajo ¿qué hacían los oficiales? El resultado era mínimo, por no decir nulo completamente. . . Así como se cuentan sus victorias en batallas campales; ella tuvo, sin duda, éxitos, pero ¿cómo? Cuando dos buques, uno contra el otro, es decir, bordo con bordo, la maniobra es casi inútil y que en el abordaje la valentía francesa podía decidir el triunfo, era entonces lo mismo que si estuvieran en tierra, por decirlo así: Ha sido cosa muy rara que un abordaje francés haya fracasado.

En ese combate de Leisseigue, no se ve la prueba de la ignorancia de los hombres, que no sabían ni siquiera servir las piezas, ni llevar un cartucho de cañón! ¿Qué debían hacer esos mismos hombres en las maniobras?

Muy desgraciadamente los ingleses han tenido y tendrán siempre una gran ventaja sobre nosotros porque su forma de reclutamiento no es la nuestra: la *presse* (52), es decir el reclutamiento forzado lo dice todo; pero ellos, heridos, no gozaban más de su libertad; el tiempo, sino eran marinos, los hacía marinos. La nave que los recibía no los devolvía; se convertía en su prisión, y ellos conocían eso perfectamente; tanto de noche como de día podían obedecer con buen éxito las órdenes que se les daban.



Esa nave era una propiedad, y ellos concluían amándola; formaba parte de su cuerpo y su defensa era mayor; esa nave era su propia familia que él protegía entonces con toda su fuerza.

Citaré un ejemplo en apoyo de la paciencia que se tiene durante la estancia a bordo, y que pude comprobar en el buque del comodoro inglés que nos conducía prisioneros a Jamaica.

El maestro bodeguero El maestro bodeguero, desde el día en que el buque fué botado al agua, no solamente no había puesto los pies en tierra, pero ni siquiera en el puente!... Desde hacía ocho años vivía en su camarote de la bodega, no respirando otro aire sino el que conducía la manguera de lona destinada a este uso. (53)

¿Era acaso un prisionero? No, pero su adhesión a su puesto lo tenía allí.

Ese marino, ese maestro, es uno de los más ocupados; pues la bodega es el almacén general de todo lo que es necesario a bordo; él se había creado en ella una distracción; daba conciertos por medio de un carillón (54) de campanillas que había preparado y que tocaba con una varilla... Es necesario ser inglés para vivir así. Entre nosotros, franceses, no se encuentra nunca un hombre semejante.

En los puertos, aún estando los buques fondeados, ningún marinero saltaba a tierra! Los mismos boteros y remeros no salían nunca de la embarcación en que conducían a los señores oficiales; el patrón sólo lo hacía, y aún así no perdía de vista sus hombres. Fué en Jamaica donde ví cerrar los ojos al pasar ciertas mujeres que se deslizaban a bordo y se perdían en el buque...

Es por medio de una disciplina rígida, tal vez cruel, puesto que ella priva al hombre de su libertad, que Inglaterra posee buenos marinos; pero semejantes medios, ni parecidas exigencias, jamás podrían ponerse en práctica entre nosotros los franceses... Nuestro carácter no se plegaría jamás a eso. Según lo que es hoy nuestra marina, tan bella y tan buena, se puede juzgar lo que sería si no se cambiara tan a menudo sus tripulaciones y aún sus oficiales, de los buques en los cuales adquirieron su instrucción práctica ¿No se podría preparar una ley para la



marina, autorizándola a conservar su gente diez años en vez de ocho? Esos hombres, retenidos durante ese tiempo, olvidarían su tierra, su aldea y continuarían siendo marinos para siempre, y el comercio se aprovecharía de eso en el momento de la liberación; estando matriculados, al sobrevenir la guerra, se les encontraría en nuestros puertos.

La supremacía del almirante Cokrane, en el combate contra Leisseigue, no se debió, en parte, sino a la ventaja de sus buenas tripulaciones contra otras mediocres.

Ya se ha visto lo que debió hacer nuestro almirante. No pudiendo ya evitar el combate, todas las razones lo obligaban a tomar un partido decisivo.

Las reflexiones me han alejado de la relación relativa a la continuación del combate; voy a proseguir.

Socorro a los naufragos El general, al ver el combate perdido, dió en seguida órdenes para socorrer los buques que estaban en la costa; envió medios de salvación, de transportes, víveres y medicinas. Se condujeron por tierra a los heridos que podían soportar el viaje de diez leguas y los más maltratados, los quemados se llevaron por mar. El hospital se llenó y los cuidados más minuciosos se les prodigaron, particularmente a los quemados, cuyo aspecto era espantoso.

Cada uno de nosotros fué a buscar a los que estaban en buena salud, esperando poder pasar algunos días de distracción, y los pasamos en nuestra cabaña. Fué en estas circunstancias como vi a un guardia marina de primera clase del buque almirante, sentando en un poste, mirando al cielo: era la imagen del hombre que lo ha perdido todo; era la desesperación personificada. Con mucho trabajo pude arrancarlo de aquel lugar; era uno de los comisionados de la fiesta que se iba a dar a bordo. Su vestido elegante, sus medias blancas de seda, llevaban el sangriento sello del combate...

Conducido a casa, me dijo llamarse Tournier. Fué él quien me dió los detalles del combate, no inmediatamente, pues pasaron cuarentiocho horas antes de que yo pudiera arrancarle una



palabra. Yo no lo concía, pero fui atraído hacia él por una simpatía incomprensible. Se quedó tres meses conmigo, y como recuerdo, única prenda que poseía, me dió un par de hebillas de oro de su traje de gala. Volví a verlo en París en 1817. La política lo había conducido a Charenton.

Los restos de dos tripulaciones permanecieron en Santo Domingo con el señor Leisseigue y algunos oficiales, hasta que algunos medios de transporte americanos permitiesen salir para los Estados Unidos, para ser remitidos a los señores cónsules franceses. Esta evacuación fué muy larga; algunos marineros, los últimos que se curaron, quedaron para formar nuestra débil marina de Santo Domingo.

El Teatro Aún aquí se reconoce el carácter francés. Algunas personas sanas entre aquellos pobres náufragos, menos marineros que sus compañeros, Garnerey, Barré, Ballerant, Gagneux y Viviant, pidieron al general un local para construir en él una sala de espectáculos, con el fin de representar comedias. Estos faltaba en nuestra instalación de la ciudad; jamás se habían representado comedias entre los españoles. Olvidando, pues, sus infortunios, aquellos jóvenes representaron. Se les dió una iglesia que pertenecía a un antiguo convento de mujeres, *Santa Regina*, (55) la que desde hacía mucho tiempo servía de almacén de artillería (para los carros y cureñas). La santa, en el nicho que estaba sobre el frontispicio, fué reemplazada por la palabra: *Teatro*. Garnerey, que vive hoy en París y es pintor de aquellas acuarelas inimitables firmadas H. G... y, fué el pintor de todas las decoraciones. Como se quedó en la colonia, fué empleado en la administración de las sucesiones vacantes y soldado de una compañía administrativa formada más tarde.

Este espectáculo, aunque muy bien organizado, pecaba bastante por la incompetencia de sus elementos; todos los actores no eran de fuerza y la mediocridad alejó el público, que renunció a dar su dinero. Pero la costumbre de este placer había arraigado tan bien, que llegamos a notar su falta, y nosotros, los oficiales, formamos una compañía que hizo representaciones teatrales durante todo el tiempo de nuestra ocupación. Dieciseis



oficiales y cinco damas representaban todas las partes, desde los primeros papeles hasta los subalternos. (V. Apéndice IV)

Así fué como después de tantos trabajos sacamos algún provecho de nuestros ocios.

Años 1806 Dos años transcurrieron sin ningún acontecimiento, pues el general se ocupaba más que nunca de
y 1807 la Colonia y de su prosperidad. Con los recursos que él sacaba de los Estados Unidos, para conservar y alimentar su guarnición, él disfrutaba de su obra; la paz reinaba, pues; sus resultados se hacían sentir día por día: la seguridad más completa procuraba la dicha de una vida tranquila.

Los españoles, convertidos en hermanos nuestros, bajo una administración tranquila, paternal, no habían sido nunca tan dichosos. Ellos lo decían y era la verdad.

Los ingleses, sin embargo, habían enviado de nuevo la fragata la *Pique*, a hacer crucero frente a nuestro puerto; pero podía decirse que ella estaba allí por la forma; su capitán estaba tan frecuentemente en casa del general, su amigo, como a bordo de su buque; él venía como parlamentario, asistía a las representaciones, cenaba bien y volvía a su fragata.

Una colonia francesa existía pues, a 1,800 leguas de la metrópoli; ella poseía las dos terceras partes de Santo Domingo. Sus habitantes, dichosos, no deseaban nada y ni siquiera pensaban en su vuelta a Francia.

En el número de los trabajos del general Ferrand, en interés de Francia, es necesario contar el proyecto de creación de una nueva ciudad. Este proyecto fué enviado al gobierno. Planos y memorias, se encuentran en los archivos de la guerra. El proyecto fué aprobado y hasta llegó a darse concesiones, y si los acontecimientos no hubieran venido a desbaratarlo todo en este magnífico país, ya se hubiera visto levantada dicha ciudad.

Proyecto de ciudad en Samaná Samaná era el lugar destinado a la nueva ciudad. (56) Lugar de predilección, posee una bahía inmensa, cuya profundidad es de trece leguas y media, desde el cabo Grapin a la embocadura del



rio Yuna, llamado también del *Cotuy*, por una anchura de seis leguas, desde el cabo Samaná al de Rafael.

Seis ríos desembocan sus aguas en esta bahía: Petite Rivière, Sabana Grande, las Perlas, l'Ester-le-Rat, el Yuna y por fin el Pequeño Estero. (57)

El Yuna puede hacerse navegable por más de diez leguas.

La entrada de esta bahía puede fácilmente ser defendida; su estructura natural ofrece para ello todos los medios y Samaná sería el puerto más bello del mundo. La ciudad, construída en el fondo de la bahía, en la orilla derecha del Yuna, hubiera estado en la posición más favorable.

Así, pues, puerto, bahía, río navegable y detrás, en la isla, selvas vírgenes, que contienen maderas de todas clases, propias para el comercio y por último, maderas de construcción; ¿no existían allí todos los elementos posibles y los más recomendables? Agregar a esto una tierra virgen que sólo pide oportunidad para producir.

Esta parte es la que merecía ser la sede del gobierno; pero, desde los primeros tiempos del descubrimiento, fué Santo Domingo el lugar que se prefirió. Desde hace trescientos años ¿qué han hecho los españoles? Son indignos de poseer una tierra semejante, pues la han dejado casi en el estado primitivo, después de haber destruído su población, mientras que al lado de ellos, un hacinamiento de gente mala, de briganes, los *bucaneros*, fundaron el Cabo Francés, y de allí nació la bella colonia francesa, mina de riquezas, fruto de su industria, lo cual ponía de relieve la pereza española.

La guerra de España en Europa

Una gran parte del año 1808 había transcurrido; ya había llegado el mes de octubre, cuando la noticia de la guerra de España con Francia llegó a Santo Domingo.

Esta guerra injusta, y hasta atroz, convertida con el tiempo en la más grande llaga de Francia, debía perjudicarla por todas partes. Santo Domingo tenía todo que perder, si, como se decía y ello era verdad, Puerto Rico se había sublevado en favor de Fernando VII.



Sin embargo ¿qué tenía que temer nuestra colonia de los habitantes españoles? Ellos estaban con Francia; ellos le pertenecían desde el tratado de Basilea, del 24 de mesidor, año III (12 de julio de 1793). La paz fué firmada en Basilea, con el enviado de la república, Barthelemi, en el momento mismo de los desastres de Quiberon. (58)

Las condiciones eran la restitución de todas las conquistas que Francia había hecho a España, y en compensación, la cesión en nuestro favor de la parte española de Santo Domingo (59). Ventaja muy ilusoria entonces, pues esa parte no pertenecía en aquel momento a nadie, es decir, ni a los españoles ni a los franceses, puesto que los sublevados la ocupaban. Pero esta parte española pertenecía verdaderamente a Francia, por la conquista hecha a los haitianos, venidos allí para apoderarse de ella; a Francia por la conservación y la ocupación durante los años transcurridos; sus habitantes eran nuestros hermanos; entre ellos y nosotros no había ninguna diferencia; allí se vivía sometidos a las mismas leyes. ¿Quién debía, pues, creer en la tranquilidad? Ferrand, más que otro cualquiera; Ferrand, que había cogido amor a esta población, después de haberla salvado del desastre de una invasión y de todos los males que ella traería consigo.

Después del sitio de Dessalines, de 1805 a 1808, nada había turbado nuestra instalación allí. Nuestros españoles, salvados por nosotros, daban día por día las gracias a los franceses; el general los protegía, aún a costa suya y en varios procesos, no era raro oírle decir: “Perded vuestra causa si es necesario; mi política lo quiere, pero yo os indemnizaré”. Entonces los interesados cedían por él.

Derechos, impuestos debidos o corrientes, fueron parcialmente perdonados a esos españoles, y sin embargo eran casi cuatro años! Todos los medios posibles se habían empleado para ganarse toda esta población. Cuidados inútiles!... Pueblo orgulloso, ingrato, no amando a nadie más que a tí, ¿debía creerse en tu reconocimiento? Ah! Ferrand creyó en él!... El olvidó que la sangre de los moros corría por tus venas y que el cora-



zón de tus hombres no podía contener ni una parcela de lealtad! . . . Sin humanidad para los tuyos, ¿dónde hubieras podido encontrarla para los franceses, siempre demasiado buenos, demasiado generosos? En todos los tiempos, todavía hoy mismo, tu crueldad ha vacilado nunca acaso y no se han visto amigos, parientes, sacrificados a tu furor, cuando éste se desencadenaba?

¿Qué esperanza, pues, podía tener Ferrand?

Demasiado convencido de que él no tenía nada que temer de los Españoles, a quienes estimaba, y viviendo entre su guarnición, no se engañó, sin embargo, sobre los acontecimientos del porvenir. Esta guerra en Europa, iba a privarlo de socorros muy necesarios; y en un momento de melancólicas reflexiones dijo al señor Fabre, jefe de administración: “La revuelta a mano armada ocurrida en España contra Napoleón nos mata a todos aquí; ni uno sólo de nosotros saldrá vivo de aquí!” (Palabras oídas por mí). Desde ese día un profundo pesar se apoderó de él; ya no era el alegre, el amable general que siempre chanceaba con alguno; ahora era el hombre abstraído, preocupado, que devoraba las noticias de Europa sobre la guerra de España, cuyas consecuencias debían serle fatales! Durante los años de tranquilidad, varias personas prudentes, que conocían a fondo la raza española, le habían dado buenos consejos al general sobre su demasiada generosidad, que cualquier día en lo porvenir debía serle fatal. Este porvenir se le había puesto de manifiesto, y cuando llegó esta desventurada noticia, aquellas mismas personas repitieron sus advertencias. Nada pudo hacerle creer en aquellas ingratitud. Fatal obcecación! fascinación de los ojos de un padre sobre su hijo! Tal fué tu suerte, buen general, y cuando burlado en tu convicción, engañado en fin, no te quedó más que la desesperación!

“Pero, general, le decían, la población de Puerto Rico, de “vota de Fernando VII, se ha declarado contra los franceses; sus “agentes vendrán a sublevar la de Santo Domingo, en nombre “de ese mismo Fernando VII. Ellos no se atreverán; eso sería que- “rer armar a franceses contra franceses; el tratado de Basilea ha



“hecho franceses a todos los que habitan la antigua parte española y lo que nosotros hemos hecho desde hace cuatro años, nuestra ocupación no ha confirmado el tratado, y perfeccionado la obra? Sólo tenemos que temer aquí a los haitianos que no volverán; pero, en cuanto a los españoles, ellos permanecerán tranquilos. Y en fin, si ellos se sublevarán ¿qué podrían hacer? No es lo que tenemos cerca lo que debemos temer, sino lo que está lejos, lo que ocurre en Europa; he ahí lo que hay que estudiar; ese es el único peligro! Aussenac, en las fronteras detiene a los negros franceses; mientras él esté allí yo estaré muy tranquilo de este lado”.

Fué en medio de esta falsa seguridad, como aquel hombre, el general, el gobernador en fin debía recibir (y que nadie ni nada podía destruir, sino los mismos hechos) la noticia de que había estallado la revuelta de los españoles de las haciendas!

Ferrand no quería aún creerlo y dijo: “Esperemos” Por fin, en los últimos días de octubre, se le informó de que un atropamiento de naturales del país, con algunos agricultores, se había efectuado en los lados del Seibo, a treinticinco o cuarenta leguas de Santo Domingo. La población de la ciudad no se había movido; ella había permanecido como estaba, con excepción de un tal Don Ramírez, abogado, jefe de la milicia española a caballo, que hacía poner en duda toda noticia alarmante.

Franceses en el Nuevo Mundo, como en el antiguo, es decir, ligeros, incrédulos y casi todos sostenidos en esa incredulidad por la convicción de un jefe en el cual cada uno tenía fijadas las miradas, en el que se tenía absoluta confianza, se convirtieron en otros segundos de él mismo; se creyó poco en la noticia, y, en cuanto a los peligros que podían sobrevenir, decían: “Es un puñado de ofuscados, a los cuales habrá necesidad de ir a hacerlos entrar en razón, etc., etc.”

Ferrand resolvió que *él mismo los haría volver a entrar en su deber, en el orden; que él marcharía contra ellos y que este paseo militar calmaría toda idea de rebelión, etc.*

Al tomar esa resolución, las autoridades civiles y militares, angustiadas, se arrojaron positivamente a sus piés para hacerlo



desistir de semejante proyecto; tratando de hacerle comprender que una desgracia podía resultar; que él no debía ir a correr semejante aventura; que él, padre y jefe de todos, creador y conservador de la colonia, debía abstenerse, pues, sin él, todo se habría perdido, ejército y colonia.

Todas las súplicas fueron inútiles, su determinación era invariable, pues era una cosa resuelta; nadie pudo detenerlo!... Por un instante, sin embargo, se creyó que iba a ceder y él lo hubiera hecho si hubiera tenido a su lado el hombre en quien tenía toda su confianza, pues, exclamó: "Ah! por qué no tendré yo dos Aussenac!..." Pero, volviendo en sí inmediatamente, terminó diciendo: "Vamos, el vino está servido, es necesario beberlo! marchemos!..."

El ejército estaba sobre las armas y hasta delante de él se le había suplicado; su mando de: *a las armas! a las armas!* era la contestación a todas las súplicas y se pusieron en marcha con la impetuosidad del carácter nacional.

Efectivamente fué una gran desgracia para todos, la ausencia del coronel Aussenac. Como buen militar, esta pequeña campaña era lo que le gustaba; él la hubiera dirigido con éxito, sin duda, mientras que el general, aunque muy valiente, se dejó embaucar, se dejó engañar de la manera más horrible.

La columna expedicionaria estaba compuesta del siguiente modo:

<i>Salida del general Ferrand para el Seibo el 1º de noviembre de 1808</i>	Estado Mayor—Ferrand, general	1	hombre
	Oficiales superiores y otros, el Roulet	6	hombres
	<i>Allier, jefe de batallón, mandando la tropa</i>		
	5º Regto. infantería ligera, incluso oficiales .	200	"
	37º Reg. Inf. de línea, idem idem	200	"
	89º Reg. inf. de línea, idem idem	200	"
	Lamarche, capitán de los guías, 12 hombres agregados al general	13	"
	Total	620	hombres



Un francés, antiguo vecino de la parte española, que conocía perfectamente el país y sus habitantes, el señor Batsalle, director de las sucesiones vacantes, se unió al general durante esta marcha; su hermano lo acompañaba.

El 1º de noviembre de 1808, esta columna cruzó el Ozama, a los acordes de una música marcial: la música tocaba la tonada: *On va lui percer le flanc.* (Van a atravesarle el vientre).

En ese momento el señor Ramírez se acercó al general, rogándole que le aceptara su cooperación junto con la de sus hombres, todos a caballo, y adictos a su persona, a su dicha y a su conservación; pues él deseaba y quería aprovechar esta ocasión de poderle dar pruebas de ello, uniéndose a él para rechazar a los bandidos, que querían provocar una revolución, allí donde él había establecido el orden, la tranquilidad y puesto a salvo la vida de todos.

El general, pensando siempre en su idea primitiva, alejando toda sospecha respecto de los vecinos, persuadido de su verdadera adhesión, se contentó con responder: “Yo no he llamado a vuestra gente de guerra, porque no es bueno aquí poner frente a sus hermanos, a los vecinos contra los vecinos; además, aún aceptando vuestro ofrecimiento, ya es demasiado tarde, puesto que ya estoy en marcha y vos, Ramírez, no estais preparado todavía. Este es un asunto del ejército, señor; muchas gracias y adiós!” “Esta consideración no debe haceros rehusar mi ofrecimiento, general; vos no teneis caballería y yo reuniré y os llevaré 200 ginetes”.

El general tomó esta respuesta por una jactancia española y le dijo riendo: “Pues bien, venid que sereis bien recibido”.

Primer día de marcha Nuestra marcha fué lenta; en este país no se puede, con 32 grados de calor, que cae a plomo sobre la cabeza de los soldados, cargados de víveres, municiones, etc., etc., caminar todo el día; uno está obligado a dejar pasar lo más fuerte de este calor. “Además, decía el jefe, siempre imbuído en su idea, ¿por qué apresurarse? tenemos tiempo; la noticia de mi marcha llegará hasta esos descarriados; ella hará dispersar a los amotinados, que mi sola presencia acabará



de disolver". Hubiera sido preferible, por el contrario, correr; pero no se puede correr durante treinticinco leguas y talvez más, por un terreno sin más camino trazado que los senderos pomposamente calificados de *camino real!*...

Era necesario llegar al lugar de *Palo Inclinado*, (60) (Palo Hincado) donde estaban reunidos los amotinados y en este camino, era necesario a veces caminar *en fila* y muy raramente de dos en dos. Estábamos en medio de bosques de árboles altísimos, cerrados en su base por zarzales inextricables; cuando se encontraron grandes sabanas se formaron en columna; una vez atravesadas esas sabanas era necesario romper las columnas para entrar de nuevo en los bosques. En esta parte, como en todo el país, con excepción de algunos poblados muy considerables, no se encuentran, como en la parte francesa, esas ricas haciendas, ricas en plantaciones. La naturaleza no ofrece allí sino una imagen de las selvas vírgenes del gran continente de las Américas; el español no ha golpeado con su hacha sino algunas clases de árboles: caoba, palo amarillo, guayacán, campeche, etc., etc., para el comercio, de manera que los ojos mismos tienen trabajo para descubrir el lugar en que aquellos viejos árboles fueron arrancados. Bosques y sabanas; eso es todo el país.

En las orillas de las sabanas, se encuentra una cabaña, una *ajoupa* (61) que sirve de poste indicador de una propiedad: allí, el español, libre o esclavo, ara un poco el suelo al rededor y siembra algunos víveres de tierra, patatas, ñames, y los montes le proporcionan, sin trabajo, plátanos, que es un verdadero pan sobre un árbol!... Guardian de rebaños, toda la ocupación del esclavo consiste en marcar, estampar con hierro candente los jóvenes productos que nacen para su amo. Cuando se quiere vender ganado, se hacen batidas y ojeos para traer los animales a los cercados, construídos expresamente para eso: allí se escogen los que tienen la señal del propietario y el resto se deja en libertad hasta que vaya a realizarse otra venta.

Tal es el trabajo de aquellos hombres; eso sirve admirablemente su pereza natural; los días y las noches las pasan meciéndose en una grandísima hamaca y fumando, o rasgueando una



especie de guitarra: puede decirse que a penas bajan de allí para comer. Una soga fija en la pared les sirve para dar impulsión a su lecho aereo. Si son casados, la mujer lo hace todo! Y ellos, *cantan, fuman y duermen!*...

Yo interrogué un día a uno de ellos sobre esa conducta, reprochándole su manera de ser, que él podía emplear en la agricultura y he aquí su contestación: "*Ah, señor, la crianza aleja la labranza!*..." (Ah, señor, criar ganados nos dispensa de hacer ningún trabajo!...)

Blanco, amarillo, cobrizo o negro, es un español que está orgulloso de sí mismo! Desgraciado de aquel que se atreva a darle su verdadera denominación, pues entonces la cólera reemplaza su paciencia y aunque sea negro como el ébano, os contestará, golpeándose el pecho con un orgullo, más grande todavía en las Indias Occidentales, que en Europa mismo: "*Yo, soy yo blanco de la tierra!*..." (Moi, moi, je suis blanc de cette terre!) porque él había nacido criollo y no africano.

A los víveres de la tierra de este ser humano, es necesario agregar el tocino y la cecina, carnes de puerco y de buey, cortadas en tiras, secadas al sol, envueltas en forma de bolas como cuerdas, y un metro de las cuales es suficiente para hacer una buena sopa. En fin, para complemento de su vida, el tabaco, el tabaco!... Algunos hatos tienen, sin embargo, una casa y caballerizas: casa del amo, pero sin muebles; a penas dos o tres sillas; paredes, y setos de madera. Ese aspecto de las dos partes de Santo Domingo pone en el caso de juzgar las dos naciones: la parte española sin tener casi haciendas, naturaleza silvestre, ningún cultivo, indolencia del hombre; la parte francesa, bellas y numerosas haciendas; campos bien cultivados, arados, ayudados por el hombre que vive en sociedad y por todos. En la primera, pereza; en la segunda, actividad.

Fué necesario que algunos fanáticos venidos de Europa, de aquella España que Napoleón con su ambición de levantar una población que hasta entonces había estado tranquila, viviendo entregada a su holgazanería! vida digna de ser observada y considerada y que había atravesado todas las fases de la revolución.



colonial. En esta parte española, el amo dormía en paz al lado de su esclavo, mientras que en la parte francesa, el esclavo degollaba al amo! . . . A la verdad, desde hacía largo tiempo, ni la venganza ni los odios habían sido agitados en esta tierra, en donde la esclavitud era menos inhumana. Estos esclavos españoles ¿quiénes eran? Eran pastores bajo las órdenes de amos perezosos. Existía entre ellos ese acuerdo perfecto que trae el *dulce farniente* (62). Tu no haces nada, yo no haré nada tampoco; yo viviré! . . . Pero, una vez que el odio se despertó; desde el momento en que ellos fueron impelidos a la venganza de un trono que ninguno de ellos había visto, ni debía ver, la naturaleza del negro se rebeló, y se hizo tan cruel, tan bárbaro como el de la parte francesa. Ya no tuvo sino una idea fija: Fernando VII o la muerte! . . . Comisionados europeos vinieron a sublevar a los propietarios y sus esclavos los siguieron, repitiendo: “Venganza! . . .” y exclamaban: *Muerte a los franceses!* . . . Ellos; los mismos a quienes habíamos salvado del degüello de los negros haitianos! . . . Era en medio de aquella población donde era necesario ir a restablecer el orden . . . A pesar del calor, se hizo una buena jornada.

2º día de
marcha

Al segundo día de marcha, llegados a un lugar para vivaqueara, vimos llegar al señor Ramírez que se reunió al general trayéndole, así como lo había prometido, doscientos ginetes milicianos. Es necesario conocer a esos ginetes, verdaderos hombres-caballos, como fueron llamados por los indios, los primeros españoles a caballo que pisaron su tierra! . . . Ellos están tan bien a caballo, están tan fuertes en él, que podría asegurarse que forman un sólo cuerpo con el caballo. Armados con una aguda lanza, no hay ningún Baskir (63) que pueda comparársele; ellos combatirían contra los cosacos más hábiles. En la caza es donde se puede admirar su velocidad y su destreza! . . . A penas el animal está herido con el arma arrojada al galope del caballo, el jinete salta a tierra sobre su presa! Ordinariamente lo que cazan es el cerdo cimarron o salvaje; para los bueyes usan otro medio.

No es tampoco el lazo de las Pampas; aquí el jinete espera el momento en que el buey, en su carrera, cae sobre las patas



delanteras para entonces agarrarlo por la cola que queda siempre en el aire; en ese momento lo levanta con fuerza, torciéndole las últimas vértebras; el animal pierde el equilibrio y cae de hocicos en el suelo; el hombre pasa prontamente la cola que conserva en la mano a la parte delantera de la pierna trasera del animal. Esta maniobra obliga al animal a permanecer quieto hasta que con un estoque pequeño se le hiere detras de los cuernos, en la unión de la cabeza con la columna vertebral. La muerte es instantánea. Estas descripciones son más largas que la acción. Esos lanceros son los que marchan con nosotros.

Este refuerzo de doscientos hombres satisfizo al general; él veía en su venida una prueba de amor a su persona: su alma buena y generosa no podía concebir ninguna sospecha!... ¿Debía, acaso, dudar de aquellos que venían a unírsele? Y sin embargo, cuando lo colmaban de atenciones y de demostraciones de adhesión, era cuando la traición se abrigaba en sus corazones.

3er. día de marcha Camino sin ningún acontecimiento; grandes fatigas solamente.

4º día de marcha Transcurrido el cuarto día, la columna expedicionaria llegó a un hato, propiedad del general Ferrand, y allí se detuvo. ¿Quién podía oponerse a ello? Ningún enemigo había aparecido; ningún informe se había recibido; circunstancia que nos pareció extraña pero de la cual el jefe auguraba bien. Confiado, abrigando siempre su primitiva idea, repetía: “Ya lo veis: el haberme puesto sobre las armas hará que todo vuelva a entrar en el orden ordinario; al llegar al Seibo no encontraremos a nadie!...” Seguro de sí mismo, ni siquiera envió a practicar un reconocimiento para explorar su marcha.

7º día de marcha La tropa, bien descansada durante dos días; refrescada con un ponche frio que el general hizo distribuir a la totalidad de su gente, continuó la marcha.

Hacia el mediodía, al hacer alto, un español, propietario blanco, Don Franco, ex-seminarista, que había abandonado la



sotana, corrió al encuentro del general para darle noticias del atropamiento de los revoltosos que él había visto. “Hay de mil a mil doscientos hombres de infantería, dijo, y novecientos de caballería y están reunidos en el lugar de Palo-Inclinado (Palo-Hincado); a los cuales hay que agregar dos batallones del regimiento de línea de Puerto Rico. Vuestra tropa, general, no está en proporción con esta fuerza!”.

Este informe, el primero que había llegado, debía hacer abrir los ojos al general; pero su convicción era tal, que el informe le pareció sospechoso; lo recibió mal, pues venía de un español que había dejado al enemigo y no podía ser hecho sino con el deseo de detener la empresa de pacificación, etc., etc. Sin embargo, tres mil hombres esperaban nuestra expedición! Se dió orden de arrestar a Franco, que duplicó sus instancias para que creyeran en la verdad de su informe y ofreció acompañar la tropa hasta el lugar en que estaban los enemigos. No se creyó nada y solamente se le permitió ir con una partida de reconocimiento que se envió y que fué confiada al Capitán Bocquet, viejo soldado de Santo Domingo desde el año 1789, quien habiendo perdido un ojo, tenía el apodo de *el tuerto*. “Puesto que él lo desea, tomad este joven, le dijo el general, y si nos ha engañado, en “cuanto a la tropa de línea venida de Puerto Rico, yo os ordeno “de hacerlo fusilar inmediatamente; es un traidor, sin duda”.

Se continuó la marcha, precedida esta vez, de una vanguardia a media legua.

Durante el trayecto, Ramírez confirmó, si eso era posible, al general en su peligrosa seguridad y esto sin mucho trabajo.

“Es imposible decía, que Puerto Rico destacara parte de su “tropa, de la que aquella isla revuelta tenía necesidad; que ese “gobierno no tenía nada que ver con el de Santo Domingo, etc.” Era abogado, pero ¿a quien persuadió? a un buen general que estaba dispuesto a creerlo todo; y el argumento tan enredado era falso. Era justamente porque había franceses en la antigua parte española, por lo que era necesario expulsarlos de ella en nombre de Fernando VII^o; era hacer la guerra a las tropas de Napoleón y volver a conquistar esta tierra, arrebatada por un traidor.



8º día de *marcha* Hemos llegado al octavo día de marcha y hemos pasado más allá del Seibo, que es un pueblo grande; ni un solo tiro de fusil se había disparado: se dirigían sobre Palo Hincado.

Ramírez, viendo que se aproximaba el momento de encontrarse los dos partidos, observó al general que los hombres que se iban a combatir, talvez, naturales del país como los que él había traído, podían, en la confusión del combate, no ser distinguidos de los suyos, y que sería conveniente evitar semejante confusión. Esta observación, llena de exactitud, provocó la cólera del general que bruscamente respondió: “Ah! f. . . , señor, ¿quereis que os busque uniformes, aquí, en medio de los bosques? Con esa paciencia, con esa prudencia astuta del español, del abogado, Ramírez dejó pasar esta cólera, y volvió dulcemente a la carga: “¿Por qué os incomodais, general? nada más sencillo que lo que os pido; no, yo no pretendo uniformes, sino un signo distintivo. Estamos en medio de los bosques, pues ellos nos servirán, y que cada uno de mis hombres se coloque un ramo o una hoja en su sombrero; esa será la marca de alianza.

“Pues bien, sea; excusad mi vivacidad, muy perdonable en “semejante momento; pues, ya lo veis, desde ayer y cuanto más “avanzamos, más parecen aumentarse las dificultades; y vuestro re- “clamo no hacía más que agregar una nueva”.

Se puso, pues, en la orden del día, que en caso de combate, todo español que tenga un *ramo de hojas en el sombrero* era de los nuestros y debía ser perdonado.

9º día de *marcha* El noveno día, Bocquet volvió como a las cuatro de la tarde e hizo su informe: “He visto al enemigo en el lugar llamado Palo Hincado; sus fuerzas, “juzgadas por los pabellones de fusiles formados al frente de “banderas me parecieron ser como de 2,300 hombres, de los que, “las tres cuartas partes son nativos del país, que pueden ser co- “nocidos por sus armas de color negro bronceado. La otra cuarta “parte es de tropa de línea. Están colocados en una colina; sus “flancos están guarnecidos de caballería, que los montes me im- “pidieron contar y verla bien. Esos bosques pueden ser rodeados:



“son dos verdaderos y grandísimos ramilletes. Al frente de aquella posición hay una sabana de ochocientos a novecientos metros que se une a los bosques por los cuales se puede llegar a encontrar al enemigo. Sólo hay algunos pequeños puestos de guardia más adentro. Pude verlo todo sin que me descubrieran. Franco dijo la verdad y marcha a la vanguardia. Cuatro leguas nos separan del enemigo, el que, cosa sorprendente, parece estar listo a combatir, como si nos hubiera visto”.

Este informe era positivo; era necesario tener una gran prevención para no creer en él; para no rendirse a la evidencia. y, en consecuencia, volverse injusto, cruel, hasta el punto de insultar a un valiente oficial que acaba de cumplir con su deber; y sin embargo, fué aquel general tan bueno, tan adicto a todos, quien se hizo merecedor de esas calificaciones; si él fué injusto y cruel! . . . “Habeis visto mal, señor, eso es imposible; no hay tropa de línea sino solamente naturales del país! . . .”

Herido en su pundonor y con todo valor, ese buen capitán cogió su pistola para matarse! . . . Fué detenido en su movimiento, y entonces respondió, llorando de rabia: “Marchemos, general! vos encontrareis al enemigo y al frente de él, sabremos quin de nosotros dos sabe ver mejor! . . .”

Ferrand, después de las noticias recibidas de Europa, ¿habría perdido su buen juicio? Todo lo hacía creer: sus primeras palabras al señor Fabre; esa salida precipitada, sin ningún indicio de los sublevados, sino la noticia de la sublevación; esa marcha lenta, verdadero paseo militar; su conducta con aquel fiel español, Franco, (quien en 1810, murió siendo oficial en nuestras filas, en Portugal); en fin, esta contestación desmintiendo al capitán Bocquet, todo indicaba que aquel hombre no era el mismo! Pues, después de Aussenac, Bocquet era, sin duda alguna, el oficial a quien el general consideraba más.

Si ya la desesperación había entrado en su alma! . . . El veía ya escapársele su conquista; su reputación perdida en una guerra civil sostenida contra esta población, de cuyo amor era necesario desengañarse; todo aquello reunido cambiaba al individuo, y el mismo general que había resueltamente desafiado la



muerte delante de Dessalines y sus miles de negros, se estremecía delante un porvenir que ofrecía aun todos los recursos que nos colocaron en condiciones de resistir todavía ocho meses. Esas palabras: “Ni uno solo de nosotros saldrá vivo de aquí”, lo habían dicho todo! No podía ser la lucha que debía sostenerse contra los naturales lo que lo desmoralizaba, a aquel hombre de tan gran resolución; era, pues, el porvenir!... Si! ese porvenir lo espantaba, y su conducta, después del combate, dió la prueba de ello, mejor que lo hubieran hecho todos los razonamientos.

La víspera del combate La noche se empleó en recorrer las cuatro leguas que faltaban y en tomar todas las medidas necesarias; se tomaron todas las disposiciones de reglamento para estar en condiciones de atacar al amanecer, momento en que, dejando los bosques, debíamos entrar en la sabana.

10º día. Combate de Palo Hincado A las cinco de la mañana, la columna expedicionaria desembocó de los bosques y divisó al enemigo formado y esperando a pié firme: su tropa de línea estaba en el centro.

No se podía ya poner en duda el informe del capitán Bocket; nuestra inferioridad, que en el momento de la vuelta del reconocimiento, hubiera podido legitimar una retirada, no permitía ya semejante movimiento, sobretodo delante de un enemigo que nos había descubierto ya y visto entrar en la sabana. El enemigo acababa de formarse en batalla y además, ¿qué nos importaba su número, si sólo considerábamos capaces de resistirnos los batallones de línea, despreciando aquellas masas de naturales delante las cuales nuestra ciencia militar y nuestra valentía debía obtener todas las ventajas. ¿Habíamos dejado, acaso, de ser franceses?...

En la parte que estaba frente a nosotros, sobre una colina de pendiente suave, a novecientos metros próximamente de nosotros, el enemigo estaba formado en batalla; su caballería cubría los flancos, sin artillería, como nosotros, pues los caminos no permitían traerla.



Nuestra columna de ataque, ya formada, bajó a la sabana, marchando sin hacer fuego, aunque el enemigo la cubría con todos los suyos; la columna llegó a un alcance de medio tiro; la primera división comenzó entonces el fuego, que fué tan vivo que se formó una brecha inmediatamente en la línea de batalla: entonces, *Allier*, jefe de la tropa ordenó: “Desplegar la columna en línea de batalla!” Bocquet estaba a su lado, habiendo dejado a su general, según su promesa. La columna, bajo la protección de los fuegos de su primera división, se desplegó, cuando el enemigo hizo maniobrar su caballería, lanzándola sobre nuestros dos flancos; la nuestra (los 200 españoles que tenían el ramo verde) se puso en movimiento, para sostenernos; sin duda alguna, si hubieran estado dos de nuestros oficiales a su cabeza, ella hubiera rechazado la caballería enemiga, lanzada como forrajeros, y quienes, en suma, inquietaban poco; una parte de los naturales habían roto su línea y pasado del orden de batalla al de columna. Ramírez dejó a Ferrand, se dirigió a su gente y un grito repercutió en los aires: *a muerte!* cargaron, pero fué sobre nuestra infantería, la que, entonces atacada por la espalda, por los flancos y recibiendo también fuego de frente se encontró envuelta por los cuatro lados, sin poder hacer la menor maniobra para escapar de semejante traición!...

Tan pronto como aquellos doscientos ginetes se reunieron con los suyos, empezó un combate obstinado, una refriega espantosa, y nuestros pobres seiscientos hombres no pudieron hacer otra cosa sino vender caro sus vidas!... Todo había concluído; ellos habían sido asesinados, degollados y aquellas solas palabras: *a muerte! a muerte!* se mezclaban con las de nuestros desgraciados oficiales y soldados... El capitán Becquet había sido muerto; *Allier* hecho prisionero como un favor; un sólo capitán del 89º de línea, *Camboulies*, salió, por milagro, con algunos hombres, de aquel campo de asesinato y se ocultaron en los bosques.

¡Qué posición la del general! ya no tenía soldados; solamente algunos oficiales con su guardia a caballo, cerca de él; eso era todo lo que le quedaba de su admirable tropa, que había comen-



zado su marcha a los toques de la música marcial!... Que se juzgue su situación en medio de semejante catástrofe! Traicionado por aquellos que tenía más cerca; por aquellos que él creía más adictos a su persona, no se podía ya contar con ningún socorro de parte de ellos. Todas sus ideas debieron reconcentrarse en el porvenir espantoso que se presentaba, y desde aquel momento decidió no sobrevivir a su derrota. Lo que lo prueba es que, desde el lugar que ocupaba en el momento de comenzar la acción, él podía huir por el camino que había llegado y que hizo todo lo contrario: se puso a nuestra cabeza, nos formó en un escuadrón pequeño y se lanzó en medio de la mantaza con un valor desesperado. La audacia de este pelotón de caballería, su valentía, hizo ceder todo ante su acometida; atraviesa el valle, atropella, desbarata al enemigo y va a salir detrás de su primera posición. Solo se perdió un oficial, el coronel Panis, que cayó de su caballo y el señor Batzalle, el mayor, con el doctor Roulet, a quienes dieron muerte.

Al llegar a lo alto de la colina, ¿qué íbamos a hacer? ¿De qué echar mano? ¿Por qué lado coger? Vemos un sendero y lo seguimos; como íbamos bien montados, el galope de nuestros caballos nos aleja prontamente de aquel lugar testigo de la más cobarde de las traiciones y del exterminio de los nuestros. El enemigo, muy ocupado, ya en matar, ya en despojar a las víctimas, no envió en nuestra persecución sino unos cuantos jinetes.

Eran lanceros como los nuestros y tenían el *ramo de hojas en el sombrero*. Era ese el signo de reconocimiento. Don Ramírez había abandonado y traicionado a Ferrand!

Así terminó esa expedición, comenzada tan alegremente: fué un motivo grande de duelo para los supervivientes.

Ferrand, al exponerse, había olvidado que mientras un jefe no ha muerto, una causa no se ha perdido; que él se debe a los compañeros que le quedan y que su vida está entre sus manos; pues, muerto él, su ejército no es más que un buque sin piloto. Un general que expone sus días comete la mayor de las faltas; es el olvido de todo principio militar.



“Es solamente por vanidad, o por ligereza pueril, o por ignorancia, o por desprecio del enemigo, que se comete semejante falta, y si la muerte de un general en jefe es la consecuencia de esa falta, los resultados son siempre funestos”. (*Polibio*) (64).

¿Qué hizo el emperador Napoleón después de sus desastres? ¿Se convirtió en volatinero o en granadero? El era la clave de la bóveda. Los imbéciles que decían entonces y que lo han escrito después, que él desertó de su ejército, no tenían ninguna noción del deber de un jefe como él. No, él no desertó absolutamente, ignorantes! él buscaba la manera de remediar el desastre.

Este último acto de vigor al cual Ferrand sobrevivió momentáneamente, no le dió tiempo de reflexionar, como se verá ahora. Lástima que no hubiera recordado las palabras de Polibio!

Continuamos, pues, nuestra fuga con todo el vigor de nuestros caballos. Afortunadamente para nosotros, los senderos entre aquellos bosques no permitieron al enemigo cercarnos. Sólo alcanzó algunos guías por la izquierda, es decir, por retaguardia, aunque éstos lo tuviesen alejado y a distancia por el fuego de sus carabinas. Sin embargo, dos fueron muertos, al proteger nuestra fuga, pues sus caballos no podían andar más.

La quebrada Por fin, después de más de dos leguas de marcha, persiguiendo un fin determinado, una quebrada ancha y profunda, una especie de hendidura formada por las aguas pluviales, se presentó a nuestra vista cerrándonos el camino en la dirección que seguíamos: entonces no había por allí ni siquiera un ligero sendero trazado. La energía de nuestros excelentes caballos y más todavía el deseo muy natural de escapar al enemigo, no nos permitió buscar otro paso. Atravesamos la quebrada con riesgo de matarnos.

Allí con gran sorpresa nuestra, el enemigo cesó de perseguirnos; pues aquellos magníficos jinetes debían atravesar el mismo obstáculo que nosotros. Un jefe de batallón, Desille, había caído al fondo de la quebrada con la silla de su caballo, cuyas cinchas se habían roto con el esfuerzo del salto; el encarnizamiento de aquellos españoles era tal, que, a pesar del fuego de nuestros guías, echaron pié a tierra y lo mataron a lanzasos: cua-



tro quedaron muertos de su parte, sobre el cuerpo de Desille; quedó vengado! Su caballo en pelo saltó con los nuestros.

¿Dónde estábamos? ¿Qué iba a ser de nosotros?... Ni un sólo nativo estaba con nosotros! ¿Cómo volver a encontrar el camino del Seibo sin un práctico del país? Nosotros habíamos seguido una dirección completamente opuesta. ¿Quién podía asegurarnos que estuviéramos en el camino de Santo Domingo? Pero, afortunadamente, nos habíamos inclinado a la derecha, por detrás de la línea enemiga, y de ese lado debía estar la ciudad.

En esta carrera al galope, verdadera *course au clocher*, (65) o carrera desenfrenada, como ya lo he dicho, con armas y bagajes, después de pasar la quebrada, pudimos descansar un instante, respirar un minuto; sobre todo al ver a los españoles abandonar el lugar del paso, sin duda para ir a buscar un pasaje más fácil.

Se colocaron dos centinelas de caballería, encargados de vigilar a lo largo de la cañada, tan lejos como fuera posible.

Durante la fuga, el general Ferrand no había pronunciado ni una palabra. Habiéndose apeado del caballo, dijo: “Señores, es necesario salir de aquí; cargad vuestras pistolas, si no lo están todavía. Dadme dos cartuchos para las mías”. Cargó sus pistolas y ordenó a Lamarche hacer colocar la silla de su caballo sobre el suyo: “Cervo está extenuado y no puede ir más lejos”. La orden fué ejecutada inmediatamente.

Pronunciadas estas últimas palabras, se aisló, alejándose en la espesura del bosque; nadie lo siguió, presumiendo alguna necesidad natural. Taciturnos, desmoralizados, no podía ser de otro modo después de un día semejante; nuestro silencio era el de la estupefacción. Ninguno de nosotros se atrevía a expresar sus temores. ¡Qué perspectiva! No había víveres! Huir y huir sin cesar, para terminar siendo asesinado, o morir de hambre en aquellos bosques. Nuestro valor, si acaso lo teníamos todavía, ay! estaba muy abatido; ya no era más que desesperación. Sin embargo, nos preparábamos a vender caras nuestras vidas.



De repente, en medio de aquellos bosques magestuosos y de su imponente silencio, fueron interrumpidos nuestras dolorosas reflexiones. Un tiro hirió nuestros oídos: todos montan precipitadamente a caballo, presumiendo que un centinela ha visto acercarse a los españoles, que habían podido pasar el obstáculo que el temor nos hizo saltar y que ellos prefirieron evitar... “A caballo! a caballo! Aquí está el enemigo. ¿Donde está el general! General!, general!...”

El eco solo respondió. “El cogió por este lado” dijo uno. Todos echan pié a tierra y entran bastante lejos en el monte. Se oyen gritos. “Aquí está! aquí está!” y esto nos tranquiliza; todos corrimos hacia el punto de donde salen las voces y encontramos a uno de nuestros compañeros de rodillas, llorando sobre el cadáver de Ferrand.

Muerte del general Ferrand

Este acababa de levantarse la tapa de los sesos... se había suicidado!... La mitad de su bella y calva cabeza estaba deshecha. ¿Qué hacer? Nuestras lágrimas, nuestra desesperación no podían volverlo a la vida. El mulato Alexis, corneta de sus guías, quiso salvar su cadáver, colocándolo sobre su caballo; pero aquel cuerpo era el de un hombre de gran tamaño (cinco pies y ocho pulgadas). Si eso no era imposible, por lo menos era muy difícil en nuestra posición, tan lejos de la ciudad, donde sólo Dios sabía si volveríamos a entrar! Se le quitó su dormán (66) de uniforme; se recogió religiosamente una trenza de cabellos de su mujer y de sus hijas y como no había tiempo ni medios de cavar una sepultura, se le envolvió entre ramas de árboles... Ya era tiempo, pues los últimos ramos cortados se le echaron encima, a los gritos de los españoles, que por fin, habían encontrado un pasaje para la quebrada.

Todos montaron a caballo y la carrera desenfadada huyendo volvió a comenzar. Apenas habíamos descansado una hora.

¿Cuántos quedábamos de esa expedición? Trece hombres!... Dos oficiales, el señor Batsalle y diez guías!... Número nefasto, dirán algunos fatalistas.

Así terminó su vida Ferrand, tan bella al comienzo por to-



do aquello que él había emprendido. Era un buen administrador pero débil estratégico; él nos dejó sin haber manifestado el menor disgusto: la desesperación lo había abstraído! . . .

Ni una palabra; ninguna otra palabra sino las últimas que he citado; no por eso dejó de tener todos nuestros profundos sentimientos de pesar. Cegado por una falsa confianza, por ese amor que él había profesado a los españoles, ¿cuál fué la recompensa que recibió? la ingratitud! la traición! La traición hacia él que había sido el padre de toda esta población!

Huida a través de los bosques Como íbamos bien montados, provistos de buenas armas, con la *canana* (67) bien guarnecida de cartuchos, no nos quedaba otra cosa que hacer sino huir y defendernos; pero, sin víveres, en medio de los bosques y sin saber de qué lado dirigir nuestros pasos, la situación era de naturaleza para desnaturalizarnos. Afortunadamente, uno de los nuestros se acordó haber puesto en su maletín una brújula, que nos fué muy útil; ella nos salvó en medio de aquel *mar de árboles* y nos permitió llegar a la costa, donde algún buque de tránsito podía llevarnos a Santo Domingo.

Tomando, pues, la dirección dada, continuamos huyendo de aquellos españoles, que, como nosotros, sin víveres, debían cesar una persecución fatigante y sin provecho. Pero, no por eso se suspendió la persecución, pues aquellos hombres estaban tan encarnizados con nosotros, que aquello fué, puede decirse, un combate incesante; pues, a pesar de la celeridad de nuestra fuga (ya se sabe las alas que da el miedo) aquellos malditos hombres nos descubrían siempre, gracias a sus perros, algunos de los cuales fueron muertos por nuestras balas, con preferencia a sus amos. Nuestra ventaja era muy señalada: armas de fuego contra lanzas; estas armas nos ayudaron mucho; ocupando a menudo la orilla de un bosque, más allá de una sabana que habíamos atravesado al galope, más allá de una sabana que habíamos atravesado al galope, la mitad de nosotros hacía fuego, mientras que la otra mitad hacían brecha en los *matorrales*, nuestra fuga indicaba el camino a nuestros enemigos, pues entonces no encontrábamos ya senderos abiertos en esta parte inhabitada, que se encuentran a más de quince leguas de Higüey, o *Altigracia*. Aquel



pueblo, bastante grande, no podía ser nuestro refugio; eso hubiera sido echarnos en medio de nuestros enemigos; por otra parte, como estaba a nuestra izquierda, por la dirección que habíamos tomado, no habiéramos podido llegar allí. Llegamos, por fin, al río *Romana*. Desde hacía cinco días estábamos acosados sin cesar; ay! que días tan largos! Como no habíamos perdido a nadie, vimos la rabia de nuestros perseguidores amortiguarse y su número disminuir; fatigados y hambrientos, sin duda, pues al igual que nosotros, tampoco encontraban víveres. Renunciaron a alcanzarnos y así pudimos salvarnos de ellos.

Extenuados de fatiga; alimentándonos únicamente con naranjas silvestres, agrias y con algunos frutos que encontrábamos en los bosques, como cocos y algo más, demasiado raros, estábamos en un estado lastimero; nuestros trajes despedazados y sin poder cambiar de ropa, con este calor colonial, aquello era un nuevo suplicio agregado a los demás.

El caballo del general y el del comandante Desille fueron un remedio. ¿Pero, cómo? Su carne cortada en pedazos y colgados en nuestras monturas, se secaban al sol, se cocían por decirlo así, y así la comíamos. Preparar fuego en la noche, único momento de descanso, hubiera sido descubrirnos y en el día era cosa imposible: era necesario huir y defenderse. Tanto desea el hombre, después de una travesía por mar, descubrir la tierra, como nosotros teníamos prisa y tal vez, más de llegar al mar. Por fin, llegamos a verlo y tocamos su orilla; pero allí, como en los bosques, no había caminos: peñas carcomidas por las aguas; afiladas por las olas, por lo cual con razón, habían recibido el nombre de cotes-de-fer: (68) ese es el cinturón de Santo Domingo.

¡Cuántos obstáculos todavía que evitar! Sin embargo, el valor no nos abandonó. Los pasos más peligrosos, más difíciles, eran los de los rios que desembocan en el mar. Cuatro había que atravesar: 10. la *Romana*, (69) fuerte y rápido; 20. el *Cucumaya*, 30. el *Soco* y 40. el *Macorís*, que era necesario remontar para encontrar los vados o pasajes fáciles. ¡Cuántos trabajos en aquellas ciénagas desconocidas! en aquellos bosques tan antiguos como el mundo! Ah! cada paso aumentaba nuestros obstáculos



y estos eran tanto más penibles cuanto nuestras fuerzas físicamente disminuían. Habíamos escapado al peligro de los hombres y habíamos caído en los de la naturaleza!... A cada momento perdíamos caballos, que caían en los pantanos, de donde con mucho trabajo podíamos salir con vida! Solo conservamos dos caballos, menos cansados que nosotros: su manutención se encontraba fácilmente en el suelo.

Esta carrera diabólica terminó por fin, pues habíamos llegado a orillas del Ozama! Aquel era el vigésimocuarto día que habíamos cruzado aquel río tan alegremente, cantando aquella canción tan poco verdadera después: *Van a atravesarle el vientre*, (On va lui percer la flanc). Llegó la noche, pero no nos atrevimos a subir hasta el paso de la barca, por temor de que estuviera ya ocupado por el enemigo; tampoco nos atrevíamos a hacer señales, ni hacer fuego, ni disparar tiros de fusil o más bien de carabina; uno de nuestros guías, que tenía todavía un poco de fuerza, expuso su vida y atravesó el río a nado!... Una embarcación vino, por fin, a recoger los restos de la columna expedicionaria;... Estábamos en salvo y en medio de los nuestros. Este regreso milagroso fué la primera noticia de nuestra catástrofe, que los mismos españoles no habían publicado todavía; cegados por su victoria, estaban ahora ocupados en disputarse el mando. ¿Quién podrá nunca, sin embargo, concebir, que un jefe, un general, se haya quedado veinticuatro días sin indagar nada sobre una fuerza lanzada al exterior y sobre todo que marchaba contra el enemigo? Pues bien! eso fué lo que hizo el señor X; él quedó en una inacción completa; ni siquiera un hombre fué enviado fuera de la ciudad!...

Ese general X, a quien la gerarquía trasmitía el mando, se apresuró a nuestra llegada, a declarar la plaza en estado de sitio!... Qué irrisión!... Aquello era inútil, pues el enemigo no estaba ni siquiera cerca de las murallas!... Ya se verá lo que era aquel jefe; su apatía lo hace juzgar anticipadamente.

Dos días después de nuestra llegada, un sargento del 89º de línea apareció también; trajo noticias de su capitán, Camboulies, que se había escapado de la matanza con veinte soldados.



Corriendo a través de los bosques, sin saber qué dirección tomar, el capitán había tenido la buena suerte de encontrar a un negro español, quien, ya por temor, o por el incentivo de ganar algo, se encargó de conducirlo a la ciudad. Se le ofrecieron cien pesos; aquello era para ese negro una verdadera fortuna. Pero, en él, como en todos los otros, este odio jurado entre las manos de sacerdotes fanáticos, dominó todavía el interés.

“Durante dos días, dijo el sargento, aquel negro nos condujo por los bosques; el tercer día, yo creí reconocer un lugar que ya habíamos visto, particularmente un árbol corpulento muy notable; la idea me vino de trazar en él una incisión con mi sable, lo que pude hacer sin ser visto. Continuamos nuestra ruta, pero al llegar la noche reconocí de nuevo el lugar en que estaba mi árbol! . . . Sin ninguna duda, éramos víctimas de una traición y nuestra dirección era falsa: Lo dije así a mi capitán quien, confiando en el interés que ese negro debía tener en conducirnos bien, no quiso creerme. Sin embargo, él fué interrogado y confesó que era cierto, pero que no había procedido así sino para evitar encontrarse con los españoles que se encontraban en el camino de la ciudad. Convencido de su traición, dejé a mis compañeros, declarando a mi jefe que yo prefería morir de hambre en los bosques, antes que ser degollado; heme aquí. ¿Dónde están el capitán y sus soldados? . . .” Ah! jamás se supo de Camboulies! . . . Un mes después, supimos que un oficial y diecinueve soldados, sorprendidos durante el sueño, habían sido asesinados, sin ninguna misericordia! . . .

El coronel Panís, cayó del caballo, fué hecho prisionero y estaba en poder de Ramírez, quien lo puso en libertad al cabo de dos meses; Allier, el comandante, igualmente prisionero, tenía la misma esperanza: estaba detenido en un hato, en el alto del Ozama, en San Lorenzo de los Minas, de donde se tenían noticias suyas. Las noticias cesaron: Allier había sido muerto! asesinado! después de un mes de prisión! . . .

Si no hubiera, en la historia, ejemplos del odio que anima el corazón de los hombres, en tiempos de revoluciones o guerras civiles, se podría encontrar uno en lo que sigue: Ferrand, ese



padre de los españoles, aquel hombre que los había colmado de beneficios y aún más, que les había dado casi una segunda vida; Ferrand, cuyo cuerpo había sido ocultado por nosotros, fué encontrado en el monte; en vez de darle una sepultura que todo ser humano debe a su semejante, los españoles lo mutilaron y aquellos monstruos, separaron su agraciada cabeza del tronco para llevarla a la isla de Puerto Rico (70) donde la exhibieron en la punta de una pica en la plaza pública de la ciudad! . . .

Los españoles ¿Aquellos españoles del siglo XVIII, (pues los que vinieron en socorro de los naturales y los que los comandaban eran blancos, europeos), no fueron tan bárbaros como los antiguos a quienes los griegos daban ese nombre? . . . Artajerjes, (71) después de la batalla de Cunaxa hizo cortar la cabeza a su propio hermano, muerto en el campo de batalla y la hizo exhibir en la plaza pública! . . . Ha pasado mucho tiempo de aquella época a la nuestra y sin embargo, después, la sangre de los hombres del desierto no ha cambiado; y aún se ve en nuestros días la misma crueldad renovarse; el mismo acto de barbarie ha sido alumbrado por el sol! . . . Si, la sangre mora corre en las venas de esa nación, en la cual, sea en Europa, ya en las Indias Occidentales, el hombre no sabe más que matar! . . . Sangre, siempre sangre! ¿Qué se vé? crueldad y barbarie! Ah! esos son los verdaderos descendientes de los Beduinos africanos. En España, la ley del talión era y será siempre el único punto sobre el cual se está de acuerdo, y seguramente, no hay necesidad para eso de un gran esfuerzo de inteligencia, pues esa nación bárbara es lo que hay de más rudimentario en la humanidad; ella preexiste al estado social y solamente por abuso es que ella le sobrevive.

Opinión sobre el General Ferrand Me he permitido decir que Ferrand era un débil estratégico; lo que sigue permitirá juzgar si tengo razón o nó. 1º Porque él no debió nunca, personalmente, salir de la plaza para ir a buscar un enemigo a cuarenticinco leguas; falta inmensa y que desgraciadamente se ve renovar todos los días por oficiales llenos de ardor y de ambición; quienes, no contentos con tener ciudad,



campo, o un puerto mismo que defender, faltan a su deber yendo a buscar al enemigo, que ellos deben, en todo caso, esperar a pié firme. Eso es lo que debió hacer el general.

2º Cometida ya la falta, él debía escuchar los informes y creerlos y eso, aún antes de los consejos de los hombres prudentes y fieles; testigo el señor Franco, que hacía el servicio junto con nosotros.

3º Una vez en camino, era necesario marchar militarmente, llevar exploradores, hacer reconocimientos, apresurar su marcha, lo que no se hizo sino el último día, y sobre todo, no cerrar los oídos a lo que nos cuenta un valiente oficial, al extremo de ir a echarse en medio de un enemigo cinco veces más numeroso que él (3,300 hombres contra 620).

4º Porque con el informe del señor Franco él debía ordenar la retirada para atraer al enemigo a un lugar conveniente y si hubiera sido necesario combatir, escoger el terreno a propósito, donde se tuvieran al alcance los medios de salir de dificultades y encontrar recursos eficaces.

5º Porque él hubiera debido, como hombre hábil, abrir los ojos sobre la conducta del astuto Ramírez, alma de toda la trama, y quien por medio de emisarios que conocían mucho las localidades, advertía al enemigo de todos nuestros movimientos. Aquello era evidente, pues de otro modo, el reconocimiento de Bocquet no lo hubiera encontrado preparado a combatir en una posición hacia la cual se nos empujaba, y la traición de Ramírez se hizo patente por el signo distintivo dado a sus hombres y encontrado entre el enemigo.

6º Puesto que su amor propio lo había comprometido a no esquivar el peligro era necesario acelerar, precipitar, tanto como fuera posible, el camino que había que hacer y no hacer un simple paseo militar. Entonces hubiera, sino triunfado, cuando menos evitado un desastre. Su presencia, con una fuerza respetable, podía talvez calmarlo todo; Ramírez estaba en retardo, pues la tropa de línea no había llegado de Higüey.

Esta celeridad podía reparar, si acaso era reparable, la falta más grande, la más inmensa que se había cometido! dejar una ciudad



fortificada para ir a cuarenticinco leguas a buscar al enemigo!... La suerte no lo quiso así y castigó duramente a ese querido general, quien, al reconocer su falta se entregó a la desesperación y puso fin a sus días.

Organización del ejército español Con la tropa de línea de Puerto Rico, se intentó organizar una especie de ejército; por lo menos, grandes cantidades de personas fueron reunidas y armadas. Un rico hacendado, don Sánchez, (72) se hizo general en jefe. Ramírez, que tenía la misma pretención, debió, después de discutirlo, contentarse con el segundo puesto. Aquellos hombres nuevos en la profesión de las armas necesitaban tiempo para formar un cuerpo de ejército, lo que retardó la aproximación de aquellas tropas a Santo Domingo; y cuando se creyeron en condiciones convenientes para presentarse allí, por lo que habían hecho, nosotros pudimos juzgar cuánto había pesado la fatalidad sobre el general Ferrand! Ya se verá que en ninguno de los ataques realizados contra el enemigo, fué posible reunir sus hombres. En lugar del general aquel, en quien en ausencia del titular, había recaído el mando, no había duda de que el valiente Ferrand, tan pronto hubiera recibido la noticia de tal desastre, (él no la hubiera ni siquiera esperado) no hubiera puesto en marcha fuerzas suficientes para volar en auxilio de los vencidos, de manera de no dar tiempo al enemigo de recobrase, de organizarse, mientras que ese general X... se encerró en sus murallas...

Ese deplorabile asunto vino a acabar con toda la dicha de que gozábamos desde los últimos acontecimientos; fué necesario renunciar a toda felicidad y pensar en una vuelta a Francia, de la que, seguramente, nuestras ideas estaban demasiado lejanas; pues ni uno solo de nosotros había que no fuera adicto a este suelo en que vivía, como si hubiera sido el suyo propio. Esta tierra nos pertenecía, pues ella había recibido el bautismo de nuestra sangre!...

Quién era el general X...? (73)



El general de brigada X... El general X... había llegado a Santo Domingo después que el general Leclerc, con el empleo de inspector general de los hospitales, misión absolutamente administrativa que ponía muy de manifiesto sus capacidades militares. El desempeñaba, pues, esas funciones en el momento de la llegada del general Ferrand a Santo Domingo.

El continuó, aunque inútil, en su puesto y su incapacidad en él fué puesta de manifiesto; no una vez sino diez oí decir a Ferrand, hasta sentados a la mesa (XXIII) porque aquel hombre le disgustaba: “yo no concibo como este hombre continúa aquí comiéndose el sueldo del estado sin hacer nada! Yo en su lugar, pediría mi relevo; ya no hay hospitales que inspeccionar y mientras yo mande el ejército, no le confiaría cuatro hombres y un cabo!...”

Esa era su pesadilla y cuantas veces lo veía, repetía poco más o menos la misma cosa respecto a él. Si siquiera el físico hubiera reemplazado las cualidades que le faltaban? Pero nó! era pequeño de cuerpo, viejo, empolvado y peinado como un pájaro; flaco, con una de esas caras de niño viejo! vestido ridículamente con un dormán color verde manzana, y con galones de oro; calzón corto, de casimir amarillo canario; medias blancas, zapatos con polainas negras a media pierna! Tal era el hombre a la simple vista; era cosa de no creerlo! Era necesario verlo encaramado en un gran caballo inglés, golpeando sus espuelas los cojinetes de la silla!... Solamente en carnaval podrá verse una caricatura semejante.

Durante todo el tiempo que duró su gobierno, se le pudo admirar con una variante. Después de la muerte de Ferrand, compró el sombrero del general, igualmente desproporcionado para su tamaño; y como este sombrero estaba guarnecido de oro, no se pudo o él no quiso reducirlo; y lo reservó para las grandes ocasiones.

Esas ridiculeces hubieran sido muy poca cosa, si bajo aquellos vejestorios hubiera habido un hombre; desgraciadamente, eso faltaba completamente. Un mal juego de palabras acabó de



ridiculizarlo; encantado con su uniforme, preguntó un día a Bardin, ex-edecán del general muerto: “¿Cómo me encuentra Ud.?” Pero, general, el verde y el amarillo son colores agradables; sin embargo, con esa mezcla, hay mucha semejanza a una tortilla con verduras picadas”. Aquella era una verdadera pintura. Nada, pues, de lo que tenía encima, nada en él, y para completar el individuo, una testadurez excesiva, defecto de los pobres de espíritu. Ah! era una verdadera tortilla. He ahí en las manos en que habíamos caído. Afortunadamente que allí había buenos colonos.

Sitio y bloqueo de Santo Domingo.
20 noviembre 1808

La ciudad de Santo Domingo fué declarada en estado de sitio por la autoridad del señor general; él se apresuró a hacer regresar todos nuestros destacamentos que guarnecían las fronteras de la parte francesa; los cuales eran útiles, sin embargo, desde otro punto de vista, puesto que ellos sostenían la población española, que, de este lado, no se había mezclado todavía en la sublevación: La salida de esos destacamentos decidió el movimiento general. Esos destacamentos, regresaron con el coronel Aussenac, y tan pronto entraron, las puertas de la ciudad se cerraron y se custodiaron como si el enemigo hubiera estado allí. El servicio de sitio comenzó. Inútilmente se insistió para que se enviaran socorros por el camino del Seibo, socorros que hubieran podido salvar algunos hombres! El espanto se había apoderado del general; él creía tener el cuchillo en la garganta! y a todas las observaciones, daba esta respuesta: “He declarado la ciudad en estado de sitio y nadie debe salir”.

Sin embargo, aquel era, o nunca, el momento propicio para ir a buscar rebaños que hubieran sido un gran remedio; salando la carne, se hubieran prolongado los tres meses de víveres que teníamos en almacén. Esta ocasión se perdió! . . .

Llegada de una división inglesa

Los ingleses, conocedores de la muerte del general Ferrand vinieron a bloquear el puerto. Su división se componía de un buque de 74, el *Polyphemus*, comodoro Cumby; de dos fragatas y algunas ca-



ñioneras; ella formó tres líneas, de suerte que un bastón flotante no podría entrar en el río sin ser visto. Por toda marina no teníamos sino una goleta, mandada por el señor Brouard; ella estaba en viaje en el momento de llegar los ingleses.

La guarnición, debilitada de seiscientos buenos soldados; de parte de la milicia de caballería, que se llevó Ramírez; de la de a pié que había abandonado la ciudad uno a uno, durante la ausencia del general, no se componía más que de 1,200 hombres de tropa.

*La compañía
administrativa*

La antigua compañía administrativa, reformada con los cuerpos administrativo y judicial y en la cual se admite todo joven, burgués, comerciante, fué puesta bajo las órdenes del señor Goguet, inspector de las revistas. Con una fuerza de 200 hombres, prestó buenos servicios. Esos empleados, esos jóvenes llenos de actividad, de valor, bien disciplinados, servían de tropa de línea; tenían un uniforme de cazadores. Con 259 guardias nacionales, formaban un total de 1,600 hombres armados de fusiles. (Véase Apéndice V).

*1ra. salida
de la plaza*

Todos los recursos nos habían sido arrebatados por el mar; era, pues, necesario, no descuidar los que podíamos procurarnos por tierra. Con el pretexto de efectuar un merodeo, se consiguió, por fin, permiso para pasar a la orilla izquierda del Ozama, ocupada en parte por el enemigo; primero era necesario desalojarla; el proyecto era establecer un reducto en esa orilla, pero la autorización no se concedió todavía. Se cogió una gran cantidad de bueyes, al mismo tiempo que se rechazaba un enemigo tan orgulloso con su cruel victoria.

No admiraremos aquí toda la fuerza de la gerarquía militar! Ese general, nulo desde todos los puntos de vista, era, sin embargo, consultado para cada operación; diez veces por cada una hubieran debido echarlo a un lado. Pero nó, él era el jefe y tenía el uniforme de general; era una bandera, ¡qué importaba el palo en que estaba suspendida! Todavía no se habían experimentado suficientes contrariedades para forzarle la mano; pero



llegó, por fin, el momento. Por otra parte, aunque durante aquel largo bloqueo todo se hizo a menudo, a pesar suyo, nada se hizo sin su orden, aunque arrancada verdaderamente.

¿Cuál era en aquel momento, la posición de Santo Domingo?...

Posición de la colonia A mil ochocientas leguas de Francia y de todo auxilio;
Dos enemigos en frente: los ingleses en el mar y los españoles en tierra; una ciudad mal fortificada que no podía resistir un sitio en forma: Tres meses de víveres!

Seiscientos hombres de guarnición. Y en fin, un general (de nombre) incapaz de mandar! Afortunadamente, teníamos buenos y fuertes coroneles. Estos fueron muy notables!

Era necesario mucho valor para suplir todo lo que faltaba.

Aquellos españoles, los asesinos de Palo Hincado, no nos asustaban; el paso del Ozama, bajo el fuego y la salida a su orilla izquierda habían hecho juzgar su verdadero valor! Nosotros conocíamos su *cobardía*; lo que había que temer era el hambre! que debía llegar tarde o temprano.

Cada día, atendiendo a nuestra inacción, nuestro tímido enemigo daba un paso hacia la ciudad, sin ninguna oposición y se dejaban rodear de tropas que, afortunadamente, se contentaban con sitiar, sin atacar. La incuria del jefe los dejó organizarse y transcurrieron tres meses sin que una sola salida fuera a molestarlos; de modo que se hubiera podido hacer esta pregunta: “¿Quién, pues, sitia a Santo Domingo? ¿Hombres o monos?”.

Ese enemigo, tan prudente no había disparado ni un sólo tiro de fusil; construía a lo lejos obras de defensa y formaba campamentos a dos leguas de la plaza. He aquí con qué pensamientos él procedía así: Sánchez, general en jefe, a pesar de Ramírez, se lisonjeaba, orgulloso, de que con un ejército, ¡y qué ejército! la plaza le abriría las puertas tan pronto se presentara y que él tomaría posesión de ella pacíficamente, como vencedor. El no ignoraba lo que contenían nuestros almacenes y, como verdadero español, decía: *Paciencia, todo se arreglará con el tiempo!* Con esta esperanza, no se había comunicado con el almi-



rante inglés, quien, por su parte, no dudaba que un día u otro, llegaría el momento en que, como se dice, *la pera se madurará* y él podría cosecharla, sin disparar ni un tiro.

La conducta de nuestro jefe había dejado adivinar sus intenciones: consumir sus tres meses de víveres y capitular. En aquel momento solo había provisiones para ocho días.

Esa apatía de los españoles, que estaban sin comunicación con el comandante inglés Cumby, hizo temer a este último un arreglo entre nosotros y ellos; resolución que hubiera reservado a los franceses un punto por el cual, temprano o tarde, se podían enviar socorros y aún algunas divisiones navales. El se decidió, pues, a enviarnos un parlamentario, que intimó la plaza a rendirse. Rendirnos a él! que no había tirado ni un cañonazo, era conocer mal a los franceses!... Y sin embargo, nuestra guarnición no existía; ella iba a ser entregada, pues el jefe capitulaba, si algunos hombre de corazón, valientes, no hubieran estado allí: Paillé, jefe de batallón, desempeñando las funciones de jefe de estado-mayor; Bron, director del cuerpo de ingenieros; Ferrier, coronel de artillería;; Aussenac, Pichot, Vassimon, Lafiton, coroneles de infantería (puedan esos nombres no caer en el olvido), no se hubieran opuesto a toda capitulación hasta entonces. Ellos se rebelaron, con mucha razón esta vez, y aunque respetando el derecho de la gerarquía, obligaron al jefe a convocar un consejo, en el cual se discutiría el asunto.

El parlamentario fué enviado a su buque, donde, más tarde harían conocer la decisión que se hubiera tomado.

¿Quién se creyó perdido? Este jefe, a quien, por decirlo así, se le colocó el sombrero galonado en la cabeza; pues sin tardanza él debía presidir el consejo.

En este consejo, último recurso de los valientes coroneles, el jefe debió oír sus observaciones y muy duras verdades. Uno de ellos dijo:

“General, antes de entregar la plaza, ya a los ingleses o a “los españoles, es necesario que ella se encuentre no solamente “sin víveres, sino también sin municiones; es necesario que sus “murallas estén, no simplemente resentidas sino abiertas; es



“necesario, en fin, que las tres cuartas partes de nosotros esté
 “muerta. ¿Qué diría el emperador? Una guarnición francesa ha-
 “bría capitulado sin disparar ni un solo tiro, sin haber encon-
 “trado al enemigo, sin haberle dirigido ni un solo cañonazo; eso
 “es cosa imposible! Desde hace tres meses, obedientes y pasivos,
 “nos teneis encerrados, matándonos de hambre y después capi-
 “tular. Ha llegado el momento en que esa obediencia debe ce-
 “sar. Abandonad ese sistema, quememos la pólvora; salgamos pa-
 “ra combatir con las fuerzas sitiadoras, salgamos para conocerlos,
 “para saber su número. Vos lo ignorais... Ordenad una salida;
 “sin eso, y por nuestro honor, la salida se hará a pesar vuestro,
 “y habreis dejado de ser nuestro jefe. Dentro de veinticuatro
 “horas, nosotros os respondemos que barreremos toda la orilla
 “derecha del Ozama. Nada de capitulación mientras tengamos
 “un cartucho!. Tal es nuestra profesión de fe. Rendíos sólo; ca-
 “pitulad sólo; pero entregarnos como una mercancía, jamás! Lle-
 “guemos a los últimos extremos; entonces los buques ingleses
 “tendrán el insigne honor de recibirnos, pues ellos llevarán un
 “grupo de valientes, y vos, vos quereis enviarnos allí como un
 “rebaño de cobardes.

“Nada, pues, de capitulación; una salida!!!”

La salida se ordenó inmediatamente y sin la menor réplica de parte del general presidente.

Desplegar un tal vigor, delante de un ser tan débil, no era hacer un gran esfuerzo, no tenía un gran mérito; pero lo que daba a esta resolución un gran alcance, era la deferencia que se guardaba todavía a aquel jefe impuesto por la muerte.

La brecha abierta a su poder se ensanchó; mientras duró el bloque, todo siguió los mismo. Los señores coroneles combinaban y lo hacían todo... A él tocaba el derecho, a ellos el hecho. Ellos solos le formaron una reputación.

El comodoro inglés recibió ese mismo día la decisión del consejo y colocó sus buques al frente de la gran sabana.



2da. Salida de
la plaza (26 fe-
brero 1809)

Bajo las órdenes del coronel Aussenac, 500 hombres pasaron por fin la puerta de la ciudad y marcharon a encontrar al enemigo, que ocupaba el fuerte de San Jerónimo, construído de mampostería, situado sobre la costa, a mil trescientos metros de la ciudad; trincheras de gaviones llenos de tierra protegían los alrededores: la primera en el mismo lugar en donde estuvo la de Petion en 1805, a doscientos cincuenta metros; la segunda al pié mismo del fuerte, cerrando el camino real de Azua, y armada con dos cañones de 8, que enfilaban el camino.

Mil ochocientos hombres defendían el fuerte y las trincheras: atacado de frente, mientras que una compañía, favorecida por el monte, daba vuelta por la izquierda, el enemigo solo tuvo tiempo de hacernos una descarga, abandonando el fuerte, las trincheras, artillería y el campo! Todo fué cogido a la carrera. Se le persiguió en su fuga precipitada, hasta más allá de la estancia de recreo del general Ferrand, en la cual Sánchez había establecido su cuartel general; toda la noche se efectuó una verdadera cacería contra los españoles. Una columna, dirigida por el camino de Santiago, siguiendo toda la orilla derecha del Ozama, rechazó sin pérdida, todas las fuerzas que se encontraban por allí y que volvieron para la orilla izquierda. Una gran parte se retiró para Baní, más allá del río de Jaina.

Esta salida tuvo un éxito asombroso y esos bravos españoles, aquellos vencedores bárbaros, que habían empleado tres meses en construir las trincheras, y en darse valor, no opusieron sino una débil resistencia y huyeron con tanta celeridad, que no se pudo hacerles ni un sólo prisionero. Ocho muertos y diecinueve heridos; tal fué nuestra pérdida. En cuanto al enemigo, o él se había llevado los suyos o no había tenido ninguno. Eso se concibe: atrincherados, y haciendo una sola descarga con sus cañones y otras armas, y después, huyendo, nuestro fuego a penas podía alcanzarlos.

Este ataque nos probó la fatalidad que seguía al general Ferrand, fatalidad que, ayudada con la traición, nos arrebató la victoria en Palo Hincado. Esos españoles, sin ninguna duda,



se hubieran sostenido entonces mucho menos, si no hubieran contado con los medios que aseguraban su éxito; y diré más, ellos ni siquiera nos hubieran esperado.

En el momento de la salida, el comodoro inglés hizo fuego con todas sus baterías, sobre las tropas que pasaban por la sabana, y nos confesó más tarde, que esa infantería se parecía mucho a la caballería, tan juntos y precipitados iban en su marcha. Sin embargo, entonces aún no se había inventado el paso gimnástico. Ya se puede juzgar hoy de esta comparación, en que nuestros soldados de infantería ejecutan maniobras como las de la caballería.

Aquel fué el primer fuego de los ingleses; pero esas andanadas repetidas hacían más ruido que daño, pues el paso de carrera disminuía las probabilidades de buen éxito. Desde entonces, durante el día, y por la noche más particularmente, el comodoro usó su pólvora, fatigando a la guarnición con sus grandes peligros. Una sola de sus balas le llevó la cabeza a un tambor que tocaba la diana en una batería de la costa. A penas había amanecido: fué casualidad!

Pararon en la hacienda de Ferrand y se acabó el armamento del fuerte de San Jerónimo, comenzado por los españoles que ya habían colocado algunos cañones. Se colocó allí una guarnición, y Darame, jefe de batallón fué nombrado jefe de ella. Aquel fuerte nos hacía dueños de cuatro leguas de terreno, cosa preciosa y que, gracias a la industria francesa había visto nacer y prosperar varias haciendas, muy productivas de víveres de tierra. Así se llaman colectivamente las raíces, tales como yucas, papas, coles y repollos, ñames y batatas, etc., etc. Se apresuraron en explorar la tierra y en almacenar víveres.

El general se aventuró, después que se operó la salida, a llegar hasta la hacienda de Ferrand, pero sólo estuvo un momento, porque algunos disparos de pelotones sobre el enemigo que huía, le hicieron volver riendas y si Aussenac le hubiera dado oídos, habría regresado con su tropa abandonando el fruto de la victoria. Qué hombre!... Aussenac lo dejó partir...

La promesa de los señores coroneles estaba cumplida: toda



la orilla derecha del Ozama estaba libre, y ya se estaba en posesión de un radio de tres a cuatro leguas, en el cual se encontraban algunos recursos.

Darame, jefe del fuerte de San Jerónimo El comodoro Cumby, viendo que el fuerte de San Jerónimo estaba armado y ocupado, envió una fragata a cañonearlo: la fragata lo cañoneó bastante, pero sin hacer gran daño. Darame, que era un valiente soldado, que había llegado por su solo mérito al 5º de infantería ligera, no se amedrentó con aquel alboroto y para hacer ver al enemigo el poco caso que hacía de su ataque (que, en suma, no podía tener ningún resultado, pues, aunque hubiera desembarcado, unos muy buenos fosos lo hubieran detenido) subió al parapeto y desabotonándose el pantalón enseñó su parte trasera a los ingleses!... Acción aquella completamente soldadesca, es necesario comprenderlo, y muy poco digna, pero que pinta bien lo que era aquel hombre.

El capitán de la fragata, indignado y embargado en tanta cólera, se acercó al fuerte, de donde el fuego salió entonces y con buen éxito, pues las balas de cañón tocaron el buque; pero, al aproximarse, el buque había encallado y tuvo que alejarse mar adentro.

Durante esta fanfarronada, de un antiguo y buen soldado, un negrito de doce años, su criado, curioso como todos los niños, subió al parapeto al lado suyo; parapeto que presentaba surcos formados por las balas de los cañones enemigos: con la mayor premura ordenó al niño que bajara; pero, admirado con esta orden, el niño respondió, en su idioma: "Pero, usted bien ahí, ¿por qué yo no ahí también? —Si, yo estoy aquí, pero yo no cuento nada, mientras que tú, tu me has costado dinero; vamos, ve a esconderte: yo puedo hacerme matar y con eso no causaré daño a nadie".

Así, aquel bravo militar consideraba su vida como muy poca cosa, y por el contrario daba un gran precio a la de su esclavo. Ese digno soldado, que debía acabar su vida en la brecha, murió de tétanos. Murió en una cama que había colocado delante de una ventana abierta para gozar con el fresco de la noche!...



La chalupa cañonera inglesa

El capitán de la fragata, a la que nuestros cañones habían causado algunas averías quiso tomar su desquite e intentó entrar en el río, enviando una chalupa cañonera, con sus remos forrados: a media noche la chalupa quiso entrar en el Ozama; pero el oficial que la mandaba no había previsto la salida de la luna; en ese momento, la claridad permitió ver alguna cosa sobre el agua; uno de nuestros jóvenes, de la compañía administrativa, Lesueur, que estaba de centinela en la batería del arsenal, disparó un tiro de fusil y dió alarma. El oficial inglés podía, sin ningún peligro, retroceder, pero, por locura o por fanfarronada, seguramente, hizo fuegos con sus *carronadas* (74)... Como era de noche, aquello era indicar estúpidamente su posición. Deker, teniente de artillería, jefe de la batería de Santa Regina, que había observado bien los disparos, disparos repetidos con voces insultante de parte del oficial, exclamó: "Si tira otra vez no tirará ni una vez más!" Apuntó bien su pieza de 24 al último disparo, siguió la chalupa, y disparó por apreciación; al instante se oyeron gritos que estuvieron repitiéndose hasta que amaneció: un bote salió entonces del puerto del río, para ir a salvar a dos hombres, que estaban a horcajadas sobre la quilla de la chalupa —Recibida la bala en pleno casco, la chalupa se volcó y se quedó en el mismo lugar, por el peso de sus cañones, cuyos amarres no habían podido romper y habían quedado fijos en las cureñas de corredera de a bordo. Eran dos carronadas de bronce: después de reparada esta chalupa, se convirtió en nuestro guarda-río. Los dos marineros salvados informaron que la bala había matado tres de sus compañeros y que el oficial y trece hombres habían perecido, pues no pudieron recibir socorros de la fragata, demasiado mar afuera en aquel momento.

Nada pudo volver la alegría a aquel artillero, después de un tiro de cañón tan afortunado; pues, durante la noche, para dar en un blanco que no se conoce su posición sino por apreciación, se necesita una gran casualidad. Sin embargo, el tiro debió ser muy bien calculado.



Esta abortada tentativa probó al enemigo que no era tan fácil llegar a nuestras baterías de costa como él lo había presumido, sin duda, pues nunca más se aproximó. La marina, a menos que tenga una cantidad superior de cañones tendrá siempre miedo a las baterías de costa; por el movimiento de las aguas, ella solo tiene tres maneras de asestar sus cañones en los combates: para *desarbol*, para *echar a pique*, es decir, a *la línea de flotación* y a *pleno casco del buque*. Ahora, en tierra, esta última puntería es la única que se debe emplear; y por el contrario, una batería bien artillada, con buenos artilleros que no se espanten con el ruido, puede atacar todas las partes del buque. Ya ha habido ejemplos. En Flesinga ¿qué hicieron los ingleses? Retrocedieron ante nuestras baterías, que debieron abandonar después de haber sido duramente maltratados. Se preguntará ¿cuál podía ser el objeto de la tentativa de entrada en el Ozama? Nada que coger allí, ni siquiera una barca que quemar: era, pues, querer sacrificar hombres, pues esta cañonera, entrada en el río, no podía tomar la plaza, y su suerte era, ser echada a pique por los cañones de tierra. Era necesario haber *cenado* muy bien, para cometer tan grave falta.

La guarnición había fortificado de nuevo su moral: ella había combatido en tierra, rechazado al enemigo, conquistado terreno, adquirido víveres; ella casi había combatido en el mar. Esos dos ejemplos del fuerte de San Jerónimo y de la cañonera le dieron la prueba de que los ingleses no eran tan peligrosos para ella como lo habían creído al principio; ella podía hacer frente a dos enemigos. Sólo le faltaban limpiar la orilla izquierda del Ozama; con cualquier otro jefe, no se hubiera esperado tanto tiempo; pues, si desde el día que se tuvo la noticia del desastre de Ferrand, se hubiera salido para ir en su socorro, se hubiera podido ocupar esta orilla y esperar; y aún después de la segunda salida, dando toda la orilla derecha, de donde el enemigo, desmoralizado, había huido, si se hubiera cruzado inmediatamente el río, se le hubiera rechazado muy lejos y se hubiera acabado de aprovechar una victoria. Fué imposible decidir al jefe, quien, muy orgulloso de un éxito obtenido a pesar suyo,



opuso la más grande resistencia, en desquite, sin duda, de su primera concesión. Sin embargo, ¿qué se encontró? un enemigo espantado que primeramente había huído y después fué a establecer su campo muy lejos.

Vuelvo a ocuparme de la primera salida. Es imposible figurarse el ardor que animó ese día a la tropa; pero también, hubo la circunstancia de que aquella prisión dentro de las murallas, durante tres meses, y el deseo tan natural, en el soldado, de vengar a sus camaradas, traidoramente degollados, le habían comunicado una especie de rabia, a la que muy afortunadamente le faltó alimento por la fuga precipitada de aquellos españoles: ellos hubieran sido descuartizados sin piedad si se hubiera podido alcanzarlos.

El ardor de combatir era tan fuerte que se necesitaba un jefe bastante hábil, bastante amado, como lo era Aussenac, para reprimirlo; era necesario todo el amor que le tenía el soldado para detener su arranque impetuoso al abrir la puerta del Conde, y para mantenerlos en la obediencia. Como buen militar, Aussenac supo contener y reservar este ardor tan precioso; en el momento del combate, volvió a encontrarlo.

Después de esta salida, los señores coroneles tuvieron sentimientos más indulgentes hacia el jefe, no porque no fuera siempre el mismo, sino con la esperanza de obtener la orden de maniobrar en la orilla izquierda. El jefe resistió cinco semanas; cuánto tiempo perdido, sin combatir, cuando nosotros teníamos todavía todo nuestro vigor! Se esperó, pues, consumiendo los víveres almacenados. Durante ese tiempo, todo se preparaba para la tercera salida que se proyectaba. Por fin, la orden para eso fué también arrancada. Era necesario construir un reducto cerca de los escarpados de la orilla izquierda, que encajonan el Ozama: Una sola barca de cable permitía la comunicación de un lado a otro. Este reducto debía barrer al enemigo, el que, durante nuestra segunda inacción de cinco semanas, había vuelto a ocupar aquellos lugares y penetrar en nuestro frente del río.

El paso del río se efectuó bajo la protección de los cañones de la plaza: el enemigo opuso una gran resistencia mientras al-



gunas tropas no habían llegado a tierra; pero desde que la primera compañía hubo pasado no se sostuvo más y se ocultó en los montes, desde donde continuó hostigandonos; el paso del río nos costó 10 muertos y 24 heridos.

Se empezó a construir el reducto del Ozama, que fué armado con cuatro cañones de a 8. Ese reducto protegía el curso del río y toda la orilla: algunos fosos, defendidos por estacadas, convirtieron aquella obra en perfecta.

3ª salida sobre la orilla izquierda del Ozama el 25 marzo 1809

Aquel mismo día, para proteger a los trabajadores, 600 hombres, a las órdenes de Aussenac (siempre Aussenac pues los soldados no querían más que a él) se adelantaron por el camino del Seibo. Encontró al enemigo a dos leguas y media; estaba acantonado en un gran campo atrincherado, protegido, por dos bastiones en sus ángulos, armados con seis cañones de a 12, de bronce y dos *obuses* (75) *carroñados*. Como se vé, su prudencia era grande y su cañón muy a cubierto. El no pensaba, sin duda, que detrás de un río, a dos leguas y media, vendrían a combatirlo y que una guarnición sin víveres, tendría bastante fuerza para llegar tan lejos.

Después de las disposiciones necesarias que había que tomar para el ataque, los pelotones en posición, tiradores, compañías rodeando el campo, el resto de la tropa para reserva, y en columna, aquel campo-reducto fué tomado a la carrera y el enemigo, como en San Jerónimo hizo una descarga con sus piezas y abandonó el campamento. La metralla nos hizo perder 19 hombres muertos y 30 heridos, entre estos un jefe de batallón, Darnaud, oficial de estado-mayor del general Ferrand.

Tomado este campo, las tropas españolas quedaron en una completa derrota, y la imposibilidad de perseguir a semejantes fugitivos nos fué demostrada por segunda vez. Bastiones, atrincheramientos de campo, fortificaciones, todas hechas con gaviones, fueron destruidos, quemados y el centro de reunión del cuartel general de Sánchez perdido.

Este alejamiento de la ciudad denotaba que Sánchez no tenía la intención de venir a atacarla; pero para nosotros, aun-



que el peligro fuera menor, no dejaba de existir otro muy real, el de morir de hambre, y día por día nos acercábamos más a aquel deplorable desenlace. Estábamos en el cuarto mes de bloqueo, y durante los últimos tiempos, desde la primera salida, los ingleses no dejaron de cañonear constantemente sobre la ciudad durante la noche: en el día, nuestras baterías los tenían a distancia, y estábamos sorprendidos de su prudencia. Los disparos no eran peligrosos: sin dirección fija, todas sus balas caían sobre las casas, en las calles, y no por eso nos tenían menos despiertos, en pié, y eso fatigaba horriblemente la guarnición, ya tan empobrecida por las privaciones! ¡Cuánta pólvora y proyectiles perdidos!

La tercera salida, realizada en terreno de montes, sin agricultura, no produjo sino algunos bueyes.

Segundo parlamento inglés Un mes transcurrió todavía, durante el cual el comodoro Cumby, envió un parlamentario, que no obtuvo otra contestación que ésta mostrándole un panecito del hospital: *Mientras tengamos un pan igual, no capitularemos jamás!* Después volvía el parlamentario cada quince días.

Desde hacía dos semanas no se comía pan, la poca harina que había se reservaba para el hospital. Nuestra existencia era ya un problema, pero el valor no disminuyó: los víveres de tierra alimentaban, pero era necesario recogerlos y para renovarlos ir muy lejos; se organizaron merodeos y se salía, llevando hasta las mujeres, provistas de un saco y de un azadón. La inacción de cinco semanas, después de la primera salida, había dado un poco de audacia a nuestros adversarios, y ellos habían prudentemente vuelto a pasar el Ozama en su parte alta; a menudo sus destacamentos sorprendían a los nuestros y los atacaban mientras cavaban la tierra; varias mujeres fueron heridas durante los merodeos, aunque se tuvo el cuidado de rodear de exploradores los campos que iban a reconocer; pero, cual si fueran serpientes, aquellos negros se deslizaban en los bosques y desaparecían. Cuando todos los sacos que habían llevado estaban llenos, se volvía a la ciudad, donde cada cual daba en la puerta la mitad de



su carga para la guarnición; la otra mitad se guardaba para la familia.

Tales fueron nuestros únicos medios de existencia hasta el último momento; desgraciadamente, cuanto más tiempo pasaba, más lejos era necesario ir, y a menudo, merodeadores que salían por la mañana no regresaban sino en la noche.

El sexto mes de bloqueo había pasado! Esta tenacidad de valor en la desgracia admiró al comodoro inglés, y él, que hasta entonces no había tomado una parte directa en la causa de los españoles, les vino en su ayuda.

Ataque al reducto del Ozama Una mañana, el reducto del Ozama, que estaba alternativamente mandado por los señores Bardin y Darnaud, jefes de batallón, fué atacado por el enemigo. El descubrió una batería de seis cañones de 24, instalada en el monte: esa batería dominaba nuestro reducto; su infantería avanzó hasta la parte abalizada y descubierta, donde tuvo que sufrir con nuestro fuego. Este ataque demostró tanta mayor audacia, cuanto que la guarnición del reducto no los atacó, pues tenía bastante que hacer para defenderse. Importaba bastante conservar nuestra posición, para no ir a correr detrás del enemigo: se le rechazó, pero durante ocho horas no cesó su fuego de artillería, que desbarató los frentes de nuestras cañoneras y echó a perder nuestras cureñas. Perdimos 4 hombres muertos entre los artilleros y 16 hombres fueron heridos. (Véase el plano).

El enemigo perdió necesariamente mucho más, expuesto como estaba no solamente al fuego de nuestro reducto, sino también al de la plaza dirigido contra él, a descubierto.

¿De dónde podía venirle aquella artillería? Dos veces, ya se ha visto, le habíamos arrebatado su pequeño material, y como él no tenía arsenal, la aparición de esos nuevos cañones no podían venir sino de los ingleses.

Si, esa batería era inglesa: la habían comprado! . . .

Aunque el inglés es un militar bastante valiente, es, sin embargo y será siempre un comerciante; si él ayuda a un aliado, es porque allí está su interés y el beneficio también! ¿Le falta la



razón? No, sin duda alguna. Nosotros los franceses, hacemos siempre actos de caballeridad: dinero y sangre por nada!...

La batería española

La posición de esa batería era fuerte y llegar a ella muy difícil por la naturaleza del terreno: protegida por anchos fosos, delante de los cuales numerosas estacadas cubrían la tierra, debimos renunciar a tomarla, pero no a combatirla. Sus fuegos diarios nos obligaban a reparar por la noche los daños que nos habían hecho: no hay que admirarse de esta resolución. Desde hacía seis meses y medio, la guarnición disminuía por sus pérdidas en los combates, y aún más por las enfermedades, consecuencia inseparable de nuestras miserias, de nuestra penuria, no tenían ya las mismas fuerzas que demostrar. ¡Cuántos valientes muertos de los primeros!... y cuántos otros desaparecían día por día entre los supervivientes!... La moral se debilitaba!... Tomar aquella batería no era imposible, pero era sacrificar aún algunos hombres que no podíamos ya reemplazar y por otra parte, después de cogida, al siguiente día los ingleses le habrían vendido otra batería; para aquellos orgullosos insulares, aquello era un medio de precipitar nuestra rendición: ellos contaban con nuestro valor, pero que cada prueba debilitaba nuestras filas! Esta vez el cálculo fué inútil.

Se dejó, pues, en pie la gran batería del bosque del Ozama, y con nuestras bombas se trató de neutralizar sus fuegos para dar algún respiro a la guarnición del reducto, la que, relevada cada veinticuatro horas, como en la trinchera, ofrecía los mismos peligros (este punto fué el que nos quitó el mayor número de hombres). Para combatir el fuego de esta batería, era necesario dominarla; penetrar en ella, por decirlo así, de modo de ver los preparativos del tiro

La batería aérea, caballero de San Francisco

Desde el techo la cúpula del convento de San Francisco, nuestro hospital, se veía perfectamente todo el interior de aquella batería. Fué sobre aquella cúpula donde el cuerpo de ingenieros militares estableció una batería que se llamó la *Aérea*. Trabajo cuya idea se debió a uno de los ayudantes del cuerpo



Maillard. Se creía esta obra imposible, al menos en sus resultados; pero fué un excelente *caballero*. (76)

La cúpula, nivelada con una fuerte plataforma, sostenida en su centro por un árbol o viga que descansa en el suelo, recibió un cañón de bronce de 24, que, en una cureña colocada sobre un eje que giraba alrededor de un círculo, podía disparar en todas direcciones para las afueras de la plaza. Ocho días se consagraron a ese trabajo, y se construyó una batería a treinticinco metros del nivel del mar, pues el convento mismo estaba a quince metros del suelo de la ciudad.

Nuestro *caballero* abrió su fuego sobre la batería, al mismo tiempo que los morteros del bastión del Ozama: dos piezas fueron desmontadas y algunos artilleros quedaron fuera de combate. Aquel fuego, que parecía caer del cielo, admiró al enemigo e hizo callar el suyo; ese fuego de alto a bajo no era peligroso pero fué suficiente para dar tranquilidad al reducto, pues tan pronto como se veía desde la cúpula, a los artilleros de la batería prepararse a hacer fuego, se tiraba sobre ellos y no podía maniobrar.

El tiempo transcurría y nada hacía cambiar nuestra posición; los *merodeos* (77) sucesivos habían sido suficientes hasta entonces para sostener nuestra miserable existencia; pero cada día era necesario ir más lejos!...

Ultima salida de la plaza Aussenac salió una mañana como a las cuatro; a las cuatro de la tarde aún no había regresado y no se tenía ninguna noticia suya. La inquietud fué grande. ¿Dónde estaba? Vassimont quiso salir en su busca con dos compañías; fué necesario que insistiera mucho para obtener del jefe la autorización necesaria: la obtuvo por fortuna, pues sin eso el valiente Aussenac estaba abandonado!... Vassimont, finalmente, hubiera partido aún sin autorización, dejando a ese jefe en la plaza, donde todos querían volar en socorro de su coronel. Sesenta hombres de los más robustos, los que lo eran realmente cuando estaban con Aussenac, salieron por fin. Se tomó el camino de Santiago, en el cual, después de dos horas de marcha, la columna de merodeo se vió a los lejos. El



sol estaba ya declinando; el camino que había que recorrer daba sin embargo la seguridad de reunirse con los merodeadores antes de que anocheciera; pero, de repente, y por un camino de travesía, desembocó una tropa de negros; se la dejó entrar bien en el camino sin atacarla; pero al ver que había franceses por delante y por detrás, se apresuraron los negros a enarbolar un pañuelo blanco como signo de parlamentario; nuestros dos coroneles no se dejaron engañar por esta demostración y, contiuando su marcha, llegaron a medio tiro del enemigo e hicieron fuego sobre él. Esta multitud de negros desapareció como una ligera sombra, y no vimos ni siquiera un muerto en el lugar que ellos ocupaban! . . . ¿Cómo habían desaparecido? Ellos no tenían para huir sino el camino de travesía por donde vinieron, camino del cual Vassimón tenía más o menos la entrada, pues un bosque de campeche muy tupido (árbol cuyos ramos están armados de espinas de dos a tres pulgadas) y en el cual no se podía pasar un brazo sin herirlo: ese fué, sin embargo, el bosque que los recibió en su fuga. Tal prodigio parecía cosa increíble; todos se miraron; pero era verdad! No se veía ni un muerto ni un vivo, pues todos habían desaparecido! . . .

Solamente los negros, como reptiles, podían atreverse a tomar semejante dirección. En cuanto a nosotros, dichosos éramos por haber salido de ellos; los dejamos huir, y continuamos explorando nuestro camino a derecha e izquierda hasta llegar al lugar en que ellos habían estado.

El merodeo fué importante, sobre todo en ganado y en víveres de tierra: con eso se podía alimentar la guarnición durante quince días.

Aussenac había llegado a más de ocho leguas y sus hombres abrumados de fatiga, pues llevaban, además de sus armas, pesados fardos, iban a hacer alto para descansar y vivaquear, cuando Vassimont los encontró.

Hubiera sido una gran pérdida si el ataque hubiera tenido lugar durante la noche.

Los recién llegados aligeraron la carga de los merodeadores y como a las nueve todos habían regresado.



Esta salida fué la última: los hombres estaban agotados y ya no había más nada que recoger: todo había sido explorado.

Gran angustia Todo lo que podía comerse lo había sido ya: caballos, asnos, gatos, perros y hasta ratas y ratones; todo había servido de alimento!... Algunas cotorras habían sido también víctimas del hambre!... Las negras viejas arrancaban la yerba de las calles desiertas para prepararlas como alimento.

El séptimo mes había comenzado y ese fué el más cruel! ¿Quién nos salvaría? Un milagro solo podía hacerlo. Sin embargo, no se perdió el valor; la guarnición del fuerte de San Jerónimo, bloqueada, no podía volver a la ciudad para reemplazar nuestras pérdidas; entonces el enemigo volvió a ocupar el terreno conquistado, donde definitivamente se concentró, para estar frente a la ciudad. El enemigo se hizo más valeroso, más fuerte, a medida que nosotros nos debilitábamos más. Nuestra detención en la plaza, de donde no se salía ya sino a un tiro de cañón de distancia, le inspiró la audacia de establecer una batería de morteros para bombardear de noche y de día; el fuego fué incesante y nos obligó a alojarnos bajo blindajes a todo lo largo de las trincheras.

La guarnición se había reducido a la cuarta parte; y que cuarta parte! El cañoneo y las enfermedades, habían dejado a penas, gente para guarnecer los bastiones! En cuanto a las cortinas, estaban sin un hombre, pues, los hombres que había, en las murallas, no hubieran podido tenerse en pié sino apoyándose en ellas! Eran espectros y cadáveres ambulantes!... Se formó una compañía con los esclavos que pertenecían a los colonos que estaban en nuestras filas: esos propietarios debían ser pagados, después de ocho años de servicio de sus negros, quienes entonces quedarían libres. Ese tiempo de ocho años demuestra la esperanza que nos sostenía aún!... ¿No podía, acaso, salvarnos un segundo milagro, como en 1805? Ah! semejante dicha no nos estaba reservada. Pero ¿cuál es el hombre que no tiene esperanza? Los viejos también siembran!

Esta compañía franca (78) nos fué de una gran utilidad:



un *grifo*, (79) hijo de mulato y de una negra, que pertenecía a Aussenac, recibió el mando de ella con su libertad.

Ya no se trataba de combates; los detalles que siguen describirán las horribles miserias que agobiaron a un puñado de franceses a 1,800 leguas de la madre-patria.

¡Qué posición! que apuros! Era la segunda vez que la guarnición de Santo Domingo se hallaba reducida a los últimos extremos; pero esta vez, al menos ella tenía su refugio: podía capitular.

La primera vez, era necesario morir. Después nada tenían que dar a hombres extenuados, incapaces en su mayor parte, de poder moverse, a quienes les faltaba la fuerza necesaria para cavar la tierra bajo los muros mismos de la ciudad, para extraer una planta, la *goyaka* (80) (helecho), cuya raíz es un veneno violento, pero que rayada y lavada cinco o seis veces, deposita un almidón nutritivo. Este almidón se convierte en una papilla parecida a nuestras cubetas de engrudo que se ponen en las tiendas de comestibles de París: y eso se vendía! . . . y los pobres no podían comprarlo, y se conformaban con la especie de salvado que se extraía de la raíz y que provocaba una hinchazón de las piernas muy parecida a la elefantiasis; después venía la hidropesía y la muerte.

Los cueros de buey Uno de los comerciantes de la ciudad, el señor Duchomin, oficial de la guardia nacional, imaginó un segundo medio de alimentación. El tenía en su almacén cueros verdes crudos de buey, es decir con sus pelos, secos y preparados para ser vendidos, así como los vemos desembarcar diariamente en nuestros puertos.

El tuvo la idea, obligado por la necesidad, de comer de esas pieles, y muy pronto, con dinero, se pudo seguir su ejemplo. Todas las pieles le fueron compradas y por generosidad no las vendió más caras que en tiempo ordinario; 2 francos 50 céntimos por una; mientras que otros comerciantes, sacaron partido de la penuria general. Esto no debe tomarse como una fábula, ni como un cuento; es la más escrupulosa verdad y la explicación siguiente convencerá, así lo espero, a los incrédulos más obsti-



nados, que fueron siempre dichosos, que jamás sufrieron ni miseria, ni hambre, y que por eso no pueden imaginarse hasta donde ellos pueden compeler al hambre.

Por medio de un procedimiento especial, se despojaba del pelo una parte de la piel o la piel entera: la mitad se convertía en gelatina; la otra, cocida y cortada en pedazos, se mezclaba con la primera con sal, pimienta y mucho vinagre. Tal era ese alimento, tan pronto se enfriaba, se cortaba en tiras, como entre nosotros se hace con el queso de *cabeza de puerco*. (81)

Eso se podía comer, y era nutritivo; pero era necesario, y lo confieso, tener la necesidad de vivir para alimentarse con semejante condimento!... Aquello era una especie de cola fuerte. Y dichosos eran los que podían comprarlo. Dos hombres se dedicaron a preparar este alimento.

El carnero de Aussenac En medio de esa espantosa calamidad, esa penuria cruel, me complace en relatar un rasgo que prueba todo el cariño que los soldados sentían por el coronel Aussenac, su valiente y digno jefe. En tiempos de prosperidad él poseía un carnero magnífico, por la blancura de su lana, la belleza de sus formas y su hermoso tamaño, y el que, estando libre, lo seguía como un perro de Terranova: ese carnero estaba acostumbrado a desfilar en las paradas de las *guardias montadas* (82) al lado del tambor-mayor. Por muy lejos que el carnero fuera a pastar en la ciudad, aunque fuera en las trincheras, corría cuando los tambores tocaban llamada.

Aquel bello animal era la *coqueluche*, (83) de los soldados, y se disputaban el poder acariciarlo y darle sal.

Durante aquel largo sitio, sus costumbres no cambiaron; para él la yerba era siempre tierna y abundante; estando libre y pastando por todas partes, a la vista de los soldados muriéndose de hambre y acechando a veces una rata, ¿podrá creerse que nunca, ninguno de ellos tuvo la idea de matar aquel carnero? Aquellos soldados le pasaban la mano, lo acariciaban y decían: "Es el carnero de nuestro querido coronel; es necesario dejarlo vivir".

Enternecido con aquella conducta, en un momento en que ese carnero y un perro eran los únicos animales vivos que había



en la ciudad, Aussenac lo hizo matar y lo entregó a una compañía de granaderos. El perro pertenecía a un farmacéutico. Jamás pudo cogérsele, porque el perro no quería pasar la puerta de su casa.

Los soldados fueron más temperantes que nosotros, jóvenes oficiales, que hurtamos, en los primeros meses, un carnero al señor coronel Camberlin, valiente hombre, pero que era un gran avaro, y quien nos hizo reir mucho al contar el hurto de su carnero: “¿Os acordais de aquel zanimalito que yo tenía en mi patio? —No. —¿Cómo, nó os acordais de *bé, bé, bé?* —Ah! ¿vuestro carnero?— Si. Pues bien, me lo han robado”.

Hurto que se había efectuado por medio de un anzuelo muy fuerte y teniendo como cebo un pedazo de pan, y arrojado desde lo alto de la azotea de su casa; pues el animal estaba bien encerrado y guardado como reserva.

El Soldado francés Es necesario haber visto de cerca todas las pruebas de obediencia, de privaciones, de fatigas, que se apoderan del militar desde su entrada al servicio hasta el momento en que sale de él, para poder apreciar una abnegación sin cesar; capaz de todos los sacrificios, y listo cada día y a cada instante, al sacrificio, que lleva en sí sólo todos los otros sacrificios, el de la vida! . . . El soldado francés se distingue del soldado del resto de Europa por una cualidad brillante que ningún otro posee a los menos en el mismo grado: él tiene alma! Su valentía no es la de un autómatas: ella no espera el impulso de los bastonazos, o el de un vaso de ron o de aguardiente. Ella recibe vivamente la influencia moral de sus sentimientos; y si de eso se desprende algunos inconvenientes, en los reverses, ella es, para los jefes que saben conducirla, el medio más seguro de vencer.

Justicia concedida al soldado ¿Qué justicia, sin embargo, se concede al soldado? Se le trata, desgraciadamente muy a menudo, de *estipendiario*, y la totalidad de la nación exclama: *Somos nosotros quienes le pagamos!* “Pero, si en un gobierno cualquiera, todo el mundo debe su parte del impuesto, la defensa pública es un deber más sagrado, sin duda,



y el tributo de su sangre es, antes que todo, aquel que en la institución primitiva, nadie tiene el derecho de rehusar. Ahora bien, esa es la deuda, ese es el impuesto, que los militares, pagados por la nación, alivian a los magistrados, comerciantes, sabios, artistas, padres de familia; en fin, hasta a los ciudadanos inútiles, que pesan a la tierra que los mantiene, sin embargo de que no hacen nada en favor de ella”. (*Gibert*).

La institución de la guardia nacional es una prueba de lo que digo. Cuántas veces he oído decir: “Pero, ¿por qué hacemos servir en la guardia? ¿es que acaso no hay soldados?” Y ese no es un servicio de sangre, sobre todo en tiempos de paz.

Dejo ahora que se juzgue si es justo censurar tanto y tan a menudo, a los militares; de tratar de envilecer, si esto fuere posible, a las tropas, con ese nombre de estipendiario, y hacer creer siempre que se sienten los gastos que ellos ocasionan, exagerando mucho el presupuesto de guerra!

Salarios y servicios ¿Por qué, ni en qué son los militares más estipendiarios que los magistrados, que los eclesiásticos, que reciben emolumentos, y que los literatos y los artistas que reciben pensiones? Si en el conjunto de los salarios, se compara los de los militares con los de otras profesiones, se verá que aquellos son los menores de todos y no cambian nunca. En medio del progreso general, el sueldo del soldado ha visto aumentarse todos los otros sueldos; el del soldado es el único que ha permanecido estacionario: todavía es igual al que se pagaba en tiempos de Luis XIV. Si, pues, se comparan entonces los servicios, los profesionales dan su tiempo; pero los militares dan su sangre, dan su vida! . . .

Aussenac había conocido muy bien a los soldados: viviendo entre ellos, les había tomado una cierta simpatía; él era persuasivo y poseía el don de la atracción. El amaba y por lo tanto, era amado también. En Santo Domingo cada uno servía por afecto y hacía sin dolor más que su deber; los soldados, con él, lo habían afrontado todo: ellos lo probaron hasta el último resto de sus humanas fuerzas.

Encerrados en nuestras murallas, sin víveres; no habiendo



probado un bocado de pan desde hacían cinco meses; cañoneados por mar, bombardeados por tierra, nuestra posición puede comprenderse: era de las más deplorables! Los proyectiles hacían más estragos en los edificios y las casas, que en las personas, de las cuales, sin embargo, tres o cuatro fueron alcanzadas, entre otros un comisario de marina, el señor Huet, quien, conversando en una calle con un joven, el señor Notín, tuvo un brazo arrancado por una bomba que cayó entre los dos, en el momento en que él tomaba el botón del vestido de su amigo. Habiendo sufrido la amputación, teniendo cerca de sesenta años, no sobrevivió. Ese valiente y querido comisario no sentía sino una cosa: “No tocaré más mi guitarra” exclamaba. Y en verdad, era muy experto en tocar ese instrumento.

Los españoles fieles, (el número era muy pequeño) que habían quedado para compartir nuestros peligros y miserias, al ver caer una bomba e inscrutarse en la bóveda de la catedral, sin estallar, pues la espoleta se había perdido en la parábola, (84) creyeron que aquello era un milagro!

Parlamentario inglés El comodoro inglés Cumby no había cesado de enviar cada quince días su chalupa con un oficial, que regresaba siempre llevando la misma contestación, después de habersele enseñado el mismo panecillo, conservado *ad-hoc*; sin embargo, él podía ser engañado por nosotros, pues desde hacía mucho tiempo era natural que nuestra harina se hubiera concluído. El comodoro, pues, pensó hacer una última tentativa; su oficial llegó y esta nueva vez regresó con la misma respuesta. Sin embargo, siete meses y quince días de defensa, habían amortiguado, ya que no muerto, nuestro valor. Los enfermos, los tullidos y los heridos eran más numerosos que los válidos. Todo se había agotado, aún la cosecha de la guáyiga, nuestro veneno nutritivo. De las municiones, sólo había para cuatro tiros por cada pieza. Venir auxilios de Francia era cosa imposible. Ya no había ninguna esperanza para el porvenir y todo obligaba a la capitulación: ya eso era cosa de urgencia. Nuestros coroneles lo juzgaron así también: esta larga defensa, única en su género, había hecho cumplir más que nuestros deberes.



“Capitulemos, dijeron nuestros jefes, pero esperemos y no lo pidamos”. Se esperó, pues.

El jefe de administración va a parlamentar con el comodoro inglés

El 1º de julio de 1809 se vió llegar la chalupa parlamentaria, y sin dejarla arrimarse, el señor Fabr e volvió a bordo del *Polyphemus* con él. Propuso los artículos de una capitulación y recibí del señor comodoro las más entusiastas felicitaciones por la bravura de la guarnición de Santo Domingo, su intrepidez, su paciencia admirable, con las cuales había soportado todos los acontecimientos durante la defensa. Después de tener conocimiento de nuestras proposiciones, manifestó el pesar que tenía por no poder aceptarlas: “Ayer, dijo el comodoro, era tiempo todavía, señor, y yo habría aceptado todo lo que pedís; pero hoy, ya no soy sólo para efectuar esta capitulación; el general inglés Carmichael (Apéndice V) ha desembarcado con una brigada; marcha sobre Santo Domingo, para completar el sitio; su concurso, pues, se necesita ahora. Volved mañana; el general estar  aquí y lo arreglaremos todo, así lo espero”. Aquella era la primera noticia que teníamos de ese desembarco. Ningún inglés había aparecido delante de la plaza. El señor Fabre pidió veinticuatro horas, tanto para hacernos conocer ese nuevo incidente, como para tomar una decisión.

Como no era la llegada de las tropas inglesas, completamente ignorada, lo que había decidido la capitulación, se estuvo de acuerdo, según nuestro parlamentario, para dejarla para el día siguiente. El encontr , efectivamente, al general inglés a bordo del comodoro; se acordó una suspensión de armas.

Mientras se discutían los artículos de la capitulación, la brigada inglesa llegó y se acanton  frente a la ciudad; pero el general tuvo entonces una pretensión bastante ridícula, sobre todo a nuestra vista. Estábamos en la estación en que pasaban las palomas; como de costumbre, y más que nunca, se disparaba sobre ellas al vuelo, pues las bandadas eran de varios millares de esos pájaros. Los disparos se hacían desde todas las azoteas de las casas; pues todos estaban muy contentos con encontrar carne fresca. El general, al oir los tiros de fusil, creyó que se rom-



pía el armisticio y envió orden de cesar en eso. Pero nosotros teníamos hambre y la prohibición no se cumplió; el general repitió la orden, a pesar de la explicación que se le dió: por fin, concluyó por comprender que aquellos pobres hambrientos no podían privarse de lo que la Providencia les enviaba. Se cazaron, pues, muchísimas palomas, y aquello fué un verdadero festín.

*Capitulación de
Santo Domingo
15 julio 1809*

Nuestra suerte estaba decidida; era necesario abandonar nuestras murallas; entregar la plaza de Santo Domingo a los ingleses. (A penas se trató de los españoles). El 15 de julio de 1809, la ciudad fué entregada a la brigada inglesa!... No pertenecía ya a Francia, pero todavía no era de los españoles, que no concurrieron para nada en esta capitulación: solamente, cuando todo estuvo concluído, decidido, el general Sánchez recibió la capitulación de manos de los ingleses y agregó su firma.

Santo Domingo era la conquista de los ingleses, quienes siempre astutos políticos y a menudo algo más, habían discurrido así: una guarnición francesa existe en Santo Domingo, es necesario hacerla salir; bloqueada por mar y por tierra; los españoles la atacarán; ellos sólo harán la guerra. Esperemos que estén cansados y ellos vendrán a pedirnos ayuda; entonces, nos presentaremos con una fuerza militar que, sin sufrir otro daño sino un traslado, se hará dueña de una plaza que no devolveremos a los españoles, sino con buenas condiciones. Pobre gente! que aliados tienen! Una brigada inglesa, que hubiera podido llegar antes, recoge el fruto de vuestros combates y de vuestros peligros. (Véase Apéndice VI).

En fin, este pequeño ejército, restos del gran ejército de Leclerc, y que había conquistado y conservado a Francia, durante seis años, toda la parte española (las dos terceras partes de la isla) estaba prisionero, después de haber conquistado, se puede decir con orgullo, una inmensa gloria, con siete meses y medio de una defensa admirable contra dos enemigos, de los cuales uno debió concentrar fuerzas importantes contra ella y que los dos reunidos no pudieron hacer capitular sino por medio del hambre.



Era bello y glorioso rendirse así. La capitulación fué particularmente notable en que los vencidos dictaron todavía los artículos, que todos fueron aceptados, con excepción del estado de prisioneros de los oficiales.

Ignorada, perdida en el extremo del mundo, la guarnición de Santo Domingo, no tuvo, ay! por admiradores sino sus adversarios; su gloria fué enterrada en las playas que habían sido testigos de ella. Si, la gloria! ¿Qué otro interés tenían aquellos franceses? ¿Cuál de ellos tenía todo lo que apega al suelo, a quello que le hace amar; en fin, familia, bienes, todo lo que defiende uno hasta la muerte? Ni siquiera una pulgada de terreno nos pertenecía, a nosotros, militares, y sin embargo, defendimos esta tierra con orgullo, pues pensábamos que se tendría cuenta a cada uno, y según su conducta, de la parte que había tomado en aquella campaña.

Eso nos costó bastante caro! Y sin embargo, pobres desterrados, restos de un gran cuerpo, abandonados, puede decirse, ¿quién pensaba en nosotros? Aunque de buenas familias sin duda ¿qué éramos en esta tierra de América, en ese momento en que los ejércitos franceses agregaban batallas sobre batallas, conquistas sobre conquistas? *Era un grano de arena en las playas de Santo Domingo!*

He perdido, junto con otros papeles, el resumen de la capitulación; pero en suma, ella consignaba que:

“1º La guarnición quedará prisionera de guerra durante tres años.

“2º Los oficiales y administradores, jueces, eclesiásticos, etc., quedarían prisioneros en las mismas condiciones, con estas restricción, que ellos serían solamente bajo palabra, prometiendo no servir contra Inglaterra ni contra sus aliadas durante esos tres años. (Véase Apéndice VII).

“3º S. M. Británica, debía, a su costo, llevar a todos los oficiales, etc., a Francia. Los oficiales conservarían su espada.

“4º La guarnición saldría de la plaza con todos los honores de la guerra, con la artillería a la cabeza y depositaría sus armas en los *glacis*. (85)



“5º Los habitantes franceses y españoles guardarán sus propiedades y aún serán recibidos a bordo de los buques ingleses, en caso de que no quisieran quedarse en la plaza”.

Esta última cláusula fué aprovechada, pues nadie quería quedarse con los españoles y la escuadra inglesa recibió hasta el último colchón de los franceses. Era una verdadera mudanza.

Muchos españoles nos siguieron: un canónigo de la catedral entre otros; un señor González, nuestro afectísimo *Franco*, que no había combatido en Palo Hincado y que se había retirado a su propiedad hasta el momento en que pudo reunirse con nosotros en la plaza; el recibió la charretera de subteniente.

El comodoro Cumby, estuvo admirable con las cortesías y atenciones que tuvo con todos y duplicó sus deferencias respecto de las damas, bastante numerosas en esta emigración.

Que me sea permitido volver a tratar del momento más cruel, de aquel momento en que el corazón se oprime al entregar al enemigo el hogar en que tantas veces ha sentido latir su corazón, o tantas impresiones lo han hecho estremecerse. En ese momento, a pesar de nuestra debilidad, teníamos todavía todo el sentimiento de nuestra fuerza moral; y uno de nuestros coroneles lo probó al general Carmichael, en el momento en que su brigada entró en la ciudad.

El general Carmichael y el coronel Vassimont

El general inglés llegó a la cabeza, a la puerta del Conde, a tambor batiente, música estrepitosa, en fin con toda la ostentación de un vencedor. Vassimont salió, corrió hacia él y cogiéndole la brida de su caballo, exclamó, con un tono que sólo da la cólera, la altivez de un vencido:

“Haced cesar vuestra música, general; eso es aumentar inso-
“lentemente nuestra desgracia; pues vosotros no sois nuestros
“vencedores, vosotros, que habeis llegado ayer!... ¿Por qué ese
“ruido, esa ostentación de victoria? Vuestros tiros ni siquiera se
“cambiaron con los nuestros; vuestros cartuchos están vírgenes!
“Acordaos, general, que el hambre sola os ha abierto la puerta,
“y que sin ella vosotros hubierais esperado tanto tiempo como
“los españoles!”



“Teneis razón, coronel, fué su corta contestación y la música cesó”.

La brigada entró para relevar los puestos, y silenciosa y sin jactancia, desfiló delante de nuestra guardia, taciturna y paciente. Cuando llegaron a la plaza mayor, la brigada se formó en cuadro: había allí un regimiento de línea y uno colonial, compuesto enteramente de negros, y los que formaban una fuerza de 2,000 hombres.

El general Carmichael —arengó a sus tropas, y prodigó elogios a la guarnición, cuya defensa había sido única; su alocución fué bastante larga y terminó con estas frases: “Soldados: hay que “prodigar cariño y socorros a los valientes de Santo Domingo; “hay que tener consideración a sus personas, casi moribundas; “ellos han agotado sus últimas fuerzas, su último valor para salvar el honor de su bandera! Imitadlos, si algún día sois llamados a combatir en iguales circunstancias”.

Esa justicia hecha a la guarnición era la mejor respuesta a las palabras de Vassimont, pero es del todo presumible, que ella fué la consecuencia de lo que dijo nuestro coronel y que así el general inglés quiso reparar el olvido que había cometido, al presentarse como vencedor frente a la plaza.

Dicho aquello, los ingleses fueron con nosotros como buenos compañeros, y rechazaban a los oficiales españoles que eran sus aliados.

Los tercios españoles, (si acaso podía llamarse ejército a aquella muchedumbre de negros, formando guerrillas, medio desnudos) entraron en la ciudad a la izquierda de la brigada inglesa, pues los ingleses eran siempre los amos donde quiera que ponían el pie.

El señor Sánchez general de los españoles Sánchez estaba a la cabeza de su ejército. Ramírez no se atrevió a presentarse por allí. Este general, paisano *improvisado militar*, (86) estaba vestido de una manera tal que provocó nuestra risa. Un sombrero guarnecido con galones dorados, de un tamaño asombroso; una casaca abigarrada con mechones y nudos de cintas de los siete colores, adornada con bordados



que le cubrían todo el cuerpo. Nunca un *Polichinela* (87) de feria estuvo más cómico. Pero lo que era más original, más increíble, era un cuadro de molduras de oro, de seis pulgadas cuadradas, bajo cuyo vidrio brillaba iluminada esta leyenda; *El retrato hermoso del rey Fernando VII*. El retrato de ese famoso y leal rey, en nombre de quien habían ocurrido tantos infortunios en las colonias. A cada movimiento del caballo, el *aparato dorado*, golpeaba el pecho de aquel *ginete-general*.

Carmichael era pequeño, sin gran presencia; pero era un hombre valiente, de facultades y sobre todo de alma: él acababa de probárnoslo. A penas si nuestro jefe se presentaba a su lado: él lo aplastaba a pesar de su pequeño tamaño.

A medio día, la guarnición, aquel resto de hombres, salió de la plaza para recibir los honores de la guerra; la artillería y las armas fueron depositadas en la esplanada. Obedeciendo con trabajo, aquellos pobres soldados, que tenían, a lo sumo, la fuerza necesaria para llevar el fusil, echaban sus armas en montones, deseando, por un último esfuerzo, romperlas y hacerlas inútiles.

El embarco tuvo lugar inmediatamente después de una copiosa distribución de víveres, suministrados por el comodoro. Al día siguiente, 17 de julio, el jefe de la plaza y los señores oficiales del estado mayor, fueron conducidos a bordo del buque.

Recepción a bordo de los buques ingleses Sería difícil, (y tengo que hacer justicia a eso, pues era cosa muy rara en esa guerra de odios) describir toda la amabilidad con la que los ingleses nos recibieron a bordo. Se disputaban unos con otros por halagarnos! Ah! como éramos casi cadáveres, los cuidados más minuciosos nos eran muy necesarios; nuestros estómagos completamente arruinados tuvieron trabajo en reponerse y acostumbrarse a los alimentos y por eso, nos los daban por pequeñas cantidades.

Cuantas preguntas para llegar a conocer, a concebir nuestra existencia durante tan largos días! . . . El comodoro, a su vez, cumplimentó a los jefes, y, sin cesar, volvía a repetir frases como éstas: "Nunca ví defensa semejante; es prodigioso, increíble! Por eso he querido que todo lo que se pedía fuera acordado,



excepto vuestro servicio contra nosotros y contra nuestros aliados. Por otra parte, vosotros sois libres; volveréis a ver vuestras familias, vuestra patria, esa bella Francia; y recibireis la recompensa de vuestra admirable conducta”.

Se hizo rumbo a la Jamaica: nuestras miradas de adios saludaron las orillas del Ozama, y los últimos restos del ejército del general Leclerc, los últimos franceses de la expedición de Santo Domingo, abandonaron la isla después de siete años, cuatro meses y quince días de ocupación, del 2 de febrero de 1802 al 15 de julio de 1809.

Fin de la expedición de Santo Domingo El 27 de julio, la escuadra inglesa fondeó en Port-Royal (Jamaica). Así, pues, la expedición de Santo Domingo, comenzada por el señor general Leclerc, continuada por el general Rochambeau y seguida por el general Ferrand, fué terminada por los señores jefes de la guarnición de Santo Domingo; a ellos pues toca toda la gloria de los últimos esfuerzos del ejército francés.

El general Ferrand había dicho bien: “Ni uno sólo saldrá de aquí, etc.” Las tres cuartas partes de la guarnición murieron, y el último hombre, ¿quién era?...

De toda la epedición de Santo Domingo, que tenía un efectivo total de 58,545 hombres, 150 oficiales de todas las armas, justicia, administración, culto, y 320 sargentos y soldados fueron los únicos que salieron de Santo Domingo!... y aún estos últimos perecieron en parte durante cinco años de pontones (hasta 1814). Los oficiales únicamente volvieron a Francia, de manera que puede decirse con toda certeza que sólo volvieron vivos 150 hombres. (Véase la nota 6).

Esta corta exposición da a conocer lo que siete años, cuatro meses y quince días de permanencia en la colonia de Santo Domingo, costaron en hombres a Francia!... (Véase en el cuadro la pérdida indicada, 50,270 hombres). Yo no hablo de los millones en dinero, y sin embargo, salieron del tesoro. Pero, se dice siempre que, herida de dinero no es mortal.



El comodoro inglés y el general habían firmado mucho más de lo que sus gobiernos querían cumplir; hubiera sido demasiado hermoso, ver siquiera por una vez, ejecutar lealmente por aquellos hombres de pluma, que, desde los asientos de sus oficinas dirigen todo, una capitulación firmada con la espada, hecha sagrada por el bautismo del fuego y confirmada por el honor. Y sin embargo, he aquí lo que resultó:

Ya se ha visto que sería por cuenta de S. M. británica que, oficiales y soldados debían ser conducidos a Francia; un sólo buque era suficiente para eso y aún más. Pero, ¿valían, acaso, esos franceses que se les dedicara un buque inglés? La administración juzgó lo contrario y fué en diversos y pequeños buques mercantes como Inglaterra se deshizo de nosotros, eludiendo así la palabra escrita de sus generales; ella nos envió a los Estados Unidos de América, para ser entregados allí al cónsul francés. Aquello estaba muy lejos de Francia, pero era para aquellos señores administradores una economía y fué necesario, sin embargo, esperar órdenes de Londres, para que nos llevaran el 16 de septiembre de 1809. Desembarcamos una gran parte en Filadelfia, el 4 de octubre de 1809

Llegada a Filadelfia En aquella ciudad, nueva y admirable, sobre todo a nuestros ojos, la desgracia no debía cesar de perseguirnos! ¿Deja, acaso, un perro dogo su presa? Sin dinero, no teniendo sino vestidos de los colonos, nos encontramos la mayor parte en la desnudez más completa. Era necesario vivir, hospedarse, vestirse ¿y cómo hacerlo? sin un centavo! Sabíamos además, que el jefe se había llevado la caja del tesoro, señor Armando; algunos oficiales superiores habían recibido dinero; pero nosotros, subalternos, nada. La paga de los prisioneros en Jamaica había sido nuestro único recurso; ya no se trataba de eso en Filadelfia. Doce de nosotros, Doker, el buen artillero, se presentaron una mañana al hotel del general X... pidiéndole dinero. Ese pobre hombre, pálido, deshecho, en medio de su cuarto, donde había venido a encontrarnos, exclamó: “Señores, ¿es esto una asechanza?” “No, general, dijo Deker, poniendo el pié en un baulito de clavos dorados: ahí está el dinero del



ejército; es necesario darnos algo; nosotros perecemos de miseria, de frío, de hambre! ¿Quereis, acaso, que robemos? Repuesto de su temor, llamó a Daubremont, quien nos hizo pagar por el coronel francés, tres meses de sueldo; pero se nos debía más de tres años!

El general Moreau Durante nuestra permanencia en Filadelfia, (siete semanas) varios oficiales, antiguos soldados de Moreau, al saber que él se encontraba en Morenville, cerca de la cascada del río Delaware, fueron a visitarlo; como yo estaba curioso por conocer a ese hombre célebre, ese valiente general de nuestros primeros ejércitos, fuí con mis compañeros. Moreau, lisonjeado con el recuerdo de algunos de sus viejos amigos de los campos de batalla, los recibió con el corazón de un francés. Habló mucho de la expedición de Santo Domingo, en la que una parte del ejército y muchos amigos suyos habían muerto y concluyó diciendo estas palabras, que transcribo a continuación:

“Amigos míos: el hombre que es hoy el jefe de Francia, “que se ha coronado emperador, no es de mi partido, vosotros “lo sabeis, pero, soy francés siempre, aunque desterrado y es de “Francia, de nuestra bella patria que voy a hablaros. Amad siem- “pre a nuestra bella Francia; defendedla contra el extranjero, “que por siempre jamás estará celoso de ella, de su prosperidad y “de su gloria; ella debe estar siempre la primera en vuestro co- “razón. Los hombres se van, los hombres mueren; pero la tie- “rra, la patria permanecen! Ante todo, pues, la patria! Reservad “para ella lo más puro de vuestra sangre, y que eternamente “nuestra alma le consagre el amor y la adhesión del hijo a la “madre. Adiós, y sed dichosos!” El nos dejó con los ojos llenos “de lágrimas y nos abrazó a todos”.

Y aquel hombre, aquel francés, tan buen consejero, cuatro años más tarde, fué muerto en medio de los enemigos de Francia, de aquella Francia que él amaba y veneraba tanto. Una bala de cañón francés le llevó las dos piernas en Friberg, el 27 de agosto de 1813, en la batalla de Dresde. Dios, en su misericordia, le envió el proyectil que puso fin a su vida. Esa batalla ha



sido la décima quinta en que se encontró; las catorce primeras habían sido en favor de Francia.

En una de las obras de Madme. Sophie Gay he encontrado poco más o menos mi idea; yo digo poco más o menos, porque ella está mejor expresada: (*Los tres Bretones*), Moreau, Duval, Ellevion; “Moreau! ah! qué “dirá la historia de este fin de-“plorable! Moreau, este bravo bretón, el más digno de lástima “de los tres, guiado por la venganza, se humilló hasta ir a man-“dar los enemigos de su patria. Dios tuvo piedad de su vergüen-“za impidiéndole sobrevivir a ella. Lloremos por aquel gran ca-“pitán, por aquel Fabio moderno, en quien una bala francesa “mató en un segundo treinta años de gloria”,

Después de un mes y veintiun días de permanencia en Filadelfia, una fragata, *el Francisco*, buque nuevo, que acaba de ser botado al agua, fué preparado para llevarnos a Francia. El 25 de noviembre de 1809, salió del Delaware, cuyas orillas heladas dejan un canal para el paso de los buques. La empresa de este transporte fué, como en todos los negocios, preparada en interés de los proveedores; de modo que, estibados como en un buque negrero, no tardamos en encontrarnos demasiado molestos, sin contar con que la escasez de las provisiones vino muy pronto a aumentar nuestra indigencia. Fué necesario ponernos a ración, y al llegar a las costas de Francia, por no tener ya víveres, hubo que recurrir a los cruceros ingleses. Estaba escrito que tendríamos penuria hasta el último momento.

El 20 de diciembre de 1809, después de una dura travesía, desde todos los puntos de vista, el Francisco fondeó en el *Partuis d'Antioche* (88) (Paso de Antioquía). Ya estábamos en Francia; debíamos, pues, creer que todas nuestras desgracias habían terminado; habían terminado, es verdad, pero no las tribulaciones. Cada uno pensaba que sólo faltaba entrar en el puerto de la Rochela; pero no contábamos con el almirante inglés, crucero, que no conocía la capitulación de Santo Domingo y no queriendo ni siquiera reconocer los títulos que se le presentaron, nos hizo prisioneros. Aquello era para él una buena redada. Sin embargo, se le obligó a pedir órdenes a Londres; despachó un



aviso y nos detuvo durante los diez días que el buque tardó en regresar, tiempo durante el cual tuvo que alimentarnos.

Al regresar el aviso, el almirante permitió darse a la vela para la Rochela; pero a la vista del puerto hubo otro contra-tiempo: el cañón de sus baterías disparó sobre nosotros. Se despachó una lancha, en la cual iban Aussenac y el capitán Evrard como parlamentarios hacia el puerto, donde, a pesar de dos cañonazos disparados sobre ellos, llegaron, dando entonces todas las explicaciones necesarias y pidiendo la razón de semejante recepción.

Supieron entonces, que como habían sido visitados por los ingleses, la ley del bloqueo continental prohibía que fuéramos recibidos.

Aquello era, ni más ni menos, que naufragar en el puerto; sin embargo, cuando estuvieron bien informados de que nuestro buque no llevaba como mercancías sino hombres desgraciados, que habían evacuado una colonia, pereciendo, o casi pereciendo de hambre a bordo, se permitió la entrada, la que todavía fué retardada por la visita de la sanidad: A las preguntas del agente sanitario, una chanza por poco ocasiona que se nos pusiera en cuarentena y de sufrir así una pequeña venganza “¿Teneis enfermos a bordo? ¿Habeis perdido alguna persona?

—Nó, al contrario, hemos ganado. —Esto es cosa seria, Señores, contestad la verdad!” Era la verdad; la señora Panis, esposa del coronel, había dado a luz durante el viaje.

Por fin, el 31 de diciembre de 1809, saltamos por fin a tierra, a aquella tierra de Francia, tan deseada y tan bien merecida por todos nuestros horribos infortunios.

Por mi parte y en el delirio de mi júbilo, ebrio de dicha al volver a pisar el suelo de la patria, después de tan larga y dolorosa ausencia, sin mirar el lodo que cubría el empedrado, me arrodillé y besé la tierra como a una segunda madre, prometiéndome formalmente no embarcarme más para ir a guerrear al Nuevo Mundo. Treinticinco años han transcurrido y la suerte no me ha condenado a sufrir la pena de violar mi juramento. Un sólo buque mercante trajo a Francia los miserables restos



que numerosas y bellas escuadras habían llevado a Santo Domingo.

Cada uno de nosotros se dirigió a París, para estar allí a la disposición del ministro de la guerra y de otros.

El señor X., el general de brigada, fué recibido y muy bien acogido por el emperador, quien lo condecoró con la cruz de la Legión de Honor. Sólo él obtuvo aquella recompensa, que los señores coroneles habían también ganado y más bien ganado que él.

Napoleón, en su justicia ¿creyó acaso, que al recompensar únicamente a aquel jefe, recompensaba también a los valientes oficiales que regresaban con él?

Todos los que regresaron de Santo Domingo fueron puestos a las órdenes de los señores ministros; y ¿podrá creerse? las oficinas de la guerra, cometieron la *infamia*, esa es la palabra, de discutir los grados adquiridos durante la permanencia en las colonias; grados dados por el general Ferrand, quien tenía facultades completas del emperador para nombrar hasta el grado de coronel inclusive. Así, pues, aquel que había recibido dos grados debía descender uno; y se le respondía con énfasis: “No podeis ganar dos grados en una camapaña” ¡Y que camapaña!... *Una*, es verdad; pero muy larga y muy cruel: una sola, de *siete años en una guerra a muerte!*

Yo, yo digo *dos*.

Desgraciado, pues, aquel que estuvo entonces en las colonias francesas, pues las bellas acciones se habían perdido allí. Ah! No se ausenta uno impunemente de este país inquieto, resonante, que desde hacía tan largo tiempo, era el centro de toda gloria y de toda civilización.

Esta indigna injusticia no disminuyó absolutamente nuestra abnegación, pues aquellos grados arrebatados, robados, aunque legítimamente ganados, fueron prontamente reconquistados, a pesar de los burócratas. Desaparecía uno tan pronto!

No contento con una injusticia, el ministro cometió una segunda, pero más peligrosa para nosotros. Todos nosotros éramos prisioneros bajo palabra jurada y firmada en diez registros,



donde cada uno tenía su compromiso consignado que decía: *Promesa de no servir contra los ingleses ni sus aliados.*

Los ejércitos franceses en Alemania, en Italia podían recibirnos. ¿Qué resultó? Una parte de nosotros, oficiales, fué enviada al ejército de Portugal, a las órdenes del general Massena y nos pusieron frente a los ingleses!

Designado, a pesar de mis reclamaciones, para el 31^o de infantería ligera, entré en mi regimiento y tomé el mando de una compañía (la 4^a del 1er. batallón), la víspera de la batalla de Bousaco, el 27 de septiembre de 1810. Llegué bastante a tiempo para recibir una herida de bala en la cabeza, lo que no me impidió hacer la campaña; yo no había querido hacer reclamaciones, reservándolas para nuestra salida de Portugal. Entonces fueron reconocidas justas y recibí orden de volver a Francia con los cuadros.

Termino aquí la relación de nuestra permanencia de seis años de ocupación en Santo Domingo, a la que he llamado *Segunda Campaña*. Esta relación de un viejo soldado no indica ninguna pretensión de presentarse como historiador, pues me siento incapaz de eso; pero estos recuerdos, haciendo conocer el fin de una desgraciada expedición, que costó tan caro a Francia, tanto en hombres como en dinero, podrán ofrecer interesantes materiales a plumas más competentes que escriban la historia.





OPINION SOBRE TOUSSAINT*



OPINION SOBRE TOUSSAINT

Dije (página 4), **¿Pero Toussaint, al tratar hubiera estado de buena fe?** (y 10) **Si, este hombre tenía el sentimiento de su poder.** En apoyo de estos decires es necesario leer las cartas de Toussaint al primer cónsul, que existen en nuestros archivos, pero que yo copio del señor Mathieu Dumas, que las reproduce en la obra que ya he citado. Ellas fueron escritas cuando Toussaint, en medio de sus éxitos, iba a tomar posesión de la parte española de Santo Domingo, cedida por el tratado de Basilea, y entregada en 1800 por el gobernador español señor García al general Ogé.

Sin duda Toussaint tenía empeño en que el Primer Cónsul aprobara su conducta y de ahí el proyecto de hacerse necesario a Francia: por eso envió al coronel Vincent con una constitución especialmente preparada para Santo Domingo. **Este oficial cumplió lealmente su misión y tuvo el demasiado raro valor de arrostrar los prejuicios inveterados, las pasiones rencorosas y de hacer oír las más severas verdades.** (Dumas).

¿Qué motivos hubiera tenido Toussaint para no ser de buena fe? Yo no los veo!... ¿No era él posesor de Santo Domingo? Después de haber luchado contra Inglaterra, ¿quién le impedía declarar, entonces, **la independencia** y luchar todavía contra Francia?... ¿Qué hizo y quién lo obligó a ello?... El continuó siendo francés y procedió como tal. En su lugar, ¿quién no hubiera juzgado y con razón, que el hecho de haber arrancado a Santo Domingo a la anarquía, a la guerra civil, y, por mil combates rechazado y vencido a los ingleses en sus pretensiones de conquista, merecía una grande y amplia recompensa; que teniéndola ya, debía serle concedida: ¿no había él hecho bastante? ¿Quién es el hombre que no hubiera tenido ese pensamiento tan natural? ¿Qué necesidad tenía de emplear la duplicidad? El procedió, por el contrario, con confianza, y lo que lo prueba es la presentación de una constitución, obra de una asamblea colonial.

Toussaint "podía desear el poder supremo; era natural y excusable. Haciendo el bien había obedecido a su genio, y al



hacerlo, debía esperar la recompensa. En eso no hay nada de culpable, tanto más cuanto, en su convicción y en la verdad, para acabar de hacer ese bien, era necesario todavía tener por largo tiempo un jefe todo poderoso en Santo Domingo, que no podía abstenerse de tener una autoridad fuerte y creadora” (Thiers, *Consulat*).

De acuerdo con el carácter de Bonaparte, es fácil poder juzgar, que encontrando un hombre fortalecido con una voluntad fuerte; provisto de un gran poder y a quien habían nombrado gobernador vitalicio, él veía aquel que, por decirlo así, caminaba sobre sus huellas; que entonces, él no podía ni debía ser conservado; ya él no quería un poder compartido, y, sin considerar que el resultado de la no aceptación de la constitución sería la pérdida de Santo Domingo, de esa bella colonia restablecida completamente, y completamente francesa!... Bonaparte se indignó y a pesar de las justas observaciones del coronel Vincent, tachó aquel acto como **indecente**. La expedición fué resuelta!...

¿Ignoraba Bonaparte que “las posesiones de ultramar no podían ser sometidas a la obediencia, contra los esfuerzos de los indígenas, que cuando en un espacio limitado, privados de recursos interiores para sostener la guerra, ellos se encuentran, por decirlo así, en una plaza bloqueada: pero la isla de Santo Domingo, por su extensión, por sus montañas y las dificultades de las comunicaciones, podía ser considerada como un continente. Aquellos negros, aquellos hombres de color, verdadera población de la isla, soldados temibles bajo un cielo ardiente, aclimatados, robustecidos por las fatigas, sobrios, supersticiosos, fanáticos, tenían por ese género de guerra muchas ventajas sobre los desgraciados colonos y aún más, sobre las tropas europeas más aguerridas”. (Dumas).

El Africa, hoy, da desde hace dieciseis años la prueba de aquel dicho del general.

Yo creo; pues, que Toussaint estaba y hubiera seguido de buena fe. Leed las cartas que siguen y juzgad vosotros mismos al hombre: ¿qué son aquellas cartas? verdaderos informes de un general a su gobierno; pidiendo, reclamando la aprobación de su conducta; indicando la urgencia de un nuevo estado de cosas y de nuevas leyes para conservar a Santo Domingo para Francia ¿Quién podía hacerlas mejor, esas leyes, que los mismos hombres a quienes ellas debían regir? Ellos, en su propia tierra; ellos, que no habían recibido nunca de la metrópoli sino leyes, actos, decretos y ordenanzas impracticables en la colonia por el hecho



de que, los que las preparaban no conocían absolutamente el Nuevo Mundo y muy particularmente a su población.

Santo Domingo era la rica hacienda de Francia; era necesario sacar la renta y no querer dirigir allí la sumersión en el lodo!... Toussaint era, sin ninguna duda, el colono que se había encontrado!...

Cartas de Toussaint Louverture, General en jefe del ejército de Santo Domingo, al ciudadano Bonaparte, primer cónsul de la república francesa

PRIMERA CARTA

Santo Domingo, 12 de febrero, 1801.

Ciudadano cónsul:

Después de haber contestado a las varias cartas que encargásteis al ministro de la marina de dirigirme, y que me fueron traídas por el aviso el **Enfant-Prodigue** (el Hijo Pródigo) después de haberos dado todos los detalles de mis operaciones, para ponerlos en condiciones de daros cuenta satisfactoria, es ahora un deber mio escribiros yo mismo, para pedirlos, hoy que la colonia está ya pacificada, tranquila y desembarazada de sus enemigos, vuestra aprobación a los nombramientos de oficiales generales que yo he hecho en favor de valientes militares que me han ayudado en mis penosos trabajos, con todo el celo y toda la adhesión de los oficiales consagrados a sus deberes; fieles a su patria; todos son oficiales meritorios e igualmente dignos de vuestra confianza y de las recompensas nacionales.

(Siguen los nombres de **Moyse, Dessalines, Maurepas, Cristóbal, Paul Louverture, Charles Bélair**; y por fin, del ayudante comandante **d'Hebicourt**, de los cuales indicó sus buenas y valientes cualidades.

El gobierno francés, ciudadano cónsul, debe esta recompensa a esos valientes militares, que desde el comienzo de la revolución, no han cesado de ayudarme en mis operaciones, y quienes se han conducido siempre, de la manera más distinguida. Pero, visto lo lejos de los lugares, he pensado que yo debía desde este momento, hacerlos gozar de esta ventaja, para alentarlos, hoy que ya no hay enemigos que combatir, para duplicar su celo, para ayudarme a conseguir la restauración de esta bella colonia y



volvernos de nuevo los días de su antiguo esplendor. Persuadido de los sentimientos de equidad que os animan, les he hecho esperar vuestra sanción, como yo mismo espero que aprobareis esta medida.

Es igualmente deber mio, ciudadano cónsul, no dejaros ignorar que los soldados del ejército de Santo Domingo tienen derechos bien adquiridos a la solicitud del gobierno francés. Vos podeis tener una completa confianza en ellos. Si están bien dirigidos, son capaces de las más grandes cosas. En esta última campaña, que, si no fué sangrienta, no por eso dejó de ser penosa, ellos me han convencido de que, para la marcha, se debía contar más con ellos que con los caballos. A menudo me he visto obligado a moderar su marcha, para dar tiempo a la caballería de reunírseles. Espero, que, estando mejor disciplinados en el porvenir ellos no serán inferiores en nada a las tropas europeas.

Salud y profundo respeto,

Toussaint-Louverture.

SEGUNDA CARTA

Santo Domingo, 12 de febrero, 1801.

Ciudadano cónsul:

La malevolencia, alarmada con una resolución que iba a hacer dictar la parte española de Santo Domingo, bajo el dominio de la república, hizo mover todos los resortes de la intriga para obstaculizarla; el que mejor resultado le dió fué hacer desistir al ciudadano Roume, agente del gobierno, de su decreto del 7 floreal, (89) y de llevarlo a practicar todas las diligencias que él ejecutó para dilatar la toma de posesión que él mismo había ordenado. Decidido yo a obtenerla por la fuerza de las armas, me consideré obligado, antes de ponerme en marcha, a invitar al ciudadano Roume a cesar en sus funciones y a retirarse al Don-dón, hasta nueva orden, para que la intriga y la malevolencia no tuvieran allí la misma facilidad de turbarle el espíritu; él está allí a vuestras órdenes: cuando me lo pidais os lo enviaré. Cualesquiera que sean las calumnias que mis enemigos lo hayan obligado a escribiros contra mí, me abstendré de justificarme;



pero, cuando mi delicadeza me obligue a permanecer callado, mi deber me prescribe impedirle que haga daño.

La necesidad de comunicarme regularmente con mi gobierno, y la rareza de las ocasiones, me inducen a rogaros, ciudadano cónsul, a dedicar la corbeta *L'Enfant Prodigue* a hacer solamente los viajes de Santo Domingo; de enviarla aquí, por lo menos, cada tres meses, a fin de que yo pueda, con frecuencia, haceros conocer, cada vez que deba regresar, la situación verdadera de esta bella colonia, a cuya prosperidad, podeis estar persuadido de ello, seguiré consagrando todo mi vida.

Salud y profundo respeto,

Toussaint-Louverture.

TERCERA CARTA

Cabo-Francés, 16 de julio, 1801.

Ciudadano Cónsul:

El ministro de la marina, en el informe que os ha dado de la situación política de esta colonia, que yo me empeñé en hacerla conocer en las comunicaciones que le dirigí, ha debido someteros también, mi proclama del 16 pluvioso, último, que contenía una convocatoria para una asamblea central, que pudiera, en el momento que la reunión de la parte española a la parte francesa acababa de operarse, no formaríais más de Santo Domingo sino un sólo país, sometido al mismo gobierno, fijar sus destinos por medio de leyes prudentes, calcadas sobre las necesidades de las localidades y las costumbres de los habitantes, tengo hoy la satisfacción de anunciaros que se acaba de dar la última mano a esta obra y que de ella ha resultado una constitución que promete la dicha a los habitantes de esta colonia, desgraciados por tan largo tiempo; me apresuro, pues, a enviárosla para obtener vuestra aprobación y la sanción de mi gobierno. Para este fin, os envío al ciudadano Vincent, director general de las fortificaciones de Santo Domingo, a quien confío este precioso depósito.

Como la asamblea central me lo había requerido, atendiendo a la falta absoluta de leyes y a la necesidad de hacer que el imperio de éstas suceda al de la anarquía, poner en vigor provi-



sionalmente esta constitución, para hacerla encaminar más pronto hacia su prosperidad futura, me incliné a sus deseos, y la constitución ha sido acogida por todas las clases sociales, con transportes de júbilo, que no dejarán de repetirse cuando ella sea devuelta revestida con la sanción del gobierno.

Salud y profundo respeto,

Toussaint-Louverture.



EXPLICACION PRELIMINAR DE LA CONSTITUCION

La colonia de Santo Domingo existía desde hacía varios años, sin leyes positivas. Estuvo largo tiempo gobernada por hombres ambiciosos y por eso su aniquilamiento era inevitable, si no hubiera sido por el genio activo y prudente del general Toussaint-Louverture, quien, por medio de las combinaciones más justas, los planes más meditados y las acciones más enérgicas, ha sabido librarla casi al mismo tiempo de sus enemigos externos e internos; ahogar sucesivamente todos los gérmenes de discordias y del seno de la anarquía preparar su resurrección, hacer cambiar la miseria con la abundancia; la guerra civil y la vagancia por el amor al trabajo y a la paz; el terror con la seguridad, y por fin, someterla completamente al imperio francés, etc. (Véase la continuación en la página 382 del volumen octavo de **Précis Militaires** y la **Constitución**, del señor Mathieu Dumas).

Este protocolo lo dice todo y hace conocer quien era Toussaint. Su ambición no estaba absolutamente fuera de lugar, y si él no hubiera encontrado una ambición más grande, más fuerte que la suya, sin duda alguna que Santo Domingo hubiera continuado perteneciendo a Francia.





APENDICE





Apéndice I

MANERA DE COMBATIR DE LOS NEGROS DE SANTO DOMINGO

Extracto del diario del general Dampierre, hijo del general,
muerto en el campo del honor el 8 o el 10 de mayo de 1793)

Del cuartel-general de Gros-Morne,
26 de febrero de 1802.

La guerra con los negros de Santo Domingo era de un género completamente nuevo.

“Casi en todas partes nuestras tropas triunfaron de los obstáculos reunidos, del terreno, del clima y de numerosos enemigos; pero éstos, siempre apostados en lugares inaccesibles; atacándonos impunemente en todas partes, durante la marcha de nuestras columnas. Una corta relación de lo que ocurrió a la división de que yo formaba parte (general Desfourneaux) os dará una idea de lo que hacen los otros, cuando han encontrado las mismas dificultades.

“Salimos el 17 de febrero de nuestro campamento de **Morne-Rouge**, a tres leguas del Cabo, para dirigirnos a Gonaives, punto de reunión de todas las divisiones del ejército; a penas habíamos cruzado el río **Salé**, cuando el fuego de lo que aquí llaman **emboscada** comenzó por nuestra izquierda; algunas compañías de cazadores fueron suficientes al principio, para alejarlos y la columna continuó su marcha; pero muy pronto el fuego comenzó nuevamente por la vanguardia y por el flanco izquierdo, y los mismos tiradores, ya rechazados, reaparecieron por retaguardia, y la columna seguía así, rodeada de fuego por el espacio de dos leguas; ella no tuvo tranquilidad ni pudo marchar ligeramente sino en el camino del gran corte de **Limbé**, donde Toussaint había anteriormente, y para defenderse de los ataques de Moise, rebelado contra él, hecho cortar los árboles a cien piés del ca-



“mino, tanto a la derecha como a la izquierda; fué necesario
 “entonces, prepararnos a tomar la garganta que nos separaba de
 “**Limbé**; este paso, en el que 150 valientes podrían detener un
 “ejército, estaba ocupado por 300 hombres, apostados en parte en
 “un reducto que cerraba el desfiladero, y en parte sobre la dere-
 “cha y sobre la izquierda del desmonte. Los carabineros de la
 “30ª media-brigada, sostenidos por cuatro compañías de cazado-
 “res, marcharon con tanta resolución, que a pesar de lo nutrido
 “del fuego, de las dificultades del terreno, el calor del día y a pe-
 “sar de la pérdida de **todos sus oficiales**, cuando menos heridos,
 “subieron la montaña y se apoderaron del reducto, donde el jefe
 “del batallón de los negros y un gran número de los suyos, fueron
 “encontrados muertos. Este ataque fué tan impetuoso que las bri-
 “gadas no tuvieron más tiempo que el de poner fuego a una in-
 “mensa cantidad de leña seca, que ellos habían echado en el des-
 “filadero para impedir el paso de nuestra artillería.

“Mientras estábamos ocupados en barrer esa leña y en hacer
 “subir con mucho trabajo un obus y nuestras piecitas de 2,
 “el fuego empezó de nuevo con mucho ardor en la retaguardia,
 “donde la 38ª media-brigada rechazó vigorosamente a los asal-
 “tantes, para dar tiempo a nuestra artillería de alcanzar la cum-
 “bre, después de dos horas del más rudo trabajo. Durante este
 “tiempo, la vanguardia seguía combatiendo y el centro de la co-
 “lumna era también atacado por los negros que estaban dispersos
 “por la montaña a nuestra izquierda. Después de habernos abierto
 “así el camino sin dejar de combatir, pasamos el río **Limbé** y
 “acampamos cerca del poblado, en un lugar llamado **Campo Al-**
 “**quier**.

“Dos días después, la división del **Campo Alquier**, avan-
 “zando por el valle donde corre el río **Marmelade**, encontró la
 “primera emboscada de los rebeldes a una legua de distancia del
 “**Campo Lecocq**: aquello era un desfiladero encerrado entre el
 “río y las rocas escarpadas y algunos bosques impenetrables. Los
 “negros dejaron pasar las dos primeras compañías de explora-
 “dores, evitando dejarse ver, y no comenzaron sus fuegos sino
 “cuando vieron nuestra primera de artillería. Como estaban ocul-
 “tos entre las rocas, disparaban a tiro de pistola; sin que se pu-
 “diera llegar hasta ellos; algunos cañonazos desalojaron a los
 “que cerraban el camino desde más cerca; pero fué imposible
 “trepase sobre las rocas, y fué necesario que la columna desfi-
 “lara bajo el fuego de esa numerosa emboscada. Al llegar al
 “**Campo Lecocq**, el fuego comenzó de nuevo en una posición se-
 “mejante a la primera, aunque un poco menos escarpada. Los



“exploradores se internaron en los bosques para rodear esa emboscada, y la vanguardia de nuestra columna fué cañoneada por dos piezas de artillería colocadas en una pequeña altura; pero estas piezas fueron capturadas y clavadas. La columna continuó su marcha. A penas se habían dado algunos pasos en el montuoso camino que conducía a **Plaisance**, cuando nuestra retaguardia fué atacada y hostigada durante varias horas por los soldados del jefe negro **Romain**, quien estaba apostado en las montañas. Se pudo librar de ese ataque, empleando la misma estratagema; la retaguardia se emboscó; dejó llegar los negros hasta encima de la columna, los colocó entre dos fuegos y se hizo con ellos una espantosa carnicería. Esta marcha costó más de 300 hombres fuera de combate, de los cuales 80 fueron muertos.

“firmado: **Dampierre**”.

APENDICE II

Esta relación detallada sobre los combates diarios, hace conocer cuán grande era la dificultad, o más bien la imposibilidad de someter en semejante país, a una población armada. Ah! Cuanto más conocidos son los hechos de la desgraciada expedición de Santo Domingo, más habrá que convercerse de esta imposibilidad, segunda causa que hizo fracasar en esta empresa, el más fuerte, el más hermoso y el mejor ejército que hubo atravesado el océano; pues la primera es, sin duda alguna, la ignorancia del primer cónsul, sobre esta especie de hombres negros, que habitan el Nuevo Mundo, y la facilidad con la cual participó en las ideas de los señores hacendados que se encontraban en París. Puede ser también, que su buena y cristiana esposa, Josefina, criolla, haya podido intervenir y dar su opinión.

Después de los señores generales, conde Mathieu Dumás y Pamphile Lacroix, éste, testigo auténtico, he tratado de poner en claro esta verdad, con la relación de una permanencia de siete años y medio en Santo Domingo.

Esta guerra, natural a toda horda atacada en sus madrigueras inexpugnables, es todavía hoy la misma que usan en Africa; afortunadamente que allí, no son esclavos que temen sufrir de



nuevo el yugo, y que las tribus árabes que hayan experimentado nuestro valor, nuestra generosidad y los beneficios de nuestro gobierno, concluirán, es preciso esperarlo, por no oponer más obstáculos a nuestro establecimiento en el suelo africano.

APENDICE III

Los españoles de origen, viven con pocos gastos, no ocupándose en nada durante el día y no imponiendo tampoco ningún trabajo penoso a sus esclavos; el tiempo lo emplean en jugar y en mecerse en una hamaca: cuando se cansan de jugar y de dormir, entonces cantan. Para ir a tomar agua en un río o una fuente, es necesario que monten a caballo, aunque sólo tengan que dar veinte pasos; y tanto en sus haciendas o en sus hatos, tienen siempre un caballo enfrenado para este uso.

El cuidado de cultivar su talento no les preocupa absolutamente; no saben nada y a penas conocen el nombre de España con la que no tienen ninguna relación comercial. Esa tranquilidad los hace llegar a una extrema vejez; y en esto se parecen a los orientales.

Se les atribuye un respeto profundo por la religión, que saben mezclar con un libertinaje excesivo: su sangre se ha mezclado primeramente con los insulares, en los primeros tiempos del descubrimiento; después con el negro, de modo que su carácter y su color se resienten a la vez de tres razas: de Europa, de África y de América.

APENDICE IV

Reglamento interior de la Sociedad Dramática de Santo Domingo.
**“El telón cae, emperadores y vasallos, todos son
 iguales y camaradas”.**
 (Favard. *Las tres Sultanas*)

Artículo 1º

Lo señores y señoras aficionados, que se han repartido entre sí los diferentes cargos de que se compone el conjunto de una



compañía dramática, han aprobado el reparto de las partes indicadas en el presente artículo.

Señores:

Vives, director.

Funel, padres nobles sensibles, y algunos financistas; director

Buisseret: financistas y barítonos, **vaudeville**.

Darnaud, galanes jóvenes.

Evrard, idem.

Sachs, razonadores, (90)

Carriot, idm.

Bardin, primeros actores.

Salva, idm. **vaudeville**.

Candeanu, primer administrador.

Druneau, segundos actores.

Lemonnier, terceros actores, característicos, grandes utilidades; (91) administrador.

Delestang, terceros actores, **vaudeville**, director, papeles de capa. (92)

Bulté: terceros actores y cómicos subalternos (93).

Merville, utilidades.

Clarís hijo, utilidades y **Lubinos** (94).

Funel hijo, utilidades y **Lubinos**.

Madame Clarís, madres nobles; características y sirvientas notables.

Druneau: papeles de damas galantes y de ingenuas.

Camboulies: primeras confidentas y primeras damas galantes;

Prioleau: primeros papeles y características nobles.

Ederne: segundos confidentes y grandes utilidades.

Clarís hija: niños de cualquier clase.

Art. 2º.— Los días quince de cada mes, a menos que sea un día de representación, en cuyo caso se deja para el siguiente día, los aficionados se reunirán en casa del coronel Vives, a fin de proceder a preparar el repertorio del mes siguiente.

Art. 3º.— La sociedad estará presidida por los tres directores: Vives, Funel, Delestang y los administradores: Candeanu y Lemonnier, para la distribución de los papeles, y queda convenido que nadie podrá tomar otro papel sino el suyo; que para la conveniencia común, después de invitación del aficionado a quien pertenezca y según confesión del director, el repertorio, una vez dispuesto, será firmado por todos los aficionados.

Art. 4º.— Tanto como fuere posible, tanto los buenos como los malos papeles se repartirán de una manera relativamente igual entre todos los actores.



El aficionado designado en el repertorio no podrá devolver su papel sino por motivos muy plausibles y admitidos por el directorio; pero se tendrá cuidado de compensar con buenos papeles aquellos aficionados que hubieran desempeñado papeles inferiores en una precedente representación.

Art. 5º.— Cuando un aficionado haya representado con beneplácito un papel cualquiera en una obra dramática, los directores podrán invitarlo a dejar desempeñar ese papel a otro aficionado de la misma clase; y eso hace variar las obras a los ojos de los espectadores y deja satisfechos a todos los aficionados.

Art. 6º.— En el repertorio, las damas opinarán en primer turno sobre la elección de las obras que hay que representar; los caballeros opinan después y el directorio, al cual se unirán los administradores, tomarán la decisión definitiva. Al repertorio así escogido para cada mes no se le podrá hacer ningún cambio sin haber razones poderosas y sin el consentimiento del director.

Art. 7º.— Como es urgente que la exactitud de cada aficionado pueda evitar a sus compañeros, los disgustos de comisiones inútiles, todos nos sometemos a una multa con la que se nos priva de uno de nuestros billetes de invitación, por cada inexactitud en las asambleas, repertorios, o ensayos convocados o de obligación, cuando los motivos que tengamos no sean o no parezcan justificados al directorio.

Art. 8º.— Cualquier conversación indiscreta sostenida por un aficionado contra otro, si se trata de un verdadero ridículo, el conversador indiscreto incurrirá en la misma pena que se indica en el artículo anterior; pero si la conversación ha sido contra una de las damas, y sobre todo si contiene propósitos perversos, el culpable, convicto, será excluído de la sociedad, y el directorio lo invitará a entregar su tarjeta de aficionado.

Art. 9º.— Para evitar toda discusión entre los aficionados, se ha convenido en que el arte dramático será exclusivamente el motivo importante de toda conversación en la sala común de los artistas; en caso de divergencia de opiniones, un tercero pondrá de acuerdo a los contradictores, o invitará a que se termine la discusión, y cuando sea una dama la que haga la invitación, como todos somos franceses, nuestra deferencia al bello sexo es garantía de nuestra docilidad.

Art. 10º.— Los administradores serán los únicos que darán órdenes a los aprendices de teatro. Por consiguiente, a los señores aficionados se les invita a dirigir a los administradores las reclamaciones que crean deber hacer. Se les invita igualmente



a comunicarles todas sus ideas sobre lo que pueda contribuir al buen éxito y la satisfacción de nuestras recreaciones dramáticas.

Art. 11º.— Como ya hemos sufrido algunos disgustos en nuestras representaciones y ensayos, se ha convenido en que cada aficionado posea una tarjeta en la que esté impresa la palabra **Foyer**, (95) sin la cual no podrá entrar, ni los días de representaciones ni los días de ensayos. Eso nos garantizará la tranquilidad y dará más armonía e ilusión a las obras que se representarán. Los aprendices y sirvientes serán responsables de la ejecución de este artículo.

Art. 12º.— Todo aficionado que no trabaje en una pieza que esté en ensayo y que venga al teatro, estará obligado a bajar a la orquesta, a fin de dejar libre el escenario.

Igualmente también, aquellos que estén ensayando y cuyo turno de estar en la escena no ha llegado, se mantendrán entre bastidores para dejar la escena libre. Tendrán cuidado de guardar silencio, con el fin de que cada uno pueda oír su llamada para entrar.

Art. 13º.— Ningún gasto para vestidos u otros motivos podrá hacerse sin el consentimiento del director tesorero, con el fin de saber si está en condiciones de pagarlo inmediatamente o por la petición de los administradores.

Art. 14º.— La manera como se lleva a cabo la reunión de los aficionados, hace inútil la recomendación de tener atenciones, miramientos, reciprocidad de sacrificios, de amor propio, deferencias por los consejos recíprocos y cortesanía en la manera de darlos. En consecuencia, este artículo sólo está aquí como recuerdo y como un homenaje profético de la armonía que va a asegurar y a duplicar las satisfacciones y los placeres que esta asociación promete a todos sus miembros y a sus invitados.

Terminado y resuelto el 21 de septiembre de 1806.

Firmados:— **Funel, Vives, Delestang, Candeau y Lemonnier**, directores y administradores; **Buisseret, Darnaud, Evrard, Sachs, Cariot, Bardín, Salva, Drumeau, Bulté, Merville, Claris hijo, y Funel hijo; Madames Claris, Druneau, Camboulies, Prioleau, Ederne, Claris hija**, aficionados que forman la sociedad.

Por copia conforme al original, depositada en los archivos de la sociedad.

J. B. Lemonnier Delafosse,
Administrador.



APENDICE V

**Pieza justificativa (debida a los cuidados del señor Latham)
Copia de una comunicación del mayor general Carmichael al
visconde Castlereagh, fechada en San Carlos, frente a la ciudad
de Santo Domingo, el 8 de julio de 1809**

Monseñor:

Tengo a honra informar a Vuestra Excelencia que, salí de Jamaica el 7 del mes pasado, con las tropas indicadas al margen: una brigada compuesta de un regimiento de línea y de uno colonial (negro) y llegué el 28 a la bahía de Palenque, el lugar de desembarco más próximo, y a treinta millas de la ciudad de Santo Domingo; hice inmediatamente un reconocimiento de las fortificaciones, operación que fué terminada el 29, y me convencí plenamente de que las trincheras y los bastiones eran fácilmente atacables con un golpe de mano. Tomando, además, en consideración la valerosa defensa de la guarnición, durante un sitio continuo de ocho meses, me pareció que el partido más prudente era tomar medidas prontas y decisivas contra un enemigo valeroso y que eso evitaría los enojosos resultados de las trincheras de zanjas abiertas durante la estación lluviosa, que es el único enemigo temible para nuestro ejército. Los estragos han sido ya tan desastrosos para los españoles indígenas, que 400 hombres, de 600 que componían su mejor regimiento, fueron puestos fuera de servicio; y en cuanto a las tropas inglesas, para ellas hubiera sido más fatal que un combate en las trincheras.

Su excelencia el general Sánchez, de quien recibí, el 30 del mes último, la recepción más cordial y afectuosa, había estado muy enfermo algún tiempo antes, y como sigue enfermo todavía, cosa que me causa gran pesar, a consecuencia de las fatigas y de una enfermedad del hígado, ordenó a las tropas españolas de todos los puestos, que siguieran las instrucciones que yo tuviere a bien darles, lo que ellos cumplieron voluntariamente, avanzando rápidamente y cortando de una manera muy eficaz toda comunicación entre la ciudad de Santo Domingo y el fuerte Jerónimo, punto muy fortificado que, protegiendo el único lugar de desembarco, nos impedía comunicar con la escuadra.

Después de haber rehusado, en la prima noche, recibir las proposiciones de armisticio del general francés, avancé con un



destacamento de españoles hacia la iglesia de San Carlos, donde establecí mi cuartel-general, a un tiro de fusil de la ciudad. Yo contaba con que las tropas inglesas podrían reunírsenos en la noche, pero, con motivo de una abundante y continua lluvia, aquello se hizo completamente impracticable y sólo tres días después, en la noche, pudieron llegar después de haber sufrido las privaciones y las fatigas más grandes, obligadas a arrastrar las piezas de campaña por malos caminos, con un tiempo espantoso, y teniendo que atravesar los ríos sin los medios de transporte necesarios. El 1º de julio recibí una nueva comunicación del general Barquier, a quien yo había concedido hasta el día siguiente a medio día, para dar una contestación.

Un fuego de mosquetería continuo se oía en las trincheras, aunque el pabellón blanco había sido enarbolado; avancé con un pelotón de dragones ligeros y envié un edecán a preguntar la causa. El general Barquier lo recibió con mucha cortesía y le respondió que los vecinos de la ciudad disparaban sobre una gran cantidad de palomas torcaces (XXIV) que volaban por sobre de las murallas de la ciudad; pero que él iba a dar órdenes severas, para que cesara el tiroteo mientras durara la suspensión de hostilidades.

El día 2 recibí una carta del general Barquier, con relación al movimiento de tropas hacia San Carlos, que había ocupado el 30 de junio, después de haber rechazado las proposiciones de negociación.

El día 3, los comisarios para la capitulación se reunieron; los del partido francés declararon que sus instrucciones formales eran de no rendirse, lo que además me fué confirmado por los prisioneros y por las cartas que fueron interceptadas, razón por la cual no me creí autorizado a aceptar otras condiciones, y la reunión fué aplazada hasta que pudiera comunicarme con el comandante de las fuerzas navales.

A consecuencia del mal tiempo, la respuesta no llegó hasta el 6 y coincidía en un todo con mi opinión sobre los únicos términos que se debían acordar a los enemigos. Yo había, además, sabido el desbordamiento del río Jaina, que nos separaba también de la mayor parte de nuestras municiones de artillería y de nuestras provisiones, y eso me decidió con mayor motivo, a dar una pronta solución a este asunto. Di parte de ello al capitán Cumby, requiriéndole su cooperación con marineros armados, municiones y provisiones, lo que siempre estuvo dispuesto a procurarme con la oficiosidad más cordial.

Humildemente sometido al Todopoderoso, dispensador de los



acontecimientos, lleno de confianza en una justa causa y en el valor inglés para defenderla, escribí una carta al general Barquier, después de una negativa de la guarnición de rendir las armas y tomé inmediatamente las siguientes disposiciones:

La primera brigada fué puesta bajo las órdenes del teniente-coronel Horsford, quien prefirió este mando al empleo de ayudante general.

La segunda brigada fué confiada al mayor Curry, del 54º regimiento, por ausencia del coronel Smyth, oficial distinguido del 55º, que la mala marcha del buque de transporte el **Diego**, en el cual se había embarcado, había impedido que nos reuniéramos; yo lo hubiera sentido vivamente, así como a los otros oficiales y soldados que lo acompañaban, si el combate proyectado hubiera tenido lugar.

Al primer tiro del enemigo, la reserva debía formarse con los irlandeses del rey y del 54º de granaderos; de 50 hombres del 2º regimiento de las Indias Occidentales, y de otro tanto del regimiento de Puerto Rico, pues este cuerpo debe encontrarse suficientemente a cubierto tanto tiempo como las paredes de la iglesia y mi **cuartel general** (96) resistían el fuego de más de diez cañones y un mortero dirigidos sobre ellos a una distancia de 338 yardas.

He dado instrucciones al brigadier general French, oficial eficaz y diligente, para que acampe en una quebrada, a ciento cincuenta pasos próximamente de mi retaguardia, para que, en el caso de que la guarnición hubiera intentado una salida contra mi reserva, esperar a que ella estuviera bien cerca para cargarla a la bayoneta y seguirla hasta la ciudad. Si los enemigos hubieran permanecido encerrados, se hubieran hecho durante la noche fingidos ataques y simulacros sobre diferentes puntos y por medio de escaleras de sitio, preparadas previamente, se hubiera efectuado un asalto general en pleno día a la primera ocasión favorable. Las tropas se hubieran posesionado de los bastiones para no entrar en las calles sino por órdenes ulteriores.

Durante esta hora de suspensión de armas, la impaciencia por atacar fué el sentimiento general y la firmeza y decisión de todos los soldados ingleses, en ese momento decisivo, demostraba una resolución decidida de llevar la gloria de Inglaterra a las fortificaciones de Santo Domingo en la punta de sus bayonetas.

Al expirar la hora de suspensión envié a mi secretario, el capitán Yrwig, a informarse por qué el pabellón blanco estaba enarbolado todavía, aunque el plazo había transcurrido y ninguna contestación se había dado a mi carta. El capitán encontró en la



puerta al teniente-coronel Myers, quien anunció que el ultimátum estaba aceptado y que la guarnición consentía en rendir las armas como prisioneros de guerra. Yo había además destacado al mayor Walker, de los Irlandeses del rey, con las tres compañías ligeras de ese cuerpo, el 54o. y el 55o. regimientos de línea, hacia el fuerte Jerónimo, posición muy fortificada a próximamente dos millas al oeste de la ciudad, con orden, desde el comienzo de la acción, de forzar la puerta con una pieza de campaña y dar el asalto por la puerta de salida. (XXV) A la intimación que se le hizo, el **capitán Gllillermin**, (97) a quien no le quedaban sino algunas galletas como única provisión (XXVI) respondió como un valiente, que él quería compartir la suerte que tuviera la ciudad.

El honor de las armas de Su Majestad, Monseñor, ha sido conservado sin perder ni un sólo soldado inglés, ni en combate ni por enfermedad, y sin recurrir al glorioso pero deplorable recurso de un asalto contra una ciudad populosa. Tomando en consideración el valor y la intrepidez perseverante de la guarnición francesa, su superioridad en número y en posición y la importancia del objeto alcanzado, tengo la confianza de que Su Majestad no desaprobará las medidas tomadas para obtener esta capitulación y los términos concedidos a los enemigos. Estas condiciones serán transmitidas a vuestra Excelencia por mi secretario el capitán Ywig, del 54º regimiento, al cual me refiero para toda información ulterior y a quien me permito recomendar calurosamente como un oficial digno de toda la consideración y señaladas muestras de favor que Su Majestad se digne concederle.

Tengo ahora, Monseñor, uno de los deberes más agradables que cumplir, el de hacer conocer a Su Majestad, el celo y la actividad infatigable de los oficiales siguientes: el brigadier general French, segundo comandante; el teniente-coronel Horsford, comandante de la 1ª brigada; el teniente coronel Smith, comandante de la artillería real, quien, por su habilidad y su atención infatigable venció dificultades extraordinarias; el teniente coronel Myers, **cuartelmaestre general** (98) y comisario para la redacción de los artículos de la capitulación.

Esos oficiales al ponerse en evidencia por su posición, han dado pruebas constantes de celo, de talento y de actividad para terminar la empresa de la manera más honrosa y puedo asegurar a vuestra señoría, que todos los oficiales, sargentos y soldados de la expedición han demostrado las mismas disposiciones.

Sería ingratitud de mi parte, Monseñor, si omitiera confirmar, en los términos más expresivos, lo que ya he dicho de la cordial cooperación y de la ayuda eficaz que el ejército ha recibido



del capitán Cumby; comandante de la escuadra de Su Majestad, que está frente a la ciudad.

Este distinguido oficial nos envió a los tenientes Denman y Shériff, con un destacamento de marineros que fueron de una gran utilidad y soportaron alegremente las fatigas y los trabajos más penosos. Me es absolutamente imposible guardar silencio sobre la ayuda particular que he recibido de un inglés, el señor William Walton joven, que hace mucho tiempo reside en esta isla. Su conocimiento profundo del país, de los habitantes y del idioma, lo pusieron en condiciones de prestarnos, voluntariamente, los servicios más importantes, como secretario privado durante la expedición.

Tengo a honra suscribirme, etc.

firmado: **H. S. Carmichael,**

**Mayor general comandante de las fuerzas de Su Majestad
británica, frente a la ciudad de Santo Domingo.**

APENDICE VI

¿Qué habían ganado los españoles, con su rebelión contra los franceses, ellos, que eran independientes de España, y que, en fin, eran franceses? Un amo, en vez de amigos y de hermanos; un amo que les hizo pagar demasiado caro, y con justo título, la ayuda que él le proporcionó.

Ellos habían conseguido su objeto: la entrada en Santo Domingo; pero, en cuanto a su posesión, esa era otra cosa. Durante ocho meses, sin contar la pérdida de hombres, sus **cuádruplos** (99) pasaron a las manos inglesas, que no les daban ni armas ni municiones de balde. Este aliado les había dejado soportar todas las contingencias de la guerra y no se presentó en el campo con una brigada, sino cuando comprendió que él sería el árbitro de su porvenir.

Fué detrás de la tropa inglesa que esas masas de valerosos castellanos entraron en la ciudad; ellos fueron los vencidos; así puede decirse; pues nosotros, los franceses, ¿qué perdimos? las murallas, cuya larga y valiente defensa se convirtió en una fuente de gloria!... Ellos, se convirtieron en súbditos ingleses!



Santo Domingo pertenecía efectivamente a los ingleses; ellos establecieron allí una factoría durante dos largos años, al fin de los cuales sacaron este beneficio:

1º Un material de dieciocho piezas de artillería de 24, de bronce y que fueron conducidas a Jamaica;

2º Sueldos y manutención de una brigada de 1,500 hombres;

3º Devolución de todos los gastos de su alianza durante el bloqueo;

4º Precio de las campañas de las iglesias y los conventos;

5º La venta de sus productos durante la ocupación.

Después de cumplidas estas condiciones, los ingleses evacuaron a Santo Domingo.

Tales fueron los beneficios de vuestra victoria, pobres españoles! Los ingleses no son ni serán nunca caballerosos y yo les doy la razón; ellos saben siempre hacerse dueños de todo aquello donde ponen el pié y aprovechan hábilmente las ocasiones que se les presentan si acaso no las suscitan; su interés los hace aprovechar los medios de beneficiarse de esas ocasiones, que ellos deben, muy a menudo, a su política más que a ningún otro medio, inclusive el valor, que ellos lo tienen, pero que no lo ponen de manifiesto sino cuando les conviene. En Santo Domingo, ese era el caso, pues ese valor suyo no lo ejercieron contra una guarnición extenuada, moribunda!... Ellos no perdieron ni un sólo hombre.

El militar inglés puede considerarse como un capitán de buque, encargado de una mercancía, **hombre**, que él debe conservar y entregar sin avería, si es posible. Y así, en todas las circunstancias, y yo lo apruebo, él maneja bien sus fuerzas y retrocede, sin vergüenza alguna, ante un peligro inminente; su hora llega, él la aprovecha y saca entonces todo el partido deseado.

El general Wellington, en su campaña de Portugal, en 1810 probó lo que estoy diciendo: primero tanteó, fué prudente y muy astuto. El retrocedió delante de Massena; venció a Bousaco y no por eso dejó de recoger en esta campaña el mismo fruto que le hubieran dado las batallas sangrientas: **la salida del ejército francés de Portugal.**

Fué inútil que el hijo querido de la Victoria le presentara varias veces batalla: en Torrés-Vedras, en Santarem, donde permaneció dos meses; en Villa-Flora, y, salvo algunas escaramuzas de retaguardia, sólo en la frontera, en Sabugal (a orillas del río Coa) fué donde sostuvo un rudo combate, soportado por el único ejército del general Regnier, que había reemplazado al del



mariscal Ney, quien estaba en desavenencia con Masséna, y quien se negó categóricamente a marchar.

Este combate sostenido por el general inglés, era más bien para tranquilidad de su conciencia, y con el objeto de que no se dijera en Inglaterra que, durante una larga y difícil retirada de sesenticinco a setenta leguas, el ejército inglés no había cumplido con su deber.

La rivalidad de los mariscales franceses en Portugal y en España, hizo más en favor de Wellington que su misma ciencia militar: la fortuna lo siguió por todas partes: en los Arapiles (cerca de Salamanca), en Burgos, en Pamplona, en Tolosa; y por fin en Waterloo. El era sin duda ninguna, general de una rara resolución, que sabía conducir bien y administrar un ejército; pero gran capitán...

Como Sila, él hubiera debido levantar un altar a la Fortuna. (100)

APENDICE VII

Tanto como mi memoria pudo servirme, reuní en esta nota los nombres de todos los oficiales-generales y otros más, compañeros míos que estuvieron en Santo Domingo durante los años de 1804 a 1809 y lamento si acaso he olvidado algunos; pero, después de treintisiete años, la excusa es esa. (50 militares, 46 de administración y 54 oficiales de tropa: total: 150):

ESTADO MAYOR GENERAL

Ferrand, General de brigada comandante en jefe.— Muerto en Palo Hincado.

Bruce, Jefe de escuadra; edecán.— En misión a los Estados Unidos.

Filleul, Jefe de escuadra; edecán.

Bardin, Capitán de escuadra; edecán.

Aussenac, Coronel-Comandante en las fronteras.

Panis, Coronel de estado mayor.— Prisionero en Palo Hincado.

Barquier, General de brigada.— Jefe después de la muerte de Ferrand.



Camberlin, Coronel.— Disponible; sin empleo después de la llegada de Ferrand.

Remoussin, Capitán; edecán.— Disponible: sin empleo después de la llegada de Ferrand.— Disponible durante el sitio.

Pichot, Coronel, comandante de la plaza.

ESTADO MAYOR

Vives, Coronel, jefe de estado mayor, haciendo funciones de jefe de administración.— En misión durante el 2º sitio.— Salido para Francia a bordo del **Bernadotte** y hecho prisionero frente a Blaye, por los ingleses.

Paillié, Jefe de batallón, en funciones de jefe de estado mayor.

Darnaud, Jefe de escuadrón.

Bocquet, Capitán.— Muerto en Palo Hincado.

Evrard, Capitán.

J. Chasseriau ainé, Capitán.

Guillermin, Capitán.— Reemplazó al comandante del fuerte de San Jerónimo.

Marquis, Capitán.

Lavalettre, Capitán.

Capdeboscq, Teniente.— Muerto en el 1er. sitio.

Philibert, Teniente.— Muerto en el 2º sitio.

Marquet, Subteniente.

ARTILLERIA

Miguel Ferrer, Coronel director.

Villarcy, Capitán.

Loyau, Teniente.

Deker, Teniente.

Delor, Guardia.

INGENIEROS

Bron, Coronel director.

Maillard, Adjunto de 1ª clase.

Beaucoté, Adjunto de 1ª clase.

Bois Saint-Lys, Ajunto de 1ª clase.— Herido en el fuerte San Jerónimo.

Lemonnier Delafosse, Adjunto de 1ª clase.



MARINA

Brouard, Capitán de fragata.

Sachs, Teniente de navío.— Comandante del **Bernadotte** en misión en Francia; prisionero de los ingleses, frente a Blaye.

Candeau, Begon, Dupuis, Tenientes de navío.

Boyer, Teniente de navío.— Muerto por una bala de cañón inglesa en un buque perseguido.

Moulié-Tapoul, Capitán de Puerto-Piloto.

SERVICIO DE SANIDAD

Saint-Cyr, Director del Hospital.

Pélissié, Sub-director.

Delassus, Médico-cirujano en jefe.— Muertot envenedado durante el 2º sitio, buscando un almidón nutritivo en una raíz, muy venenosa, (**la guáyiga**); consiguió su objeto y esta raíz se convirtió en alimento diario. (101).

Buisseret, Pascalis, Dubisy, Casalot, Lacase, Delaville, Cirujanos.

Romain, Lacoste, Roulet, Cirujanos, de los cuales 2 civiles.— Muertos en Palo Hincado.

Montéze-Stohlz, Farmacéutico.

ADMINISTRACION.

Dubnisson, Daubremont, En funciones de Prefecto colonial, jefe de administración.— Enviados a Francia, por no poderse poner de acuerdo con Ferrand.

Favre, Jefe de administración.

Goguet, Bailly, Froideveaux, Inspector de revistas, inspector comisario de marina.

Lafaille, Huet, Boyer, Comisario de Marina, Guarda almacén.— Muerto por una bomba en el 2º sitio.

Chassériau, Secretario general de la colonia.— Durante el 1er. sitio.

Lesueur, Secretario del general Ferrand.

Blampié, Noblot, Notin, Salva, Perroneau, Clesie, Garnerey, Jubelin,

Fourrier, Dependiente de marina.



FINANZAS

Armand Sol, Pagador de la escuadra, primer empleado.

JUSTICIA

Minuty, Gran Juez.

Couét de Montarand, Procurador General.

Rigaud, Presidente del Tribunal.

Delestang, Procurador Imperiar.

Funet et Lemaire, Juez y Secretario.

BIENES NACIONALES

Batsalle (P), Director.— Muerto en Palo Hincado.

Lacroix, Subdirector.

Batsalle, Secretario general de la Colonia.— Durante el 2º sitio.

Chart, Lamartelliére, Empleado de Hacienda.



Cuerpos	FUERZA		Nombres y grados de los oficiales	Observaciones
	En 1805	En 1808		
TROPA				
8º regimiento ar- artillería	25	25	Loyau, Teniente	
5º ligero	675	475	Lafition, Coronel Allier, jefe de batallón	Muerto en Palo- Hincado.
			Darame, jefe de batallón	Muerto en el 2º sitio.
57 de línea	600	400	Vassimont-Coro- nel.....	
86 de línea	700	400	Fortier, jefe de batallón	
			Cayol, jefe de batallón	Muerto.
Compañía admi- nistrativa	200	200	Guguet, capitán De Montarand, capitán 2º	
			Froideveaux, Te- niente	
			Lafaille, Sargen- to	
			Lacroix, Sargen- to mayor	Herido en el 1er. sitio.
Frances y españoles				
Guardia Nacional	250	100	Duchemin, Capi- tán	
Guías del General				
Caballería	16	10	Lamarche, Capi- tán	
			Dastugue, Tnte.	Muerto en misión
			Canquery, Vete- rinario	al frente de San Jerónimo.
TOTALES	2,466 1,610			
RECAPITULACION				
Fuerzas en 1805			2,466	hombres
Pérdidas durante 4 años: fuego, enfermedad, deserción			2,146	"
Al 15 de julio 1809, en sargentos y soldados- quedaban al capitular			320	"



Pieza oficial obtenida en los archivos, después de la impresión, y en la que se corrige el error cometido en la página 114 (servicios militares dictados de memoria)

Ministerio de Guerra	Oficiales Generales Estado de los servicios
Dirección general de la Administración y de la Contabilidad	<p>Del señor Ferrand (Jean Louis), nacido en Besanzón, (Dubs) el 13 diciembre de 1756.</p> <p>Dragón en el regimiento Dauphin el 3 de julio, 1786.</p> <p>Licenciado el 20 febrero 1788.</p>
-4ª División	<p>Capitán de Caballería el 11 septiembre, 1792.</p> <p>Jefe de Escuadron en el 24º regimiento de caballería, el 7 feb, 1793.</p> <p>General de brigada, el 9 abril 1794</p> <p>General de División el 5 Oct. 1808.</p> <p>Hizo las campañas de 1793 (años II, III, IV, V), en los ejércitos del oeste y del Sambre y Mosa;</p> <p>Pasado al ejército de Santo Domingo el 3 de Pradial año X (23 mayo 1802)</p> <p>Y continuó por cuenta de la marina</p>
Visto El subjefe de oficina Bazin	<p>Certificado conforme con las piezas y registros depositados en la oficina de Leyes y Archivos.</p> <p>París, 10 de mayo 1837</p>
Entregados gratis al señor Golis , jefe de la oficina de la Intendencia militar y de la centralización	<p>Por el Consejero de Estado, Director general y por su orden. El jefe de oficina, Marnier.</p>







NOTAS DEL AUTOR



(I) En esta cifra están comprendidos 600 hombres desembarcados en Santo Domingo por el Almirante Missiessy (año 1805).

(II) M. Vincent, coronel de ingenieros. Él había hecho todo lo posible para ilustrar al primer cónsul; pero no fué atendido. Se prefirió seguir los consejos de los viejos colonos de Santo Domingo, refugiados o residentes en París. Esos ricos agricultores, no podían convenir en la idea de que un blanco pudiera nunca tratar con un negro; y esta opinión, que, desgraciadamente triunfó, causó su ruina e hizo perder a Francina su bella colonia.

(III) Todo vencido busca volver a levantarse y tiene derecho a ello. (**Thiers**, capítulo XIX del Consulado).

(IV) Durante mucho tiempo se reñunció a comer pescado.

(V) He aquí la constestación del primer cónsul al coronel Vincent:

“Respecto de esta emancipación, el primer cónsul estuvo a punto de llegar a esta conclusión; él decía al coronel Vincent, “que habiendo Inglaterra mostrado alguna sorpresa por su arribo, él había anunciado al gabinete inglés que, si encontraba algunas contrariedades en la ejecución de su proyecto, “enviaría poderes ilimitados a Toussaint Louverture y que reconocería la **independencia**; los ingleses, asustados con “mi idea, consintieron muy pronto en todo lo que quise”. Este consentimiento de Inglaterra decidió la suerte de Santo Domingo, sin embargo, el primer cónsul quedó seriamente preocupado cuando el coronel Vincent, tan bien instruido sobre estas localidades y tan adicto a su patria, le observó que Inglaterra vería con satisfacción, que él pusiera, de hecho, a su disposición, una escuadra y 40,000 hombres, que ella podría bloquear desde que hubiera pisado el suelo de Santo Domingo (Mathieu Dumas). El resultado de la expedición fué una prueba de esta profecía. Los colonos de París vencieron y el coronel Vincent fué despedido atentamente.

(VI) El hombre negro dijo después de su arresto: “Se ha cortado el árbol, pero las raíces quedarán siempre ahí”.

(VII) Poban: botella de vidrio que contiene salazones, encurtidos o frutas confitadas.

(VIII) Deseo que me sea permitido citar un hecho del que fué testigo. En 1803, época en que toda idea aristocrática debía perderse, dos criollas, en presencia de uno de sus abuelos, que existían todavía, enfatuadas con el rango que les daba la riqueza de



los grandes agricultores y con la cruz de San Luis que sus abuelos habían recibido (en 1788 y 1789 esa cruz se daba en cambio de algunos bocoyes de azúcar) disputaban sobre la antigüedad de su nobleza de familia! El abuelo, provenzal, que no había abandonado nunca su lenguaje, las escuchaba con toda la impasibilidad de los viejos; las dejaba que discutieran a más y mejor; sin embargo, la paciencia se le acabó y exclamó en provenzal: **Qué me foutes! petiounos! Ah regardés! regardés un pas, voustre noublises! quand mon père et lo de tio vinguèrent dans la colonie, s'abés ce qui éront? L'o mio chiait ne haut, et l'o tio chiait en basse! qué trond de l'air, voilà voustre noublesse!** (Esos eran aserradores de largo, o chiquichaques). (8)

(IX) He dicho la parte de prosperidad de Francia. Y no era una grandísima parte, si se piensa lo que era la parte francesa de Santo Domingo; ese tercio de la isla, más productivo que la totalidad de las posesiones inglesas en las Indias Occidentales. Ella exportaba mucho más de 168 millones de francos; empleaba 1,640 buques y 26,770 marineros. Si se le agrega la parte española, había la esperanza, sin exageración, de triplicar este resultado! Está fuera de duda, como lo dice el general Mathieu Dumas, que "si Francia había podido conservar a Santo Domingo como colonia ella no tendría ya necesidad de desear ninguna posesión extranjera. Esta sola isla era preferible a todas las otras colonias reunidas; ella hubiera bastado para llevar al más alto grado de prosperidad y de poder el comercio y la marina franceses.

(X) Esta era la esposa del general de ese nombre, que se ahogó después de la capitulación del Cabo, en los Jardines de la Reina (Isla de Cuba).

(XI) Véase apéndice I.

(XII) Véase *Revue Britanique*, 1812, 2º volúmen, páginas: 256-257, un artículo sobre las Antillas inglesas, antes y después de la emancipación de los esclavos.

(XIII) Las tripulaciones y los sargentos y soldados, a su llegada a Jamaica fueron echados en los pontonos. Ya se sabe el trato que tenían que soportar, pero, bajo aquel sol abrasador, el más cruel de todos era la falta de agua, que a menudo estaban obligados a comprar a precio de oro.

(XIV) Los oficiales que bajo palabra habían conservado sus armas, fueron invitados por el agente-comisario, algunos días antes de la noche buena, a depositarlas provisionalmente hasta después de las fiestas según decía, porque aquella fiesta era el carnaval de los negros, y que todos les estaba permitido durante ese tiempo; agregando que los franceses eran muy susceptibles; que se tomaba esta medida para evitar todo acontecimiento desagradable. Esas armas jamás fueron devueltas a sus propietarios.

(XV) La capitulación fué violada, pues un buque cargado de heridos y enfermos, una vez en alta mar, fué conducido a Jamai-



ca y antes de desembarcarlos, sus baules fueron registrados y todo lo que se relacionaba con el estado militar fué confiscado.

(XVI) Los archivos o papeles relativos al ejército, que debían ser remitidos al jefe del estado mayor general del ejército, quedaron en poder de los Ingleses y allí se encuentran todavía: lo que hace que varias familias en Francia no puedan saber lo que ha sido de sus parientes, muy particularmente de aquellos que pertenecían al ejército.

Por estas notas se ve que desde el momento en que se caía en manos de la administración inglesa, la pluma borra y anula todo lo que la espada había firmado con su sello.

(XVII) Santo Domingo, primer establecimiento de Cristóbal Colón en el territorio haitiano, fué primeramente llamado Isabela, primera ciudad americana fundada en la costa sur. Fué construída por Diego, (a) hermano de Colón, y más tarde fué la capital de la isla y le dió el nombre de Santo Domingo.

(XVIII) Tousaint, en uno de sus informes, decía: "En mi "marcha, me ví obligado a detener mi infantería para esperar mi "caballería".

(XIX) Argamaza que se echa en moldes o cajones, y que se retiran a medida que va formándose la pared. (36)

(XX) Mr. Thiers, en su **Histoire du Consulat**, cita esa expedición de corso de Missiessy; él trata del abastecimiento de la Guadalupe y de la Martinica, pero pasa en silencio el de Santo Domingo. Ese hecho, sin embargo, merecía mucho haberse ocupado de él. Tal vez le faltaron los documentos relativos a este hecho.

(XXI) El 18 de mayo de 1804, Cambacéres, a la cabeza del Senado, fué a Saint Cloud a anunciar al primer cónsul, que él acababa de ser nombrado **emperador de los franceses**.

(XXII) Pasado al ejército de tierra después de este combate, que lo desesperaba sobre la suerte futura de nuestra marina.

(XXIII) Esa palabra me recuerda lo que sucedió en una comida durante la cual tuve el honor de estar colocado al lado del general Ferrand. De pie, sirviendo la sopa (los dueños de casa servían en aquel tiempo) noté que un salero se había derramado delante de él: con el temor de que el general no se aplicara el necio refrán que dice, que eso es **señal de muerte**, me apresuré a cubrir la sal con su cubierto; pero, al cambiar de plato descubrió el salero y dijo : "Ah! ah! señores, si yo fuera supersticioso diría que mi muerte está próxima!" Dos meses más tarde había dejado de existir. Esto ocurrió en mi presencia.

(XXIV) En la época del desove esas aves vienen de la Costa Firme a la isla para comer el grano de achiote; atraviesan sobre la ciudad por la mañana; y por la tarde vuelven a sus



nidos por bandadas que hacen sombra al sol como si fueran grandes nubes.

(XXV) Hubiera sido necesario un verdadero sitio para tomar ese fuerte, que estaba rodeado de excelentes fosos y muy bien armado, con los muros muy altos para intentar una escalada.

(XXIV) Aunque no tenían sino almidón de guáyiga, hacía cinco meses que no veían pan. (El general inglés ignoraba esta circunstancia).





NOTAS DEL TRADUCTOR



(1) **Don Sánchez.** Así llamaban los franceses al general dominicano Don Juan Sánchez Ramírez, el héroe de la batalla de Palo Hincado, a consecuencia de la cual se suicidó el general francés Ferrand.

(2) **Marrón** (aféresis de cimarrón). Dícese del esclavo o del animal que huye al campo y se hace montaraz.

(3) **Bill de indemnidad.** Voto de confianza emitido por el Parlamento inglés.

(4) **Hispanola e Hispaniola:** Corrupción de la palabra **Española**, que fué el nombre que Colón dió a la isla de Santo Domingo, Pedro Mártir de Angleria, que escribió sus **Décadas Oceánicas** en latín, tradujo la palabra **Española** por **Hispaniola** y después los traductores ingleses, alemanes, franceses y aún muchos españoles dejaron la palabra **Hipaniola**.

(5) **Toesa.** Antigua medida francesa de longitud, equivalente a un metro y 949 milímetros.

(6) **Cuadrado** (carreau) medida equivalente a 10,000 pasos geométricos de superficie, última medida agraria legal o sean **cien pasos** por lado o 12,944,970,942 metros cuadrados. El **paso geométrico** equivale, según la ley dominicana, a 3½ piés de rey francés. (véase Geografía de la Isla de Santo Domingo por C. Armando Rodríguez, pág. 113).

(7) **Blancs-poban.** La palabra **poban** no tiene traducción, ni en castelano ni en francés mismo; es una palabra criolla, explicada por el autor al pié de la misma página en que la usa.

(8) **Aserradores de largo o chiquichaques** son los obreros que aserran los troncos de árboles para tablas, aserrándolas en el sentido de su longitud. Esos obreros trabajan siempre de dos en dos.

(9) **Entrepot:** Depósito, almacén, factoría. Estanco o lugar donde se vende sal o tabaco por cuenta del gobierno. **Entrepot**, que no tiene una verdadera traducción en castellano, es el lugar, público o privado, donde se depositan provisionalmente las mercancías por las cuales no se han pagado todavía los derechos de aduana o de rentas internas.

(10) **Cotillón:** Esta palabra, en francés, tiene muchas otras acepciones que en castellano no tiene; pues, además del baile de



figuras, hay también frases como éstas: **il aime le cotillon**: le gustan las criadas; **l' influence du cotillon**: la influencia de las faldas para obtener un empleo por la mediación de una mujer. En Francia, en el siglo XVIII se llamaban generales de cotillon a aquellos que conseguían sus grados por la influencia de las queridas del rey.

(11) **Matelot d' arriére**: buque marinerero, el que acompaña y sigue por la popa al comandante para socorrerlo. **Matelot d' avant**: buque que en una línea de escuadra acompaña y precede inmediatamente al buque almirante.

(12) **La pouillouse** es una vela grande de estay, de forma triangular, que no se iza sino cuando hay mal tiempo. Este nombre de **pouillouse o pouillousse** se le ha dado porque, por su posición, está siempre sucia con el humo de la cocina. Parece, como que la etimología de esa palabra en francés es sucia o piojosa.

(13) **Bautismo tropical o ecuatorial**: El origen de esta ceremonia burlesca es muy oscuro; desde el siglo XVI los marinos franceses creaban **caballeros de la mar** a aquellos compañeros suyos o pasajeros que cruzaban por primera vez en el buque, bajo la línea ecuatorial o por los trópicos. De ahí seguía una ceremonia religiosa acompañada de fiestas y regocijos; con el tiempo el elemento religioso se eliminó y sólo quedó una ceremonia completamente carnavalesca que consistía en disfraces, comidas, bailes, brindis, etc. Esta costumbre ha ido desapareciendo casi por completo.

(14) ¡Creemos que es un error: el río Yaque del Norte nunca se llamó **Yain**; probablemente el autor confundió el nombre con el del río Jaina. Hay, además de los cuatro ríos que menciona el autor, muchos otros importantísimos y centenares de riachuelos y arroyos que riegan todo el territorio.

(15) **Créte-a-Pierrot**: (La cumbre de Pierrot). Pierrot, personaje de la antigua comedia italiana que pasó al teatro francés y era en las pantomimas un personaje vestido de blanco y con el rostro lleno de harina; después los llamaron **payasos**.

(16) Algunos autores dicen que Leclerc murió en la Tortuga, pero eso es un error; él enfermó en la misma ciudad del Cabo y en ella murió. (Véase: "Recuerdos Históricas de Gui-Joseph- Bonnet, pág. 115. Véase Historia de Haití por Tomás Madiou, tomo 2º página 348). El general Leclerc, a la una de la madrugada del día 1º de noviembre de 1802, murió en los brazos del coronel Rachelu, jefe de ingenieros del ejército, y del Dr. Peyre. Hay un autor, el Sr. Castonnet des Fosse, en su libro **La Revolution de St Domingue** en la página 334, dice hablando de Leclerc: "el expiró en la noche del 1º al 2 de noviembre" y agrega: "sucumbió a un ataque de cólera"; pero ya eso ha quedado perfectamente esclarecido por testigos presenciales del acontecimiento: Leclerc murió en la madrugada del **primero** de noviembre de 1802, de fiebre amarilla. En esos días no había cólera en Haití.



(17) Hay que advertir que el Rochambeau que figura como sucesor de Leclerc no es el conde de Rochambeau (Jean Baptiste Donatien de Vimeur, mariscal de Francia nacido en Vendome en 1725 y que ayudó a los americanos en su guerra de Independencia y acompañó a Wáshington a hacer capitular a Cornwallis en York-Town. El sucesor de Leclerc fué un hijo del precedente, llamado Donatien Marie Joseph de Vimeur, vizconde de Rochambeau, general francés que nació en 1750. Acompañó a su padre en la guerra de Independencia americana en 1780; fué Mariscal de Campo en 1791; obtuvo el mando de las islas francesas de Sotavento. En 1802 tomó parte en la expedición de Leclerc a Santo Domingo, y a la muerte de éste, lo sucedió en el mando y por sus crueldades ocasionó una sublevación general de los negros; entre otras crueldades estableció los **ahogamientos** de los insurrectos haitianos. Después de su capitulación con los ingleses en 1803 fué llevado prisionero a Inglaterra. Fué canjeado y en 1811 volvió a entrar en el servicio y murió en la batalla de Leipzig.

(18) **Comodoro** palabra inglesa que es una corruptela de **comandante**.— Título que equivale al de **Jefe de división** y que se da en Inglaterra y en América a los Capitanes de buques que van en comisión. En Holanda, capitán comandante temporalmente de una división naval.— Capitán de navío.

(19) **Anegadas, anegamientos, ahogamientos**: es la acción de ahogar a muchas personas a la vez, como ocurrió en Nantes en 1793, por orden del convencional y representante de la República Francesa Juan Bta. Carrier, quien deshonoró la revolución cometiendo execrables crueldades y ordenando entre otras cosas los **ahogamientos o anegamientos** en el río Loira. Carrier fué uno de los políticos franceses más cobardes y al mismo tiempo más crueles. En tres meses que pasó en Nantes en 1793 adquirió una asquerosa reputación de cobardía y de crueldad, pues el pasatiempo ordinario a que se dedicaba era ordenar prisiones arbitrarias, fusilamientos, ahogamientos, libertinajes y otros excesos. Por fin Robespierre, espantado con los crímenes de Carrier, los destituyó. El tribunal revolucionario de Nantes lo condenó a muerte y fué guillotinado en París, en 1794.

(20) Por lo que aquí nos cuenta Delafosse y que lo han dicho también muchos otros autores franceses y de otras nacionalidades, se verá que fueron Rochambeau y algunos subordinados suyos los que dieron a los negros de Haití el ejemplo de semejantes crueldades; por eso lo que decimos en la nota anterior no tiene nada de exagerado; por el contrario, es una parte infinitamente pequeña de lo que dicen G. Lenotre en su obra **Los Verdugos de Nantes** y varios otros autores que sería largo enumerar.

(21) **Color moreno**: Entre nosotros se ha equivocado siempre lo que es **color moreno** y **color trigueño**. El **moreno** se le aplica siempre a la persona de **color negro**, como para dulcificar un poco la palabra; pero lo que verdaderamente significa es el color siempre con pelo lacio, negro o castaño. **Trigueño** llamamos a los



de color **indio**; pero **trigueño** es el de color de **trigo**, entre **moreno** y **rubio**. **Rubio** de color blanco y pelo claro semejante al color del oro.

(22) **Vaudeville**: (de origen francés) Primitivamente canción alegre; al principio báquica, después satírica y maliciosa. Más tarde pieza de teatro con coplas. Pero hoy el verdadero **vaudeville** ha desaparecido, aunque sigue llamándose así a toda comedia ligera, alegre, con las intrigas hábilmente preparadas, pero sin ninguna pretensión psicológica ni moral, en la que el papel de un cómico un poco facticio y grueso ocupa lugar más importante que los verdaderos caracteres.

(23) **Vaudon**: Esta palabra es la que usan en la costa de África en vez de **vaudoux**. Según los negros Arada, que conservan en la colonia el culto más puro del **vaudoux** y que perpetúan sus ritos y sus principios, la palabra **vaudoux** significa **un ser sobrenatural y todo poderoso** que dirige y ordena todos los acontecimientos que ocurren en el mundo. Ese ser es la **serpiente no venenosa** y es bajo sus auspicios que se celebran las asambleas de aquellos que profesan sus doctrinas. Véase "Haiti ou la République Noire" por Sir Spenser St John. (1886). **Barbab** cuenta, según cita Spenser St John, que el alimento habitual de los naturales del reino de Ansiko, en la costa occidental de África, es la carne humana, de tal manera que sus mercados están provistos de ella, así como en Europa lo son de carne de carneros y de bueyes. Todos los prisioneros de guerra, a menos que se pueda sacar de ellos un partido más ventajoso dejándoles la vida, se ponen a **engordar** para ser vendidos a los carniceros que detallan su carne. Lo que hay de más espantoso es que el padre no vacila en comerse a su hijo, ni el hijo en comerse a su padre o a su hermanos. Cualquiera que sea la clase de muerte, aunque sea una enfermedad contagiosa, la carne del difunto es devorada como si fuera un alimento exquisito. Otros autores, al hablar del **vaudoux**, dicen: secta originaria del África; no se puede precisar la época de su introducción en Haití, pero fué traída de **Aradas** o **Ardrah**; nación de la costa de **Benin**, entre los cursos inferiores de los ríos Ouellon y Dou. El verdadero objeto de los **vaudoux** es el interés, la avaricia y la venganza. Tienen conocimientos profundos de algunas plantas, la mayor parte de ellas desconocidas de los mismos sabios y fabrican con gran habilidad perfumes y venenos parecidos y hasta peores que los de los Borgia, cuyos efectos son espantosos: unos matan lentamente, otros como el rayo. La palabra **vaudoux**, según M. A. Bonneau, viene según parece de la palabra **dou** que significa **país**, en varios lugares de la costa occidental del África y de la palabra **sau** que quiere decir **serpiente**; de modo que **vaudoux** es una composición de **sau-dou**, **serpiente del país**, **serpiente del país natal**. En Haití, la palabra **vaudoux** es a la vez, el nombre de la institución, de los adeptos y de la divinidad que ellos adoran. El gobierno haitiano los ha perseguido muchas veces; Toussaint Louverture los acosó mucho; Dessalines los persiguió también como bestias feroces y los asesinaba despiadadamente cuan-



do podía cogerlos. En febrero de 1864 hubo una causa ruidosa con motivo de un crimen espantoso cometido y seguido de antropofagia; los acusados eran Juana Pellé, Floreal Apollon, Pedro Andrés (a) Pellé Congó, Guerier Farncois, Julian Nicolás, Nere-nie Francois, Roseide Sumera y Bayard Prosper. Todos fueron condenados a muerte y ejecutados. Véase también "Les Vaudoux por Gustave Aimar — 1885.

(24) **Cayo Muoio Escévola**: Célebre patriota romano, quien con objeto de salvar a Roma sitiada por Porsena, rey de los etruscos, se fué al campo enemigo e hirió al secretario del rey, equivocán-dolo con éste. Llevado a la presencia del rey, quemó su mano de-recha, para castigarla por haber errado el golpe asestado contra Porsena, e hizo creer a éste en la existencia de un complot para matarlo. Atemorizado el monarca, dejólo en libertad y pidió la paz. Desde entonces se le llamó **Scaevola**, es decir el **zurdo**.

(25) Dos L. L. entrelazadas, formaban el monograma de Luis XIV y después el de Luis XV. En las monedas francesas signifi-caban Luis; una L coronada se ve en las monedas de Luis XIII.

(26) **Blockhous**. (Blocaos). Fortificación; obra defensiva, origi-nariamente improvisadas por medio de troncos de árboles escua-drados, barras de hierro, etc., que procuran prontamente un abri-go a prueba de las balas. Barracón, caseta o reducto de madera que se arma en el sitio que mejor convenga. Esta palabra viene del alemán **block**: pieza de madera y **huos**: casa.

(27) **Volquetets**: carro grande que se puede vaciar girando so-bre el eje y se usa mucho en las obras de explanación, derribos, etc., para transportar materiales o escombros.

(28) **Tomahawk**. Una especie de hacha de guerra, que usa-ban los indios **pieles rojas** americanos; originariamente fueron construídas de piedra y después de hierro. Esa palabra se escribe también **tomawak**, **tomahawe**, **tomawauk**, etc. Algunas personas, impropriadamente, usan la palabra **macana**, pero ésta significa otra cosa.

(29) **Tívoli**. Lugar destinado a fiestas populares, a toda clase de distracciones, entretenimientos, bailes, juegos, etc. El nombre de Tívoli, parece que fué tomado de una ciudad de Italia (estados romanos) con alrededores lindísimos; fué célebre en la antigüe-dad, como campo favorito de los romanos. El nombre de Tívoli, pues, viene de **Tibour**, aventurero, fundador de esa ciudad, uno de los compañeros de Evandro, príncipe del Lacio, que acogió a Eneas y lo socorrió contra los Rótulos, según la Eneida. En mu-chos países han adoptado el nombre de **Tívoli** para los lugares de distracciones de todas clases, como el San Pauli de Hamburgo, el Coney Island de New York, las Kermeses de Holanda, etc. En Chicago hubo o hay un **Tívoli**.

(30) Esos insectos luminosos son los **cocuyos**, coleópteros de la América Tropical que despiden de noche una luz bastante vi-



va. En la isla de Santo Domingo son abundantísimos, muy particularmente en las plantaciones de cañas de azúcar, donde se encuentran de gran tamaño, y los cuales sirven también de adorno a muchas damas, en toda la isla.

(31) **Saltamontes:** Género de insectos ortópteros, pequeños, de color verde-amarillento, patas anteriores cortas y largas las posteriores, con las que pueden dar grandes saltos. Es una langosta que no forma bandadas.

(32) **Amarinar:** Tomar posesión de un buque después de haberlo obligado a arriar su pabellón. En seguida se le arma con hombres y oficiales del buque apresador y se trasborda todo o parte de la tripulación prisionera.

(33) El autor equivoca el nombre del fundador de la ciudad de Santo Domingo, al decir que fué Diego, hermano de Don Cristóbal Colón. El fundador de la **Nueva Isabela**, fué el Adelantado Don Bartolomé Colón, hermano del Descubridor. A esa misma ciudad de la Nueva Isabela se la llamaba también Santo Domingo, nombre que le dió Don Bartolomé en memoria de su padre que se llamaba Domingo. Este último nombre fué el que prevaleció. La ciudad estaba construída en la margen oriental de la boca del río Ozama. La ciudad destruída por un huracán en julio de 1502, fué trasladada a la margen derecha, donde hoy se encuentra, por el Comendador Don Nicolás de Ovando.

(34) **Ferrand.** Los datos que tenemos relativos a este general son los siguientes: no se llamaba **Juan Luis**, (como dice el autor) sino **Maria Luis** y nació el 13 de diciembre de 1753 y no en 1766. Combatió a las órdenes de Rochambeau, padre, en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos de América. Durante la época del Terror en Francia fué hecho preso por suponerlo partidario de La Fayette y cuando lo pusieron en libertad recibió el mando de una brigada. Acompañó a Leclerc a Santo Domingo y después de la muerte de éste, fué encargado del gobierno de la parte entonces francesa, y antes española de la isla (1804). Sitiado por Dessalines en 1805 logró rechazar aquella fiera hasta sus madrigueras de occidente. Cuando la guerra de la Reconquista, encabezada por Sánchez Ramírez, en la batalla de Palo Hincado, Ferrand, completamente derrotado por los dominicanos y después de haber visto morir a su lado a todo su ejército, se suicidó de un pistoletazo, el día 7 de noviembre de 1808, a orillas de la quebrada Guaquía. (Véase "**La Frontera Dominico-Haitiana**" por C. Armando Rodríguez, pág. 473 nota). Véase el **Diario Histórico** (Guerra Dominico-Francesa de 1808) por Gilbert Guillermin, traducido del francés por C. Armando Rodríguez; págs. 62 al 65. Véase el Diario de Don Juan Sánchez Ramírez sobre la reconquista de la Parte Española de Santo Domingo, en la Historia de Santo Domingo por Don Antonio del Monte y Tejada, tomo 3 página 245 a 273; José Gabriel García. Compendio de la Hist. de Santo Domingo, tomo 1º página 357. Bernardo Pichardo: Resumen de Hist. Patria de la República Dominicana, pág. 62.



(35) **Estrellas: (Redan-redent)** redientes, Fortificación. Obra abierta en la **gola** y compuesta de dos lados o caras de igual longitud formando un ángulo saliente. Los redientes se presentan en la forma de un ángulo más o menos abierto, pero, por lo menos de 60°; cuyo vértice está hacia el enemigo y los lados del cual pueden ser simplemente rectilíneos o presentar flancos formados por la adición de una especie de segundo **rediente**, pegado al primero. **Gola** es la entrada desde la plaza al baluarte.

(36) **Tapia:** del alemán **tappen**. Cualquiera de los trozos de pared hechos de una vez, con tierra, cal, arena y barro, amasados y apisonados en un cajón u horma preparado expresamente para eso.

(37) Al **jabillo** o **jabilla** le llaman en francés **sablier** (es decir **salvadera** o **arenillero**). La palabra **sablier** viene de un diminutivo latino **sabulum**, arena, porque las cáscaras de sus frutos servían para preparar salvaderas o arenilleros. El jabillo es un árbol euforbiáceo de las regiones tropicales de América; es alto, ramoso, con hojas alternas, flores monóicas y fruto en cápsula, que se abre con ruido; A la semilla preparada convenientemente le llamaban **salvadera**, porque era salvado lo que se usaba para secar la tinta de los escritos; después se usó arenilla y de ahí el segundo nombre de **arenillero**.

(38) Ese polvorín es hoy una propiedad particular y pertenece al Lic. Julio Ortega Frier.

(39) El autor, al hablar del castillo de Cristóbal Colón, lo confunde con la casa, alcázar o castillo del Almirante Don Diego Colón su hijo, que está frente al río Ozama. Cristóbal Colón nunca tuvo aquí, ni en ninguna otra parte, casa fuerte ni alcázar de ningún género. Sólo tuvo su tumba aquí, y aún la tiene, en la Catedral de Santo Domingo.

(40) **Espaldón.** Trinchera o masa de tierra acumulada para proteger las piezas de artillería y los sirvientes de una batería. El espesor del espaldón varía entre 7 y 9 metros para las baterías de sitio, las únicas que en principio necesitan un espaldón propiamente dicho. Para defender las baterías de campaña se establecen espaldones **rápidos** de los que existe un tipo normal, que los sirvientes de cada pieza pueden levantar en una hora con los instrumentos que llevan, pero que no tienen más que dos metros de espesor; y un tipo **reforzado** cuyo espesor alcanza cinco metros, pero que necesita seis o siete horas de trabajo. Estos atrincheramientos no protegen sino contra las balas de fusil pero hoy son insuficientes contra los fusiles modernos. **Sirviente** es el artillero que sirve una pieza, es decir que la carga, la apunta, la dispara, etc., por oposición al conductor, que simplemente la conduce.

(41) Véase en el **Diario Histórico** de la guerra dominico-francesa de 1808 por Gilberto Guillermin, traducido en 1938 por C. Armando Rodríguez, la lista del precio de los comestibles en



Santo Domingo durante el último sitio de esta ciudad. Apéndice páginas XLV y XLVI.

(42) **Cuarterón:** el mestizo que nace de un blanco y una mulata o viceversa; también le llaman así al americano hijo de mestizo y europeo o de europeo y mestiza. Quinterón: hijo de cuarterón y blanca o viceversa.

(43) **Masséna:** (Andrés) duque de Rívoli, príncipe de Essling, mariscal de Francia. Nació en Niza en 1756 y murió en París en 1810. Por sus heroicas campañas mereció que Napoleón le diera el sobrenombre de **Hijo querido de la Victoria**. En febrero de 1800 Masséna fué sitiado en Génova por los austriacos. Su heroica resistencia durante cuatro meses preparó la victoria de Marengo.

(44) Aunque el autor dice **en cuclillas** creemos que debió decir **de rodillas** o **hincadas de rodillas**, pues así es como acostumbran nuestras mujeres a colocarse en los actos religiosos.

(45) **La Sainte Prepuce.** Como el autor aquí, trata de ridiculizar las costumbres religiosas de los habitantes de la parte española de Santo Domingo, vamos a recordar lo que presenciamos en Francia, allá por los años 1904 o 1906, (en pleno siglo XX).

Se estaban preparando los inventarios de los bienes de las iglesias y resultó que, en tres templos católicos distintos, se encontraron tres **Santas reliquias** que se exhibían al público, como que habían sido conservadas como recuerdos del mismo niño Jesús, cuando fué circuncidado.

Nos referimos a la **Sainte Prepuce**. (El Santo Prepucio).

Nuestros lectores juzgarán ahora si hay mucha diferencia entre las costumbres religiosas de Santo Domingo a fines del siglo XVIII o a principio del XIX y las costumbres religiosas de Francia en pleno siglo XX. Respecto de la circuncisión diremos: Muchos sabios interpretadores de las sagradas escrituras han pensado que Jesús había sido circuncidado en Belén por el mismo San José. Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿qué autor; qué libro asegura que San José guardara esa Santa Reliquia, y que de mano en mano llegara a Francia y allí se dividiera en tres partes para exhibirlas en tres templos distintos? Qué lástima que el Historiador Delafosse, tan verídico siempre, no existiera todavía para contestarnos esa preguntita!

(46) **Gongom, tamtam, batitntin.** Especie de campana china, muy sonora.

(47) **Corveas.** Ya algunos escritores modernos han empleado la palabra **corvea**, adaptación del francés, y nosotros hacemos lo mismo por no encontrar en castellano otra palabra más apropiada para significar el trabajo ordenado a varias personas al mismo tiempo. En el antiguo feudalismo se llamaban así a los días de trabajo gratuito que los siervos y los paisanos debían a su señor. En el arte militar, significa trabajo al cual se obliga alternativamente a los soldados para dar satisfacción a las necesi-



dades generales de la existencia militar, y así se dice: **corvea de víveres, de agua, de limpieza**, etc.

(48) **Bichero**: Asta de madera que termina en una pieza de hierro con punta y gancho que sirve para atracar y desatracar los botes.

(49) **Cuter**: palabra inglesa **cutter**, aplicada a un buque de un sólo palo, parecido a la **balandra española**. Frecuentemente se escribe **cotre**.

(50) El cartucho de cañón de artillería se llama en francés **gargousse**; probablemente esa palabra, mal pronunciada ha dado **garbuzo**, que es como el pueblo dominicano ha llamado siempre a esa clase de cartucho, que es un cilindro de papel o lienzo que contiene la pólvora y municiones correspondientes a cada tiro. Esa palabra quedó aquí desde la ocupación francesa o desde la ocupación haitiana.

(51) **Anca**: Marina. La parte exterior y convexa que forma el casco de la embarcación, a cada lado del **codaste**, debajo de la bovedilla, y que corresponde a las cabezas del yugo principal. **Codaste** es el madero grueso y vertical a la quilla que limita la parte posterior del buque y sostiene el timón y la armazón de la popa. Se dice **anca** de barlovento y **anca** de sotavento. También se dice **aletas de popa**.

(52) **Presse** se llama en francés a la leva o reclutamiento forzado de gente para el mar, que se practicaba en otro tiempo en Francia y que fué suprimida por Colbert.

(53) **Manga de aire**, manguera, tubo o chimenea de ventilación es una manga de lona sin embrear que sirve para renovar el aire en un buque.

(54) **Carillón**: instrumento con varias campanillas de timbres diversos, colocadas de modo que puedan sonar al mismo tiempo. Esa palabra viene del bajo latín **quadrilio**, cuartenario, porque los carillones primitivos eran de cuatro campanillas solamente.

(55) **Regina**: El autor se refiere aquí a la iglesia de **Regina Angelorum** (Reina de los Angeles) y no **Santa Regina**. Ignoramos si en aquel tiempo se le llamó así. Regina Angelorum está situado en la calle Padre Billini actual, frente a la José Reyes, mirando al Norte. Algunas líneas más adelante Delafosse asegura y creemos que es la pura verdad, que la estatua de piedra que estaba en un nicho sobre el frontispicio fué reemplazada por la palabra **Teatro**. Por lo tanto es una pura fantasía el episodio **El Santo** y **la Colmena** que nos trae Don César Nicolás Penson en su interesantísimo libro **Cosas Añejas**. En el tal episodio se cuenta que en el año 1822, un **mañé** (haitiano) al querer coger o castrar una colmena que se había formado detrás del santo de piedra que ocupaba el nicho de sobre la portada de Regina, se desorendió el santo y junto con el profanador cayó a la calle quedando éste muerto y el santo hecho añicos. Pero en lo que nos cuenta Dela-



fosse, se ve que en el año 1822 no podía existir esa estatua de piedra en ese lugar, puesto que, cuando ese templo se convirtió en teatro, dicha estatua desapareció y fué sustituida por un letrero que decía **Teatro**. Véase Emilio Rodríguez Demorizi, en su discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia, **Vicisitudes de la Lengua Española en Santo Domingo** (1934) pág. 13.

(56) Véase el compendio de Historia de Santo Domingo por José Gabriel García, tomo 1º pág. 324 a 326. En tiempos de la dominación francesa en la parte española de la isla de Santo Domingo, se pretendió llamarle **Puerto Napoleón**, nombre que le dió el general Ferrand en 1804; pero esa idea no prosperó y siempre siguió llamándose con el nombre que hasta la fecha se le conoce. Véase Geografía de la Isla de Santo Domingo por C. Armando Rodríguez, pág. 257.

(57) Los seis nombres de rios dados por el autor, con excepción de **Yuna**, han cambiado ya. Hoy conocemos Arroyo Prieto, Santa Capuza, Salado, Barril, Barraquito, y otros.

(58) **Quiberón**. Península de la costa occidental de Francia, en el departamento de Morbihan. Puerto de Francia situado en esa misma península cerca de Lorient. Allí fueron hechos prisioneros por el general Hoche y fusilados, cerca de la Cartuja de Auray, en 1795, setecientos once emigrados, desembarcados por los ingleses.

(59) Véase **La Frontera Dominico Haitiana** por C. Armando Rodríguez pág. 457, nota 1ª.

(60) El lugar a que se refiere el autor se llama **Palo Hincado** y no Palo Inclinado. Allí fué donde se libró la primera batalla contra Ferrand, muy cerca del Seibo y donde Don Juan Sánchez Ramírez se dirigió a su tropa en esta forma: "**Soldados: pena de la vida al que volviere la cara atrás; pena de la vida al tambor que tocare retirada; y pena de la vida al oficial que lo mandara aunque fuere yo mismo**". Perdida esa batalla por los franceses, el general Ferrand, a orillas del arroyo Guaquí se suicidó de un pistoletazo. Véase: "La Frontera Domínico-Haitiana" por C. Armando Rodríguez, págs. 472 y 473; Bernardo Pichardo: Resumen de Historia Patria. pág. 62.

José Gabriel García: Historia de Santo Domingo, tomo 1º pág. 357.

(61) **Ajoupa**: choza hecha con estacas y cubierta con ramajes.

(62) **Farniente**: palabra italiana formada de **far** hacer y **niente** nada. Ociosidad voluptuosa, agradable. Reposo completo de los órganos del cuerpo y de las facultades del alma; holgazanería.

(63) **Baskirs o Bachkirs**. Pueblo de origen mongol que habita en los confines de Europa y Asia, sobre todo en los gobiernos rusos de Ohemburgo y Ufa. Se bañan muy poco y son de una suciedad repugnante. Forman excelentes regimientos de caballería ligera.



(64) **Polibio**: Historiador y general griego que nació en Megalópolis, en Arcadia, entre 210 y 205 antes de Cristo y murió en 125. Fué autor de una **Historia general** de su tiempo, que era un modelo de narración seria y nutrida, de la que sólo se conservan enteros cinco libros y que es una de las obras más profundas de la antigüedad. Mandó la caballería de la Liga Agnea y acompañó a Escipión en su campaña contra Cartago. Varias ciudades le levantaron estatuas por gratitud, y murió de 82 años de una caída de caballo.

(65) **Course au Clocher** es la carrera desenfadada y que se hace tomando por objeto un punto lejano, hacia el cual se dirige uno en línea recta, a pesar de los obstáculos que puedan presentarse.

(66) **Dormán** (del croata dolmán). Primitivamente era parte del vestido de los esclavos turcos; después parte del uniforme de los húsares húngaros adoptado en Francia; consiste en una chaqueta con adornos de alamares y vueltas de piel. Se lleva suelto sobre el hombro izquierdo. Aunque algunos diccionarios dan también la forma **dolmán**, la Academia Española sólo acepta la forma **dormán**.

(67) **Canana**: es un cinto de cuero o lona con tubos o presillas para llevar cartuchos. En la República Dominicana dan, impropriamente el nombre de **canana** a la funda o estuche de cuero donde se guarda la pistola o el revólver y que se sostiene en un cinturón. Al estuche de cuero que se usa para llevar esas armas y que suele colocarse en el arzón de la silla de montar se le llama **pistolera**.

(68) **Cótes-de-fer**. Costas escarpadas y perpendiculares. Muchos las llaman **costas-bravas**.

(69) El llamado río **La Romana** no es tal río, sino un estuario o abra profunda que se interna en la tierra como seis kilómetros y en cuyo fondo, en el lugar llamado **El Salto** le entra, despeñándose, un arroyo sin importancia, llamado **Yerba-Buena**. El río **Cucumaya** a que se refiere el autor, debe ser el estuario o abra de **Cumayasa**, en cuyo fondo desemboca el arroyo **Hondo**. Antes del río Macorís, hay otro, bastante caudaloso llamado **El Socó**, que no lo menciona el autor. (Véase Geografía de la Isla de Santo Domingo, 1915 página 390) por C. Armando Rodríguez.

(70) El cadáver de Ferrand fué decapitado por el Ayudante don Pedro Santana, que lo perseguía de cerca y la cabeza fué llevada como trofeo al campamento de Don Juan Sánchez Ramírez, pero no a la isla de Puerto Rico como, por una mala información, dice el casi siempre verídico autor, ingeniero Lemonnier DeLafosse.

(71) **Artajerjes II**, llamado **Mnemón**, por su prodigiosa memoria, rey de Persia de 405 a 361 antes de Cristo, había sido designado por su padre para sucederle, aunque nacido en una época en



que Darío no era rey. Al subir al trono dejó su nombre de Arsaces para tomar el de Artajerjes. Se acusó a su hermano **Ciro el joven** de haber conspirado contra él; iba a ser condenado a muerte, cuando su madre obtuvo su perdón y le hizo conservar su mando en las provincias donde había sido nombrado por su padre. Algún tiempo después, **Ciro** reunió tropas indígenas y mercenarios griegos (entre los cuales estaba Jenofonte) y marchó contra Artajerjes, quien lo venció en Cunaxa (401) donde **Ciro** murió.

(72) Al tratar el autor de **don Sánchez** quiere referirse a Don Juan Sánchez Ramírez, distinguido cotuisano, jefe del movimiento antifrancés que se llamó movimiento de la Reconquista. Sánchez Ramírez fué elegido general en jefe y después de la batalla de Palo Hincado sitió a Santo Domingo y ayudado por los ingleses, sometió a los franceses y entró en la capital el once de julio de 1809 y se enarboló en la Torre del Homenaje la bandera de Castilla. Entonces empezó la era que se dió en llamar de "España Boba". Don Juan Sánchez Ramírez murió el once de febrero de 1811 y fué sepultado en una bóveda de la Catedral de Santo Domingo. (Véase **La Frontera Dominico-Haitiana** por C. Armando Rodríguez, pág. 472 y 473, nota. Biografía de D. Juan Sánchez Ramírez.

(73) **El general X** a quien se refiere Delafosse, que quedó hecho cargo del gobierno al ausentarse Ferrand fué Dubarquier Véase el Compendio de la Historia de Santo Domingo por José Gabriel García, (1894), tomo 1º, Cuarta Parte, capítulo II pág. 251 y siguientes. Historia de Santo Domingo por Ant. Del Monte y Tejada (1890) Tomo 3º Capítulo XVI pág. 214 y siguientes. Véase la Frontera Dominico-Haitiana por C. Armando Rodríguez, Biografías de Don Juan Sánchez Ramírez y de Marie Louis Ferrand, páginas 472 y 473 (notas).

(74) **Carronada**, del inglés **carronade**. Pieza de artillería antigua, de bronce, empleada a bordo de los buques y así llamada, por el nombre de su inventor, Carrión, un escocés, que en 1775 imaginó ese género de cañones cortos y gruesos cuya cureña va montada sobre correderas. Ya no se usan.

(75) **Obus**: pieza de artillería a modo de cañón corto y de grueso calibre que se emplea para arrojar granadas. Mucha gente llama también **obús** a la granada que se dispara en esa clase de cañones. Pero en francés **obús** es el proyectil explosivo y **obusier** el cañón para disparar las bombas y granadas. En castellano no tenemos la palabra **obusero**, pero sí **obusera**, que es la lancha armadas de **obuses** o cañones para disparar granadas. **El mortero** es la pieza de artillería de gran calibre y poca longitud destinada a proyectar bombas por elevación.

(76) **Caballero**. Fortificación. Obra alta de fortificación para colocar artillería. **El caballero** se prepara en forma de trinchera y se construye sobre las cortinas en el interior de los bastiones para batir los pliegues del terreno que no pueden verse desde las



otras fortificaciones. **Caballero de trinchera.** Macisos de tierra, o formados también con gaviones establecidos en las extremidades de las ramas de la T y bastante elevados para que buenos tiradores, colocados en su parte más alta, puedan ver bien el camino cubierto y el interior de las plazas de armas de los sitiados, a fin de arrojar de ellas a sus defensores. Te es el nombre dado en fortificación a los barrenos que se hacen en una mina en figura de una T para volar una fortificación.

(77) En la República Dominicana a los merodeos se les ha llamado siempre **maroteo** y de ahí salen **marota** y **marotear**. No nos atrevemos a asegurar que sea un dominicanismo, pero el Lic. Manuel A. Patín Maceo, en su importante obra *Dominicanismos* (1940) lo señala como tal. Véase el libro citado página 112. Pero ya escrito esto nos encontramos con que en Venezuela se usa **marotear** y **maroteado**, aunque con otro significado, según lo usa Rómulo Gallego, en su libro *Doña Bárbara* Editorial Araluze, Barcelona, página 87, (1929) Me aseguran también que en otros países sudamericanos usan las palabras **marotear** y **maroteo** con el mismo sentido que aquí. De todos modos, parece que de las palabras francesas **maraude**, **marauder**, corrompidas, se han formado **maroteo**, **marotear**, etc.,

(78) **Franco-Franco-tirador.** Soldado que sin formar parte del ejército regular, recibe una comisión cuya duración es por todo el tiempo de la guerra. **Compañía franca**, la compuesta por **franco-tiradores**.

(79) **Grifo.** Los franceses llaman así al individuo hijo de una negra y de una persona mulata o descendiente de los antiguos habitantes de las islas caribes. En las notas 20 y 40 hemos dado ya mayores detalles sobre las diferentes clases de mestizos que produce la mezcla de blancos y negros y los diversos nombres que reciben.

(80) **Goyaka:** Creemos que el autor se refiere a la **guáyiga**, muy abundante en esta isla y de la cual se extrae un almidón con el cual se prepara un engrudo claro para engomar la ropa blanca que se lava y otro engrudo espeso para usarse como si fuera cola de pegar. El Señor **Gilbert Guillermin**, en su *Diario Histórico de la Revolución de la Parte del Este de Santo Domingo*, nota 56, dá noticias extensas sobre la **guáyiga**. Véase la traducción hecha de esa obra por el Lic. C. Armando Rodríguez (1938) página XXXII del Apéndice, al fin del libro. Podemos agregar que nuestra **guáyiga** es una **cicadacea**, es la **zamia media**, cuyo eje contiene una fécula abundante y muy nutritiva, que de ningún modo puede ser venenosa. Probablemente las personas a que se refiere Delafosse morían de alguna otra enfermedad ocasionada por la miseria, mala alimentación, etc. Actualmente en Santo Domingo se usa el almidón de guáyiga para fabricar ojaldres, rosquetes, panecillos y cholas, cosas que nunca son venenosas.

(81) **Queso de cabeza de puerco o queso de puerco.** Se prepara con carne de cerdo, fresca, picada y guisada de cierto modo;



y a la que ordinariamente se le da la forma de un queso, y esa forma es la que le ha dado el nombre.

(82) **Guardia-montante:** Tropa que se une a su cuerpo para estar allí 24 horas de servicio; es lo mismo que **guardia entrante**. **Guardia descendente** es la tropa que deja su cuerpo de guardia, después de 24 horas de servicio.

(83) **Coqueluche** es un galicismo que significa tos ferina. Pero en este caso hemos dejado la palabra, por que quiere decir **estar en boga o tener mucho partido** entre los soldados. **Coqueluche** en la edad media significaba un adorno, bonete o gorro que cubre la cabeza y solamente deja la cara descubierta. De esa palabra se deriva la expresión corriente del siglo XVII, en Francia: ser la **coqueluche** de alguien, porque la persona estaba enamorada de otra, etc.

(84) **Parábola** es la curva que describe un proyectil lanzado por un arma de fuego desde el momento en que deja el arma que lo dispara hasta aquel en que choca con el punto de mira o con el suelo u otro objeto cualquiera.

(85) **Glacis.** Palabra tomada del francés; esplanada; terreno en pendiente suave, preparado frente a una fortificación y por la cual se unen las desigualdades de nivel del camino con el resto del terreno.

(86) Para poder apreciar mejor quien era el general Don Juan Sánchez Ramírez, véase su biografía en el folleto tantas veces citado **La Frontera Dominico-Haitiana** por C. Armando Rodríguez, página 472.

(87) **Polichinela.** Expresamente ponemos esta nota para tratar de destruir un error en que a menudo incurren muchos, aún algunos diccionarios, al asegurar que el Polichinela es un personaje de las farsas napolitanas, etc. Nuestra información es completamente distinta. El **polichinela** es un personaje esencialmente francés, cuya aparición en el teatro de los titiriteros se hace remontar a los tiempos de Enrique IV. Que descienda o no del Maccus latino de las atelanas o sainetes, en las que tiene dos jorobas y la larga nariz torcida; que sea o no la caricatura de los señores bearneses o del capitán español, **Polichinela**, era popular en París desde tiempo de la Fronda, cuando aún el personaje no existía en ninguna de las compañías italianas llegadas a Francia después de Carlos IX. El personaje representado por Polichinela era jorobado por delante y por detrás.

(88) **Pertuis d' Antioche** Estrecho en la costa occidental de Francia entre las islas de Re y de Oleron. El 15 de julio de 1815 Napoleón se dirigió a ese estrecho a bordo del **Beleofonte** para pasar a Inglaterra. **Pertuis** significa **freo, paso, canal** y por eso al **Pertuis d' Antioche** le han llamado siempre en castellano Paso de Antioquía.



(89) **Floreal**. Octavo mes del calendario republicano francés que comenzaba el 20 de abril y terminaba el 20 de mayo. Los doce meses de ese calendario eran los siguientes, empezando por el primero: **Vendimiario**, que comenzaba el 22 de septiembre; **brumario** el 22 de octubre; **frimario** el 21 de noviembre; **nivoso** el 21 de diciembre; **pluvioso** el 20 de enero; **ventoso** el 19 de febrero; **germinal** el 21 de marzo; **floreal** el 20 de abril; **pradial** el 20 de mayo; **mesidor** el 19 de junio; **termidor** el 19 de julio y **fructidor** el 18 de agosto.

(90) **Razonador**. Nombre dado en a comedia antigua a los empleos o papeles de personajes serios, que discutían y moralizaban.

(91) **Utilidad**. Empleo de algunas personas que desempeñan papeles de cualquier género aunque de poca importancia.

(92) **Róles a manteau** (Papeles de capa). Significa lo que debe hacer un actor que representa un personaje importante, serio, de alguna edad. En francés se dice **roles a manteau** o simplemente **manteau**.

(93) **Bas comique**. Actor o cómico subalterno, cuyas chanzas o bromas están basadas en medios más o menos bajos y groseros; así como el **cónaico noble** es el que está inspirado en un gusto cultivado y fundado en bromas finas y delicadas.

(94) **Lubino**. Tipo de campesino de ópera cómica. Ese nombre viene de una pieza **Annette y Lubin**, en un acto y letra, que se ha atribuido a Madame Favard, música de Benjamín de la Borde (comedia italiana 15 de febrero 1762). Los nombres de **Annette y Lubin** han quedado como dos tipos en los amores campestres.

(95) **Foyer**. Es un galicismo, aceptado ya generalmente en términos de teatro con que se designa un salón común en los teatros, en el que se reúnen los espectadores durante los entreactos y sirve para pasear descansar y fumar.

(96) **Cuartel general**: Término que designa la reunión del estado mayor y de los personales diversos agregados a un mismo mando. Llámase también así al lugar donde se establece el Estado Mayor de un ejército.

(97) Este **capitán Guillermin**, que estaba de jefe en el fuerte de San Jerónimo es el mismo Gilberto Guillermin, autor del **Diario Histórico** de la guerra dominico-francesa del 1808, citado ya en nuestra nota 80.

(98) **Cuartelmaestre**. Oficial encargado del alojamiento, de los alimentos y de la contabilidad de un cuerpo de tropas y que forma parte del estado mayor. **Cuartelmaestre general**: oficial que al escoger los lugares para acampar trasmite las órdenes para moverse y vigila su ejecución.

(99) **Cuádruplo**: Así se llamaba en Francia una moneda que valía una doble **pistola** de España, que ya no está en curso. Pieza



de oro que se fabricaba en Francia en tiempos de Luis XIII, que valía 20 libras; la libra valía 20 sueldos; era lo mismo que el franco; pistola o doblón, moneda de oro; moneda imaginaria de Francia que valía 40 reales. Luis, moneda que empezó a llamarse así desde tiempos de Luis XIII y que entonces valía 38 reales. En el día es moneda de oro de 20 francos.

(100) Sila (Lucio Cornelio). Dictador romano; colega y luego rival de Mario; vencedor de Mitrídates y cónsul en el año 88 antes de J. C.; se convirtió en jefe del partido aristocrático y fué proclamado dictador perpetuo. Abdicó en 79 y murió al año siguiente. Nació en 136 antes de J. C.

(101) Ya en la nota 80 hemos dicho algo de la **guáyiga** y ahora agregamos que probablemente la raíz venenosa a que se refieren varios autores franceses, confundiéndola con la guáyiga es la **yuca amarga**, que es sumamente venenosa y ocasiona la muerte prontamente, tanto al hombre como a los animales. Sin embargo, la **yuca amarga**, sabiéndola preparar, sirve para fabricar el **casabe**, que suple al pan de trigo.





INDICES



INDICE DE NOMBRES

A

AIMAR (Gustavo), 251.
ALLIER, 158, 166, 236.
ANDRIEUX (Comandante ayu-
dante), 43.
ANDRES (Pedro), 251.
ANGLERIA (Pedro Mártir),
247.
ARMAND (Sol), 235.
ARMANDO (Señor), 201.
ARTAJERJES (II, Mnemón),
257, 258.
AUSENAC, 107, 113, 114, 148,
156, 171, 174, 176, 177, 181,
182, 186, 187, 189, 190, 191,
204, 232.

B

BALUE (Magón de la), 39, 40,
42, 44, 48, 52.
BAILLY, 126, 234.
BALLERANT, 142.
BARDIN, 184, 223, 225, 232.
BARQUIER, 227, 228, 232.

BARRE, 81, 142.

BATTEIMOURE (Comandante
ayudante), 43.

BATZALLE, 159, 162, 235.

BEAUCOTE, 233.

BEGON, 234.

BELAIR (Charles), 211.

BERGERET, 133.

BERTRAND (Comandante de
guerra), 43.

BEGUE, 56, 58, 59, 60.

BLAMPTE, 234.

BLANCHERANDE, 33.

BLIGH (Jhon), 80, 81.

BOIS SAINT LYS, 233.

BONAPARTE (Primer cónsul,
Napoleón), 61, 120, 160, 205,
209, 210, 211.

BONAPARTE (Jerónimo), 88.

BOCQUET, 155, 156, 158, 168,
233.

BONNET-GUI (Joseph), 248.

BONNEAU (M. A.), 250.



- BOUDET y QUINTIN, 43, 44. CLARIS (Hijo), 223, 225.
 BORDE (Benjamin de la), 26. CLESIE, 234.
 BOUSACO, 231. COLBERT (Alphonse), 43, 255.
 BOYER (Comandante ayudante), 43, 65. COKRANE (Lord), 129, 130, 132, 133, 136, 137, 141.
 BOYER (Jaques), 80, 81. COLON (Cristóbal), 152.
 BUISSERET, 223, 225, 234. COLON (Bartolomé), 152.
 CONGO (Pellé), 251.

C

- CAMBOULIES, 158, 165, 223, 225. CORVINUS, 58.
 CAMHACERES, 243. CRAWLEY, 82.
 CAMQUERY, 236. CUMBERLIN, 191.
 CAMBERLIN, 233. CUMBY (Comodoro), 171, 174, 178, 183, 193, 197, 227, 230.
 CANDEAU, 223, 225, 234. CH
 CAPDEBOSCQ, 233. CHASSERIAU, 233, 234.
 CARMICHAEL, 194, 197, 198, CHART, 235.
 199, 226, 230. CHATEAUBRIAND, 89.

D

- CARRIER, 249. DAMPIERRE (Comandante ayudante), 43, 219, 221.
 CARRIOT, 223, 225. DARAME, 236.
 CASALOT, 76, 234. DARBOIS (Comandante ayudante), 43.
 CASTLEREAGH, 226. DARNAUD, 182, 184, 223, 225, 233.
 CAYOL, 236. DAUBREMONT, 202, 234.
 CLAIRVAUZ, 24, 53. DAURE (General), 43, 84.
 CLAPAREDE (Comandante ayudante), 43. DEKER, 179, 201, 233.
 CLARIS (MADAME), 223, 225.
 CLARIS (Hija), 223, 225.



- DASTUGUE, 236.
- DELAUSSUS, 234.
- DELAVILLE, 234.
- DELESLANG, 223, 225, 235.
- DELOR, 233.
- DENMAN, 230.
- DEPLAMQUE (Capitán ayudante), 43.
- DESFOURNAUX (General), 43.
- DESILLE, 160, 164.
- DESSALINES, 24, 44, 79, 80, 101, 103, 109, 112, 114, 115, 120, 145, 211, 250, 252.
- DORNEMANS (Comandante ayudante), 43.
- DRUNEAU, 223, 225.
- DUBARQUIER, 258.
- DUBISY, 234.
- DUBNISSON, 234.
- DUMAS (Mathieu), 27, 35, 209, 210, 215, 221, 241.
- DUCHEMIN, 236.
- DUMONT (General), 57.
- DUPUIS, 234.
- DUVAL, 203.
- E
- EDERNE, 223, 225.
- ELLEVISION, 203.
- ESCEVOLA (Cayo Mucio), 68, 251.
- EVRARD, 204, 223, 225, 233.
- F
- FAYETTE (La), 252.
- FAVRE, 146, 156, 194, 234.
- FAVARD, 222.
- FAVARD (Madame), 261.
- FEDERICO (rey de Prusia), 38.
- FERNANDO VII, 146, 199.
- FERRAND (Juan Luis), 43, 79, 91, 93, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 105, 114, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 128, 131, 143, 145, 146, 147, 148, 159, 160, 162, 167, 169, 170, 171, 177, 180, 182, 200, 205, 232, 233, 237, 237, 243, 247, 257, 258.
- FERRIER (Miguel), 98, 174, 233.
- FOEDON, 61, 62, 63.
- FORTIER, 236.
- FOURRIER, 234.
- FOSSE (Castronnet), 248.
- FRANCO (Don), 153, 168, 197.
- FRANCOIS (Nerenie), 251.
- FRANCOIS (Guerier), 25.
- FROIDEVEAUX, 234, 236.



FUNEL, 223, 225, 235.

FUNEL (Hijo), 223, 225.

G

GAGNEAUX, 142.

GALLEGOS, (Rómulo), 259.

GANTHEAUME (Contralmirante), 17.

GARCIA (José Gabriel), 12, 252, 256, 258.

GARCIA (Señor), 209.

GAY (Madme Sophie), 203.

GARNERY, 142.

GIBERT, 192.

GOGUET (Subinspector de revista), 43, 172, 234.

GOLIS, 237.

GONZALEZ, 197.

GUGUET, 236.

GRAVINA (Contralmirante), 15, 16.

GUILLERMIN (Gilberto), 11, 229, 233, 252, 253, 259, 261.

H

HEBICOURT, 211.

HUET, 193, 234.

HUGO (Víctor), 86.

HUMBERT, 44.

HORSFOR, 228, 229.

J

JONHSON, 92.

JOSEFINA, 221.

JUBELIN, 234.

K

KEREUERSEAU (General), 43, 44, 97, 98, 99, 100, 117.

L

LACAMUS (Comandante ayudante), 43.

LACASE, 234

LACROIX (Pomphile), 19, 43, 221, 235, 236.

LACROIX (un joven), 97, 98, 99.

LACOSTE, 234.

LACHATRE (de), 48, 49.

LAFAILLE, 234, 236.

LAFITTON, 236.

LAFITON, 174.

LAMARCHE, 161, 236.

LAMARTELLIERE, 235.

LASENE, 43.

LATOCHE-TREVILLE, 16.



- LAVALETTE, 233. M
 LAVALETTE (Señora), 40. MARBOIS, 33.
 LECLERC, 21, 23, 26, 43, 44, MARQUIS, 233.
 54, 55, 67, 170, 195, 200, 248, MARGUET, 233.
 249, 252. MAILLARD, 186. 233.
 LECLERC (Señora), 38, 39. MARNIER, 237.
 LECLERC (Antonio), 64. MARRYAT, 85.
 LEISSEIGUE, 126, 127, 131, 132, MAUDUIT, 33.
 134, 139, 141. MAUREPAS, 44, 211.
 LEMAIRE, 235. MASSENA, 119, 206, 231, 232,
 254.
 LEMONNIER DELAFOSSE, MERVILLE, 223, 225.
 223, 225, 233, 249, 258. MELLENFANT (subinspector
 de revista), 43.
 LENOTRE, 249. MIRDONDAY (Madame), 97.
 LESFORIE, 57, 58. MISSIESSY, 116, 122, 241.
 LESUEUR, 179, 234. MITRIDATES, 262.
 LEVRAT (Louis), 43. MONTE Y TEJADA (Antonio
 del), 252.
 LINOIS, 17. MONTEZE (Stohlez), 234.
 LOUVERTURE (Paul), 24, 44, MOREAU DE SAINT-MERY,
 11, 202, 203.
 53, 211. MOULIA (Tapoul), 234.
 LOUVERTURE (Toussaint), 21, MOUILLA, 122.
 22, 24, 44, 46, 52, 101, 109, MOYSE, 211.
 211, 219, 243, 250. MUNITY, 235.
 LOYAU, 233, 236.
 LOVAN, 112.
 LUCE, 40.
 LUIS XIII, 251, 262.
 LUIS VIV, 73, 192, 251.
 LUIS XV, 251.



N

NEY, 232.

NICOLAS (Julián), 251.

NOBLOT, 234.

NOTIN, 193, 234.

O

OGE, 33, 209.

ORTEGA FRIER (Julio), 153.

OVANDO (Nicolás), 251.

P

PANIS (Señora) 204.

PANIS, 232.

PASMET, 122.

PATIN MACEO (Manuel), 259.

PRIOLEAU, 223, 225.

PAILLIE, 233.

PASMET, 122.

PASCALIS, 234.

PHILIBERT, 233.

PICHARDO (Bernaldo), 252.

PICHOT, 174.

PELISSIE, 234.

PELLE (Juana), 251.

PERRONEAU, 234.

PETION, 104, 107, 109, 176.

PROSPER (Boyard), 251.

Q

QUENTIN (General), 56, 57, 95.

R

RAMIREZ, 149, 154, 155, 166,
168, 169, 172, 198.

REGNIER, 231.

REMOUSSIN, 233.

PENSON (César Nicolás), 255.

REYES (José), 255.

RIGAUD, 235.

ROCH (Comisario de Guerra),
43.ROCHELIN (Subinspector de
revista), 43.ROCHEMBEAU, 26, 40, 43, 44,
52, 60, 63, 64, 78, 79, 88, 93,
94, 200, 249.RODRIGUEZ (C. Armando),
247, 252, 253, 256, 257, 259.RODRIGUEZ DEMORIZI (E-
milio), 11, 256.

ROMAIN, 221, 234.

ROULET, 234.

ROULLET, 159.

ROUME, 212.



S

SANCHEZ RAMIREZ, 147, 159,
169, 195, 198, 226, 247, 252,
258, 260.

SACHS, 223, 225, 234.

SALVA, 223, 225, 234.

SAMT-CYE, 234.

SANTANA (Pedro), 257.

SILA (Lucio Cornelio), 232,
262.

SHERIFF, 230.

SMYTH, 228, 229.

ST JOHN (Spencer), 250.

SUMERA (Roseide), 251.

T

TAGARD, 129.

TAPOUL, 122.

THIERS, 210, 241, 243.

TOURNIER, 131, 134, 141.

TOMBARET, 67.

TRONCOSO DE LA CONCHA
(M. de J.), 12.

TRUJILLO MOLINA, (R. L.),
5, 11.

U

UTRERA (Fray Cipriano), 12.

V

VASSIMONT, 174, 186, 187,
197, 198, 236.

VINCENT, 34, 210, 213, 241.

VILLARET (Joyeuse), 15, 16,
20, 37, 41, 73

VILLARCY, 233.

VIMEUR DONATIEN (Marie
Joseph), 249.

VIMEUR (Jean Baptiste Do-
natien), 249.

VIVES (Padre), 110, 111, 223,
225, 233.

VIVIAN, 142.

W

WALTON, 230.

WALKER, 229.

WELLINGTON, 230, 232.

WILLAUMEZ, 126, 127.

Y

YRWIG, 228, 229.





INDICE DE MATERIAS

	Pág.
Advertencia del traductor	11
Sumario	13
Fuerza marítima de la expedición de Santo Domingo y número de tropas embarcadas	15
Escuadra salida de Brest el 23 Frimario año X (14 di- ciembre, 1801)	15
Contralmirante Gravina	15
Salidos de Lorient	
Almirante Villaret Joyeuse	16
Contralmirante Gravina	16
Escuadra salida de Rochefort	
Almirante Latouche-Tréville	16
Estos cuarenticinco buques, llevaban	17
Contralmirante Gantheaume	17
Contralmirante Linois	
Salidos de Cádiz	17
Salidos del Habre	18
Salidos de Holanda	18
Introducción	19
1º Lo que tuvo lugar	20



	Pág.
2º Lo que existía	20
3º Lo que se hizo y el resultado	20
4º Lo que hubiera debido hacerse	21
5º Lo que sucedió	23
6º Lo que hubiera debido hacerse	24
Existencia de la colonia en 1802	27
Nota sobre la colonia francesa de Santo Domingo	27
Algunas observaciones sobre la situación de Francia con relación a Santo Domingo en su estado actual	34
Recuerdos históricos y sucintos de la primera campaña	37
Preparativos de la Expedición	37
La escuadra de Brest leva ancla	39
Llegada a Santo Domingo	40
14 lluvioso, año X (3 de febrero)	41
Separación de la escuadra y desembarco	43
Direcciones	44
Posiciones de los generales negros o mulatos	44
Capitán de Puerto en el Cabo	44
Persecución de los negros	45
Toma de Fort-Dauphin	46
El sargento del 5º ligero	49
Entrada de la División Naval	50
Toma del Fuerte de Santo Susana	52
Posesión de las ciudades del litoral	52
La fiebre amarilla	53
Evacuación del Fort-Dauphin	54



	Pág.
Cuartel del general Leclerc	55
Ahogamientos de los negros	63
Entrega de un negro a los perros	64
Auto de fe de tres negros	67
Libertad de los esclavos	68
El Cabo Francés	72
Defensa del Cabo por el general Clausel	74
Ataques del Cabo y de los hospitales de los Padres	76
Aviso de las personas notables de la ciudad del Cabo ...	79
Capitulación del ejército	80
Capitulación del Cabo Francés con la escuadra inglesa	80
Entrada en Puerto Real	81
Estado de las pérdidas del ejército	84
Los Pontones en Jamaica	84
El suplicio del Sol	85
Llamada del general Ferrand	91
Relación completa de la segunda campaña	93
Hoja de servicio de Ferrand	96
Marcha sobre Santo Domingo	96
Ferrand se apodera del mando	99
Disposiciones para establecerse	100
Ocupación durante el año 1804	101
Marcha de Dessalines sobre Santo Domingo	103
Plaza de Santo Domingo	104
Bloqueo de Santo Domingo el 15 ventoso año XIII (8 de marzo 1805)	107



	Pág
Primera salida de la plaza	110
El padre Vives	110
Segunda salida de la plaza	113
Intimación de Dessalines	114
El Contralmirante Missiessy	116
Abastecimiento de Santo Domingo	117
Levantamiento del sitio	118
Tercera salida de la plaza	118
Relación del sitio	120
El general Ferrand condecorado	121
Reorganización y consolidación de la Colonia	121
El crucero inglés	123
El Viernes Santo	124
División naval del contralmirante Leisseigue. 22 de enero de 1806	126
Las criollas blancas	128
El capitán americano	129
Llegada de los ingleses	130
Lo que he visto	131
Orden de marcha de Leisseigue	132
Combate naval	133
Lo que se me dijo	134
Los marinos	138
El maestro bodeguero	140
Socorro a los náufragos	141
El Teatro	142



	Pág.
Años 1806 y 1807	143
Proyecto de ciudad en Samaná	143
La guerra de España en Europa	144
Salida del General Ferrand para el Seibo el 1º de noviembre de 1808	148
Primer día de marcha	149
2do. día de marcha	152
3er. día de marcha	153
4to. día de marcha	153
7 día de marcha	153
8 día de marcha	155
9 día de marcha	155
La víspera del combate	157
10 día. Combate de Palo Hincado	157
La quebrada	160
Muerte del general Ferrand	162
Huida a través de los bosques	163
Los españoles	167
Opinión sobre el general Ferrand	167
Organización del ejército español	169
El general de brigada X	170
Llegada de una división inglesa	171
Sitio y bloqueo de Santo Domingo. 20 noviembre 1808 ..	171
Llegada de una división inglesa	171
La compañía administrativa	172
1ra. salida de la plaza	172



	Pág
Posición de la colonia	173
2da. salida de la plaza	176
Darame, jefe del fuerte de San Jerónimo	178
La chalupa cañonera inglesa	179
3ra. salida sobre la orilla izquierda del Ozama el 25 marzo 1809	182
Segundo parlamentario inglés	183
Ataques al reducto del Ozama	184
La batería española	185
La batería aérea, caballero de San Francisco	185
Ultima salida de la plaza	186
Gran angustia	188
Los cueros de buey	189
El carnero de Aussenac	190
El soldado francés	191
Justicia concedida al soldado	191
Salarios y servicios	192
Parlamentario inglés	193
El jefe de administración va a parlamentar con el comodoro inglés	194
Capitulación de Santo Domingo, 15 julio 1809	195
El general Carmichael y el coronel Vassimont	197
El señor Sánchez general de los españoles	198
Recepción a bordo de los buques ingleses	199
Fin de la expedición de Santo Domingo	200
Llegada a Filadelfia	201
El general Moreau	202



	Pág.
Opinión sobre Toussaint	207
Tercera carta	213
Primera carta	211
Segunda carta	211
Explicación preliminar de la constitución	215
Apéndices	217
Apéndice I.— Manera de combatir de los negros de Santo Domingo.— (Extracto del diario del general Dampierre, hijo del general, muerto en el campo del honor el 8 o el 10 de mayo de 1793)	219
Apéndice II	221
Apéndice III	222
Apéndice IV.— Reglamento interior de la Sociedad Dramática de Santo Domingo. “El telón cae, emperadores y vasallos, todos son iguales y camaradas”	222
Apéndice V.— Pieza justificativa (debida a los cuidados del señor Latham). Copia de una comunicación del mayor general Carmichael al visconde Castlereagh, fechada en San Carlos, frente a la ciudad de Santo Domingo, el 8 de julio de 1809	226
Apéndice VI	230
Apéndice VII	232
Cuerpos.— Fuerzas en 1805 y en 1808.— Nombres y grados de los oficiales.— Observaciones	236
Pieza oficial obtenida en los archivos, después de la impresión, y en la que se corrige el error cometido en la página 114 (servicios militares dictados de memoria)	237
Notas del autor	239
Notas del traductor	244
Indices	263





INDICE GENERAL

	Pág.
Advertencia, del Traductor	11
Sumario	13
Fuerza marítima de la expedición	15
Introducción	19
Recuerdos históricos y sucintos de la Primera Campaña ..	37
Relación completa de la Segunda Campaña	93
Opinión acerca de Toussaint	207
Apéndices	217
Notas del Autor	239
Notas del Traductor	245
Indices	263
Indice de nombres	265
Indice de materias	273
Láminas	





SECONDE

CAMPAGNE

DE

SAINT-DOMINGUE

Du 1^{er} Décembre 1803 au 15 Juillet 1805;

PRÉCÉDÉS DE

SOUVENIRS HISTORIQUES & SUCCINCTS

DE LA PREMIÈRE CAMPAGNE

Expédition du Général en chef LECLERC, du 14 Décembre 1801
au 1^{er} Décembre 1805.

PAR

M. Lemonnier-Deiassé,

ENSEIGNANT SUPPLÉANT DE L'ACADÉMIE DE SAINT-DOMINGUE, SUITEZANT COLONIE EN DÉPART;
OFFICIER DE LA LÉGENDE D'HONNEUR, CHEVALIER DE SAINT-LOUIS,
ET DE L'ORDRE DE SAINT-FRANÇOIS D'ASSISE.

..... Quæque ipse celebravit exit,
Et quæcumq; patet usque fuit

[Virgile.]

HAVRE

IMPRIMERIE DE H. BRINDEAU & COMP^{es},
RUE SAINT-JULIEN, 15.

1846

11 17 24



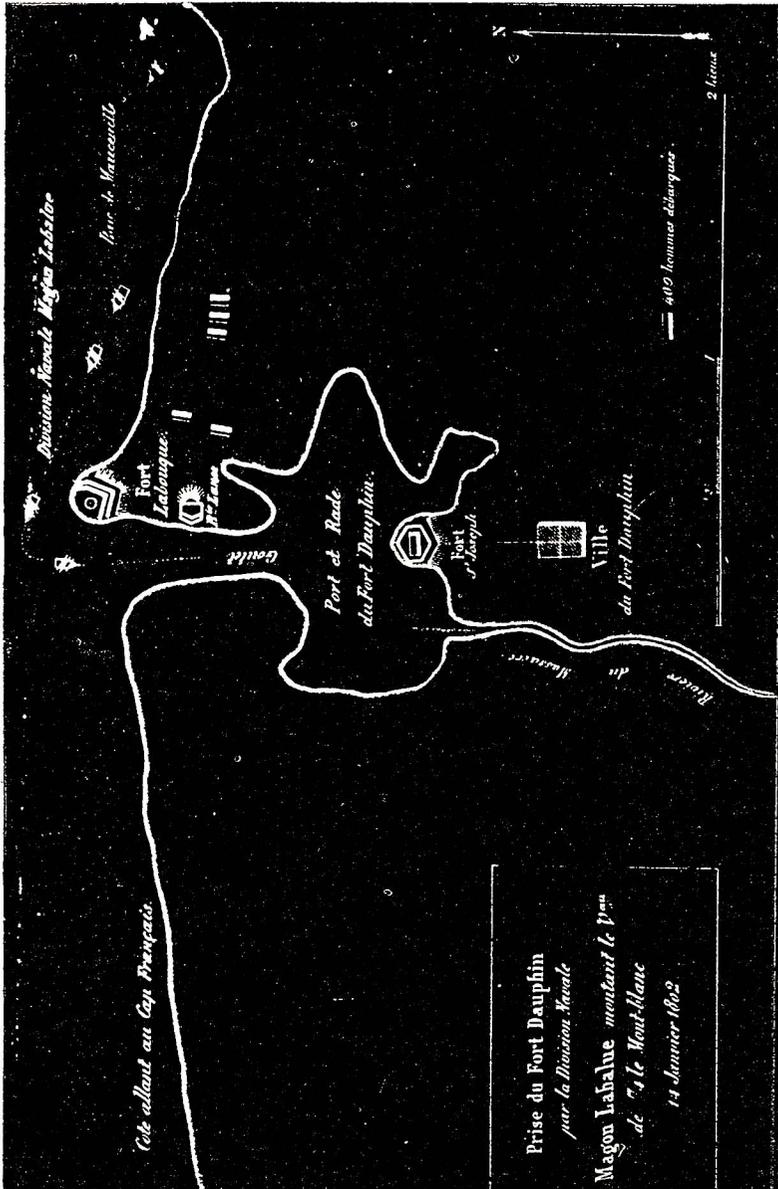






Combate de Palo Inclinado





Prise du Fort Dauphin
par la Division Navale
Magon Labalue montant le V^o
de "4 le Mont-blanc
14 Janvier 1802

Fuerte Delfin



